

A close-up, artistic photograph of a woman's face and shoulder. Her eyes are dark and looking slightly to the right. Her skin is fair and has a soft glow. She is wearing a dark, textured garment, possibly a sweater or shawl, with a white and black patterned detail visible at the bottom left. The background is dark and out of focus.

PILAR  
EYRE  
UN AMOR  
DE ORIENTE

Lectulandia

Pilar Eyre nos sumerge en la biografía íntima y secreta de una mujer de sensualidad inocente y refinada que, llegada a España en los años setenta desde su Manila natal, acabará convirtiéndose en una destacada figura de la alta sociedad de la época.

Apasionada, libre, divertida y gran amante de los placeres, Muriel protagonizará una ardiente y tortuosa historia de amor junto a un apuesto y seductor artista que lucha por encaramarse al éxito.

En la tradición de los mejores roman à clef, esta palpitante narración esconde bajo su máscara de ficción a personajes muy reconocibles a los que la autora desnuda hábilmente con su pluma. Lleno de detalles inéditos, de anécdotas cautivadoras, de risas y de lágrimas, es un libro que atrapará al lector de principio a fin con una historia tan sorprendente como escandalosa.

**Lectulandia**

Pilar Eyre

# **Un amor de Oriente**

ePub r1.0

Titivillus 11.10.16

Título original: *Un amor de Oriente*

Pilar Eyre, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Enrique, por supuesto

Como esta es una novela, me veo en la obligación de advertir a los lectores que todo parecido con la realidad es pura coincidencia. O no...

# 1

La cinturilla le apretaba tanto que no se había podido poner ropa interior, y el vestido, hecho de prisa y corriendo por Mercedes Sogel, su humilde modista, le rozaba la piel como si estuviera elaborado con tela de esparto en lugar de crepe de seda. Su cintura había aumentado dos centímetros en este último mes, claro que el bebé tenía solo el tamaño de una lenteja según le había detallado su futuro suegro, que por algo era ginecólogo y debía entender de estas cosas. Sin querer, Muriel sonrió, la única sonrisa que llegó a esbozar ese día, 20 de enero de 1971, porque se había enterado de que el doctor Campos Soto, el padre del que iba a ser su marido, había dicho al conocer su estado de buena esperanza:

—Los hombres de España, cuando dejamos preñada a una mujer, nos casamos con ella.

Aunque luego había tenido a bien aclarar:

—Estoy hablando de chicas decentes, por supuesto.

Las otras es de suponer que debían apañarse solas con el problema.

A pesar de que no se le notaba, a pesar de que se había puesto una banda ancha de organza de color marfil en la cintura y llevaba un velo de tul de quince metros que la cubría entera como una novicia, se colocó el ramo delante del vientre para disimular, porque nadie debía enterarse de que se casaba de penalti; claro que lo de ramo no dejaba de ser una exageración. Eran cuatro rosas blancas que ya estaban algo mustias y colgaban como lenguados hervidos, pero a Muriel nada le importaba ni veía porque entró en la iglesia llorando desconsoladamente mientras a sus espaldas caía una lluvia fría y oblicua propia del invierno.

Sus lágrimas rodaban por sus mejillas sin que ella hiciera el menor esfuerzo por contenerlas.

No lloraba por el vestido, ni por las flores, ni por los fotógrafos gritones que se subían a los bancos, ni por los vecinos de Illescas que se agolpaban en la puerta y trataban de entrar a empujones. Illescas, Toledo, por cierto, un lugar del que ella, hasta ese momento, nunca había oído hablar. Lloraba porque no quería casarse, no quería estar ahí, no quería unir su destino a un hombre al que apenas conocía y que, a pesar de su fama de amante experto que hasta había tenido una novia inglesa y otra francesa, a pesar de este espectacular currículum, la había dejado embarazada en el tercer polvo que habían echado.

Un vecino tuvo el descaro de levantar una punta del velo y retrocedió estupefacto:

—¡Es china!

Lloraba porque no entendía ese mundo vociferante que la abofeteaba con su grosera curiosidad. Lloraba tanto que el cura, Pepe Aguilera, que había casado dos años atrás al íntimo amigo de su novio e incipiente mánager Fernando Abad, le contó

luego con preocupación que «nunca había visto una novia tan triste».

Entró en la iglesia del brazo de su tío Juan María, no había podido hacerlo con tío Rodrigo, en cuya casa de la madrileña avenida del Generalísimo vivía, porque era un tío postizo ya que en realidad no estaba casado con su tía Daisy, hermana de su madre, y esto en la pacata España no dejaba de ser un escándalo. ¡Aún gracias que los dejaron entrar en la iglesia viviendo amancebados! Que no se olvide que el adulterio estaba penado por ley con seis meses de prisión, y tanto tío Rodrigo como tía Daisy habían abandonado a sus respectivos cónyuges en Filipinas para vivir en pecado en Madrid, eso sí, de una forma bastante confortable gracias a varias inversiones en Estados Unidos y en Suiza.

El padre no se había molestado en acudir desde Manila. Todavía estaba enfadado con Muriel porque lo había desafiado saliendo con un *play boy* de mala reputación, John Know, quince años mayor que ella, el primer hombre de verdad de su vida. Porque Muriel, a pesar de su aspecto cándido e inocente y de la apacible serenidad de su rostro, conocía ya el amor total y apasionado, ese amor que te abre el pecho con las manos para arrancarte el corazón, y no podía recordar la sensualidad de la boca de John ni la caricia de su mirada sin sentir una corriente eléctrica que la sacudía de arriba abajo.

No, los tres o cuatro novios juveniles, incluso ese primo del que se había enamorado cuando tenía doce años, no contaban.

John era el hombre de verdad. Cerró los ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para ahogar el gemido que llegaba a sus labios. Respiró hondo y se dijo, no seas peliculera, es un mareo porque estás embarazada, pero ahora no puedes marearte, ahora no.

Mientras su hija se casaba, el padre gruñía sordamente masticando un puro tras las cristaleras del Viejo Casino Español de Manila, «yo no la he enviado a España para que acabe dejándose comprometer por un muchacho al que apenas conoce y que encima es artista, para eso podía haberse quedado aquí».

Se sacó el puro de la boca y lo miró con resentimiento. Muriel se lo encendía a veces y se apoyaba en su hombro viendo cómo se lo fumaba. Sin querer sintió un nudo en la garganta y carraspeó virilmente.

¡Los hijos, que no le daban más que disgustos!

¡Esa sangre mestiza, que no había traído nada bueno!

Porque su mujer, la madre de Muriel, Cristina Segura, tan guapa que en su juventud la llamaban la Perla de Manila, era hija de una indígena llamada Teodorica y esa gota de sangre filipina era la que confería a Muriel su magnético y seductor exotismo y sus ojos color caoba claro iluminados siempre por una expresión risueña.

Los Krosby-Segura eran una familia bien pero venida a menos. El padre, de origen andaluz, era inconstante y de carácter difícil, y saltaba de un empleo a otro hasta que la Perla de Manila no tuvo más remedio que tomar la riendas y ponerse a trabajar vendiendo casas porque en la familia había seis nuevas bocas que alimentar.



De los seis hijos, Frank, Eugenia, Muriel, Pedro y los gemelos Cristina y Mateo, los dos chicos mayores, Frank y Pedro, habían salido rebeldes, desordenados y problemáticos. Cada día los padres temían recibir alguna noticia fatal, y esta desazón marcó el ritmo de la familia y estableció entre el matrimonio un vínculo especial que no se rompería jamás.

De las tres niñas, Muriel había sido la más dócil. Su hermano mayor, Frank, que tenía debilidad por ella, le decía en los escasos momentos en los que estaba en casa:

—Desciendes de una tribu noble, los kapampangos, que eran los dueños de todo esto, que no se te olvide nunca, Murieli. Tú siempre con la cabeza muy alta.

Ella le masajeaba los hombros para que se relajase y él suspiraba:

—Se nota tu parte indígena en la manera de dar masajes, hermanita..., eres tan suave...

Sí, era suave y dócil. Lo fue hasta los quince años.

La transformación fue rápida, como ocurre siempre en el Trópico. Un día era una niña morenucha y con trenzas, y al otro se cortaba el pelo y llegaba corriendo a su casa de la calle Ponce con el uniforme del colegio de las asuncionistas, la falda plisada azul le golpeaba las rodillas por atrás. Empezó a sacarse la corbata y la blusa blanca en el vestíbulo, aun con combinación se metió debajo de la ducha y puso el grifo de agua caliente al máximo. Rabiosa, le gritó a su madre que acudía al cuarto de baño alarmada:

—No vuelvo más al colegio.

Se sentía sucia por las miradas lúbricas de los hombres siguiéndola por la calle.

La madre se encogió de hombros, al fin y al cabo el futuro de Muriel estaba muy claro: casarse muy bien, dejar a los hijos en manos de criadas indolentes y perezosas y pasar el verano en Bagio debajo de una sombrilla para que no se oscureciera su piel trigueña.

Nadie le preguntó si esa vida le gustaba y Muriel se sometió dócilmente a su destino. Tuvo dos pretendientes primero, Rodolfo Araluce y Charlie Pérez, y dos novios, uno detrás de otro, por supuesto. Casi iguales, Coque Cantos y Ramón Lucas, sus familias poseían plantaciones de caña de azúcar, jugaban al polo, hablaban inglés y eran del círculo de la mujer del presidente, Imelda Marcos, que cada vez que se encontraba a Muriel le decía:

—Qué niña más educada.

Únicamente el padre, al verla siempre tan silenciosa, le preguntó alguna vez con cierta aprensión:

—¿En qué piensas?

Pero no esperaba su respuesta, porque, como le secreteaba a su mujer:

—Esta chica me da miedo.

La madre meneaba la cabeza y rezaba interminablemente el rosario. Rezaba por

todos los hijos, pero sobre todos ellos por Frank, con ese instinto certero que suelen tener las madres. Pedía:

—Yo sé que este hijo mío va a sufrir más que los otros.

Pero a nadie comunicaba sus temores.

Muriel fue reina de las fiestas del barrio de San Lorenzo, la revista para adolescentes *Teenstone Magazine* la eligió «personalidad del mes», empezó a comprarse su *trousseau* de boda... Y cuando parecía que la vida no iba a darle ya ninguna sorpresa, conoció a John. Solo tuvo que mirarla y escogerla; ella comprendió que su destino estaba marcado con una cruz y que esa cruz era John.

La vio en un desfile benéfico en el Hotel Sheraton organizado por Imelda Marcos, una de las actividades preferidas de la «presidenta», aunque los beneficios recogidos nunca quedó muy claro dónde iban a parar. Chicas de las familias con pedigrí de Manila desfilaban con la gracia alada y sin mérito de los quince años, se exhibían sobre la pasarela como una forma de decir a los muchachos que abarrotaban el local:

—Esta soy yo, y estoy aquí para quien quiera cogerme.

John, que había viajado bastante, luego le comentó a Muriel burlonamente:

—Es como el Barrio Rojo de Ámsterdam, las mujeres se exhiben en los escaparates para que las elijan los clientes, pero allí son más baratas.

Porque, en Manila, el precio por poseer a estas muchachas en flor era el matrimonio. Claro que todos eran de sangre caliente y no era extraño que las bodas tuvieran que precipitarse y que los miembros más potentes de la colonia española, los Soriano, los Inchausti o los Zobel, echaran una mano para conseguirles un empleo a estos padres prematuros que apenas habían salido de la adolescencia, de los cuales algunos ni siquiera habían terminado el colegio.

John ya estaba de vuelta de todo esto; era más sofisticado, más mayor, más rico y más despiadado. Estaba sentado entre el público con un cigarrillo entre los dedos. Muriel llevaba un traje verde ajustado de seda con unas lentejuelas en el escote y se detuvo frente a él. Se miraron. A John le llamó la atención la expresión de Muriel, cálida y dulce, extremadamente seductora. Y que la tela del vestido fuera tan sutil que se le notaran los pezones.

No hubo más, pero cuando llegó a su casa la esperaban en el vestíbulo seis enormes ramos de rosas rojas. Cristina le tendió con manos temblorosas una tarjeta:

—Es de ese hombre.

Porque John no era un chico, sino un hombre. De rasgos exóticos, moreno, muy fuerte; iba con su coche deportivo, un Mercury, y dilapidaba sin freno la fortuna familiar.

Muriel se enamoró, su corazón parecía derretirse en su pecho y al mismo tiempo su sangre corría locamente por sus venas. El novio, la familia, los languidecientes estudios, todo desapareció para ella... casi, incluso, su reputación. La sociedad filipina, muy chismosa, pronto empezó a murmurar de aquella pareja que se exhibía en el Yatch Club y en el Manila Polo y que bailaba en el Maranao's mejilla contra

mejilla *doesn't everyone love Baby Ruth*, ¡dieciséis años contra treinta y dos, un escándalo! Porque desde el principio le reveló que no era un hombre para casarse.

—No estoy hecho para eso.

El primero en enterarse fue su hermano Frank. La detuvo un día en el pasillo, la cogió por los hombros que se estremecían presos de un extraño nerviosismo e intentó leer en sus ojos. Ella le aguantó valerosamente la mirada y Frank la soltó con un suspiro, él tenía sus propias preocupaciones. Cuando al padre le contaron en el Casino con reticencia que Muriel era la última conquista de ese depredador de mujeres llamado John Know, llegó a casa rabioso, su rostro reflejaba una fría y hosca cólera cuando la cogió de la mano y la encerró en su habitación. Era el segundo escándalo de la familia porque Daisy, la hermana de su mujer, se acababa de fugar con el marido de su mejor amiga dejando atrás entre los dos media docena de hijos.

El padre le dijo a su mujer despectivamente:

—Muriel es igual que tu hermana.

¡La sangre mestiza, caliente e ingobernable!

La madre sugirió con timidez:

—Pues que se vaya a Madrid con ella. Allí creen que Rodrigo y Daisy están casados, los reciben en todas partes y tienen una gran fortuna.

Y fue así como sacaron sus ahorros del banco, le compraron a la niña un billete solo de ida y la subieron a un avión.

Era una mañana de tormenta. John había jurado que la raptaría, y Muriel, zarandeada por el viento furioso, esperó hasta el último momento que se presentara a lomos de un caballo blanco y la llevara con ella.

Pero no ocurrió. Tenía solo diecisiete años, se fue a Madrid con el corazón destrozado y en el avión sintió consternación, anhelo, odio, rabia, toda la música del universo, y nunca más volvió a verlo.

Sin darse cuenta murmuró:

—Nunca más.

Y canturreó:

—*Doesn't everyone...*

Su tío Juan María se inclinó hacia ella:

—¿Qué dices, Murielita?

¿Cómo, hablando sola en la iglesia el día de su boda? Meneó la cabeza, algunas gotas de lluvia se desprendieron del velo, el bajo de su vestido estaba empapado y pesaba mucho. Tropezó.

Al final, se había marchado de Manila para ampliar su mundo y había venido a parar a esto. A un lugar muy pequeño. En el que solo cabían dos, Luis y ella.

Luis... Para siempre.

Un paso, dos. A Muriel, el camino hasta el altar le pareció el camino hasta el cadalso, se sentía como María Antonieta subiendo al patíbulo rodeada de multitudes vociferantes que pedían su cabeza, los arrapiezos del pueblo le pisaban la cola del

vestido, alguien le gritó:

—Eh, tú.

Ella lo miró sin darse cuenta y el hombre se pasó la lengua lascivamente por los labios, tío Juan María tuvo que sujetarla para que no cayese. Le dolía la espalda, sentía el estómago lleno y pesado aunque estaba en ayunas, una frialdad mortal en las sienes sudorosas y un hormigueo constante en la punta de los dedos.

En el altar la esperaba Luis. Le cogió la mano; el cámara del *No-Do* chilló:

—Apartarse, vamos a rodar.

Destellaron los focos, se hizo repentinamente de día, le pareció que se abría un abismo bajo sus pies y Muriel sintió un vértigo tal que estuvo a punto de desmayarse.

Luis, allí, a su lado: un chico de mejillas chupadas, enorme dentadura, con una cojera marcada y una pierna más delgada que la otra, tartamudo, un alfeñique estrecho de pecho que se había librado del servicio militar por su debilidad física, que ni siquiera había terminado la carrera de abogado y que encima tocaba la guitarrita y era cantante.

¡Cantante! En el imaginario de Muriel era poco más que domador de circo o trapecista.

¡Y ese hombre iba a ser su marido! ¡Para siempre!

Claro que había ganado el Festival de Benidorm, pero ¿Benidorm? ¡Si eso era un lugar tan ignoto como Illescas! Y esa canción, *Todo sigue igual*, ¿habrase escuchado tontería mayor? Había quedado cuarto en Eurovisión y había hecho una película, pero Muriel ni siquiera la había visto. A ella le gustaban Simon and Garfunkel y en plan clásico Bing Crosby. Lo había bailado muchas veces en Manila de forma apasionada, y en Madrid de forma más púdica, practicando la típica palanca con los codos y las rodillas en la que eran duchas todas las chicas en aquellos años tan virtuosos.

Por cierto, que así, Crosby, salió su hasta entonces desconocido apellido en algunas crónicas sociales. En ese tiempo remoto aún era más conocido el gran Bing que ella.

El técnico del *No-Do* se dio por satisfecho con las tomas, los fotógrafos bajaron sus cámaras y empezó la homilía del padre Aguilera, que si la mujer debería estar junto a su marido como el álamo junto al camino, que si la vida ya no podría ser igual porque ahora estaban casados... Luis escuchaba con atención pero no dejaba de mirar a la novia, porque así ofrecía su mejor perfil a los objetivos de las cámaras, pero ella tenía la mente en otro sitio.

Debía mantener la mente en otro lugar para no cogerse la cola del vestido y salir huyendo de la iglesia, de Illescas, de España y del mundo entero.

¿Dónde está ese puente sobre aguas turbulentas, Simon and Garfunkel? ¡Quiero cruzarlo!

Venid, recuerdos.

No, John, no. Pensar ahora en John, no. Cuando estaba con él gemía sordamente, ya no se acordaba si de placer o de dolor.

Meneó la cabeza y se recitó una oración que no tenía nada que ver con el padre nuestro que se estaba rezando en ese momento: de Manila no había que acordarse, ni de Coque, ni de Ramón, ni de los ramos de rosas rojas.

Los pensamientos giraban enloquecidos en su cabeza y ya solo tenían un nombre: Luis. Ya solo Luis. Lo que había sentido cuando se habían conocido.

Sí, la verdad es que Luis, de entrada, le había hecho gracia. Fue en un guateque flamenco en casa de Juanito Olmedilla. Muriel iba con sus amigas Margarita Vega y Carmencita Martínez-Bordiú, la nieta de Franco. Iba vestida con una blusa muy apretada y pantalones anchos, el pelo recogido con dos peinetas de carey a ambos lados del rostro. Sus amigas, sobre todo Carmencita, que era muy espabilada, se reían de ella porque decían que parecía una huerfanita, ya que ninguna conocía la existencia de John ni de los otros. Pidió un cubalibre y cuando se lo estaba llevando a los labios, notó unas manos masculinas alrededor de la cintura y una voz gangosa de niño bien que le preguntaba:

—Debes tener sesenta noventa sesenta.

Muriel sintió sobre su cuello desnudo un aliento alcoholizado, se giró y vio el rostro enrojecido de Johnny Güell, uno de los chicos que le «iban detrás», como se decía entonces pudorosamente. Tuvo un gesto tímido de rechazo, luego se echó a reír y ya iba a replicar en su imperfecto español que apenas había mejorado en el año que llevaba en España, «será noventa sesenta noventa», cuando advirtió en un rincón a un chico muy delgado que la miraba con las pupilas llenas de... deseo, pero también de celos e indignación. Ella ya conocía aquella mirada, era la de la pasión en estado puro. Una oleada caliente de placer le brotó desde el interior.

Muriel guardó silencio y se apartó de Johnny prendida de aquellas pupilas extenuadas. Luis ya entonces había desarrollado una manera especial de mirar dejando caer los párpados de una forma tan triste y melancólica que conseguía que todas las mujeres de la tierra desearan consolarlo y amarlo. Pero Muriel también tenía sus recursos, caminaba con ligereza y desenvoltura con la gracia del caballito de mar y exhibía una cortedad turbadora y maliciosa de niña educada en un colegio de monjas. ¡Y esa gota de sangre exótica y distinta! Eran unas armas absolutamente irresistibles.

Se miraron en silencio. Luis cayó instantáneamente preso del encanto conmovedor de Muriel, la sangre le zumbaba en los oídos, fue un terremoto, una conmoción de tal calibre que le sorprendió a él mismo. Le dijo a Fernando Abad, «es la mujer de mi vida», y su amigo se echó a reír hasta que se dio cuenta de la expresión reconcentrada e intensa de Luis, como no se la había visto nunca.

A través de otro amigo, Julito Ayesa, consiguió salir con ella una noche, la llevó a ver a Juan Pardo a la sala Windsor, con Juan no temía las comparaciones porque estaban entonces más o menos a la misma altura, pero aun así procuró que ella se

sentase de espaldas al escenario.

Juan cantaba su último éxito, *La charanga, pola beira do río, chegaba onda min o ruído...*, pero el pobre hombre nunca tuvo espectadores menos atentos que ellos dos. Acuciado por los nervios y levantando el tono, Luis hablaba incesantemente, tartamudeando como siempre que se ponía nervioso, mientras ella lo escuchaba con una leve sonrisa en los labios:

—Yo, como él, soy gallego, bueno, medio gallego, porque mi padre es de Orense.

Muriel preguntaba que qué era eso de ser gallego y Luis respondía con grandes espavientos:

—¿Cómo, no lo sabes? —Se revolvía los bolsillos y al final terminaba por pedirle al camarero papel y bolígrafo sin importarle que los espectadores le siseasen—. ¿Ves? Esto es España y aquí está Galicia, en esta esquina.

En vez de trazar los límites de la provincia, dibujaba un corazón. Muriel no dejaba de sonreír y Luis proseguía atolondradamente sin importarle que Juan estuviera desgañitándose desde el escenario, *dime quen es ti, rapaza do tristeeeeee ollaaaar...*

—Se come el mejor marisco del mundo, allá en Filipinas no tenéis nada parecido. —De pronto se distraía escuchando—. Suena bonito el gallego para una canción, ¿no crees?

Tarareaba improvisando, *...terra do meu amor...*, cerraba los ojos, *...miña xoia...*, golpeaba con ritmo la mesa, tararatata, apretaba los puños, ya me viene ya me viene, y de pronto, sin transición, se inclinaba sobre Muriel y le decía con voz enronquecida:

—Niña, ¿sabes que me estás gustando mucho?

Después fueron a tomar una copa a Gitanillos. Se sentaron en una mesa y Luis la escrutó con severidad:

—Abróchate ese botón, ¿quieres?

Ella miró con asombro su casta blusa de Juanjo Rocafort con un lazo al cuello, pero dócilmente se la abrochó hasta arriba.

La noche siguiente fueron a ver a José Feliciano, que, como era ciego, no representaba peligro alguno y Muriel pudo sentarse frente a él y estar atenta al escenario. Cuando salieron, Luis le dijo que quería casarse con ella, y ella se lo tomó a broma. Y con un atisbo de temor. No era tan virginal ni tan inocente como Luis creía... ¿Se decepcionaría cuando lo supiera?

Ese verano él estuvo de gira por las fiestas mayores de pueblos de toda España, pero en otoño volvieron a verse, fueron al cine a ver *Love Story*, Luis resoplaba y protestaba, «menudas mariconadas me obligas a ver», aunque al final, cuando la protagonista se muere, Muriel vio cómo se secaba furtivamente una lágrima. Otra noche Luis la invitó a la presentación de Nino Bravo en Florida Park y cuando salían le comentó algo pesaroso moviendo la cabeza:

—Qué voz tiene este pedazo de cabrón. —Y sin cambiar el tono—: ¿Hace falta

que vayas tan corta?

Siempre estaban alegres. Ella, años después, recordaba el fulgor de aquellos días resplandecientes, «¡nos reíamos mucho!». Como todos los enamorados, no se cansaban de rememorar el momento en que se habían conocido y Muriel le preguntaba con picardía:

—¿Y cómo te diste cuenta de que no era española?

Y Luis abría los ojos desmesuradamente y decía:

—Ah, pues no sé, ¿quizás porque al ser tan rubia pareces sueca?

Ella se echaba el pelo hacia atrás y se reía sacando medio centímetro de lengua entre los dientes, en las comisuras de los ojos se le ponían unas arruguillas que los achinaban aún más, Luis le cogía la mano y le suplicaba con la voz rota:

—Cuéntame cosas.

Y Muriel le hablaba de su colegio, «teníamos que llevar trenzas», «no podíamos levantar la vista del suelo», «mamá me llamaba Márely»...

De sus hermanos, que andaban en mala situación, ni de Ramón, ni de Coque, ni de John, claro está, ni de las horas tórridas y húmedas que habían pasado juntos, no contaba nada. Para Luis era una niña inocente recién salida del convento, una especie de reencarnación de la doña Inés de *Don Juan Tenorio*.

—... Una vez me castigaron porque dije caramba, estaba considerado una palabrota.

Luis le advertía con gravedad:

—Es que «caramba» es un taco muy gordo, aquí solo lo dicen las fulanas... Las señoras dicen cabrón e hijo de puta. Va, dilo.

Y Muriel, que apenas conocía el castellano (o que fingía no conocerlo), repetía mansamente con su acento cantarín:

—Higo de...

—No, higo no, higo es eso que se come...

—¿Cómo? —preguntaba una desconcertada Muriel.

—Bueno, puedes decir si quieres estoy hasta el higo.

—Estoy hasta el higo.

—Bien, ahora di hijo de puta.

—Estoy hasta el higo hijjjjjo de puta.

—Chico, chico. —Chasqueaba los dedos llamando al camarero y le susurraba a Muriel—. Ahora dile, hijo de puta, tráeme un cubalibre...

Y ella le pegaba con el bolso y entonces todo era verano.

Loco de amor, Luis bufaba como una locomotora, le dolían hasta los dientes de deseo y de repente arrimaba su rodilla a la de ella por debajo de la mesa y le acariciaba el muslo, pero si llegaba muy arriba Muriel le arreaba un patadón que le hacía ver las estrellas. Él gemía:

—Eh, cuidado, que ha sido la pierna buena, al menos dame patadas en la mala, que como ya está hecha una mierda por culpa de ese puto coche...

Prefería achacar su cojera al accidente de coche que al tumor que había tenido en la columna vertebral; si Muriel intentaba ahondar más en el tema, hacía un gesto despectivo:

—Te digo que ya estoy bien, ya ni me acuerdo.

Aunque ella les contaba remilgadamente a sus amigas que «no parece artista, es muy educado», lo cierto es que Luis quería más y no se contentaba con unas caricias disimuladas debajo de la mesa. Como típico producto de su época, le gustaban las chicas vírgenes pero hacía todo lo posible para que dejaran de serlo y con esa brutalidad propia de su género seguía la máxima de «prometer hasta meter y una vez metido, olvidar lo prometido».

Pero no con Muriel. Muriel le fascinaba porque era un ser lleno de gracia y femineidad, pero también era un reto que lo desconcertaba y le sacaba de quicio por su forma de comportarse. Un día estaba muy fría y él se desesperaba creyendo que estaba perdiendo el tiempo, cogía el primer avión y se iba a Londres a ver a Katerine Huntington. Sí, la protagonista de su canción más famosa.

A ella no tenía que rogarle, solo susurrarle «dentro de mí conservo tu calor...». Precisamente por esta frase, que a él le pareció muy poética cuando la compuso, los periodistas con mucha guasa le llamaban «el termo». Con mucha guasa para ellos, claro, porque él no le veía maldita la gracia al asunto.

Katerine era una chica moderna que creía en el amor libre y en el *flower power*; lo esperaba desnuda en la cama y fumándose un cigarrillo de marihuana, y él no tenía más que tomarla, y su cuerpo saltaba de inmediato como bajo un trallazo; pero esta entrega fácil que antes le había entusiasmado ahora le aburría. Regresaba insomne y desquiciado a Madrid con el corazón latiéndole de tal manera como si un puño le golpease el pecho, y se decía, es la última vez que llamo a esta filipina hija de puta, salgo con ella por el placer de enviarla a la mierda; la iba a buscar con su Seat Coupé a su casa y ese día Muriel estaba tan cariñosa que Luis casi lloraba de agradecimiento y hubiera puesto el mundo a sus pies. Un día se negaba a besarla y al otro iban al cine y se dejaba acariciar de tal manera que Luis perdía la razón. Salían de la sala, ella impecable, con su expresión cándida e infantil, el pelo cuidadosamente partido en dos por una raya perfecta, y él con la camisa desbaratada, los ojos inyectados en sangre, el pantalón abultado, y, perdiendo el dominio de sí mismo, casi a empujones la metía en un hotel; con voz jadeante exigía:

—Una habitación.

Y el portero, acostumbrado a esos trances, los miraba con indiferencia y les pedía:

—El libro de familia.

Y Muriel salía corriendo a la calle, él la seguía, intentaba cogerla por el brazo y ella se desasía con indignación, «qué vergüenza..., a mí no me hagas pasar por esto nunca más...; todo el mundo nos miraba», y Luis, desencajado de deseo, aun así soltaba una risotada nerviosa, «qué nos van a mirar, no nos ha reconocido nadie», y añadía rabioso, quitándose la corbata de un tirón, «y menos a ti, niña».



Sí, Luis ya era conocido porque había ganado el Festival de Benidorm con *Todo sigue igual*, había hecho una película y su «Katerine» iba la primera en las listas de éxitos, pero a ella no la conocía nadie fuera de los círculos bastante cerrados de la buena sociedad madrileña.

Estuvieron semanas sin verse. Muriel no se ponía al teléfono, se quedaba en la penumbra agrídulce de su habitación escribiendo cartas a su madre y a su hermano Frank, su confidente, le contaba que se despertaba muchas veces con la almohada mojada, que lloraba en sueños y que no sabía por qué... Él le contestaba siempre, pero cartas cortas, con frases de aliento que reflejaban, sin embargo, una gran desesperanza, un gran dolor... «La vida no es un cuento de hadas». Muriel no supo interpretarlas y se reprochó más tarde su involuntario egoísmo.

Más tarde no, toda la vida se arrepintió de no haber sabido ayudar a aquel hermano demasiado grande para un mundo muy estrecho.

¿Por qué en Madrid siempre hacía tanto frío? Se ponía de rodillas en el suelo rezando el rosario como su madre, pero ella no encontraba ningún consuelo, tenía añoranzas extrañas, misteriosas alteraciones que no sabía qué eran. Carmencita Martínez-Bordiú, que se acababa de fugar con Fernando de Baviera, que además estaba casado, la había llamado desde Niza y le había dicho:

—Llevamos tres días metidos en el hotel sin ver la luz del sol.

Muriel era la única chica de la pandilla que no la criticaba, al contrario, le tenía envidia. Ella sabía lo que era eso, perder la cabeza, enamorarse; te ríes sin motivo, pero también lloras, ruedas sobre la cama y cierras los ojos y no puedes dejar de evocar la figura de tu amado, sientes oleadas de felicidad y de miedo. Admiraba a Carmencita porque había sido valiente; ella también podría serlo, ¡si hubiera motivo!

Si no se hubiera ido de Manila... Si hubiera desobedecido a sus padres...

Luis, Luis, gemía por las noches sin darse cuenta, pero después se arrepentía.

Tenía solo diecinueve años, pero se sentía muy vieja, como si ya hubiera vivido muchas vidas. Acudía desganadamente a sus clases de secretariado internacional en las Irlandesas de la calle Velázquez.

Se enteró de que el marqués de Villaverde había ido a buscar a su hija, la había traído de vuelta a Madrid y la había encerrado en casa. Todo el mundo lo sabía, pero nadie lo comentaba en voz alta porque al fin y al cabo, descarriada o no, era la nieta del caudillo. Muriel la llamó y la criada le dijo:

—El señor marqués ha dado orden de que la señorita no se ponga al teléfono.

De repente Madrid le parecía tan pequeño como un pueblo, tan cerrado como una cárcel, tan sórdido como Manila. Aunque ella no preguntaba, sus amigas se cuidaban de explicarle con aviesa intención:

—Luis se ha ido a Inglaterra, a Londres otra vez, a ver a esa fresca. Tonta, lo vas a perder haciéndote la estrecha.

Se despertó su interés, un chispazo, que luego se convirtió en una llama de mechero y más tarde en una hoguera. ¿Luis, que tan enamorado estaba de ella, con

otra? Y Muriel, que se enfrentaba a la primera infidelidad de Luis, pensó inocentemente que había sido ella con su actitud la que lo había lanzado en brazos de «esa fresca» ¡y se sintió tremendamente culpable!

Se quedaba despierta en su cuarto, las paredes le parecía que estaban impregnadas de horror y veía imprecisas hostilidades en los rincones más sombríos. Una noche se levantó y corrió la cortina de un golpe seco. Le había parecido que bajo sus pliegues se escondía un intruso.

Los objetos le gritaban todos los insultos en castellano que conocía y que le había enseñado Luis, «gilipollas, idiota, hija de puta, me importa un higo», tenía la garganta en carne viva y lloraba lágrimas de rabia no sabía si por él, por la inglesa o por ella misma.

Hasta la moderna de tía Daisy la reñía:

—Niña, no se puede ser tan rígida, una mujer necesita estar con un hombre para alternar en sociedad, si no, estás desguarnecida; pero los chicos se cansan de insistir.

Las amigas se lo decían también, se lo repetía ella misma:

—¡Es mi culpa!

No sabía los centenares de veces que iba a acordarse de lo estúpida que fue entonces.

Al final, se puso como plazo dos días para llamarlo. El primero lo pasó en su habitación leyendo *El valle de las muñecas*, de Jacqueline Susann, que había tenido que forrar con papel de periódico y sacar a escondidas porque entraba en la categoría de «verde». El segundo, se levantó, se duchó y vistió cuidadosamente, se puso el pañuelo de Hermés que le había regalado John en tiempos lejanos en la lejana Filipinas y se fue a clase. Al mediodía, al volver a casa, llamaría a Luis con alguna excusa. Devolverle una caja de cerillas que le había dejado para limarse una uña, por ejemplo. No era un gran pretexto, pero a ella no se le ocurría nada más.

Pero no hizo falta. Un Luis ojeroso y enflaquecido fue a buscarla al salir de la academia y le suplicó con voz de enfermo que volviera con él.

Esta vez no se hizo de rogar.

Sabía que iba a enterarse de que no era el primer hombre de su vida, pero confiaba en que, estando tan enamorado, eso no iba a importarle. También se repetía que su conciencia estaba tranquila, ella nunca había pretendido engañarle, únicamente había callado, y callar no es mentir.

Eso sí, antes de entregarse con armas y bagajes preguntó con dulzura pero con firmeza.

—¿Y se acabarán todas las Katerines?

Él la miró intensamente con los ojos humedecidos y le puso el índice cruzándole los labios:

—Te lo juro, pequeña.

Luego bajó los párpados, volvió a levantar la mirada, cogió su mano y colocó la palma abierta contra su corazón, encima puso la suya y repitió en un tono tan sincero

que a ella le dieron ganas de llorar:

—Te lo juro.

La misma voz honda y grave, de pozo profundo, que tenía cuando el cura le preguntó, al final de esa ceremonia que se le hizo larguísima pero después supo que solo había durado quince minutos:

—Luis Campos de la Cruz, ¿quieres a Muriel Krosby Segura por esposa hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

Pero el técnico de sonido de televisión dijo que los micros no habían funcionado y hubo de repetir. El cura intentó protestar:

—Que esto no es un *show*.

Y Herreros, el representante de Luis, alzó la voz irritado:

—Claro que es un *show*; repitan, por favor.

El sacerdote repitió gritando la pregunta y Muriel y Luis volvieron a contestar lo mismo, pero esta vez con la boca pegada al micrófono. Luis miró a Quique Herreros y este levantó el pulgar.

Después ambos se enterarían de que habían ido mil quinientas personas a su boda y las mil quinientas rugieron en ese momento como un solo hombre. Y se oyó claramente de nuevo a Herreros gritando con la voz enloquecida:

—¡Esto está saliendo de puta madre! ¡No se había visto nada así desde los tiempos de la Montiel! ¡Luis, Muriel, esperad un minuto, que las hordas pueden mataros!

Se advertía en su tono una tenebrosa excitación cuando dijo «pueden mataros», como si eso fuera el sumun de su carrera profesional. Muriel se estremeció y no quiso volverse, se quedó con la cabeza baja, como una res presta al sacrificio.

Tocó el órgano una marcha irreconocible y en ese momento sintió una mirada de odio tal a sus espaldas que se llevó la mano a la nuca como si le hubieran disparado y después se la miró. No le hubiera extrañado verla manchada de sangre.

Sin volverse, sabía de quién era esa mirada. De Chelo de la Cruz, la madre de Luis. Para Chelo, ella siempre sería la China, esa mala pécora que había pescado a su Luisito con sus pérfidas artes amatorias, como si la vida fuera un episodio de *Hazañas Bélicas*, los tebeos que leían sus hijos de pequeños. En esos cómics, el malo siempre era un oriental de ojos rasgados, pelo muy negro y uñas largas.

Chelo se estremeció. Muriel tenía los ojos muy rasgados, la melena negrísima y unas uñas tan largas que había roto esa tarde, al vestirse de novia, tres pares de medias.

Por dentro Chelo soltó una amarga risotada que apenas distendió sus rasgos, muy marcados a pesar de tener solo cuarenta y ocho años. ¡Vestirse, esa, de novia, de blanco inmaculado! ¿Pero en qué mundo vivimos? Menuda hipocresía, precisamente por esas habilidades sexuales que al parecer poseen las orientales su Luisito había caído, porque en esos asuntos había salido al padre... A Chelo se le ocurrían imágenes tan turbadoras que tuvo que sacudir la cabeza como si tuviera dentro un grillo molesto.

No, mejor no imaginar, que seguro que era pecado. Y tendría que confesarse, no con ese cura yeyé que había soltado aquel tostón del camino y del álamo que ella no había entendido, ni ganas, sino con su director espiritual, el padre Laburu, al que consultaba incluso el vestido que tenía que llevar en la boda de un hijo. El cura, que era algo pedante, se había explayado:

—Yo no entiendo de modas, Chelo, pero sé que el demonio relincha lujuriosamente cuando la señal de la cruz se hace sobre un pecho impúdico con un brazo desnudo.

De lo que Chelo había deducido que de lo único que se trataba era de ir bien tapada.

Claro que, si nos atenemos a la familia Campos, el demonio ya había tenido ocasión de relinchar en varias ocasiones.

Luis, esa mítica primera vez que el padre Laburu describía como «pozo negro en el que caen los cándidos lirios y se convierten en miserables flores ajadas», llevó a Murielita a casa de un amigo en el pantano de San Juan y, sobre la cama familiar, le hizo el amor.

¿Se sorprendió al notar que no era virgen?

Le hizo el amor de forma torpe, desmañada, urgente, sin sabiduría. Con temblores epilépticos. Sin demorarse, como si quisiera verterse en ella para poder descansar.

Gemía:

—Niña, niña, pequeña... Ven, ven...

Pero su deseo no se aplacó al poseerla, al contrario, el cuerpo de Muriel lo

magnetizó y, de hecho, luego, el resto de su vida, no hizo más que buscarlo en todas las demás. Piel levemente aceitunada, una niña con pechos de mujer con los pezones muy oscuros, delgada pero levemente mullida, como si estuviera rellena de plumón de ave y no de huesos.

Más tarde le comentó a un amigo apurando una copa de Vega Sicilia:

—Bajo su aparente frialdad era un volcán de pasión.

Luis la tendía sobre la cama, la miraba largo rato y le gustaba seguir el perfil de sus clavículas con las yemas de los dedos, le decía:

—Mira, se juntan en medio y luego parecen alas.

La obligaba a volverse de espaldas y le hacía una trenza con tanto cuidado como el más cuidadoso peluquero, le pasaba la mano una y otra vez por la curva de su cadera como se roza la hierba al caminar a lo largo de los caminos. Le lamía la columna vertebral de arriba abajo con dulzura insoportable, le mordisqueaba el cuello, le escrutaba los ojos rasgados, llenos de misterio. No podía leer en ellos; Muriel tenía la mirada enigmática de un dibujo oriental y a veces, cuando estaba dentro de ella, para dejarse llevar, Luis tenía que tapárselos con la mano porque su resplandor le resultaba inaguantable.

Otros días era ella la que le hacía tenderse sobre la cama y le decía al oído:

—Eres mi *asawa*.

Y rozándole solo con las pestañas y la punta de los pechos descendía por su esternón y le besaba interminablemente la línea de vello oscuro que le bajaba desde el ombligo. Luis primero se quedaba quieto, extasiado, pero luego le apartaba la cabeza, se incorporaba bruscamente y le preguntaba con un atisbo de rabia trazando un círculo en el aire con el índice:

—Todo esto, ¿dónde lo has aprendido?

No tomaron precauciones. Muriel se lo advirtió y esta preocupación molestó algo a Luis. Por una parte, porque revelaba que ella tenía bastante experiencia, y, por otra, porque era muy complicado. Comprar una goma en una farmacia donde poco menos te hacían firmar un parte de la guardia civil era algo impensable. Recuérdese que lo más empleado en aquella época donde, según el sentir general, follar no es que fuese pecado sino milagro, era la tan popular marcha atrás. O el método Ogino, que por un enrevesado cálculo a partir de los días en que se tenía el periodo podrían deducirse los días fértiles.

Claro que era un método que fallaba bastante, hasta el punto de que era corriente que los padres de familia numerosa explicaran:

—Los seis mayores son míos y el pequeño del doctor Ogino.

Es cierto que si se tenía algún amigo médico, podía recetar pastillas antibaby, como se llamaban entonces, pero ¿se atrevería Luis a proponérselo a Muriel? Y eso que él lo tenía fácil, podría recurrir a su hermano Conrad, que acababa de terminar la carrera de Medicina.

O incluso a su padre..., pero no, no, esta posibilidad no se le pasaba por la

cabeza.

También podría traer los preservativos de Londres, se los pediría a Katerine, ella siempre llevaba en el bolso, pero ¿debería ir una vez más, entonces? ¡Solo para eso! ¡Que nadie piense mal!

¿Encontraría la solución al final la propia Muriel? Tal propósito hubiera significado que las relaciones no se debían a un momento de debilidad, sino que iban a tener continuidad en el tiempo, pero eso no era lo que quería ella, que ya empezaba a estar arrepentida de haberse entregado a Luis. El resto de sus amigos, incluido Johnny Güell, habían dejado de llamarla, y las otras niñas la miraban algo burlonas; ellas creían que Muriel, con tanto estilo, podía aspirar a algo más que a un cantante de futuro incierto. Desde luego ninguna de ellas, ni Chata, ni Margarita, ni Carmen, se lo hubieran tomado en serio.

Le preguntaban con extrañeza:

—Ah, ¿pero en qué plan vais? ¿Estás enamorada?

Le hubiera gustado aclararles que había caído, sí, porque Luis le gustaba un poco, y era muy pesado, y le había picado con sus viajes a Londres, pero ella sabía lo que era enamorarse, y no, no estaba enamorada de Luis.

Le hubiera gustado negarlo como Pedro negó a Jesús, tres veces, mil incluso, pero ya no pudo. La segunda semana de diciembre no le vino la regla. Muriel repasó con desesperación el calendario pensando que quizás se había equivocado de fecha, tal vez eran los nervios, los problemas en los que se habían metido sus hermanos en Filipinas, pero cuando pasaron unos días el propio Luis le dijo:

—Pequeñaja, tienes más pecho.

Ella se puso a llorar y le confesó que creía estar embarazada. El primer pensamiento de Luis fue cómo una mujer tan frágil podía albergar un niño entero dentro, «¡la matará!».

Y, por instinto de protección, la estrechó con fuerza entre sus brazos. Estuvieron así mucho rato, y al final, con la boca contra su cabello, le preguntó:

—¿Estás segura?

Ella asintió en silencio con grandes gestos arriba y abajo, como hacen los niños. Él la separó con suavidad y la miró a la cara. Ese rostro límpido, esa barbilla en forma de corazón con un hoyuelo que a Luis le encantaba besar, las cintas de terciopelo de sus cejas, esos ojos transparentes anegados en lágrimas, ese ser humano todo entero se ofrecía a él y dependía de un gesto suyo, solo de un gesto.

Muriel parpadeaba lentamente, estaba desnuda, la cabeza ladeada, el pelo oscuro como una mancha de tinta le cubría uno de los hombros, el otro tenía un tenue brillo nacarado. Luis se acordó de su padre, el doctor Campos Soto, «si dejáis una chica embarazada, hay que cumplir y casarse con ella». Se acordó de su madre, Chelo, «Luis, Conrad, cuidado con lo que hacéis... No me vayáis a dar un disgusto, una chica que lo hace antes de casarse no es trigo limpio». Pero en realidad le daba igual, si todo el mundo se hubiera opuesto, si le hubieran atado las manos con cadenas, él

las hubiera roto porque se sentía con la fuerza de un titán. Una ola de amor brutal y avasallador se levantó en su pecho, nunca jamás, ni antes, ni después, se sintió tan plenamente feliz como en ese instante. Se le quebró la voz de la emoción:

—Mi amor, no te preocupes... —carraspeó—. Eres mi mujer ya, pero nos casaremos.

La volvió a estrechar contra su cuerpo duro y enjuto que parecía alimentado a base de piedras y café, pero ella, en lugar de dejar los miembros blandos y acomodarse a él, como hacía habitualmente, se puso rígida y empezó a empujarlo y a aporrearle el pecho con sus puños cerrados:

—No, no, qué dices, yo no quiero casarme..., no quiero, no quiero...

Entre risas, Luis, creyendo que era una broma, trató de cogerla por las muñecas, pero ella siguió golpeándole y dándole patadas hasta que él le dijo con un tartamudeo de incredulidad:

—Pe... pero, chica, ¿qué haces? —Creía que ella no lo había entendido—. Te estoy diciendo que vamos a casarnos, que no tienes que preocuparte.

Pero Muriel sollozaba a gritos:

—No, ni pensarlo...

Él se puso a gritarle también:

—Pero ¿qué más quieres? Me caso contigo, nadie se enterará de que estás embarazada, ¿estás loca? —Al final, sobrepasado por esta situación que se le antojaba increíble, recurrió al argumento que le pareció más persuasivo—. ¡Pero si es lo que quieren todas las chicas!

Pero Muriel no era como las otras, ella no quería casarse, quería huir de toda la oscuridad y la tristeza cruzando ese puente sobre aguas turbulentas:

*When darkness comes  
and pain is all around  
like a bridge over troubled water  
I will lay me down...*

Huir lejos, lejos.

Negaba febril y temblorosa con la cabeza sin saber cómo explicarlo; en realidad sentía un cúmulo de sensaciones inconexas pero a la postre todo se estrellaba contra los escollos de la realidad: cómo podía pensar en huir cuando estaba atrapada por ese ser que crecía dentro de ella.

Se golpeó la barriga. No, no.

Huir, marcharse.

Al final Luis la abrazó muy fuerte, le empezó a acariciar el pelo y a hablarle en el dulce idioma de su padre, *rapaciña*, va, cálmate, *rianxeira*...

Y le susurró al oído:

—Pero ¿qué quiere mi *pobriña*? Dímelo y te lo doy, la luna, las estrellas... —La

separó de él y le preguntó con ojos marrulleros—. ¿Te canto?

Tarareó con un trémolo muy suyo:

—*Todo sigue igual.*

Muriel, a su pesar, se echó a reír:

—Qué bobo eres.

Luis la miró fijamente a los ojos y le preguntó con severidad:

—No querrás...

Entonces nadie se atrevía a pronunciar la palabra «aborto», aunque sí había muchas chicas que viajaban a Londres para interrumpir su embarazo, incluso se rumoreaba que una íntima amiga de Muriel había hecho una discreta escapada con este fin. Pero no dejaba de ser considerado un crimen y un estigma social. Ella respondió rápidamente:

—No, claro.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

Ella se encogió de hombros, suspiró como los críos y como los críos también se pasó el dorso de la mano por los ojos para secarse las lágrimas. Huir, huir lejos:

—No sé, irme a Estados Unidos, una medio tía mía vive en San Francisco, podría tener el niño allí y después ya veremos —con gesto de disculpa, gimió—, ¡shit, es que solo tengo diecinueve años!

Luis la volvió a abrazar:

—Mejor, así serás una madre joven —se bajó de la cama, la tapó solícitamente con la sábana, la miró con picardía y se hincó de rodillas—. Muriel Krosby..., ¿cómo te llamas de segundo apellido?

—Segura.

—Muriel Krosby Segura, ¿quieres casarte conmigo?

Y ahí estaban un mes después, frente al altar, viviendo el primer día del resto de sus días.

Una vida y una boda como un circo de cuatro pistas. Había más periodistas que invitados y nadie conocía a nadie. Alguno tomaba notas con el cigarrillo entre los labios, los fotógrafos se ponían encima de los bancos, uno de ellos empujó a la madre de Muriel y le rompió un tacón del zapato. Se metían en el altar con el teleobjetivo a un centímetro del rostro de la novia, reían, gritaban:

—Aquí, aquí, mira aquí, Marta —creían que se llamaba así—. Luis, Luis, levántale el velo...

Luis les pedía disculpas por ella, «perdonadla, es una chiquilla, no está acostumbrada a esto», y levantaba obedientemente el velo, pero la toma no estaba muy bien y había que repetirlo, el anillo, el anillo otra vez, y ella se sentía desnuda, expuesta como un animal abierto en canal colgando en una carnicería. Luis, en voz baja, le pedía:



—Mi vida, sonríe, mírame a los ojos..., así, pon cara de enamorada.

Ella levantaba los ojos, lo miraba, se oía el disparo de las máquinas, las luces de los *flashes* la cegaban, el foco del *No-Do*, pero Luis la animaba a no cerrar los ojos, sonríe, pequeñaja, sonríe siempre. Todo lo había organizado el representante y jefe de publicidad Enrique Herreros, que repetía «a la prensa hay que alimentarla, que ella nos alimenta a nosotros», y lo que en un principio era una catástrofe, ¡que el *latin lover* por excelencia, el ídolo de las españolas se casase!, al final fue la mejor promoción, portada en todas las revistas, «además, esa chica oriental es muy mona y queda muy bien en las fotos». Y luego le había dicho a Luis, «y acuérdate de que tu lado bueno es el izquierdo».

Sí, él le había hecho unas pruebas de fotografías y habían llegado a la conclusión que el lado derecho de Luis no lo favorecía.

Herreros también había pagado a un centenar de extras y les había dicho, «armad la marabunta»; ellos se lo habían tomado tan al pie de la letra que hubo heridos y se robaron varias carteras.

Presa del delirio, el representante gritaba:

—Ha sido como la boda de Elvis, contadlo en vuestros periódicos, chicos, que esto es la hostia.

La pena fue que *Abc*, el periódico favorito de la familia, únicamente sacase veinte líneas, y no en las páginas de sociedad sino en las de espectáculos, a pesar de que los testigos eran dos señores tan serios como Fernando Herrero Tejedor, fiscal del Tribunal Supremo, y el rector de la Universidad de Madrid Botella Llusía. Ambas aportaciones eran del padre del novio, por supuesto.

La única advertencia de Herreros había sido «nadie tiene que sospechar que estáis esperando un niño», pero nada le había dicho de la situación de pesadilla en la que se iba a ver envuelta. Muriel tenía la garganta agarrotada, en el estómago un torbellino de fuego y sin embargo sentía las manos con frialdad de sepulcro y estaban tan pálidas como su rostro demudado.

Para todo hay una primera vez. En su boda supo lo que era la popularidad, una ola a la que se subió sin querer y de la que no ha bajado jamás.

En la nuca, como una perdigonada, seguía sintiendo la mirada de odio de su suegra, Chelo de la Cruz. Obedeciendo los consejos de su confesor, iba vestida de negro como de luto, negro el traje y negras las pieles; alrededor del cuello llevaba unas plumas de avestruz, también de color negro. Era un monumento viviente al reproche y al rencor, sus gestos desdeñosos hablaban sin necesidad de palabras:

—La china ya ha conseguido pescar a mi Luisito.

En realidad Luisito era más del padre que de la madre. El doctor Campos Soto, un ginecólogo tan de derechas que creía que Franco no se iba a morir nunca, era un buen médico, un hombre deportista, simpático y seductor que dejó muy claro desde el

principio de su propio matrimonio que, por muy católico que fuera, lo de la fidelidad conyugal no iba con él, aunque, como buen español, la mujer, la pata quebrada y en casa. Chelo se convirtió en un ser desgraciado, rencoroso y tan amargado que se dispuso a hacerle la vida tan imposible como él se la había hecho a ella. Altiva y malhumorada, no le dirigía jamás la palabra a su marido; a la hora de comer, por ejemplo, les decía a los hijos:

—Conrad, a ver si papá vendrá a cenar esta noche.

Y Conrad se lo preguntaba al padre, quien, sin embargo, sobrellevaba esa cruz con aparente resignación porque ya tenía sus compensaciones fuera de casa. Ni por un momento se les pasó por la cabeza concederse la paz y separarse, eso era cosa de artistas de Hollywood, aquí la cruz se llevaba toda la vida, ahora, eso sí, esforzándose en hacerse el máximo daño posible y de la forma más refinada.

El doctor Campos se limitaba a no tomarse nada en serio y a pasar fuera de casa, trabajando o no, la mayor parte del día y de la noche.

Hasta lo de Luis.

Luis, el mayor de sus dos hijos, estudiaba Derecho sin mucho entusiasmo y jugaba en los juveniles del Real Madrid. Hasta que tuvo un accidente de coche en El Plantío, tan leve que ni siquiera precisó hospitalización. Pero al poco tiempo empezó a cojear. Todos creían que era una secuela del trompazo, pero en realidad era un tumor en la columna vertebral del que tuvo que operarse, precisó de radiaciones, y cuya recuperación fue tan complicada que los médicos le dijeron que no volvería a caminar nunca.

—Se quedará paralítico. No se preocupe, no es el fin del mundo.

Pero ese don Quijote llamado Luis Campos Soto tenía ahora una causa noble por la que luchar, ¡la recuperación de su hijo, Lázaro viniendo de entre los muertos! Y a ella se entregó en cuerpo y alma, «lo único que quiero es estar con mi hijo, lo demás me importa un carajo, comer o cenar, dormir o trabajar».

Luis no podía ni siquiera orinar por sí mismo, el padre tenía que sacarle con el dedo la defecación que se le acumulaba en el intestino, según explicó a sus biógrafos, y estaba parapléjico desde la cintura hasta los pies. El doctor no se separaba de su lado las veinticuatro horas del día y lo hizo luchar de tal manera, a base de masajes, natación, caminatas, gimnasia, remo y gritos, que a veces Luis gemía de desesperación. Entonces el padre, en lugar de compadecerse, le increpaba:

—Venga, no te amilanes, tú puedes, esfuérrate un poco más.

Y Luis apretaba los dientes y se esforzaba.

Cuando consiguió mover un dedo del pie, los dos se abrazaron y se pusieron a llorar.

La entrega del padre, unida a la gigantesca voluntad para sobreponerse de Luis, hizo que al cabo de un año no solamente caminara casi sin dificultad (una ligera cojera no se la ha quitado nunca), sino que emergió de esa tragedia no como futbolista, ni como abogado, sino ¡como cantante!, algo muy raro, porque, según

decía el padre:

—Nadie lo veía como artista.

Hasta en eso le ayudó. Fue por él, en realidad, gracias a su amistad con el director general de televisión Juanjo Rosón, por el que Luis ganó el Festival de Benidorm. Al mismo tiempo alentaba su espíritu conquistador, había intuido que el éxito con las mujeres, su atractivo, sería la baza más importante para su triunfo artístico.

El padre y Enrique Herreros reescribieron su biografía y decidieron obviar el tumor en la espalda, ese tema tan desagradable, y hablar solo del accidente de coche, que siempre tenía más glamur y más romanticismo.

El doctor no dejaba de repetirle a su hijo:

—Luisito, hagas lo que hagas triunfarás, porque tienes madera de campeón.

El lazo entre Luis y su padre era más fuerte que el que unió a Luis con sus propios hijos. Él mismo lo dijo, ya mayor:

—Quiero a mi padre más que a mis hijos, porque mi padre se irá antes y mi amor por él tiene que ser más intenso.

Ahora que Luis era un hombre hecho y derecho de veintisiete años, seguía siendo para su padre ese pajarillo herido con un ala rota que él había entablillado... Sí, podía volar, pero siempre iría un poco retrasado respecto a sus compañeros y su vuelo no sería tan perfecto como el de los otros pájaros. Iba siempre a necesitar que él estuviera a su lado, supervisándolo todo.

Y lo hacía, sí. Si no era el propio Luis el que le llamaba para contárselo, él tenía desperdigado por todo Madrid un ejército de amistosos espías que le informaban, en la casa de discos, los porteros de discotecas, camareros de los bares, los enfermeros que le daban masajes, sus propios amigos... Las llamadas eran siempre informales:

—¿Qué hace ese chico mío? ¿Se porta bien?

Y escuchaba atento en su consulta, con la bata abierta, y con una paciente o una enfermera esperando a que terminara.

Le contaron de Muriel el mismo día en que Luis la conoció. Primero no se preocupó, una más, puñeta, a quién había salido este chico, pero cuando le dijeron que se iba a Londres y que aun estando con la inglesa la llamaba sin parar, empezó a preocuparse.

Preguntaba:

—Pero ¿la persigue? ¿Va a buscarla a su casa?

Él sabía que basaba una gran parte de su atractivo como cantante en su pose melancólica de hombre sediento de amor. Claro que todas esas fans que le gritaban en el aeropuerto y a la salida de los programas de radio eran chicas contratadas por su mánager, pero el padre confiaba en que llegaría un momento en que serían fans de verdad y que se enamorarían de verdad de él. Como les pasaba a los Beatles, esos melencólicos que al doctor no le gustaban mucho porque él era más de Frank Sinatra.

Este era otro tema en el que chocaba con su mujer. Chelo quería que su hijo terminara la carrera de abogado y abriera su propio bufete, pero el padre se daba

cuenta de que eso no era para su Luis, que había descubierto que con poca voz pero agradable, trabajo, dosis masivas de testosterona y una capacidad ingente de seducción se podía conquistar el mundo. Y diablos, el pobre chico había estado a punto de morirse o algo peor, quedarse parálitico de la cintura para abajo...

De cintura para abajo suponía que nunca... Oh, no, Dios... Sí, eso exactamente. El doctor se estremeció... Que disfrutara del mundo, coño, se lo merecía.

Bueno, no estaría de más que acabara la carrera, eso sí. Incluso porque un cantante abogado vestiría más, lo diferenciaría de Raphael, que, sí, vale, tenía una gran voz, pero era hijo de un obrero ferrallista, y no digamos Joselito y toda esa tropa.

—¿Así que es filipina esa chica?

Hombre, estaba bien, él tenía amigos filipinos, los Saiz de Vicuña, en concreto Pepe Vicuña, el productor, ah, ¡que eran muy amigos de la familia de ella! Alguien le enseñó una foto que había aparecido en *Lecturas*, la única instantánea que había de Muriel; estaba en un desfile de modelos vestida de *hippy*, pero de *hippy* limpia, se apresuró a constatar con alivio el buen médico, parecía una chica sin demasiado carácter y quizás le haría más feliz de lo que había sido él con Chelo. Como no sabían su nombre, el pie de foto precisaba que «en este desfile de beneficencia también había posado una señorita filipina».

Sumó, restó, pensó mucho en el tema... El doctor se daba cuenta de que, si bien su propia familia era irreprochable e incluso Chelo tenía algún pariente con título, el hecho de que Luis se dedicara a cantante hacía que las posibilidades de que una chica «bien» se fijara en él habían disminuido. Si se quedaba soltero se exponía a que corrieran rumores sobre posibles homosexualidades, lo de maricón de toda la vida, vamos, y entonces, ¿quién se creería sus canciones de amor? Recordemos que era una época en que se ocultaba férreamente cualquier desviación; los periodistas le preguntaban a Vicente Parra, notorio gay, por qué no se casaba y él tenía la respuesta a punto:

—Porque no he encontrado la mujer adecuada.

Casarse, sí, pero con una mujer que comprendiera que ser artista no era ser registrador de la propiedad... Una mujer sumisa, dedicada a su casa, sin temperamento, tolerante y vistosa.

Muriel podría ser esa chica. Pidió informes sobre la familia: el padre, al fin, había encontrado un trabajo más o menos estable en el Banco Español de Crédito, se habían cambiado de casa y se habían trasladado a vivir a una quinta muy presentable en el barrio de Magallanes en la calle Lapu Lapu... Los chicos es cierto que habían salido algo rebeldes, pero ¿quién no tenía hoy día un problema de este tipo en la familia?

Y, sobre todo, ¡Filipinas estaba tan lejos! No había dinero en ningún diario para desplazar a un equipo de reporteros para investigar y, aunque lo hubieran hecho, los padres rehuían la popularidad, eran gente bien y discreta. Murielita también lo era, excesivamente discreta en realidad. Las únicas palabras que habían logrado arrancarle

los periodistas la misma mañana de la boda:

—No me caso con el cantante, sino con Luis, yo no soy artista y no debo hacerme una publicidad que a nada conduce —y había titubeado un poco—, mi vida no va a cambiar.

Herreros, el padre y hasta el mismo Luis esperaban mayor colaboración por parte de Muriel en el futuro, ¡ya aprendería! O, mejor dicho, ya le enseñarían ellos.

Desde el principio el doctor Campos lo supo todo. Aprobó las reticencias de Muriel y advirtió que esa chica era menos ingenua de lo que pensaba. Le contaron lo de la casa del pantano de San Juan y no se sorprendió en absoluto cuando un farmacéutico amigo suyo lo llamó para chivarle que Muriel se había hecho una prueba de embarazo y que había resultado positiva.

Claro que de todo esto no dijo nada a nadie y se hizo el sorprendido cuando Luis y Muriel fueron a confesarles cogidos de la mano que «tenían que casarse», la fórmula habitual para comunicar a la familia que esperaban descendencia. Chelo la había recibido con hostilidad, la había mirado de arriba abajo y le había espetado:

—Veo que las orientales estáis más espabiladas que las españolas, ¿tú vas a misa?

Muriel no se esperaba la pregunta y se atragantó con la taza de chocolate que se estaba tomando en ese momento, la verdad es que no era una católica muy ferviente y tenía sus dudas respecto a la existencia del Altísimo, pero ante esta mujer guapa y ajada de ojos fríos, balbuceó:

—Sí, sí, claro —y precisó innecesariamente—, todos los domingos.

Sin dejar de mirarla, la mujer se puso a gritar:

—¡Conrad!

Muriel se llevó la mano al pecho asustada, pero Chelo solo estaba convocando a su hijo favorito ante su presencia. Conrad era guapo, buen estudiante y ninguna de sus novias se iba a quedar embarazada para pescarlo porque era más listo que el otro.

El hermano pequeño estuvo muy cariñoso con ella y se rio francamente cuando su madre le dijo:

—Ahora te quedas de hombre de la casa.

El doctor Campos se hizo el distraído, era la única fórmula que tenía para aguantar al lado de aquella mujer cuyo único objetivo era amargarle la vida, y le dio un golpe a Luis en el hombro:

—Hijo, te irá muy bien casarte con una chica como Muriel... Es encantadora y tiene mucha clase.

No se dio cuenta de la mirada venenosa de Chelo. Pero Muriel sí.

La misma mirada que ahora sentía en el cogote y que parecía que horadaba un túnel hasta su cerebro para leer sus pensamientos, «no quiero estar aquí, no quiero estar aquí».

Por parte de ella habían venido, además de sus tíos, su hermana Cris, la pequeña, de solo quince años, y su madre, a quien acompañaba su amigo de juventud, el productor Pepe Vicuña. Le había pedido a Frank que fuera también, pero el hermano

se había excusado de una forma tan vaga que Muriel había sentido una punzada en el corazón. Pero todos, hermanos, padres, amigos, todos iban a ser ya personajes secundarios de su biografía, porque su destino iba a estar unido siempre ya a aquel hombre.

Lo miró de reojo. Llevaba una corbata horrible, de color lila, y ni aun con chaqué conseguía estar guapo. Él la miró también con ojos suplicantes pero sin olvidar que allí estaban los fotógrafos, así que le hizo una seña para que se retocase el maquillaje. Muriel se apresuró a pedir un espejito a su madre y se pasó las manos por el rostro, iba muy pintada y le quedaron las palmas manchadas de *beige*. Llevaba los labios de rosa nacarado y los ojos con blanco en los párpados y *eyeliner* negro para que parecieran aún más rasgados. Estaba ojerosa, y Luis le preguntó por primera vez:

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió débilmente.

La salida fue tan caótica como la entrada, Muriel iba arrastrando los pies, las manos le temblaban y procuraba mirar al frente porque estaba muy mareada. Los fotógrafos habían ocupado los primeros bancos y en las últimas filas estaban desperdigados algunos invitados llegados a última hora que la observaban con curiosidad porque tampoco la conocían. Comentaban entre ellos con algo de resquemor:

—Aquí si no eres fotógrafo no te hacen ni caso, es una boda solo para periodistas, qué barbaridad, si lo sé no vengo.

Se veían pieles buenas, joyas, algún sombrero, pero los gritos de los periodistas, las risotadas del público, los niños que incordiaban, el suelo mojado, todo contribuía a que más que una boda la ceremonia pareciera un espectáculo de *cabaret* sórdido e incontrolable.

Un perro hizo pipí contra la puerta y huyó con el rabo entre las patas.

En José Luis, donde tuvo lugar el banquete, con una truculenta decoración a base de cadenas en la paredes, cuadros con bodegones de perdices ensangrentadas y ciervos atravesados por una flecha, moqueta granate y cortinas de color fecal, Muriel se dejó caer en una silla y se arrancó el velo. Las agujas con las que se sujetaba el peinado ahuecado que le había hecho Isaac Blanco y las canciones de Luis que sonaban interminablemente por los altavoces le daban un tremendo dolor de cabeza.

—Hija.

La voz de su madre la reconfortó. Apenas habían cruzado palabra y le emocionó que a pesar de lo poco que le gustaba viajar, a pesar de que la habían avisado con tan poco tiempo, a pesar de que sabía que se casaba embarazada, a pesar del gasto que apenas se podían permitir, hubiera querido venir y estar a su lado.

Sintió sus manos frías y arrugadas como pergamino sobre su frente, tuvo ganas de cerrar los ojos y dejar que ella la acunara como cuando era niña. La madre empezó a arreglarle el moño con cuidado y aprovechaba para masajearle las sienes, para hacerle una caricia furtiva en la mejilla. Muriel estaba muy quieta, le hubiera gustado coger

las manos de su madre, darles la vuelta, inclinarse sobre las palmas y echarse a llorar.

Los camareros protestaban:

—Aquí, para poder servir algo, habrá que abrir un pasillo aéreo como en Berlín.

Otro le dijo a Herreros:

—Se queja la gente de que la música está muy alta y que suena el mismo disco todo el rato.

Pero Herreros contestaba abruptamente:

—¡Pues que se jodan, esta es la boda de Luis Campos! ¡No vamos a poner canciones de Juanita Reina!

Pero Muriel se sentía en un acuario, los gritos de la gente se convirtieron en un rumor lejano, la madre estaba callada, ¡el olor de su madre!, ¡el olor de las madres!

Hasta que de pronto se sobresaltó, se le erizó la piel por la carga de odio que había en esa voz:

—Qué pena que no haya podido venir el resto de la familia, ¿no? Claro, el viaje es tan caro...

Muriel apretó los dientes ante las palabras de Chelo, pero la madre le contestó con afabilidad mientras le oprimía la mano a su hija para que se callara:

—Sí, la verdad es que sí.

La otra proseguía:

—Y los hijos, ¿qué? ¿Qué hacen?

Frank, el mayor, andaba en malas compañías, y Pedro, de tan solo diecisiete años, ya había sido detenido una vez por un delito menor relacionado con las drogas. Chelo se había informado perfectamente, pero aun así Cristina continuó respondiendo con educación:

—Todos son muy buenos chicos —y cambió hábilmente de conversación—, como los tuyos, Chelo, los has educado muy bien.

La ya consuegra se puso a rezongar sin saber qué decir, cuando Luis, que no se había enterado de nada porque estaba pegando abrazos a diestro y siniestro, cogió a Muriel por el cuello y le dijo a su madre:

—Mira, mamá, qué mujer más guapa tengo... ¡Y nuestros hijos van a ser unos chinitos cojonudos!

La broma no tenía ninguna gracia pero todos se pusieron a reír como si lo que había dicho fuera desternillante y Chelo, decepcionada, se fue a clavar su aguijón a otro sitio.

Cristina le apretó a su hija el brazo con fuerza, pero ya la reclamaba Cris, que estaba sola y no sabía con quién hablar.

Luis ocultaba las manos detrás y de repente dijo:

—¡Tachán!

Y le presentó los muñecos que coronaban el pastel y un fotógrafo tomó una imagen. Muriel miró de cerca aquellas gigantescas figuras que tenían algo siniestro, eran como muñecos de ventrílocuo: el novio era una especie de Elvis con una guitarra

de plástico y la novia tenía un aspecto equívoco, como de prostituta. Le parecieron de mal gusto y encima le mancharon el vestido con restos de merengue, una mancha pringosa que cuanto más frotaba más grande se hacía. Herreros les comunicó a los periodistas con gesto grave:

—Intentaré que Muriel os conteste a unas preguntas, pero nos tiene muy preocupados.

Era el mismo Herreros que, cuando uno de sus representados, Juan Luis Gallardo, llegaba de América, le hizo vendarse los ojos con un pañuelo en el avión y explicó a los periodistas, «¡se ha quedado ciego!».

Ahora ponía gesto compungido hablando de Muriel, como si estuviera al borde de la muerte:

—Tenemos auténtico miedo, es demasiado frágil y joven y no está acostumbrada... Hay una ambulancia permanentemente de guardia, puede pasarle algo.

Y después le susurró a Muriel:

—Contesta a los periodistas —y bajó aún más la voz— y di que el traje es de Pedro Rodríguez.

La pobre y demasiado modesta Mercedes Sogel desaparecía de la escena y no le habían dado tiempo siquiera a saludar antes de irse.

Muriel, con los labios pálidos, balbuceó ante los reporteros, que tomaban notas ávidamente:

—No puedo pensar en nada... —y al final confesó—, estoy asustadísima, no sé tratar con los periodistas.

Luego escribieron «la novia parecía a punto de desmayarse, su cara exótica estaba tan blanca como este papel en el que estoy escribiendo».

Muriel apenas escuchaba el catálogo de tópicos que iba desgranando Luis, «muy contentos... Nos vamos a Canarias de viaje de novios..., luego a México. Claro, la señora Campos vendrá conmigo». Se acercó Santiago Bernabéu a protestar porque le habían robado el coche, Lazarov dijo «esto ha sido mejor que el mejor de mis espectáculos, menudo tumulto se ha armado», Natalia Figueroa, los Fierro... A todos esos desconocidos saludaba Muriel con gesto distraído mientras limpiaba obsesivamente la mancha, restregaba con un pañuelo de encaje, rascaba con la uña, y mientras, al acordarse del modesto pisito amueblado de la calle del Profesor Waksman que habían alquilado, pensó en el dinero, ¿tendremos suficiente?, ¿esto de cantar se paga?

Pensó en esa sociedad fría, hostil e hipócrita que la miraba como a una extranjera, en ese desconocido con el que se había casado, se acordó de su padre y sus hermanos, tan desgraciados y tan lejos, de Manila, de la luz de su casa y de las palmeras del jardín, de los atardeceres en llamas sobre la bahía desde Roxas Boulevard, los paseos por los jardines de Luneta en Intramuros, Makaty, donde tan bien se lo había pasado con sus amigas del colegio de la Ascensión, del Manila Polo Club y, sobre todo,



pensó en sus diecinueve años, en esa casi niña independiente, libre y anónima que ese día de enero de 1971 se levantaba de la misma silla donde estaba sentada, se volvía apenas diciéndole adiós con la mano y se iba para siempre.

—Salgamos a la playa, Luis.

—No.

—Llevamos tres días en el hotel y no sé si llueve o hace sol.

—En Canarias hace sol siempre, pequeña, ¿no lees los folletos turísticos?

—Va, que me he comprado un bikini...

—Ahí quería llegar yo. ¡No me gusta que lleves bikini!

—Mira qué mono me queda.

Muriel, hábilmente, se escurrió de los brazos de Luis para ponerse con mañas de prestidigitador las dos piezas del traje de baño. Bastante castas; la parte de arriba tenía cazoletas puntiagudas y unos tirantes tan gruesos que el escote quedaba reducido a un pequeño triángulo; la de abajo era un pantaloncito que tapaba media barriga, tan plana como la de una adolescente, aún no se le notaban los dos meses de embarazo. Se mantenía de pie ante Luis chupándose la punta de la trenza medio deshecha, apoyándose ora sobre un pie, ora sobre el otro, espléndidamente esculpida en el mármol dorado de la juventud. Luis la cogió de una pierna y la atrajo hacia la cama, la hizo rodar sobre las sábanas. Ella se escandalizaba mientras él intentaba besarle el ombligo:

—¡Cuidado, Luis, el niño!

—O la niña, quita, quita, vamos a darle vitaminas a mi hija, que yo quiero que esté fuertota como yo.

Se ponía de rodillas, se golpeaba el pecho como Tarzán, gritaba:

—Oeeeeeeee.

Y cuando ya Muriel trataba de escabullirse, y decía muerta de vergüenza «chist, chist, que nos oirán los vecinos», él la atrapaba y caían sobre el suelo, menos mal que la moqueta era gruesa y amortiguaba el golpe... Luis empezó a frotarse la cadera con gestos exagerados:

—Uy, uy, uy, tendré que llamar a mi padre para decirle que me he vuelto a lesionar —ponía los ojos pillos—, o, mejor, llamaré a mi madre, que venga a cuidarme. ¿Qué te parece?

Aunque había fingido no enterarse, Luis se había dado cuenta de la inmensa antipatía que se había despertado entre ambas mujeres. Muriel empezaba a pegarle con la almohada, tu madre no, tu madre no, hasta que él la cogía muy fuerte y se quedaban mirándose cara a cara, Luis escrutaba el resplandor de la luz sobre su rostro, le pasaba la mano por la boca, los labios hinchados a besos, la nariz, los ojos, le apartaba el pelo de la frente, seguía el borde delicado de su oreja, susurraba abstraído, incapaz de contenerse:

—Es como una caracola.

Trataba de hundirse en sus pupilas mientras ella lo observaba conmovida por ese amor tan profundo, por la adoración de Luis, que acercaba tanto sus ojos escrutadores y fieros a su rostro como si quisiera descifrarlo, y le susurraba:

—Quieta, no te muevas.

Y después abatía los párpados y otra vez pasaba la mano como hacen los ciegos cuando quieren leerte los rasgos, y se le descomponía el gesto de la boca, se le licuaban los ojos y la abrazaba tan fuerte, tembloroso y gimiendo, que le hacía daño.

—Te comería..., no, mejor, te bebería entera, te metería dentro de mí, te asimilaría a mí, me amalgamaría contigo como se funden los metales hasta no saber lo que es tuyo o lo que es mío.

Y de pronto se quedaba pensando que eso podía ser la letra de una canción... Esas palabras o... aquellas otras. Ensimismado le preguntaba:

—¿Cómo era lo que dijo el cura en la iglesia, lo del álamo y el camino...?

Canturreaba hasta que de repente la soltaba, mordía la sábana exultante de deseo desbordado, se lanzaba al suelo a cuatro patas y fingía coger trozos de moqueta a puñados gritando:

—Estoy feliz..., soy feliz..., ah —sentía una bandada de gaviotas dentro, le parecía que podría conseguirlo todo, echaba una mirada a su alrededor por la habitación, barata, fea e impersonal como todos los sitios de playa—, ¡ahora soy tan feliz que podría comer hierba!

Ella se dejaba caer a su lado riendo también:

—Yo quiero ser vaca..., comeremos los dos de primero hierba.

—De segundo, hierba...

—De tercero —fingía pensar—, ¡hierba!

Y Muriel parpadeaba varias veces, se ponía de rodillas y le pedía, suplicante, uniendo las manos:

—Por favor, cariño, hazme un gran favor...

—Dime, pequeña.

—Tú lo harías todo por mí, ¿verdad?

Luis asentía vigorosamente:

—Claro, pídemelo el sol y las estrellas y te las bajo. —Intentaba salir al balcón—. Portero, una escalera.

Ella trataba de detenerlo y lo miraba con los ojos ingenuamente abiertos, parpadeando mucho:

—No, no, eso no, quiero que..., ven aquí...

El otro se acercaba no muy seguro de sí mismo tratando de protegerse los testículos con ambas manos:

—Qué.

Muriel le cogía:

—No, eso no, acércate más... No quiero que nos oiga nadie, es muy importante para mí...

Sin tenerlas todas consigo, Luis remoloneaba preguntándole:

—Sí, qué, qué...

Y Muriel le silabeaba en el oído:

—Di ¡mu!

Y Luis la perseguía por toda la habitación con risas locas y chillidos, Muriel gritaba muuuu muuuu, se reían de lo mucho que se reían hasta que terminaban siempre de la misma manera: cansados como niños, sobre la cama, haciendo el amor y hubieran querido que esa noche no terminara nunca.

Suspiraban largamente hasta que el sol se ponía, volvía a salir y cantaban las garzas.

Ah, ¿que las garzas no cantan? Pues en esas noches de delirio cantaban, vaya si cantaban.

A Luis le hacía gracia que, aunque Muriel comiera tan poco, tuviera que alimentarse casi cada hora; ella se disculpaba:

—Es mi sangre filipina.

De repente a él le entraba también un hambre exagerada y pedían comida a unas horas estrambóticas, las seis de la tarde, las cuatro de la madrugada. Les decían que la cocina estaba cerrada y entonces Muriel disponía los pistachos, las almendras saladas, las galletitas del mueble bar sobre la mesa como si se tratara de un gran banquete, se colocaban las toallas en el regazo, ponían agua en los vasos de dientes y brindaban como si fuera *champagne*.

Luego se tendían en la cama, la cabeza de Muriel sobre el pecho de Luis, y mientras le acariciaba el pelo le explicaba sus sueños de futuro y una luna gorda y mantecosa atravesaba el trozo de cielo que recortaba la ventana.

Porque el viaje de novios no se terminaría con la semana que iban a pasar en Maspalomas, sino que continuaría con la gira de Luis en Sudamérica:

—Primero México para recoger ese premio tan importante.

Entre sueños Muriel le preguntaba:

—¿Cómo se llama?

Luis titubeaba, porque la verdad es que no se acordaba muy bien de cuál era el premio, ¿artista revelación?, ¿debutante?

—El mejor cantante internacional.

—Ah.

—Luego Panamá, Venezuela... Allá al parecer soy muy famoso —alardeaba—. «Katerine»...

Muriel torcía el morro:

—Tú y tu «Katerine»; no me gusta esa canción que está dedicada a otra.

—Calla, celosilla, pues «Katerine» ha sido un exitazo tremendo, creo que Fernando no da abasto para cerrar fechas, me reclaman en las televisiones.

Muriel se incorporaba y lo observaba con cierta alarma:

—Pero a mí esa vida no me gusta. Con lo tranquilos que estamos aquí sin que

nadie nos conozca.

Luis se amostazaba un poco:

—Hombre, nadie nadie, tampoco, te recuerdo que tu marido ha ganado el Festival de Benidorm.

—Ah, sí, eso —los triunfos de Luis la verdad es que a Muriel la dejaban fría, no podía sacarse de encima la sensación de que ser cantante tenía algo de vergonzoso, que estaba en la escala social solo un poco más arriba que ser hamaquero o aparcacoches—, pero entonces no podremos salir tranquilamente a la calle; nos perseguirán los fotógrafos.

Luis contestaba con suficiencia:

—Seguramente.

Al final Muriel se quedaba dormida con la media luna de las pestañas sombreándole las mejillas y solo así se amortiguaba el deseo brutal que sentía noche y día por ella. Entonces Luis se escapaba al vestíbulo para llamar a Fernando Abad.

Porque la verdad es que de la tan publicitada gira de momento no había nada. Gracias al corresponsal de *El Heraldo* en España habían conseguido que le concedieran a Luis un premio menor, el artista revelación español del año, en unos sencillos premios periodísticos. Y aun así, lo había obtenido a base de prometer que el viaje y la estancia correrían a su cargo. En ese proyecto estaba invertido su no muy abundante caudal con la esperanza de que, tirando de ese hilo, se pudieran conseguir contratos en Hispanoamérica, donde ya habían triunfado cantantes como Nino Bravo, Raphael o Serrat.

Desde el *hall* en penumbra, con un somnoliento conserje derrumbado en la recepción, Luis llamaba con voz temblorosa:

—Qué, Fernando, ¿sabes algo?

El amigo le contestaba:

—Estoy mirando, ya sabes que el Gobierno español en el exilio nos ha puesto la proa.

México no había reconocido nunca a Franco y mantenía un gobierno en el exilio compuesto por viejos republicanos que abominaban de todo lo que viniera de España. Y más si era un cantante hijo de un franquista tan notorio y confeso como el doctor Campos.

Al menos, Fernando y Luis preferían pensar que la falta de contratos se debía a cuestiones políticas más que al hecho de que Luis fuera un desconocido que no despertaba ningún interés entre los empresarios mexicanos.

—A ver si en media hora te puedo decir algo, estoy esperando una llamada, ya sabes la diferencia horaria que hay, siete horas.

Luis se paseaba arriba y abajo del *hall* mordiéndose las uñas, mientras afuera amanecía y el sol se levantaba sobre el horizonte brillando egoístamente sin pudor ninguno. Por decir algo, masculló, «podría llover al menos» y, como haciéndole caso, un trueno hizo vibrar los cristales de las ventanas, aunque el cielo seguía de un color

imperturbablemente azul.

Muriel, que lo esperaba en la habitación algo enfurruñada, le decía:

—No me dejas ir a la piscina y sin embargo tú te pasas toda la noche fuera.

Luis se disculpaba:

—Es que salgo a pasear por la playa solitaria para inspirarme y poder componer.

¡Niña, te has casado con un artista!

Se puede decir que en esa ocasión fue la primera y única vez que la coartada de Luis no ocultó ninguna infidelidad.

Esa noche volvía a bajar, le decía a Muriel:

—Un momentito solo, creo que me está viniendo la inspiración... El álamo, el camino...

Ella, más tarde, contó que debido a esto había creído durante mucho tiempo que la inspiración era una especie de paloma blanca que se posaba en la cabeza de los artistas y que venía en el momento menos pensado, presta a levantar el vuelo si no le hacían caso.

No sabía que su marido recién estrenado se limitaba a esperar al lado del teléfono con el corazón en la boca.

Ella también se angustiaba, pero por otros motivos. Comenzaba su vida de recién casada, ansiaba que saliera bien e intentaba querer a Luis como él la quería a ella. No se imaginaba muy bien cómo iba a ser su existencia futura, porque ahora se sentía en una especie de paréntesis, como si todo fuera una broma. Imaginaba que tía Daisy llegaría un día y le diría:

—Arriba, niña, esto ya ha durado demasiado tiempo. Venga, al colegio.

En realidad, la única diferencia era que ahora podía hacer el amor sin que fuera pecado.

Y que eso de poder hacerlo a cualquier hora se traducían en unas molestias que algunos días le impedían caminar o sentarse.

Pero no se atrevía a comentárselo a Luis; él siempre encontraba nuevos caminos para cantar el himno del amor, como decía cuando quería ponerse cursi.

Sus posesiones personales cabían en una maleta. La casa que tenían en Madrid la habían alquilado amueblada, su familia estaba lejos y Muriel no tenía otra cosa que hacer que poner en marcha su imaginación desbordante de veinteañera. Cuando Luis subía a la habitación, se colocaba en el rostro una sonrisa como si fuera una careta e intentaba explicarle el complicado proceso de creación, pero ella no lo escuchaba, se cepillaba interminablemente el pelo frente al espejo mientras se lamentaba:

—Allí, en esos países que vamos a visitar, no sé qué vida haré, tú estarás todo el día actuando —Dios te oiga, pensaba Luis— y yo tendré que entretenerme de alguna manera.

Luis se aferraba a esta pequeña posibilidad:

—Pues quizás sería mejor que no vinieras; te vas a casa, a Madrid, y me esperas. En tu estado...

Pero Muriel se enfadaba, cesaba de peinarse y lo miraba airadamente a través del espejo:

—Me encuentro bien y no quiero dejarte solo, ¡nos acabamos de casar! —Y añadía de pronto, súbitamente alarmada, recordando la pesadilla del día de su boda—. A mí no me vuelvas a enviar a los periodistas a entrevistarme, que me agobian, son muy ordinarios y no sé qué decir.

¿Periodistas agobiándonos?, pensaba Luis, no caerá esa breva, pero tenía que darle la razón a su mujercita venerada, tragando con dificultad para deglutir esa inmensa bola y luego poder regurgitarla:

—Sí, allá soy un ídolo.

¡Tenía tantas ganas de que ella lo admirase de una puta vez!

Y venga otra vez al vestíbulo a esperar con el estómago encogido esos contratos asombrosos que iban a convertirlo en el más grande artista de todos los tiempos.

El primer *shock* para Muriel fue viajar en clase turista a México. Luis se embarulló en confusas explicaciones acerca de un error de la agencia. Lo siguiente fue ver el escaso equipo que se desplazaba con ellos, ni músicos, ni representantes de la casa de discos, ni nadie más que Fernando Abad. Y su guitarra. Precisamente la guitarra fue la culpable de su primera decepción. Bajaron del avión en el aeropuerto de México y fue a buscarlos un comercial de Polydor, la firma que tenía los derechos del disco de Luis. Que llevaba cogida del brazo a una Muriel algo mareada y un maletín en la otra mano, mientras Fernando acarreaba la guitarra dentro de su funda. El hombre, que se llamaba Herbé Pompeyo, lo vio, y sorteando a Muriel y Luis con un educado «perdonen», se dirigió a Abad con la diestra tendida:

—Bienvenido a México, don Luis Campos.

Abad le indicó al verdadero Luis, que ocultó su cabreo con una sonrisa de circunstancia mientras rezaba por dentro para que Muriel no se hubiera dado cuenta de su insignificancia, ¡ni los empleadillos de baja estofa sabían quién era! Muriel fingió no advertir la metedura de pata de Herbé, que evidenciaba que a su recién estrenado marido, ¡el ídolo de las masas!, en realidad en México no lo conocía ni Dios. Y así, ambos, Luis y Muriel, empezaron a basar su matrimonio en pequeñas ocultaciones y disimulos, los peores mimbres para construir una relación seria y duradera.

Con su menguado presupuesto solo pudieron alojarse en un hotel viejo e incómodo; la habitación tenía dos camitas gemelas y un cuarto de baño con una puerta que no cerraba. A Muriel eso de oír el chorro de la orina de su marido sobre la taza del váter le daba mucha vergüenza; para sus cosas, claro está que esperaba a estar sola.

Giró el picaporte a un lado y a otro. Nada. Abrió la cortina de baño de la ducha y le pareció que una cucaracha se apresuraba a meterse por el desagüe, pero como no

estaba muy segura prefirió callar. Luis la miraba nervioso, le costaba descifrar la imperturbabilidad de su mujer, y le decía:

—Qué oriental eres.

Y ella le contestaba:

—Y tú, qué moro.

Muriel se sentó en el colchón, duro y tapado por un deprimente cubrecama de flecos. Luis se puso a parlotear sin descanso:

—Mira dónde nos han puesto estos pendejos... Claro, como está al lado del periódico, por eso nos han recomendado este. Nosotros queríamos ir al Sheraton. ¡Pero tiene bonitas vistas, ya verás! —Se fue a la ventana y levantó la persiana, el hotel daba a una triste gasolinera, volvió a cerrarla rápidamente antes de que ella pudiera verla—. Pero es muy tranquilo, aquí descansarás mucho.

Muriel, en silencio, iba colocando los vestidos sobre las sillas porque en el exiguo armario no había perchas. El que pensaba ponerse para la entrega de premios, de Herrera y Ollero, ya le iba un poco apretado, aunque todavía no había engordado ni un gramo. Le preguntó a Luis:

—¿Crees que aquí me lo plancharán? —rectificó sobre la marcha—, quiero decir, ¿me dejarán una plancha?

Luis la cogió y la hizo sentar en sus rodillas; con voz falsa le anunció:

—Pero ¿no querrás venir a la entrega de premios, no? ¡Si a ti no te gustan estas cosas! Además, será una ceremonia muy larga y muy aburrida y yo no quiero que mi mujercita y mi hijo se encuentren mal y se mareen; tú te quedarás aquí, en el hotel, tan ricamente.

Muriel abrió unos ojos como platos:

—¿Pero cómo me voy a quedar aquí? ¡Si he venido a México para asistir a ese momento tan emocionante!

Luis no podía permitir que su mujer asistiera a la sencilla entrega de premios y viera que, encima, a él le tocaba el más modesto de todos, el último de los treinta que se concedían. Iba justo después del trofeo al mejor conductor de camión.

—No, no, quédate, además de que será muy pesado.

Pero ella no lo entendía y ya había empezado a maquillarse, cuando al final Luis tuvo que ir a buscar a Fernando y le susurró apremiantemente:

—Que Murielita no venga a la mierda esa.

Abad lo entendió rápidamente y la convenció diciéndole que no era costumbre en México que las mujeres acudieran a este tipo de actos. Luis se vistió con un elegante traje que le había hecho Castellanos; en el último momento ella consiguió que no se pusiera calcetines blancos.

Y él le dijo mientras le daba un beso y le acariciaba un pecho por debajo de la blusa:

—Acompáñame abajo y rellenas los papeles de admisión. Luego te metes enseguida en tu cuarto, que no me gusta que te vean sola. Pequeña, te quiero mucho.



Muriel suspiró en el fondo aliviada y fue al mostrador de recepción. Le tendieron la ficha preceptiva y en la casilla de «profesión» dudó un instante, miró a un lado y a otro como si alguien estuviera espiándola, y escribió «abogado».

Después subió a su habitación. Sola.

Sería la primera noche de muchas.

Cuando terminó la entrega, en la que el locutor llamó a Luis licenciado Juan del Campo y Ríos y glosó sus dotes como cantaor de flamenco, mientras degustaban el modesto pisco-labis sin que nadie les dirigiera la palabra, Luis le preguntó con nerviosismo a Fernando:

—Qué, ¿no has conseguido nada?

Su mánager se abrió de brazos con desaliento:

—¡Nada! —Miró a su alrededor con desesperación y en ese momento vio un rostro conocido que atravesaba la sala—. ¡Espera!

Era Jaime Rentería, un viejo amigo de su padre, que se acercó a saludarlo con grandes golpes en la espalda. Abad le presentó a Luis, y Rentería le dijo con amabilidad:

—Ya he oído hablar de ti, sé de tus éxitos en España.

Abad cruzó una rápida mirada con su representado y explicó que habían venido a México a una tanda de recitales, pero que el empresario había entendido mal las fechas y tenían unos días libres, sin nada que hacer. No sabemos si el mexicano creyó esta improvisada patraña, pero se apresuró a proponer:

—Hombre, yo tengo un club pequeño, el Quid, si os apetece, para mí sería un honor que Luis cantase allí.

Luis le propinó a Abad un codazo sin ningún disimulo y este se apresuró a aceptar:

—Gracias, nos irá bien. Si no canta, Luis se aburre mucho.

—Pues, si os parece, vamos a tomar una copa y os lo enseño.

Una copa, dos, tres... Las once, las doce, la una... Muriel estaba en la habitación sin saber qué hacer, se había cepillado el pelo (cien veces), se había maquillado y desmaquillado, se había probado diferentes combinaciones de ropa, los pantalones con la chaqueta azul marino, aunque Luis la prefería con falda, el vestido de flores, aunque a Luis le parecía un poco escotado, el traje chaqueta que le había regalado tía Daisy, con tacones porque a Luis el zapato bajo no le gustaba; se miraba en el espejo con ojo crítico, el rostro se le había redondeado con el embarazo y la nariz no le acababa de gustar, tenía un poquito de caballete, cogió un espejo de mano y se miró de perfil. Se subió la nariz con el índice, así, respingona estaría mejor, como la de Carmencita, que se acababa de operar.

Suspiró. Miró a su alrededor. Había leído *Papillon*, que en realidad era de Luis, porque no le gustaba que leyera novelas verdes, aunque él tampoco la había leído,

porque no tenía paciencia para ir más allá de la segunda página, se había duchado, se había untado el cuerpo con crema y se había vuelto a cepillar el pelo (cien veces más).

Se tendió artísticamente en la cama con un hombro del sugerente camisón bajado y la melena cayéndole en cascada sobre la almohada. La pierna doblada, la boca entreabierta, los ojos semicerrados... Al cabo de media hora le cogió un calambre en el muslo y se levantó.

Hizo gimnasia sueca.

La entrega de premios había sido a las siete, Luis ya le había advertido que lo esperara en la habitación. Pero ¿y si bajaba un rato al vestíbulo?

Abrió la puerta, miró el largo y solitario pasillo. Podría dar una vuelta por el *hall*. Pero ¿y si en algún momento algún hombre le dirigía la palabra? ¿Y si en ese momento llegaba Luis?

Volvió a cerrar la puerta y se tendió de nuevo sobre la cama; el colchón era tan duro como el duro suelo. La colcha tenía la consistencia de una toalla áspera, y le parecía que le picaban partes del cuerpo que ni siquiera sabía que tenía.

A las dos se ovilló en un sillón muy incómodo, veía las luces de los faros de los coches reflejándose en el techo, el fulgor anaranjado de la estación de servicio, el ruido de los camiones repostando... Abrió la ventana y entró un fuerte olor a gasolina y humedad.

Tuvo un escalofrío.

Se adormiló. Cuando llegó, Luisapestaba a tabaco, a coñac, a otras personas. Le metió una lengua puntiaguda y amarga en la boca. Tenía los ojos brillantes y farfullaba al hablar:

—Pequeña, pequeña, mañana actúo en el mejor local de México... En la entrega de premios fue la locura, se me disputaban los empresarios, yo ya sabía que esto iba a funcionar, te voy a llenar de regalos. ¡A ver si se enteran de todo esto en Madrid!

Se estiró en la cama. Ella le sacó los zapatos, los pantalones, le desanudó la corbata, le desabrochó la camisa, le hizo arquear los riñones para sacarle los calzoncillos, le empezó a dar masajes en las pantorrillas. Luis repetía:

—Pequeñaja, mira, un día seré como Sinatra... Las fans..., los periodistas... Pequeñaja, ven... Que se enteren en Madrid, hoy vamos a hacerlo de otra manera — le señalaba la ropa—, quítate todo eso, verás, te gustará, hace daño pero te gustará.

Pero cuando Muriel se tendió desnuda a su lado, un ligero ronquido le advirtió que Luis ya estaba dormido. Se acurrucó contra su espalda y soñó que estaba en Manila y que Frank le decía:

—Hermanita, los cuentos de hadas no existen.

Todas las noches volvía al hotel en un estado de excitación tal que Muriel a duras penas podía entenderlo. Lo único que sacaba en claro era que iba mucha gente a verlo

y que triunfaba.

Y que no quería que fuera al Quid.

—¿Para qué? ¿Para estar pendiente de que los hombres intenten ligarte? ¡Eres demasiado guapa, carajo! ¿No ves que aquí los tíos son muy lanzados y si ven una mujer sola piensan que es puta?

Ella se sentía un poco prisionera, ¡pero había oído tantas cosas de la brutalidad de los mexicanos! Un día Luis creyó que el camarero la miraba de forma insinuante mientras les servía el desayuno y le conminó mientras su rostro se ensombrecía de pronto:

—Cuando suba el camarero a la habitación, tú te encierras en el baño.

Le hacía el amor tantas veces que no entendía cómo no se le rompía el cuerpo.

La verdad es que la primera noche en el Quid fueron veinte personas a ver el espectáculo. La segunda, diez, las siguientes, tres o cuatro, todos amigos de Rentería, y hubo una noche en la que el local estuvo completamente vacío. Fue esa noche, precisamente, la que escogió Muriel para presentarse inopinadamente allí.

No le habló a Luis de sus planes, ¡quería darle una sorpresa! Se había vestido al fin con el traje de Herrera y Ollero, que por la ley de la gravedad parecía recién planchado. Cogió un taxi con el dinero que cada mañana le quitaba a Luis a escondidas de los bolsillos de los pantalones y le dio la dirección al chofer con voz que a ella misma le sorprendió, seca y ronca, ¡tanto tiempo hacía que no hablaba con extraños! Y, de todas formas, por si acaso, le dijo que esperase.

Cruzó la puerta acristalada y dudó ante la cortina que daba paso al local. Al final, abrió una pequeña rendija creyendo que aquello estaría abarrotado y lo que vio la dejó boquiabierta.

Olía a ambientador, dos camareros, escoba en mano, hablaban de fútbol y en la barra Fernando estaba tomándose una copa.

Nadie más.

Sí, se veía a Luis en el diminuto escenario, solo, rasgueando las cuerdas de la guitarra y tarareando una melodía que no escuchaba nadie. Quien Muriel supuso que era el propietario del local estaba sentado a horcajadas en una silla puro en ristre y le decía en tono que le pareció algo monótono y rutinario:

—Esa canción me gusta mucho, hoy creo que van a venir unos amigos de Veracruz.

Los camareros empezaron a mirar el reloj y alguno se puso a colocar las sillas sobre las mesas.

Con los ojos llenos de lágrimas, Muriel se retiró silenciosamente de puntillas y caminando hacia atrás, cogió el taxi que la estaba esperando y regresó al hotel. Se sentó en la cama con los ojos insomnes y tan nerviosa que le parecía que no tenía un corazón dentro del pecho, sino veinte o treinta.

Su cabeza era una noria de emociones. Por una parte, lo que había visto le había conmovido, pero ¿es la compasión un acicate del amor? Aunque se negara a

reconocerlo, Muriel se sentía un poco menos enamorada de ese artista mediocre y desconocido que debía fingir todas las noches que era un triunfador. Le daba pena, pero también le causaba aversión. Ella, que era sensible, comprendía su enorme esfuerzo, pero al mismo tiempo se consideraba estafada.

Abrió el cajón de la mesa de noche de Luis, algo que hasta ese momento ni se le había ocurrido hacer, y vio unos cuantos billetes y calderilla. ¿Ese era todo su capital?

Se sentó, una frialdad mortal se extendía por su pecho.

Eso no podía seguir así, era evidente que Luis no tenía futuro en la profesión que había escogido. Si ya le avergonzaba que su marido fuera cantante, ¿cómo iba a sentirse al constatar que además era un fracasado que nunca llegaría a nada?

Se agarró el estómago con las manos, las ideas se le agolpaban en la cabeza, le latían los globos oculares, secos y calientes.

¿Para esto había venido a España, para esto se había dejado embarazar, para esto se había casado? ¡Hoteles de mala muerte, humillaciones..., locales baratos! ¿Cómo educarían a sus hijos?

Cuando regresó Luis se hizo la dormida, pero al día siguiente le dijo con los labios apretados:

—Luis, tenemos que hablar.

Él estaba untando de mantequilla una tostada:

—Dime, pequeñaja, no sabes cómo fue ayer, ¡de cine! Y lo mejor es que esta noche los Balsa, que son los tíos más ricos de México, me han propuesto cantar en una gala benéfica en su hotel. Será la locura en patinete, ¡al final lo hemos conseguido!

Ella movió la cabeza con desaliento; Luis no lo advirtió y prosiguió:

—Nos alojaremos en el hotel, es el Sheraton, ya verás qué cambio, vete haciendo las maletas, a las dos nos vienen a buscar.

Lo curioso es que esto último era verdad, César Balsa, que había sido *maître* en el hotel Palace de Madrid, era amigo del padre de Fernando, había pasado por el Quid, le había gustado Luis y le había propuesto actuar en su hotel, sin cobrar, por supuesto. Pero iba a cantar delante de toda la gente importante del país, y esa actuación atraería contratos y fama.

Pero Muriel ya no se lo creía, mejor dicho, casi prefería que no fuera verdad porque tenía muy claro lo que quería hacer. Se sentó frente a él, un rayo de sol entraba en la habitación y daba a su cabello reflejos rubios aun teniéndolo muy negro. Se inclinó hacia su marido, le cogió la tostada, la dejó en la mesa para que viera que iba en serio y le dijo con dulzura:

—Te voy a pedir dos cosas, mi amor: quiero que volvamos a España y quiero que te olvides de esta locura de cantar, que termines la carrera y que abras tu propio despacho.

Luis la miró con extrañeza, si le hubiera disparado al centro del corazón no se hubiera sentido más asombrado. ¿Acabar con sus sueños? ¿Dejar la música? ¿Ser

abogado?

Hizo un gesto de rechazo tan violento que Muriel casi se cayó al suelo. Solo dijo:

—¡No!

Sí, la quería muchísimo, pero quería más a su carrera.

Ella lo miraba ahora con frialdad clínica y la cabeza alta; él dudó:

—Pero ¿estás de broma? —Muriel negó lentamente—. Pe... pero qué dices, ¡hoy precisamente, que traigo tan buenas noticias! Vete haciendo las maletas, coño.

Lo miró obstinadamente. Luis se calló, paralizado y atónito por esa muestra de rebeldía en su mujer, un modelo de sumisión y dulzura. Ella, sin alterarse, como se habla con un niño pequeño, prosiguió:

—Lo has intentado y yo te he apoyado con la mejor voluntad, pero reconócelo, este no es tu camino. —Y citó a su hermano—: Los cuentos de hadas no existen. Entérate.

—¿Cómo, enterarme? ¿Renegar de todo lo que soy, de todo lo que quiero?

Airado, se levantó, se sentía como si le hubieran golpeado la nuca con un martillo, volaron cuchillos, tazas, mantequilla, la leche se desparramó sobre la alfombra, ella trató de calmarlo con un gesto pero él la rechazó y empezó a caminar dando largas zancadas por la habitación:

—¿Tú te crees que voy a dejar todo eso por ti...? ¿Crees que soy uno de tus niñatos filipinos, menos que nada? ¿Qué me ofreces tú a cambio? —Puso todo el desprecio del mundo en la voz—. ¿Qué me das a cambio del triunfo, un despacho de picapleitos?

Se alejó de ella, la miró de arriba abajo, expelía olor a sudor y a tabaco:

—¿Tu cuerpo? ¿Me das tu cuerpo? ¡Como tú hay cien tías, mil, en Chinatown! ¿Sabes que aquí hay también un barrio de chinas? ¡Y no tendré que casarme con ellas!

Incrédula, Muriel no pudo aguantar aquella catarata de odio, se apoyó en la pared, fue resbalando hasta el suelo y se quedó en cuclillas con la cabeza baja, la melena ocultando el rostro. Luis la miró, burlón, desde sus alturas:

—Mira, como una china cualquiera, ahí, agachada. ¿Quieres una pipa de opio?

Se inclinó hacia ella y con ojos de loco y escupiendo saliva le dijo:

—No me lo vuelvas a pedir más.

Primero fueron los hombros, después la barbilla, un temblor casi imperceptible, como se mueven con la leve brisa las hojas de los árboles, después se le nublaron los ojos y se estiró en el suelo, apoyó la cara en el hueco del brazo doblado, se empezó a morder los labios hasta que le supieron a hierro y de pronto se puso a llorar, tan encogida sobre sí misma que parecía una niña.

Luis se quedó inmóvil, la nube roja que tenía frente a los ojos desapareció. ¿Qué había hecho? ¡Era su mujer! ¡Carne de su carne! ¿Cómo le había dicho todo eso?

¡Estaba esperando un hijo suyo!

La maldita profesión, su ambición, que estaba por encima de todo, ese demonio

que llevaba dentro.

Se arrodilló a su lado, la abrazó; se había vuelto tan diminuta que la abarcaba toda entera con sus brazos, pero ella se resistía y Luis empezó a llorar con un ruido áspero y agonizante:

—Perdóname, perdóname...

Lo repitió diez, cien veces, llorando, gritando, susurrando:

—Perdóname, perdóname.

Muriel se calló de pronto como un grifo que se cierra. Luis empezó a apartarle el pelo de la cara y a tratar de beberse sus lágrimas; le lamía las mejillas, le daba mordiscos en los labios, besaba sus párpados cerrados:

—Perdóname, pequeña mía, mujercita, eres lo que más quiero del mundo; si me faltaras, no sé qué haría. ¿Quieres que lo envíe todo a paseo? ¿Lo envío ahora?

Muriel se encogió de hombros. Luis agarró el teléfono y llamó a su representante:

—Fernando, no quiero cantar.

El otro se alarmó:

—Pero cómo, ¿nunca?

Luis miró de reojo a su mujer y se apartó todo lo que daba de sí el cable telefónico e hizo pantalla en la boca con la mano:

—No, solo esta noche. En la gala de beneficencia.

—No puedes hacerlo, Luis, es tu gran oportunidad, estará todo el mundo, ¡con lo que nos ha costado conseguirlo! —Siempre discreto, a pesar de todo preguntó—: ¿Pero qué ha pasado?

—Me he peleado con mi mujer, ella no quiere que cante.

Muriel lo oyó y emitió un sonido raro. Luis se dio cuenta de que empezaba a ceder:

—Luis, al menos trasladaros al nuevo hotel, es muy lujoso. Cuando lo vea, cambiará de opinión.

—Bien, luego hablamos.

Se quedó mirando el auricular y luego colgó quedamente. Hizo levantar a su mujer, la sentó en una silla. Ella, desmadejada como una muñeca de trapo, suspiraba y miraba el suelo. Cogió su mano flácida:

—Mira, mi amor, vamos a hacer una cosa. Primero perdóname por todo lo que te he dicho, sabes que no lo pienso y que estoy loco por ti. Y segundo, a ver, ahora nos vamos al hotel, me dejas que actúe esta noche... y dos años más. Por favor, te lo suplico. Somos muy jóvenes, dame dos años más y te prometo por... —miró a su alrededor, vio en la pared un tosco cuadro de la Virgen de Guadalupe—... por esa virgen y por el niño que llevas dentro, te juro que dentro de dos años lo dejo, acabo la carrera y abro un despacho de puta madre en la calle Velázquez. ¿Te parece?

Volvió a abrazarla y se dio cuenta de que ella ya estaba rendida:

—Bonita, cabriolera, retaca, chinita mía... Murieliña...

La ayudó a hacer las maletas poniendo caras y haciendo el payaso, pero en el taxi

ella aún se mantuvo seria mirando por la ventanilla, sin acabarse de creer las promesas de Luis. Sin saber ni siquiera si le apetecía que las cumpliera.

En la habitación, situada en el primer piso, justo encima del salón de actuaciones, Luis se multiplicó por cuatro, llenó la bañera, echó un chorro de perfume, pidió caviar para cenar y una botella de *champagne* francés, se arrodilló al lado de Muriel mientras se bañaba y le enjabonó todo el cuerpo cuidadosamente.

Ella se limitaba a sonreírle con cansancio, tenía sentimientos encontrados que prefería no analizar. Si hubiera tenido dinero, habría cogido un avión y se hubiera ido, no a Madrid, sino a casa, a Manila. Y Luis le leía el pensamiento.

Su carrera era muy importante..., pero necesitaba a Muriel para llevarla a cabo. A la hora cerró la puerta de la habitación suavemente, sin ganas, recorrió el largo pasillo y, como no había nadie a la vista, se permitió cojear a gusto.

Bajó. Le deslumbró el brillo cegador de los cientos de bombillas de las inmensas arañas que colgaban del techo, compitiendo con el fulgor de las joyas de las mujeres y las botonaduras de brillantes de las pecheras blancas de las camisas de los hombres, todos con impecables esmóquines. César Balsa le susurró:

—Si hoy cayera una bomba aquí, se hundiría el país.

Pero, por primera vez en su vida profesional, se sentía desganado y sin fuerzas. Abad le llevó una copa de *whisky* que apuró hasta el fondo, pero todavía estaba trastornado por la escena que acababa de vivir. Él la había insultado, ¡a ella! La quería tanto... Más de lo que imaginaba. ¿Y si se iba y lo abandonaba? ¡La había tratado tan mal! ¡Pero ya no podría vivir sin ella!

Mejor dicho, no quería vivir sin ella.

Oyó confusamente cómo lo presentaban, hubo aplausos corteses y distraídos, pero no se apagó el rumor de las conversaciones. Empezó a cantar. Muy mal. Titubeante, se olvidaba de la letra, no conseguía conectar con el público.

Le solía decir a Abad en broma:

—Yo no canto, ¡encanto!

Pero esa noche ni cantaba ni encantaba. No se producía esa conexión mágica que hace que un artista pase de ser simplemente bueno a ser grande.

La gente hablaba, no le prestaba atención. Su mirada vagaba por la sala, se fijaba en detalles absurdos, un hombre con bigotito que encendía un puro con un papel, una mujer que dejaba resbalar su abrigo de visón hasta el suelo, una pareja que se besaba apasionadamente, alguien riendo de forma estridente...

—Un momento.

Se giró hacia los músicos:

—Paren, por favor.

Fernando lo miró con temor, Balsa con asombro, los músicos se detuvieron y lo observaron expectantes. Luis dio unos golpecitos en el micrófono:

—Por favor, ¿me pueden prestar atención?

El rumor de voces se acalló de pronto, un silencio mineral inundó el inmenso

salón. Todos los rostros, circunspectos y un poco impacientes, se alzaron hacia él, que nos va a contar este gachupín. Luis tosió débilmente y empezó a hablar con la voz quebrada, tenían que afinar el oído para escucharlo, se oyeron algunos chistes, la expectación fue aumentando, nadie entendía lo que pasaba, algunos empezaron a mirar alrededor con caras de pánico:

—Señores, yo les quiero pedir disculpas... Perdón. Les tengo que confesar la verdad; hoy..., hoy no quería venir a cantar.

Se calló unos segundos, como si le costara retomar el hilo; nadie se movió.

—Me... me encuentro mal —hizo un esfuerzo para no tartamudear y todos se dieron cuenta—, no de enfermedad, sino de ánimo. ¡Estoy enfermo del alma! Me he peleado con mi mujer, estamos recién casados y ella está sola en una habitación de este mismo hotel. La he tenido que dejar sola y he sido injusto con ella.

Se puso la mano sobre el pecho, donde destacaba muy blanca sobre la chaqueta oscura:

—Me duele aquí. No sé si mata el amor, pero duele.

Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca, los camareros se habían detenido bandeja en alto, se cayó una cucharilla y hubo miradas indignadas hacia la mesa, había lágrimas en algunos ojos:

—Pero más injusto sería que yo me fuera de aquí sin cantarles; ustedes no me conocen y me han dado esta oportunidad; yo voy a intentar corresponderles como se merecen y voy a poner todo mi corazón en hacerlo mejor que nunca.

Y, señalando a las alturas, dijo:

—Va por ella —y luego abrió los brazos y los volvió a juntar como si los estrechara a todos contra su pecho— y también por ustedes.

Hubo un segundo de silencio, y de pronto, todos a una, los cientos de personas que abarrotaban el local se pusieron en pie para aplaudir y estuvieron varios minutos vitoreándole hasta que Luis empezó a cantar y lo hizo como nunca.

La gente se subía a las sillas, tiraban flores, bolsos, pañuelos al escenario, desde el fondo del salón llegó un rumor que parecía un ruido de tormenta, «Luis, Luis, Luis», y empezaron a golpear las mesas, dos golpes rápidos, Lu-is, Lu-is, Lu-is.

Muriel estaba en su habitación, frente al espejo. Oyó un ruido lejano, como una sacudida telúrica, se puso una chaqueta encima del camisón, bajó un tramo de escalera hasta que pudo atisbar el salón donde actuaba su marido. A él no lo vio, pero sí a centenares de personas puestas en pie rompiéndose las manos. Luis. Luis. Luis.

Se apoyó en la barandilla.

Luis. Luis. Luis.

¿Era por su Luis? ¿Su marido?

Le empezó a temblar el labio inferior. Sintió dentro un bosque en llamas.

Se acostó, cayó en un sueño muy profundo y cuando despertó vio que sobre la almohada, a su lado, con una rosa no muy lozana, había una nota. La cogió y leyó:



*Como el barco en el océano  
la luna al anochecer.*

De pronto, su voz:

—*Eres mi vida, no quiero vivirla sin ti.*

Levantó los ojos y lo vio tambaleándose bajo el peso de la bandeja del desayuno. La depositó sobre la cama, cogió la servilleta, la sacudió para desdoblarla y se la anudó al cuello como si fuera una cría sin dejar de cantarle:

—*Sin ti no soy nadie, ni sé adónde voy.*

Se inclinó sobre sus labios, suaves y fríos como la seda, y le dio un beso largo, lento, intenso y voluptuoso:

—*Mu-ri-el.*

Era la primera canción que le había compuesto a ella, solo a ella.

—Mamá.

Nada, silencio al otro lado del teléfono. Una mujer desconocida dijo desabridamente:

—Pero ¿están hablando?

Muriel, que no levantaba nunca la voz, se forzó a gritar:

—¡Mamá! ¡Soy yo!

De pronto, la voz de su madre:

—Oiga, oiga...

—¡Mamá!

—¡Marely!

—¡Mamá, estoy bien! A Luis le va muy bien en México.

Un pitido, silencio de nuevo, las palabras entrecortadas de la madre:

—... el niño...

—Está muy bien... —la comunicación se cortó. Muriel aporreó la pared con las manos abiertas y siguió hablando sin sentido—, estamos muy bien... Mamá, te echo a faltar... Mucho, a ti y a Frank... Mamá...

El teléfono seguía mudo; sacudió el auricular como para desatascarlo y después lo soltó hasta que quedó balanceándose al extremo de la cuerda como un ahorcado.

Habló con tono normal:

—Mamá.

Se oyó a la telefonista preguntando, aló, aló, y después un silbido ensordecedor.

Muriel se puso los puños en los ojos y se echó a llorar.

Un moscardón se había quedado encerrado con ella en la cabina y se golpeaba contra los cristales, sentía el zumbido en el oído, se enredaba en su pelo. Muriel empezó a agitar las manos y al final se dejó caer al suelo.

Estuvo unos segundos sintiéndose febril y desgraciada, suspiró, se levantó, colgó cuidadosamente el teléfono, se alisó la falda y salió de la cabina.

El recepcionista, que había estado pendiente de todo, fingió escribir con gran atención en el libro de registros. Muriel le tocó el brazo:

—Se ha cortado.

Él la miró apesadumbrado:

—Híjole.

—Siempre tienen problemas con el teléfono.

—Sí, mi hija, su país está muy lejos —de pronto se animó—, pero vuelva a intentarlo ¡mañana!

Muriel se encogió de hombros y se dirigió al ascensor, el hombre sacó la cabeza y le dijo:

—No funciona.

Subió las escaleras lentamente diciendo en cada escalón, no funciona, mierda, no funciona, mierda, nada funciona en esta vida.

Cuando llegó a su piso, trató de recomponerse pasándose las manos por las mejillas, tropezó con la alfombra raída que cubría el pasillo y esperó un momento antes de entrar en esa habitación de hotel que olía a polvo viejo.

Porque si esto fuera una película *made in* Hollywood, después de la memorable actuación en el Sheraton se le habrían abierto a Luis las puertas de la gloria.

¡La embriaguez del triunfo!

Pero, como decía Fernando con desaliento abriendo los brazos y los ojos, «¡esto es México!», y los teléfonos no sonaban, los periodistas los ignoraban y los contratos seguían sin materializarse.

Respiró hondo y se dijo:

—Cálmate, Muriel, al fin y al cabo era lo que querías, ¿no?

Porque ella, a pesar de que habían tenido que regresar de nuevo como hijos pródigos al hotel de las dos camitas con colcha de flecos, no debería sentirse entristecida en absoluto porque cada vez eran menos los días que la separaban del momento en que Luis se diera cuenta de la insensatez de su empeño, acabara su carrera de derecho y, convertido en flamante abogado, abriera su despacho.

Claro, era eso. ¡Fuera pensamientos tristes!

Mejor dicho, fuera no, dentro. Muy adentro. Que nadie los viera.

Se puso derecha, se arregló el pelo, sonrió y entró en la habitación.

Fernando estaba sentado en la única silla con las piernas cruzadas y balanceando un pie sobre otro. Luis la cogió distraídamente por el cuello, le dio un beso rápido en la mejilla y le dijo:

—A ver si puedes preparar un café.

Habían comprado un hornillo. La habitación tenía un lavabo con un grifo que dejaba salir un hilo de agua, y Muriel llenó un cacharro y la puso a hervir. Veinte minutos.

Mientras, buscó hilo y aguja y cogió todas sus faldas para correrles el botón de la cintura. Le bizqueaban los ojos enhebrando la aguja y siguió, siguió imaginando. ¿Qué tendrá sobre su mesa de despacho Luis? Sobre la mesa tendrá, en marco de plata, una foto suya y de... los niños. Varios, Luis quería ocho porque decía que su infancia había sido muy triste solo con un hermano, pero ella, más comedida, optaba por seis. ¿Cabrían todos en la foto? Siempre llevaría un bebé en brazos, ¡favorecían tanto los niños pequeños!

Sonreía ya sin darse cuenta pensando en estas naderías mientras cogía el bote de Nescafé y dos tazas que habían hurtado en la cantina, y revolviendo con la misma cucharilla, le daba una a Fernando y la otra a Luis y ella se sentaba a la luz de la ventana para continuar cosiendo tranquilamente. Luis la miraba arrobado y le secreteaba a Fernando:

—Murielita es tan hacendosa... Y tiene un carácter admirable, aun en las peores circunstancias saca fuerzas de flaqueza, ¡es tan positiva! —Claro que también intentaba quitarle un poco de mérito—. Bueno, al fin y al cabo es oriental, ya sabes que ellos no sienten como nosotros.

Fernando iba a protestar, pero Luis lo cortaba porque quería ir a lo que realmente le importaba:

—Oye, ¿y qué te han dicho esos pinche güey que te han telefoneado?

—Los pinche güey querían invitarte a una fiesta.

Porque sí, era verdad que Luis había gustado en su actuación del Sheraton, «se nota que es un caballero», decía Balsa, y los más ricos del lugar le preguntaban si tendrían la amabilidad él y su esposa, la que se había quedado arriba en la habitación llorando, de asistir como invitados a una cena en su casa. Claro que Muriel rezongaba:

—Yo no conozco a esas personas. No me gusta el ambiente artístico, mi amor, no me hagas ir, ¿no decías que no querías que saliera de la habitación?

Pero Luis empezaba a entender que si lo acompañaba su mujer su caché subía, y le suplicaba:

—Va, por favor, solo esta vez. Cuando te canses, nos vamos.

Era un caché metafórico, claro está, una inversión de futuro porque no iban a cometer la ordinariez de cobrar por asistir como invitados a una fiesta. Fernando añadía:

—Además, no es el ambiente artístico, es la buena sociedad de México, la flor y nata.

Y es que esto era lo peor.

Cuando llegó el día, Muriel se puso el consabido vestido blanco y negro de Herrera y Ollero; ya no se podía subir la cremallera hasta arriba y tenía que combinarlo con la chaqueta azul a pesar de que se moría de calor. Echaron una última mirada al espejo de cuerpo entero que había en el vestíbulo del hotel y el conserje piropeó «¡están de chingada madre!».

En el último momento se dieron cuenta de que llovía de esa forma como lo hace a veces en el D. F., cayendo del cielo chorros de agua desordenados y salvajes que amenazaban con arrasarlo todo. No había paraguas disponibles y el conserje rescató una vieja sombrilla de playa y se la entregó.

El corto trecho entre el taxi y la puerta de la ostentosa mansión, en las Lomas de Chapultepec, lo hicieron cobijados bajo el inmenso e inadecuado armatoste, encima con algunas varillas sueltas apuntando a las negras nubes de tormenta como si quisieran agujerearlas. Pero Muriel se daba cuenta de que aunque hubieran aparecido en carroza de cristal con media docena de criados «a la Federica» y tirada por seis caballos alazanes, no dejarían nunca de ser el cantante y su señora. El portero que les

abrió la puerta los miró de arriba abajo como si fueran sus iguales y les preguntó en plan compadre:

—¿Desean cambiarse antes de...?

Ambos se hicieron pequeños, tan pequeños que habrían cabido en un dedal y se hubieran podido ir flotando avenida abajo hasta llegar al mar y desde allí a Finisterre.

Pero ya llegaba la anfitriona y los hizo entrar dirigiendo una mirada de reconvención al criado y empezaba con ellos una conversación forzada que no admitía respuestas mientras sus pupilas se dispersaban por todo el salón como mariposas alocadas. Y Muriel advertía confusamente que ellos no entraban en la categoría de invitados por la displicencia con la que los trataron los hijos, un matrimonio joven que llevaba entre ambos diez kilos de oro, incluidas varias muelas, la rapidez con la que pasaban por su lado los camareros con las bandejas y la actitud hacia Luis del anfitrión, un hombre con bigotito, botas de piel de serpiente hechas a mano y toda la pinta de llevar una pistola en el cinto bajo el esmoquin:

—Cuate, güey, hijo de la chingada.

Y después de darle grandes golpes en la espalda, lo excluyó rápidamente de su conversación de hombres y lo relegó a la charla insustancial de las mujeres, con las que Luis reía nerviosamente y enlazaba piropo tras piropo. Pero Muriel por una vez no se lo tenía en cuenta, porque su marido solo lo hacía porque, si no, de qué iba a hablar.

Hasta que llegaba el momento tan temido.

Un criado traía una guitarra y le susurraba que el señor estaría muy complacido si tocara una canción, y era cierto, porque el susodicho levantaba su copa desde el extremo del salón, Luis reía con todos sus dientes al descubierto e incluso algunos más que Muriel no sabía que habitaban en su boca, y el criado lo acompañaba a una especie de tarima donde habían colocado un par de sillas. Luis cerraba los ojos y empezaba a rasguear su guitarra.

—*Todo sigue igual.*

Muriel e incluso Luis estaban de esa maldita canción hasta las narices. Ella no entendía mucho de música, pero sí lo suficiente para darse cuenta de que la guitarra para su marido era meramente un adorno. Bueno, en realidad se habían dado cuenta Muriel y los críticos musicales, siempre muy duros con Luis. Alberto Mallofré, de *La Vanguardia*, había llegado a escribir con sangrante ironía, «Luis Campos se sienta en una silla asido a una guitarra misteriosa: no la usa más que para abrazarse a ella porque no sabe qué hacer con las manos».

Al leerla, Luis había dicho con rabia tirando el periódico al suelo y pisoteándolo:

—¿Pues qué quiere que haga? ¿Que se la estampe en la cabeza para que reviente de una vez?

Pero era igual lo que cantara o tocara Luis, porque nadie le prestaba atención. Al final algún invitado más ebrio que los demás pedía:

—*La cucaracha.*

Y Muriel siempre evitaba ese momento bochornoso en que Luis se agarraba al micro con desesperación y gemía más que cantar: *La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar*, saliendo de su oscuro rincón diciendo que se encontraba mal y que se quería ir al hotel.

En la puerta se cruzaban con los mariachis, que eran muchos, por lo que todavía resaltaba más la insignificancia de la pareja.

Luis le susurraba a su mujer en un débil intento para aligerar el ambiente:

—Le podríamos pedir a uno el sombrero para cobijarnos de la lluvia.

Pero ella no se reía. Esperaba a estar dentro del taxi para verter sobre su marido toda su amargura:

—No tienes orgullo, te invitan para que les cantes... ¡Que inviten a un dentista y que le pidan que les arregle las caries!

Luis, que estaba nervioso y hundido y que veía cada vez más cerca la sombra del despacho de abogado como una mazmorra en la que iba a pudrirse lo que le quedaba de vida como el conde de Montecristo, se comía las uñas sin decir nada. Muriel proseguía:

—¿Yo qué pintaba allí? No me hablaba nadie; bueno, estuve la mar de rato conversando con una señora, la única española de la fiesta, y luego resultó que era la niñera de los hijos. Yo no voy más.

Llegaban al hotel, donde Fernando los estaba esperando con una sonrisa expectante que se le borraba de golpe cuando ella le decía, mientras subía corriendo a su habitación dándole un empujón irritado a su marido:

—La próxima vez, vete tú con él, Fernando, que yo no puedo más.

Luis lo miró con impotencia y Fernando le preguntó:

—¿Te han pedido *La cucaracha*?

El otro humilló la cabeza y a su amigo se le ocurrió una idea:

—Voy a hacer venir a mi mujer.

La verdad es que Fernando echaba a faltar a su mujer, pero también pensaba que le haría compañía a Muriel, su situación mejoraría, no protestaría tanto y Luis podría sacar a pasear sin complejo ese encanto que era su mejor patrimonio.

Fernando se había casado dos años antes que Luis con María Rosa, la que sí ha sido «la piedra angular de mi vida», según confesó tiempo después en sus memorias. Ahí Fernando recuerda que el día en que la conoció, el 15 de agosto de 1960, en ese instante se dio cuenta de que iba a ser su mujer a pesar de que solo tenía doce años. Ambos pertenecían al mundo del espectáculo, los padres de María Rosa eran unos actores famosísimos. Y el padre de Fernando era un director de fotografía al que reclamaban las mejores actrices de la época para que las «iluminase», y que después se hizo productor. Ganaba bastante dinero, vivían en un amplio piso en el Retiro, pasaban los veranos en El Escorial y los ocho hermanos fueron a buenos colegios.

Precisamente en los Sagrados Corazones fue donde Fernando, el mayor, se hizo amigo de Luis Campos, a pesar de que las familias eran diametralmente distintas: la de Fernando, liberal, lo que entonces se consideraba de izquierdas, y la de Luis, franquista hasta la médula.

Cuando lo llevaba a casa, las hermanas y las amigas iban a espiarlo y luego le preguntaban con un cuchicheo emocionado:

—¿Quién es ese chico? Parece tan triste y tan solitario...

Fernando estudió Físicas hasta que se dio cuenta de que quería entrar en el mundo artístico, y lo hizo como ayudante de producción de su padre.

Hasta que un día se reencontró con Luis y cambió su destino. Su antiguo condiscípulo le contó con timidez pero con determinación que quería ser cantante y que buscaba alguien que le echara una mano. Fernando le presentó a un amigo de sus padres, Enrique Herreros, que tenía una agencia de artistas. Enrique, antes, le preguntó con cierta renuencia: «¿Campos, el hijo de ese fascista?». Habló con él y después le comunicó a Abad, sin demasiada fe en el producto:

—Acepto representarlo siempre que tú seas su mánager.

Abad dijo que sí y no se separó nunca más de él. Al menos, mientras Luis quiso.

Como dijo el propio Fernando años después, «muchos han presumido de haber inventado a Luis Campos, pero no es verdad, él se inventó solo, ¡pero fui yo el que hizo que el mundo entero lo descubriera! ¡Yo y solo yo!». Y era cierto.

María Rosa, una mujer práctica y sensata además de muy guapa, sin necesidad de que nadie se lo explicara, en cuanto llegó a México, enseguida se hizo cargo de la situación. ¡Había que mantener la moral alta en el equipo femenino del grupo! Lo primero que le dijo a Muriel fue:

—Vamos a contratar a un chofer de taxi para que nos pasee por la ciudad, ¿qué te parece?

Muriel se llevó las manos a la boca. ¡Oh, un hombre todo el día con ellas! ¡Pasear libremente por México dos mujeres solas! ¿Qué diría Luis? Pero María Rosa le comunicó con desenvoltura:

—Déjalo de mi cuenta.

Luis se indignó y le dijo a María Rosa que si Fernando era tan liberal para dejarla ir sola por ahí, no era su caso, y él prefería que Muriel no saliera del hotel.

Pero María Rosa, imitando la voz ronca de Pepe Isbert, cosa que hacía muy bien ya que por algo era hija de actores, soltó:

—Sí, hijo, sí, y mejor que se quede encerrada en el cuarto de baño por si entra el camarero, que en estos países todos son muy sinvergonzones.

Los tres amigos se quedaron mirando a Luis, que enrojeció y estuvo a punto de estallar, pero al final todos se pusieron a reír y Luis hizo un gesto de impotencia:

—Haced lo que queráis.

Así que llegaron a un acuerdo, entre risas también: el taxista debería tener cien años, no podía dejarlas solas ni un segundo y únicamente podían visitar iglesias.

Muriel y María Rosa se miraron con complicidad y las dos se dijeron a la vez en voz baja:

—Algo es algo.

Mientras, Fernando y él se dedicaban a la tarea ingrata de ofrecer sus servicios a quienes no los necesitaban. Recorrían los establecimientos de música, los casinos, las salas de fiesta, se patearon las redacciones de los periódicos, intentaron contactar con españoles que ostentaban algún poder o tenían dinero, no dejaron puerta sin tocar. Al mismo tiempo escribían a las familias explicando sus éxitos (inventados) y las ganas que tenían de regresar (auténticas) y enviaban notas a los periódicos españoles. *La Vanguardia* publicó una de ellas con bastante escepticismo: dijo que Luis Campos había actuado «al parecer» en la televisión venezolana.

Al final, estando de visita en *El Herald*, conocieron al dueño de una pequeña cadena televisiva de Panamá que los invitó con desenvoltura:

—Si pasan por allí, vengan a verme y les haremos una cosa bonita.

No era un gran logro, pero estaban tan necesitados de autoconfianza que lo vivieron como si fuera un triunfo. Reunieron los últimos dólares que les quedaban, solo les llegó para coger el avión hasta Honduras, y después tuvieron que viajar en autocares distintos para cruzar los más de mil kilómetros que todavía los separaban de su destino.

Trataban de animarse mutuamente:

—¡Será divertido!

Los autobuses no eran esos enormes tipo americano que veían en las películas, sino unos desvencijados cacharros reparados con alambre, sin aire acondicionado, por supuesto, con grandes fardos en el techo, que se paraban cada pocos kilómetros para recoger paisanos con gallinas y cabras. Muriel iba sentada con María Rosa. La mujer de Abad le contaba historias de sus padres actores, que a su madre le gustaba hacer punto y que su padre siempre dormía la siesta, para que viera que los artistas también podían ser personas normales.

Luis comentaba en voz baja a su amigo:

—Muriel estará maldiciendo el día en que nos conocimos y a la concha de mi madre. —Y se inclinaba hacia su mujer con voz meliflua—. Mi vida, esto es pintoresco..., así conocemos el país...

A ella se le empezaban a hinchar los tobillos por el embarazo y el calor, pero sonreía y callaba. Al contrario de lo que pensaba Luis, le interesaba el paisaje humano que la rodeaba, prefería eso que estar encerrada en una habitación de hotel sin ver a nadie. Le encantaban sobre todo los niños que merodeaban a su alrededor y la observaban gravemente. Las mujeres no tenían reparos en tocarle la ropa y los zapatos, iban descalzas o con sandalias que se hacían ellas mismas con cuerdas.

Además, pensaba que esto venía a ser como unas vacaciones antes de que Luis



sentara la cabeza y se convirtiera en un señor abogado con cuadros de naturalezas muertas en las paredes, mesa de roble y casos importantes. Con lo simpático que era, además, podría llegar incluso a meterse en política... ¿No estaban reclamando ministros más jóvenes en el gobierno?

Apoyaba la cabeza en el cristal para refrescarse la frente, que le ardía, le invadía el cansancio y solo quería dormir. El padre de Luis podría ahí hacer valer su influencia y ella estaría a la altura. ¿Imelda Marcos no le decía siempre, «qué niña más educada»? Ya se veía llegando un día a Manila acompañando a su esposo en misión oficial y tendiéndole su mano enguantada:

—Mire en lo que se ha convertido aquella niña.

—Muriel, Muriel, Murielita...

Se sobresaltó; era María Rosa que la estaba despertando, y ella sonreía deslumbrada por el sempiterno sol color cobre y decía que no dormía, que estaba pensando, pero se llevaba la mano al pecho para detener los latidos desobedientes de su corazón.

Pero, ah, la dura realidad se imponía con su paso de lobo.

La dura realidad era que no tenían dinero ni para un taxi y debían acarrear sus maletas hasta el hotel por caminos polvorientos y llenos de agujeros, aunque María Rosa los hacía reír porque remedaba la voz pedigüeña de los maleteros de estación:

—Señorita, señorita, ¿quiere que le lleve el fardo...?

Y Luis se paraba para decirle:

—Yo te veo un toque de Mami en *Lo que el viento se llevó*.

—¡Y tú eres el señorito Escarlato! —Y le tiraba lo que tenía más a mano, generalmente la colilla de un cigarrillo.

Para los cuatro, ese fue un tiempo de felicidad.

El hotel era en realidad una casa particular, con un solo cuarto de baño para todos, y Muriel, que fue la primera en entrar, se encontró pelos negros y largos en el lavabo. Vomitó en la taza del váter (la visión de su interior le provocó nuevas arcadas) y no tuvo el valor de comentárselo a nadie.

Cuando Luis y Fernando se disponían a salir rumbo a la televisión, les llegó una nota: por problemas técnicos el programa se posponía hasta nuevo aviso.

Los dos hombres se miraron con un desaliento rayano en la desesperación: habían recorrido 3.000 kilómetros y aquel era su último cartucho. Muriel y María Rosa venían por el pasillo, muy animadas y con zapatos cómodos para poder caminar, y los dos hombres, sin ponerse de acuerdo, les dijeron lo mismo:

—Salid a dar una vuelta y os compráis ponchos y esas cosas para llevar de regalo.

—Ante la mirada interrogante de su mujer, Fernando tartamudeó—. En fin, mirad solo de momento; cuando consigamos una actuación, ya compraréis el pueblo entero si os apetece.

Conseguir una actuación, sí, pero ¿cómo? Ya no sabían a qué puertas acudir. Llamaron a la dueña de la pensión para pedirle una copa a ver si se despejaban sus ideas, y la mujer les preguntó:

—¿El señor es cantante?

Fernando asintió distraídamente. Sí, aquel hombre con la cabeza entre las manos era cantante, y la sonriente mujer les dijo que tenía una *compa* que era propietaria de un club y que estaría *happy* de que cantara en el local.

¡Dios aprieta pero no ahoga! ¡Todo terminaba, siempre, por arreglarse!

¡Venga, venga, venga! Rápido, un taxi, al local, el contrato, la prueba de sonido...

Era una sala de fiestas que se llamaba El Sombrero, pequeña pero muy elegante.

La dueña era una mujer mayor de aspecto masculino que no dejó su sitio detrás de la caja registradora mientras los miraba de arriba abajo y les señalaba el escenario. Cuando comentaron con algo de cortedad que no habían traído el equipo de música, les dijo con displicencia:

—No se preocupen, los acompañará mi cuñado, que toca la guitarra. ¿Son un dúo, cantan los dos?

Luis, ofendido, dijo que no, claro que no:

—Solo yo soy Luis Campos.

La mujer lo miró un instante con sus grandes ojos vacunos y siguió haciendo cuentas con las gafas en la punta de la nariz mientras decía:

—Esta noche a las once aquí, tres pases de diez minutos y entre medias las señoritas harán su *show*.

Estuvieron todo el día haciendo cábalas sobre qué sería eso de que las señoritas hicieran su *show*, ¿serían cantantes de *blues*, de música indígena, cantantes de ópera, bailarinas? No se atrevían a comentar los detalles con sus mujeres, querían sorprenderlas al día siguiente con dinero contante y sonante. ¿Cuántos días los contratarían? ¡El local parecía próspero, podrían hacerse con un capitalito y llegar a España como triunfadores!

Muriel y María Rosa, entre risas, intercambiaban métodos para librarse de las pulgas, que si vinagre, que si petróleo, pero ¿de dónde sacamos el petróleo? ¿Y si eran chinches en lugar de pulgas? ¡Ellas no estaban muy puestas en el tema parasitario! Iban a la habitación de la una y de la otra haciendo concursos entre carcajadas que casi no les dejaban hablar, porque cuando eres joven y estás en un país extraño todo te parece una aventura.

Los maridos les habían dicho con circunspección:

—Hoy tenemos una gala.

A la hora fijada se presentaron en el local, Luis guitarra en ristre. La mujer les indicó con indiferencia el escenario y les dijo:

—Cambio de planes, primero actuará la señorita —y señaló a una chica joven, rubia y guapa en bata y rulos que fumaba un cigarrillo— y después ustedes.

Luis, que ya iba a piroppear a la muchacha y quedar con ella incluso más tarde

para tomar una copa, frunció el ceño, qué manía con utilizar el plural:

—Oiga, que él es mi *mánager*, que canto yo solo.

La doña se encogió de hombros:

—Pues usted solo, a mí me da lo mismo; mire, ya está ahí mi cuñado.

El cuñado, sí, un hombre enclenque y amarillento con cara de poca salud y una chaqueta arrugada, provisto de ¡una trompeta! Asombrado, Fernando protestó:

—Pero si usted nos dijo que tocaba la guitarra.

La mujer contestó entre dientes:

—Pero este gachupín de mierda, cómo chinga —y subió la voz—, y yo qué sé, las dos cosas hacen ruido, y chist, que ahora actuará la señorita Adriana, que es nuestra estrella.

Se fueron al diminuto camerino y entre bambalinas observaron la actuación de la estrella, bueno, actuación es un decir. La chica se fue quitando la ropa al son de una música sensual y terminó en pelotas en el escenario; rugieron los hombres, llovieron algunos billetes y a otra cosa mariposa.

Luis y Abad se miraron estupefactos, tan estupefactos que Luis ni se dio cuenta de que la muchacha, desnuda y abrazada a sus dólares, pasaba por su lado dejando un rastro de perfume barato. Por un agujero en la cortina, atisbaron al público: chicas semidesnudas sentadas en las rodillas de hombres mayores y gordos; en cada mesa había una cubitera de la que sobresalía el cuello esbelto de una botella de *champagne*.

Luis concluyó:

—Fernando, esto es un puticlub.

Pero el *showman* ya los anunciaba: «Y ahora el Tom Jones español, directo desde Madrid, ¡Luis Campos!».

Madre mía, Tom Jones, el llamado Tigre de Gales, que era famoso por sus sensuales movimientos de cadera y su forma de retorcerse como un animal en celo. ¡Pero si de Luis se decía que lo atornillaban al escenario al principio de su actuación y lo desatornillaban cuando finalizaba! ¡Si le tenían que coser los bolsillos de las chaquetas para que no se metiera las manos porque no sabía qué hacer con ellas!

Si se empeñaba en mover las caderas, podría ser que una de ellas se saliera de sitio y no volviera a caminar en su vida.

Pero había que pagar el hotel y las dos mujeres esperaban comoavecillas en el nido abriendo la boca aguardando por su comida.

Al final, Luis respiró hondo, apuró de un trago el vaso de *whisky* que Fernando le tendía, dio unos pasos vacilantes y saltó al escenario.

E, inmóvil, tratando de tapar con su guitarra el solo estridente de trompeta con el que el cuñado de la propietaria se empeñaba en lucirse, empezó a desgranar su corto repertorio:

—*Todo sigue iguaaal.*

Poco a poco, las voces se callaron y las chicas se levantaron de las rodillas de sus protectores para acercarse al escenario y ver a ese español elegantemente vestido con

un traje de tres piezas a pesar del calor reinante, que, sin moverse, ponía toda su fuerza en sus miradas profundas y melancólicas. Tenía una voz agradable y hablaba de amores tristes. Todas ellas tenían amores tristes, seguían el casi inexistente ritmo con las manos en alto, estaban entregadas, subyugadas por el romanticismo que esa voz había llevado a sus vidas monótonas y sin futuro.

Adriana, la estrella, se sacó una flor que llevaba en su pelo rubio y la tiró al escenario. Luis la cogió y depositó un beso entre sus pétalos marchitos, lo que provocó el grito desgarrador de la muchacha:

—¡Gaucho negro!

Fernando, entre bastidores, sonreía, como siempre, Luis se había metido al público en el bolsillo, putas o señoras, todas caían rendidas a sus pies. Él había jugado a caballo ganador y sabía que no iba a perder su apuesta.

De lo que no se dio cuenta, ni Luis tampoco porque cantaba con los ojos cerrados, fue de que los hombres aburridos y hartos de que las chicas no les hicieran caso, humillados por este chiquilicuatre español que no tenía ni media bofetada, habían arrojado unos pocos billetes sobre las mesas y habían puesto los pies en polvorosa. En el local solo quedaban las chicas de alterne y la madama, que sin miramientos apagó las luces del escenario y les dijo con un chillido estremecedor:

—Ya están ustedes yéndose, ¿qué se creen?, ¿que esto es una sala de conciertos? Aquí de lo que se trata es de que los hombres consuman, me están ustedes arruinando el negocio, ¡largo!

Fernando trató débilmente de argumentar que ellos habían cantado, que se les debía ese dinero, pero aparecieron unos matones del tamaño de un armario ropero y los pusieron en la puerta.

Lo más humillante fue que las chicas hicieron una apresurada colecta entre ellas y les quisieron tender un puñado de billetes, que ellos rechazaron, aunque al final aceptaron la invitación a tomar «la del estribo» en una cantina frecuentada por gente de la noche y Luis quiso olvidarse de su vergüenza en los amorosos y apasionados brazos de Adriana, a la que llamaban la Tigresa.

La mujer se reía provocativamente, y Luis la cogió por los hombros, la atrajo hacia él y le dijo:

—Yo te apagaré la risa a besos.

Juntó sus labios con los de ella, cerró los ojos, la muchacha se arrimó y estuvieron moviéndose pecho contra pecho largo rato. Pronto Luis ya no tenía suficientes manos para cogerla. Le acariciaba la espalda, le agarraba el culo, trataba de levantarla a su altura, suspiraba, gemía, la chica parecía que se le negaba y se iba, y él la volvía a coger con fuerza. Ella reía, fingía arañarle y rugía:

—Ven con la Tigresa.

Luis contestaba:

—Y yo soy el Tigre de Gales.

La muchacha se extrañaba:

—Yo pensaba que eras un gachupín.

Y Luis le gritaba:

—Ven, que te enseño el gachupín.

Las chicas se reían y le señalaban la entrepierna:

—¡Aquí se llaman aguacates!

En la barra un hombre bajo y descarnado levantó la voz cantando *a capella* mirando fijamente una copa de tequila que tenía en la mano:

—*Por tu amor que tanto quiero y tanto extraño, que me sirvan una copa y muchas más.*

Las chicas empezaron a enternecerse y a suspirar, una se sumó al borracho en tono desgarrado, *que me sirvan de una vez pa todo el año*, y Luis miró con cierta alarma a Fernando, porque esto de «pa todo el año» no podían pagarlo.

En realidad, ni siquiera podían pagar una ronda, pero daba igual, porque la Tigresa echaba los billetes encima de la barra como el que arroja al tapete de juego el último naipe de la baraja. Luis le besaba la nuca y otra de las chicas protestó:

—Que nos sentimos de sobra, solo tienes ojos para la güera.

Sin dejar de besar a la Tigresa, Luis agarró a la otra del pelo y la acercó a él y después la besó. Al final los tres se unieron gimiendo y meneándose lentamente, no se sabía cuál era uno y cuáles las otras. El borracho seguía:

—*Porque sé que de este golpe ya no voy a levantarme.*

Fernando intentó separar en vano a Luis de sus nuevas amigas, hasta que encontró las palabras mágicas:

—Vamos, tigre, que las mujeres nos estarán esperando en el hotel.

Luis aún tuvo la presencia de ánimo de besarle la mano a cada una de las chicas como un galante caballero español saludando a unas duquesas.

Y corear al borracho desde la puerta con su pequeña voz:

—*Y aunque yo no lo quisiera, voy a morirme de amor.*

Llegó al hotel canturreando en falsete... *morirme de amor...* Fernando lo cogió por el brazo y le dijo con una risa premonitora bailándole en los labios:

—Verás lo bien que se lo pasarán las chicas cuando les contemos dónde hemos cantado.

Pero a Luis se le borró el buen humor de golpe y le respondió con ojos terribles y un jadeo que daba miedo:

—Ni se te ocurra..., no quiero que mi mujer piense que todo me sale mal, di que nos ha ido muy bien, que estaba lleno y que me han aplaudido mucho.

Muriel dormía en un extremo de la cama y cuando él se acostó, se acurrucó entre sus brazos murmurando unas palabras en inglés.

Él le dio la vuelta y la tomó con furia, incendiado por dentro, y cuando ella se quejó, le preguntó al oído:

—¿No te gusta? Di, te gusta, ¿no?

Ella asintió en silencio y se volvió a quedar dormida.

Al día siguiente tuvieron que pedir dinero a los padres para poder regresar a España.

En el avión de vuelta la azafata les entregó un puñado de periódicos españoles y Luis pudo enterarse de las actividades del resto de los cantantes mientras él se estaba partiendo los cuernos al otro lado del charco: Serrat —hay que reconocer que su *Penélope* era una bonita canción—, ya le había comprado una casa a los padres, Víctor Manuel parecía que se había casado con Ana Belén y encima iba a hacer una película, ese Paco Ibáñez, que todavía tenía menos voz que él, actuaba y llenaba teatros aunque iba de intelectual y no se lavaba mucho... ¿Y Andrés do Barro, que además cantaba en gallego? ¡Él también podría hacerlo!

Karina, claro, gustaba porque había estado ese año en Eurovisión con *Las flechas del amor*, una tontada de canción. Y Mary Trini, joder, esa iba la número uno. Todos tomándole la delantera.

Se dio cuenta de que Fernando trataba de ocultar una revista y se la arrebató. Era *Mundo Joven*, dedicada a la música. Luis pasó rápidamente las páginas hasta que dio con el *ranking* de popularidad del mes. Él figuraba en la lista, sí, por supuesto, ¡pero con el número 15! ¡Y delante iban todos esos muertos de hambre! ¡Esos pelanas!

¡Esos hijos de puta! Aunque dicen que no les gusta el dinero ni la sociedad de consumo, estaban ganando más que él.

Ceñudo, arrugó los papeles y le dijo a Fernando:

—Llévatelos, que no los vea Muriel.

Y se acercó a su mujer, que iba sentada con María Rosa. Muriel no sabía si debía estar contenta o no, dejaba atrás un país excesivo y polvoriento para reintegrarse a la civilización con su nuevo estatus de mujer casada que esperaba un hijo, pero no tenía la sensación de volver a casa. Su casa, en realidad, ¿dónde estaba?

Pero mejor no pensarlo.

Tenía la garganta seca porque sentía una extraña excitación que la impelía a hablar desde que el avión había despegado, ante el asombro de María Rosa, que la tenía por una persona de pocas palabras. Mientras se ponía crema en las manos, iba expresando gravemente sus dudas sobre el número de hijos que quería tener y si era mejor que el primero fuera niño o niña. Luis la interrumpió:

—Ahora empezamos una época de trabajo tremendo, Víctor Manuel y... —sacudió la mano— y todos esos se empeñan en que cante con ellos, ya veremos, pero tú te quedas en casa y la pones a punto. Aunque, claro, no vas a hacer la misma vida de antes. Diles a tus amigas que ahora estás casada. Ya sabes que no me gusta que salgas por ahí y que me pongas en ridículo.

—Moro.

—Oriental.

Muriel le explicó a María Rosa en voz baja con un suspiro de satisfacción:

—Es muy celoso, ¡como me quiere tanto!

Su amiga levantó una ceja pero no hizo ningún comentario.

Luis, sentado de nuevo junto a Fernando, apretaba los puños y los dientes, y el corazón le iba tan deprisa que las palabras no le salían:

—Tengo que superar a todos esos cabrones, esos melenudos que cantan esas canciones tristes y deprimentes. ¡Yo soy un señorito, coño! Tenemos que volver como triunfadores...

Fernando intentaba leer un libro, pero Luis proseguía incansable:

—Acuérdate de cerrar el bolo de Barcelona, y las fiestas de Murcia.

Abad le advertía:

—Pero tenemos que dejar fechas libres para cuando Muriel dé a luz.

El otro hacía volar la mano por encima de la cabeza:

—No, no, quita, ya iré desde donde sea, ella ya lo entiende, lo de Berlín a ver si puede funcionar... Pero que salga algo de verdad, no hay que ir allí a hacer el canelo.

Unas nubes extrañas y hermosas de color rosado se desgarraban lentamente a través de la ventana, pero Muriel no las miraba porque parloteaba sobre si era mejor contratar una salus para los niños o hacerse traer una chica de Filipinas y enseñarle aquí puericultura. Y así los niños hablarían inglés y español. María Rosa decía vagamente mientras reprimía un bostezo:

—Y tagalo.

Muriel se horrorizaba, ¿tagalo? Si allí solo lo hablaba el servicio. Bueno, ella alguna palabra suelta sabía. *Asawa* era amante y *gadá* se llamaba a los que eran de la acera de enfrente, y Luis, que la había oído, gritaba desde su asiento:

—Maricones.

Se giraba hacia Luis horrorizada tapándose la boca con la mano, pero su marido ya estaba adoctrinando a Fernando, que miraba con nostalgia ese libro que no iba a poder leer en todo el viaje:

—Y los chicos esos que arman jaleo, los fans, ¿vendrán al aeropuerto? Que nos sigan a todas partes, y llamas a los periodistas, acuérdate de invitar a cenar a Antonio Olano.

Y Muriel se relajaba y recostaba la cabeza en el asiento escuchando su vocecita interior, en inglés —porque cuando hablaba con ella misma siempre lo hacía en inglés—, que le decía, Luisito, si supieras lo poco que me importa que triunfes o fracasas, aunque luego se apresuraba a añadir con cierto remordimiento, porque a la imaginación a veces también le duele la conciencia:

—Es por tu bien; ya sabes que te quiero mucho.

Pensaba que, en unos años, Luis recordaría su etapa de cantante como el que recuerda sus años universitarios tocando en la tuna. Un episodio juvenil para darles la paliza a los hijos y que no pensarán que siempre había sido un señor serio y aburrido.

Porque así lo quería ella, serio, aburrido y respetable. Y con los setenta tomos de la Enciclopedia Espasa presidiendo el despacho. Y suscrito al *Abc*.

Se acariciaba la barriga con disimulo por debajo de la camiseta y le decía a su hijo:

—No te preocupes, no vas a tener un papá del mundo de la farándula, sino abogado —sonreía, ¿por qué poner límites al campo?, ¿no dicen que la imaginación es libre?—, o político...

Ella de política no entendía mucho, pero en España presidente no se podía ser porque ya estaba el abuelo de su amiga Carmencita. Sí, un día un grupo de amigas habían ido a merendar a El Pardo y a ver una película en la sala privada. De pronto se habían encendido las luces y hubo un revuelo, su excelencia, su excelencia, y había aparecido un señor muy bajito con una voz atiplada que les había ordenado al ver que se levantaban de sus asientos:

—No os mováis, por favor.

No sabían muy bien qué hacer, y el caudillo les había dicho:

—Supongo que estáis viendo una película apta para menores.

Se quedaron muertas, porque en realidad estaban viendo *La Residencia*, una película de amor y miedo que estaba considerada para mayores con reparos, hasta que una risita apagada les hizo darse cuenta de que se trataba de una broma de su excelencia, y todos, niñas, escoltas, chambelanes, criados, secretarios, hasta el camarógrafo, se habían puesto a reír ruidosamente.

O sea, presidente Luis no podía ser, pero ¿vicepresidente?

Aunque le vino a la cabeza un señor con gorra de plato y unas cejas muy gordas y comprendió que, por mucho que lo afinara, por mucha imaginación que le echase al asunto, la personalidad ligera y romántica de su Luis no encajaba en ese molde.

¿Y gobernador? ¡U obispo! A ella le gustaban mucho los hábitos cardenalicios, ese color púrpura tan elegante..., pero ¿por qué contentarse con cardenal? O papa de Roma. Luis, papa. Muriel, papisa. Nubes de colores y pies de niño volando.

—Pobre Murielita. Se ha quedado dormida hace rato.

—Qué guapa es, ¿verdad?

María Rosa asintió bondadosamente.

A Muriel le caía un poco de saliva por la comisura de la boca. Con delicadeza Luis la recogió con el dedo y después se la llevó a los labios.

Ella notó el roce leve de su marido y sintió que se le abría dentro un inmenso pozo de amor. Con gran esfuerzo intentó abrir los ojos. Tardó, porque le pesaban mucho los párpados. Solo una rendija.

Luis se había apoyado en el brazo de su asiento y hablaba con la azafata, que se inclinaba sobre él. La cogió por la nuca y le dijo algo al oído, ella se rio apartándose y se fue pasillo abajo taconeando mucho, se le movían los hombros con la risa. Y las caderas.

El avión horadaba rugiendo la noche azulada y Muriel, sin ningún motivo, de pronto tuvo miedo.



Madrid, treinta y cuatro grados.

Aquella noche, como tantas otras desde que estaba embarazada, se le negó el sueño.

En ese tortuoso estado de duermevela, Muriel no sabía cómo ponerse, las sábanas húmedas de sudor se enredaban en su cuerpo como una mortaja, el camisón se le había subido hasta las axilas, tenía el pelo pegado a la frente y la nuca mojada.

—Luis, Luis.

Con cada lamento se le escapaba un Luis exhausto, por la ventana abierta llegaba el ruido del tráfico de la calle del Profesor Waksman, constante, monótono, y de vez en cuando sonaba un bocinazo lúgubre como la sirena de una fábrica. La cama olía a ropa usada y a sueño.

—Ay, Luis.

Si se colocaba de lado, la barriga parecía como si fuera a desprenderse del cuerpo y a caer como un higo maduro; si se tumbaba de espaldas, el niño le oprimía los riñones y sentía un dolor tan agudo que se ponía a gritar; si se acostaba sobre almohadones como le había aconsejado su suegro, las costillas le aplastaban los pulmones hasta que la sensación de ahogo era insoportable. Miraba sus pies irreconocibles, el tobillo ya no existía, la pierna era gruesa y recta como la de un paquidermo, y se volvía a tumbar con un quejido, le daba la vuelta a la almohada para que estuviera más fresca, terminaba por arrojarla al suelo y a patadas sacaba la colcha, las sábanas. Se lo había dicho a su marido el primer día en que el termómetro superó los 30 grados:

—Sudar me da asco, yo no he sudado en la vida.

Luis se reía, «pequeña, no eres una figura de jade, eres humana». Retorciéndose y agitándose en la cama entre gemidos, extendió la mano para tocarlo, lo llamó de nuevo:

—Luis, Luis.

Pero Luis no estaba allí, nunca estaba allí.

Por su cabeza, interminables pensamientos negros daban vueltas como animales nocturnos. ¿Por qué se había casado, por qué se había quedado embarazada? ¡Solo tenía veinte años! ¡Y estaba sola!

Sola en este Madrid donde el asfalto humeaba y los pájaros caían muertos al suelo. Todos, tía Daisy, Carmencita, Chata, Maritina, estaban en las costas, bañándose en el fresco mar, tomando combinados de color rosa y mirándose en el espejo para salir deslumbrantes a la noche veraniega... Bailaban, se perfumaban, se ponían flores en el pelo y reían, mientras ella se movía con su enorme barriga bamboleante y jadeaba cada vez que su hijo le daba una patada.

La primera vez que lo sintió no tenía a nadie a quien contárselo, llamó a Marbella a tía Daisy, se oía música de fondo y su tía le dijo:

—Perdona, cariño, que cierro la puerta. —Gritó algo en inglés que hizo reír a sus amigos y luego le preguntó en tono ligero—: Dime, Murielita.

Se sintió ridícula y farfulló una excusa:

—No, nada, llamo para ver cómo estáis.

Tía Daisy se preocupó:

—¿Va todo bien, cielo? —Pausa—. ¿Luis te trata bien?

¿Luis? ¿Ese Luis que llegaba, la tomaba en el recibidor y luego se metía en la ducha y contaba a gritos sus éxitos en lugares tan remotos como Miranda de Ebro o Sant Feliu de Guixols? ¿Ese Luis al que siempre le esperaba un coche abajo y que le susurraba al irse, no puedo estar sin tu cuerpo, pequeñaja, para estar contigo he hecho mil kilómetros? ¿Ese Luis que le besaba la tripa y la llamaba «gorda»?

Pero se limitó a contestar:

—Sí, sí, todo muy bien, gracias, tía Daisy.

Desde que habían llegado a Madrid, Luis nunca estaba.

Con un suspiro echó las piernas a un lado, se estiró el camisón, tan arrugado que parecía haberse encogido, y se levantó con dificultad. No tenían aún lamparillas de noche y se fue hasta el interruptor al lado de la puerta caminando con las manos extendidas como un fantasma. Cruzó las habitaciones semivacías e impersonales atravesadas por la luz de las farolas que entraba por las persianas sin cortinas, pisando con precaución porque todavía no habían instalado la moqueta y temía resbalar en el piso de mármol. En el recibidor, en una mesita, estaba uno de sus regalos de boda, una inmensa escultura de bronce que desde lejos parecía un montón de mierda pero si te acercabas veías que era la representación de sus dos signos zodiacales, acuario y libra.

Luis decía que era la mejor alarma para ladrones, pues al verlo, no podían más que largarse corriendo a uña de caballo:

—¿Cómo van a pensar que tenemos algo de valor en casa si colocamos en el mejor lugar esta basura?

Y sobre la mesa, en la pared, había otro regalo, un espejo redondo con unos rayos dorados imitando al sol. Por la ventana que daba a un patio de luces entraba una claridad verdosa, de pecera. Se miró en el espejo con desagrado, una cara redonda como un pan, el hoyuelo de la barbilla que tanto le gustaba a su marido casi había desaparecido:

—Pepona, eres una pepona.

Se bajó los tirantes del camisón y se observó los pechos. A Luis le gustaban así, grandes y pesados, y con las areolas más oscuras.

Se acarició lentamente, como hacía su marido, y susurró:

—Amor mío.

Luis la había acostumbrado al sexo y ahora ella, como él, cuando no lo tenía lo

echaba a faltar, aunque no se lo confesaría nunca, claro. Por mucho movimiento de liberación de la mujer que recorriese España, para la mentalidad de Muriel solo gozaban con el sexo las putas.

Su amiga Carmencita se reía y le replicaba:

—Tonta, ellas precisamente son las que no disfrutan, lo hacen por dinero, es un trabajo.

Carmencita. Sí, a veces la llamaba y le contaba su vida alocada y vacía, una vida de fiestas y hombres de paso.

Y le había confesado sus noches apasionadas con Fernando de Baviera:

—Es que no solo los hombres se lo pasan bien.

Hacía una pausa para que la otra se explayara a su vez, pero Muriel se limitaba a sonreír y Carmencita le reprochaba:

—Oye, que tampoco es nada vergonzoso.

No, si a ella no le daba vergüenza, pero no quería contarlo. Pero porque no sabía dónde estaban los límites de las demás y temía pasarse o quedarse corta.

Tampoco le había contado a Carmencita que se había casado embarazada. Por eso no quería verla, ni a ella ni a ninguna de sus amigas. Es difícil hacer pasar una barriga de siete meses por una de cinco.

Se acercó a su imagen, avanzó los labios y se besó. El contacto frío del azogue la hizo reaccionar y se apartó con repugnancia. Si hubiera tenido fuerza, hubiera cogido la escultura de bronce y la hubiera estampado contra el espejo haciéndolo añicos.

Había un cuarto que Luis llamaba «mi estudio» y que solo tenía un sofá con una manta encima. Abrió la puerta, olía a cerrado, en la oscuridad apenas se vislumbraba, de pie, en su soporte, el perfil de una guitarra. Y otra habitación donde dormiría la niñera. Una puericultora formada en la escuela Salus Infirmorum de la calle García Morato; el uniforme almidonado y la toca estaban sobre la cama.

La puerta de la habitación del niño permanecía entreabierta. La cuna que había sido de Luis y Conrad y que le había prestado su suegra era de una madera muy historiada que le recordaba un poco la que salía en esa película de Polanski que daba tanto miedo, *La semilla del diablo*. Y una mecedora al lado de la ventana donde ella se sentaría con su hijo en brazos. Todo estaba esperando; era una vigilia que se alargaba de una forma insoportable. Sobre la cómoda, los picos, las capitas, el arrullo, todo de color azul. Luis le decía:

—Va a ser niño. Le llamaremos Luis.

—Pero ¿y si es niña? —argumentaba tímidamente Muriel.

—Pues se llamará... ¡Patricia! Pero no va a ser niña, va a ser un tío machote como yo.

Continuó arrastrando los pies caminando como un pato hasta la cocina, todo estaba impoluto, la encimera despejada, los fogones brillando como plata, las puertas de los armarios espejaban de tan relucientes. La enorme nevera americana de dos puertas no albergaba más que unos yogures y una botella de leche; ahora, eso sí,

cuando la abrías iluminaba la casa entera. Luis decía:

—Niña, la feria de Sevilla es algo así.

Unos armarios enormes, pero vacíos; aún no había tenido tiempo de comprar cacharros, únicamente tenían una sartén y un cazo en el que preparaba arroz y pasta. De momento no tenían servicio fijo, solo una chica que le enviaba su suegra todos los días, pero había que hacer tan pocas cosas que se sentaba en una silla a leer una revista mientras ella se tumbaba en la cama.

No le gustaba, en realidad le producía aversión, porque una vez la había sorprendido escuchando detrás de la puerta mientras hablaba por teléfono, pero la chica, que se llamaba Matilde, en lugar de avergonzarse, la había mirado con descaro y le había dado una excusa inverosímil:

—Estaba limpiando la puerta.

Muriel por dentro se dijo «pues será a salivazos», porque Matilde no llevaba nada entre las manos. Carmencita le había contado una vez que su abuelo había hecho colocar micrófonos en la casa donde vivían los príncipes de España, y ella se imaginaba que la muchacha era el micrófono hecho carne de sus suegros. En fin, quedaba claro que el embarazo daba alas a su imaginación, ya bastante desbocada de nacimiento.

¿Para esto se había casado? Se lo preguntaba todos los días, no tenía nadie en quien confiar, a quien consultar. Cuando hablaba con su madre, evitaba crearle inquietudes, no quería sumar a sus preocupaciones una preocupación más. Al contrario, era ella la que trataba de consolarla cuando le contaba:

—No sabemos qué hacer, Pedrito ya sabes el disgusto que nos dio, pero como es un menor y papá hizo valer sus influencias, pudimos sacarlo; Frank también va por mal camino, desatiende a su novia, a su hija, no sabemos con quién va. Está muy raro...

Su hermano Frank. Había tenido una niña, Cecily, de Rebeca, su novia de juventud, pero la responsabilidad, en lugar de centrarlo, lo abrumaba de tal manera que se había vuelto ingobernable.

¡Hermanita, la vida no es un cuento de hadas! No, hermano, no lo es, tú también lo sabes bien.

En realidad, puede ser una porquería. *Shit*.

Se dejó caer en una silla con una mano puesta en los riñones y la otra sobre la barriga. No se podía hacer a la idea de que estaba esperando un hijo. ¡Pero si ella era una niña aún!

Su hijo. Era su secreto, el secreto mejor guardado. Nadie debería saber que iba a nacer a finales de agosto o principios de septiembre. Luis engañaba con soltura a los periodistas:

—Nacerá a finales de octubre... Será madrileño, gato o gata, según sea niño o niña, pero yo creo que el primero será varón. A Murielita lo atenderá mi padre en la maternidad de la calle O'Donnell, ya sabes que es ginecólogo.

El periodista le preguntaba:

—¿Y te gustaría que fuera cantante como tú?

—Hombre, no me importaría, podríamos cantar los dos a la vez —se reía a carcajadas, hasta que notaba el peso abrumador de la mirada de su mujer y se veía obligado a decir—: Bueno, ya sabes que yo en el 73 pienso retirarme... Me dedicaré a la práctica del derecho, esto de cantar está bien pero no deja de ser una cosa superficial.

Hacía un gesto con la mano:

—De gente joven, no es lo mío. Yo no soy un piernas, soy abogado.

Otra mentira. No era abogado, pues le faltaba una asignatura para terminar la carrera. Derecho Internacional.

Ella bajaba la cabeza, pero no se sentía satisfecha por esta respuesta. Oscuramente iba comprendiendo que todo lo que decía Luis no era para darle gusto, sino para apuntalar su carrera, que era en el fondo lo único que le importaba, por mucho que cuando estuviera con ella se pusiera la mano en el pecho como si le fallara el corazón, cerrara los ojos y le dijera:

—Si supieras cuánto te quiero te tirarías por esa ventana.

Y despreciar ese mundo con altivez aristocrática, escuchar a un cantante que hablara de la bohemia con elegante displicencia, como si fuera un lord inglés, vestía mucho. ¡Los lectores ya estaban hartos de abuelos picadores y de madres que araban la tierra!

Los periodistas cómplices babeaban y se apresuraban a escribir que «Luis es demasiado señor para el mundo artístico», «su mujer se casó con un abogado y no con un cantante», «es un ídolo de masas, ha demostrado que es el mejor, ha llegado a lo más alto y ahora se retirará para abrir su despacho». Claro que siempre había algún descastado que se mofaba, «es un bluf que pretende vendernos la patraña de que en Hispanoamérica ha triunfado, como si fuéramos estúpidos... No sabe cantar, no tiene voz, sus canciones son simplonas y sobre el escenario está como un pez fuera del agua... Si hace de abogado tan mal como de cantante, sus clientes irán a parar a la cárcel sin remedio...».

Ay, los críticos. Muriel había visto vomitar a su marido después de leer una mala reseña, y entonces aprovechaba para decirle con voz quejumbrosa:

—Pero qué necesidad tienes, mi amor, ¿no te das cuenta de que esta gente no te va a aceptar nunca?

Luis la miraba como si no la entendiera, como si hablara otro idioma, y después se encerraba en su estudio con su guitarra. Pasaban las horas y Muriel pegaba la oreja a la puerta y lo oía sollozar. Pero si preguntaba:

—¿Estás bien, Luis?

Él trataba de contestar con voz corriente:

—Sí, acuéstate, estoy componiendo.

¿Por qué era todo tan difícil?

Respiró hondo, abrió un cajón y sacó una caja metálica. La destapó y cogió pensativamente un trozo de chocolate. Sí, Luis decía que quería dejar la canción, pero, en realidad, su carrera era lo que más le importaba. Si ella se lo reprochaba, él le decía:

—No, mi vida, tú eres lo más importante, pero a ti ya te tengo, ¿no?

Ese su primer verano de recién casados, Luis se estaba volcando en lo suyo con la tenacidad de un iluminado. De este a oeste, de sur a norte, España era un aspa de fiestas mayores y santos patronos, y no había sala de fiestas, teatro o escenario al aire libre al que no acudiera a cantar, aunque a veces se vendían tan pocas localidades que Abad o él tenían que pedir dinero a los padres para pagar a los músicos. Como los empresarios se empezaron a mostrar renuentes a la hora de contratarlo, fue el mismo Luis el que propuso a la desesperada:

—Fernando, habla con Víctor Manuel, a ver si podemos cantar juntos. Y con el galleguño ese, Andrés do Barro.

El extraño trío. Andrés salía primero soltando en gallego *O tren que me leva pola beira do Miño*, Víctor iba después cantando a los mineros con su camiseta negra y pantalones vaqueros, y el último era Luis con su traje de tres piezas, corbata y su «Katerine». Y la cosa incomprensiblemente funcionaba, sobre todo en el norte.

Después de los conciertos, Víctor se iba a los brazos amorosos de Ana Belén y Luis corría a casa para hundirse en el cuerpo de Muriel.

No se saciaba de ella, su récord habían sido los siete días que habían pasado a su llegada de México. Siete días sin salir de casa. Luis le suplicaba:

—Tapiemos las ventanas.

El piso estaba tan vacío que sus voces resonaban como si estuvieran en una catedral, colocaban las almohadas en el suelo, velas y una botella de *champagne* Cristal en la nevera, hablaban en susurros y Muriel ponía sus manos frías sobre sus hombros ardientes y a Luis le recorría un escalofrío que le hacía cerrar los ojos.

Después le obligaba a volverse y le acariciaba la espalda, el agujero que le había dejado la operación de la columna vertebral, la cicatriz de la herida que se había hecho en el muslo jugando al fútbol y que en días de humedad le tiraba como si llevara ahí un gancho de carnicero. Le apretaba con los pulgares dos puntos sensibles en la nuca, le masajeaba suavemente a lo largo de la espalda y a Luis se le ponía el vello de punta y se hundía en un bienestar tan cálido y profundo que le parecía que se iba a desmayar.

—Sigue, sigue.

Caía, caía, desaparecían las ambiciones, los anhelos, la lucha, la competitividad, y solo estaban los dedos de Muriel, las palmas de sus manos secas que presionaban omóplatos, caderas, nalgas, que le hacían dar la vuelta de nuevo y que acariciaban íntimamente. Con las yemas daba suaves golpes inesperados como si tocara el piano;

cuando parecía que iba a tocar en un sitio, iba a otro, le pellizcaba, y le acariciaba de nuevo hasta el ombligo y bajaba y subía. Luis suspiraba gravemente y le decía ven ven y ella aún no, aún no... Hasta que la tensión era tan insoportable que Luis la hacía sentar encima de su vientre y se movían al vaivén de un océano profundo que estallaba al fin como un surtidor de leche y fuego.

Luego se quedaban desfallecidos, él con el sexo enorme caído a un lado y ella huroneando en su clavícula, buscando un hueco para la cabeza mientras metía los dedos en el vello del pecho como si lo arase. De pronto Luis se incorporaba, la cogía por las muñecas para inmovilizarla, se ponía encima de ella y trataba de leer en su rostro como si fuera un mapa. Le decía bordeándole los párpados temblorosos con la punta del dedo:

—Esto es el lago Lemán.

Le repasaba los labios:

—Son ríos.

Los pómulos:

—Colinas.

Le tocaba la nariz, un poco arqueada:

—¡El Everest!

Ella protestaba y se debatía con fuerza, la melena, larguísima y espesa, le tapaba ora un ojo, ora el otro, y él la provocaba:

—Venga, torete, revuélvete, qué fuerte eres. ¡Urtain!, ¡la *morrosko* de la calle del Profesor Waksman!

Ella al final se zafaba y conseguía escapar arrastrándose, y él la perseguía a gatas por toda la habitación gritándole, ven rebeldona, que voy a hacer contigo un aquelarre, ven, que soy Charles Manson. La agarraba del pelo y volvían a revolcarse por el suelo sin importarles que no hubiera moqueta, que sus huesos chocaran contra el duro mármol y que el vientre de Muriel estuviera abultado como el de una virgen medieval.

Al octavo día tuvo que ir a tocar a Santiago de Compostela. Cuando llegó la hora de marcharse se arrancó de ella como si se amputara un miembro del cuerpo. Lloraron los dos en el pequeño vestíbulo, él bajó en el ascensor con las manos pegadas a la puerta de cristal, como se ponen los niños chicos en el escaparate de las pastelerías. Y cuando llegó abajo, volvió a darle al botón de subida. No se decidía a dejarla, gemía abrazado a ella:

—No puedo dejarte, ¿cómo voy a estar sin ti? Necesito tu cuerpo, pequeñaja, cuídate para mí, no quiero que nadie te vea, ¿me oyes?, no salgas de casa, por favor.

Ella reía conmovida y le imploraba, vete, vete, y él salía al descansillo, pero otra vez volvía a aporrear la puerta:

—Murielita, mi vida, pichón, ábreme.

Y ella le abría y él le metía la lengua en la boca, le subía la falda, la tocaba toda por dentro, se arrimaba a ella para que viera que estaba excitado, gemía contra su oreja:

—Niña, Muriel, pequeña, te quiero.

Y Abad llamaba una y otra vez al telefonillo, tocaba la bocina del coche, y Luis protestaba con desesperación:

—Que se callen esos cabrones, yo no me voy, no puedo dejarte, que se vaya a la mierda todo.

Se revolvía y gritaba:

—¿Pero cómo voy a cantar sin ti? ¡No quiero hacer nada, ni cantar, ni viajar, ni hacer nada sin ti!

Y de repente le surgía una idea luminosa:

—¿Por qué no vienes? Mete todo en una maleta, te vienes conmigo.

Muriel negaba, no, no, ya sabes que no me encuentro bien, y era él mismo el que iba a los armarios, cogía ropa a voleo, le tiraba un vestido para que se lo pusiera, le hacía colocarse unas gafas oscuras que le comían la cara, y mientras el telefonillo repiqueteaba, el claxon sonaba, el timbre del teléfono taladraba las paredes, y alguien ya empezaba a golpear la puerta. Entonces salían los dos y Luis decía nervioso:

—Mi mujer se viene conmigo.

Abad y los músicos se encogían de hombros con resignación. Muriel sonreía con timidez envolviéndose en un chal que apenas le tapaba la barriga y se acomodaba en medio del asiento de atrás, cuando Luis, con un empujón, la relegaba a una esquina mientras le decía en un susurro perfectamente audible que la hacía sonrojar:

—No, tú te pones al lado de la ventanilla, no quiero que este te toquetee todo el rato con la excusa de las curvas.

Y ahí se encajonaba, y Luis le cogía la mano, pero ya parecía olvidarse de ella, comentando:

—¿Qué caché tiene el catalán?

El catalán era Serrat, y Abad le quitaba importancia:

—Es igual, Luis, él tiene su público y tú tienes el tuyo.

Pero respondía con amarga determinación mientras se hundía en el asiento:

—Es que yo también quiero el suyo.

Y luego se ponía a despotricar contra esos peludos que no se lavaban y que estaban todo el día con el coñazo de la canción protesta contando miserias —qué fácil era protestar, lo difícil es componer una canción de amor que guste y que no parezca una mariconada—, y todos le daban la razón, sí, claro, eso es lo difícil, hartos de escuchar la misma cantinela en todos los viajes.

Luis preguntó de pronto:

—¿Dónde habéis reservado habitación en Santiago?

—En el Compostela.

—Pues coged en el Hostal de los Reyes Católicos, que Murielita no se merece



menos.

Abad rezongó por el tema económico, pero dijo que ya lo habían pensado y en la oficina ya habían reservado una *suite* pero que total solo iban a estar unas horas, que al día siguiente tenían una actuación en Bustarviejo y había que salir temprano.

—Ah, ¿en Bustarviejo? —Y añadía con un sarcasmo sombrío—: Joder, Las Vegas de la Mancha.

Llegaban al hotel después de doce horas por carreteras endemoniadas sin hacer ni una parada, aunque Muriel se moría por hacer pipí pero le daba vergüenza decirlo, y a Luis lo esperaban un par de periodistas en el vestíbulo y entonces le decía a su mujer, que estaba tan entumecida que apenas podía bajar del coche:

—Corre, sube sin entretenerte —le daba un ligero empujón—, me esperas en la habitación y cuando termine ya iré, no salgas.

Ella se extrañaba:

—Pero ¿no vamos a cenar juntos?

Pero Luis ya no le hacía caso, estaba con sus periodistas, con su público, con un grupito de fans, ahora ya no se sabía si falsas o auténticas. Hasta su cara era distinta.

Muriel subía a la habitación, sobria, severa, con muebles oscuros y pesados. Abría su maleta y miraba con desaliento su contenido. ¡Se había dejado tantas cosas!

Pero qué importaba, lo que quería era tomar un baño y dormir, y cuando estaba a punto de hacerlo la despertaba el teléfono, Luis se iba directamente al concierto y a ella le parecía que no había pasado ni una hora cuando él llegaba, se arrancaba la ropa y se metía en la cama. Se quejaba débilmente porque tenía los pies fríos y el pelo le olía a tabaco y perfume ajeno, pero él la penetraba con urgencia:

—Murielita, Murieliña, Muri, estoy loco por ti.

Quizás dormían, pero volvía a sonar el teléfono y con voz perfectamente clara Luis preguntaba:

—¿Ya están abajo? Que vayan tomando algo. Ah, ¿quieren hacerme fotos paseando por Santiago? —Se levantaba de un salto y descorría la cortina—. Hace un sol de puta madre, ahora voy.

Se ponía a silbar mientras se vestía; ella levantaba la cabeza y arrugaba el ceño:

—No te irás a poner la camisa azul con la chaqueta blanca, ¿no? ¡Vas a parecer un camarero de crucero!

Él se reía pero le hacía caso, le pedía que le anudara la corbata, ella se levantaba y caminaba pesadamente por la habitación y él la pescaba al vuelo:

—Ven aquí, mujercita, tu marido te necesita, ¡hace años que no hacemos el amor!

Cuando terminaban, volvía a tenderle la corbata, y mientras se la anudaba, él le daba un beso leve en el pelo como un viento suave:

—¡No te imaginas lo que te quiero!

Cuando estaba a punto de salir, ella lo detenía:

—Pero ayer ¿a qué hora viniste? ¿A qué hora terminó el concierto?

—A las tres, pero luego tuve que alternar con los periodistas, con el empresario,

con el alcalde, ya sabes cómo son estas cosas.

Sonaba de pronto el teléfono impaciente, y cuando Luis lo iba a coger, ella se adelantaba:

—Fernando, ¿a qué hora terminó el concierto anoche?

Y Abad contestaba con prudencia:

—A la hora que te ha dicho Luis. Dile que baje.

Y colgaba rápidamente. Luis se reía y la besaba en el cuello:

—Bonita, no vas a tener celos, tienes demasiada clase para estar celosa, pequeña, ¿tú crees que podría desearte así si estuviera con otras mujeres?

Pero sí podía.

Aunque Muriel aún no supiera nada, aunque ni lo sospechase siquiera, la verdad es que Luis solo le había sido fiel durante su viaje de novios en Canarias. Después, en cada sitio al que iba a actuar, una muchacha entre todas, la más guapa, merecía su atención. Luis la señalaba:

—Esa, que venga al camerino.

La chica estaba dispuesta a entregarse en el acto, alguna vez incluso ella ya estaba desnuda cuando él llegaba, pero eso no le gustaba a Luis, la miraba con irritación y la despedía sin ambages. Aunque fuera de forma muy abreviada, él quería recrear todo el ritual de la seducción. Un poco de charla, algún piropo, una copa, unas miradas intensas, un beso apasionado, un recorrido rápido por su cuerpo y después, solo después, el sexo.

Claro que todo el proceso podía durar un cuarto de hora.

Y cuando regresaba a casa, en la alta noche, mientras el coche rugía y devoraba kilómetros y los árboles pintados de blanco pasaban fugaces, Luis exclamaba con la voz preñada de añoranza:

—Qué loco estoy por ver a mi mujer, la quiero con locura.

No se hacía ningún comentario, a nadie le extrañaba, la vida del artista tiene sus propias reglas.

Y además hablaba con sinceridad.

Pedía al conductor que tocara la bocina cuando estaba llegando, para desesperación de los vecinos, y no subía por la escalera de cuatro en cuatro porque a esas horas siempre le dolía la pierna.

Pero más que subir en ascensor, le hubiera gustado volar.

Se abrazaba a Muriel pegándose como la hiedra al árbol. Se embriagaba de su aroma de mujer joven y suspiraba:

—Niña, niña, qué ansias tenía de ti.

Se concentraba en ella con tal obcecación que no parecía ver nada más, se dormían agotados, pero siempre que ella se despertaba, Luis estaba mirando por la ventana que dejaba pasar los primeros rayos de luz con un vaso de agua en la mano y sus labios se movían como si musitase una oración.

Cuando veía que abría los ojos, se iba a la cama a contarle en tono excitado:

—Mi vida, no sabes el éxito que tengo, es increíble, ayer tuvieron que poner una valla de seguridad... —como no la veía muy impresionada, carraspeaba—, quiero decir veinte o treinta para contener a la multitud.

Se dejaba en casa, sobre la cómoda, los cheques que ya le empezaban a llegar, un poco más suculentos, de 40.000, 60.000 pesetas. Le compró un abrigo de lince a pesar de que estaban en verano y a Muriel no le gustaban las pieles, pero era igual, ella no se dejaba conmover, y cuando él terminaba de contarle sus éxitos, repetía con machacona dulzura:

—Recuerda, Luis, que me prometiste que serían dos años..., lo juraste delante de la Virgen de Guadalupe, dos años, ¡y después tu despacho!

Sin advertir la arruga que se instalaba en la frente de su marido, proseguía imperturbable:

—El mejor regalo que me puedes hacer por el nacimiento del niño sería que te matricularas de esa asignatura que te falta.

En esos momentos él la miraba como si la odiase y después se iba dando un portazo y ella se preguntaba si, a pesar de sus palabras de amor...

No, palabras de amor no se podía decir, que era una canción de Serrat tan buena que Luis no podía soportar escucharla sin ponerse enfermo de admiración y de envidia.

A pesar de la pasión que le demostraba, Muriel se preguntaba si la quería de verdad. Veía a su amiga Margarita Vega, que se había casado con Manolo Guasch y estaban pendientes el uno del otro. Luis, sin embargo, nunca le preguntaba cómo se encontraba, y si ella se quejaba, del calor o de los mareos, él le decía con aire distraído:

—Es normal, estás embarazada.

Embarazada, sí, ¡pero no iba a estar embarazada toda la vida!

En realidad la fecha se iba acercando, faltaba un mes, quince días...

Luis pasó por casa como siempre, con prisas, con la cabeza en otro sitio, pero por la noche la oyó quejarse y gemir, y llamó al que seguía siendo su representante, Enrique Herreros:

—¿Qué hacemos, Quique?

Herreros le dijo:

—Habrá que llevársela fuera. Aquí no puede dar a luz a los siete meses y medio de la boda, que tontos no son los periodistas, menudo escándalo.

Muriel lo escuchaba todo mordiendo con desesperación una punta de la sábana, temía romper aguas allí mismo. Fue el padre el que propuso desde Peñíscola:

—Es verano, puede irse de viaje... En Estoril hay un ginecólogo amigo mío que la atenderá muy bien, es un sitio muy discreto.

Se llamó a la madre a Manila, se empaquetó a Muriel como un fardo y un chofer la llevó de noche a Estoril, a un apartamento que habían alquilado en la zona de Cascais mientras Luis proseguía su gira veraniega. Pero como la madre no había

llegado aún y nadie podía quedarse con ella, se decidió ingresarla en el Hospital de Nuestra Señora de Cascais. El 3 de septiembre de 1971 dio a luz a una niña.

Estaba sola.

El médico la trató muy bien y las enfermeras se encariñaron enseguida con aquella chica desvalida tan jovencita que daba las gracias por todo y que parecía no tener ni marido ni familia.

Localizaron a Luis en Albacete. Herreros le dijo que no interrumpiera los bolos, que solo faltaría eso ahora que las cosas empezaban a marchar, pero que podía ir a ver a Muriel, con discreción, por supuesto. La agencia había redactado una nota de prensa que entregaría a los periodistas unos días después en la que explicaba que «a consecuencia de un cólico nefrítico, la niña se ha adelantado dos meses a su nacimiento, que ocurrió mientras la madre estaba pasando el verano en la aristocrática localidad portuguesa de Estoril».

Mintieron hasta en el peso, «la recién nacida pesó tres kilos», cuando en realidad eran cuatro.

Por su hija, Luis solo anuló una rueda de prensa porque «voy a hacerle una visita a mi mujer que está veraneando». Los periodistas que se habían desplazado a Albacete para entrevistarle se indignaron con el plantón y escribieron, «Luis Campos es un señorito que no se toma en serio su carrera, y nosotros tampoco nos lo vamos a tomar en serio a él, ¡payaso!».

Abad dio órdenes de que llenaran la habitación de Muriel con rosas, sus flores favoritas, y le pidió que se maquillara. Después llevó a Luis a Madrid, desde donde cogió otro coche hasta Lisboa. Cristina había llegado desde Manila. La niña tenía ya dos días, pero aún no abría los ojos y apretaba los puños como si estuviera en guerra con el mundo.

Luis apareció con un fotógrafo de confianza. La niña estaba envuelta en una manta, la suegra se la colocó en los brazos y Luis dijo:

—A ver si se me va a mear encima, que este es el traje de la actuación.

Puso su lado bueno, sacó a pasear su sonrisa y mantuvo a la niña a una prudente distancia mientras el fotógrafo preparaba su cámara. Miró a través del visor y le advirtió:

—Póntela más cerca.

Y luego añadió:

—Tu mujer no sale en el encuadre.

Muriel estaba tendida en la cama, a pesar del maquillaje más blanca que las mismas sábanas. Luis le pidió:

—Bonita, incorpórate un poco.

Ella se levantó con gran esfuerzo y se apoyó en un codo. Sin apear la sonrisa, Luis le pidió:

—Y sonrío.

Clik, clik. Dos instantáneas que el fotógrafo debía retener hasta que ellos le

avisaran.

Luis entregó la niña a su suegra, que la depositó en el cuco. Se inclinó sobre ella, le tocó la barbilla y dijo:

—Qué monada, qué chinita es. ¿Cómo la llamaremos?

Muriel preguntó:

—¿Patricia?

Y Luis le contestó mirándola con ojos soñadores:

—Muriel.

Su mujer sonrió, esta vez de verdad, pero Luis no se dio cuenta porque no hacía más que mirar el reloj; tenían que volver, les faltaban diez horas para el concierto y la prensa le estaba poniendo verde, la prensa, siempre la prensa.

—Bonita, nos vamos, te quiero mucho y a mi pequeñaja también.

Se fue y se quedó sola con ese muñeco de carne y hueso que era su hija.

La madre, que entendía su congoja, se acercó y le dijo:

—Hija, no te pongas triste, que tu marido se preocupa mucho por ti.

Primero le tranquilizó la presencia de su madre, pero después deseó estar sola con su hija. Porque su madre quería hablar, contar, que la consolaran por los disgustos de sus hijos descarriados, cuando era ella la que necesitaba atenciones y cariño.

Ni para hablar con Luis se podía quedar sola. Hizo instalar un supletorio en su habitación, pero si no era la salud, alarmada porque la niña vomitaba el biberón, era la madre la que le preguntaba por un sitio para comprar té del bueno, o si no era tía Daisy que llegaba cargada de regalos, o era la presencia de su suegro, que empezó a aficionarse a ir a merendar todas las tardes al salir del hospital para poder ver a la Chinita.

La verdad es que mucho caso a la Chinita no le hacía, pero se sentaba en el exiguo salón, cruzaba las piernas de la misma manera que Luis y encendía un cigarrillo tras otro mientras se tomaba un café con leche y galletas, y hablaba con Cristina, la Perla de Manila, que seguía siendo muy guapa, bromeaba con su nuera o coqueteaba con tía Daisy que, como mujer de mundo que era, respondía con descaro a sus requiebros y los ponía al tanto de los últimos cotilleos de Madrid. Como ella era la «querida», según decía Chelo, de tío Rodrigo, lo que más le divertía era poner en evidencia a las personas del régimen:

—Hay mucha hipocresía, hay ministros de la acera de enfrente y otros que... Me han contado que la mujer de Castiella... ¡Si la generalísima se rodea de mujeres feas para que el marido no tenga tentaciones! Pero me han dicho que a Franco le gusta mucho Juanita Reina.

El doctor Campos movía la cucharilla en la taza y no decía nada.

Chelo fue solo una vez con Conrad. Estuvo un rato secreteando con la criada en el vestíbulo, se sentó incómodamente en el borde de la butaca y dijo que no quería tomar café porque le daba insomnio, pero que si le ofrecían una taza de chocolate no diría que no. Tía Daisy, que se había interrumpido cuando entraba para darle dos

besos, prosiguió contando:

—La mujer de Carrero Blanco estuvo a punto de dejarlo por un teniente coronel, y fue López Rodó, ese chico larguirucho que es del Opus Dei, el que la convenció para que volviera al redil —se rio despectivamente—. ¡Y no es la única! En estos ambientes beatones hay cada pilingui...

Hubo un silencio que rompió Chelo en voz baja:

—Dijo la sartén al cazo.

Tía Daisy no comprendió la expresión, pero sí se dio cuenta de que la suegra de su sobrina estaba molesta y se calló. Se instaló un largo silencio en el salón, que solo interrumpió el timbre de la puerta. Era el doctor Campos, que cuando vio a su mujer se quedó desconcertado, pero Chelo le dijo incisivamente:

—Pasa, hombre, yo ya me iba. ¿Vienes, Conrad?

Conrad dudó, y el padre dijo en un tono que no admitía réplica:

—Quédate.

No se ha visto nunca un taconeo más preñado de amenazas que el de Chelo caminando por el pasillo rumbo a la calle.

Conrad, que en presencia de su madre no había abierto la boca, los hizo reír a todos contándoles que una vez tuvo una novia, una americana de Wisconsin, que solo sabía decir en español coño. Muriel les explicó que lo mismo hacía Luis con ella cuando eran novios:

—Decía que a los camareros se les llamaba hijo de puta.

Pero no sabía por qué, nadie se rio.

De pronto pensó que llevaba tiempo sin oír a su hija, ¿y si le había pasado algo? Iba a su habitación y veía a la niña tumbada de espaldas tocando con la manita el carrusel que giraba a los sonos de la *Canción de cuna* de Brahms, sus grandes ojos abiertos y asombrados, las pestañas muy rectas a la manera oriental, y le cogía tal ataque de ternura que los hubiera echado a todos de casa para poder abrazarla.

Por hacer algo, cogía el chupete y se lo ponía en la boca, pero la niña lo escupía y agitaba los dedos para poder detener los pájaros y los aviones que daban vueltas sobre su cuna sin detenerse nunca.

Pero ya la reclamaba tía Daisy:

—Sobrina, que el otro día me preguntó por ti, ¿sabes quién?, Johnny Güell. Me dijo que no se podía hacer a la idea de que te hubieras casado con un cantante.

Todos se reían a carcajadas, solo ella se dio cuenta de que su suegro mantenía los ojos serios.

La tía proseguía dirigiéndose a él con su acento suave y fascinante:

—Tu Franquito parecía no estar muy allá en el desfile del primero de octubre.

El doctor levantaba una ceja:

—¿Franquito? Querrás decir el caudillo. Y no digas que no está bien de salud, que el otro día salió con el Azor y pescó una ballena de 500 kilos. Me lo contó Pepe Solís, y también que todos estaban hechos polvo por la noche en el camarote y que él entró

y le dijo, Solís, yo creo que ahora debemos repasar este libro que tengo sobre la caza de la ballena para compararlo con la experiencia que hemos vivido hoy.

Daisy ya iba a soltar su risa incrédula, fresca y alborotada, pero intercambió una mirada con su hermana, que movió imperceptiblemente la cabeza.

Mirando la punta de su cigarrillo, el doctor prosiguió:

—Y demos gracias a Dios por esta salud de roble, porque si no vendrían todos esos rojos judíos y masones a matarnos a todos.

Muriel se estremeció. Esos rojos, ¿quiénes serían?

Ella no conocía a ninguno, pero se los imaginaba con rabo y cuernos y oliendo a azufre, aunque la verdad es que un día había saludado a Víctor Manuel y le había parecido buena persona.

Lo de masones y judíos ya lo estudiaría otro día.

Eh, un momento, ¿era la niña que lloraba?

No, si esa salud mucho uniforme, pero no le merecía ninguna confianza, ¡pero si era más joven que ella!, ¡y mucho más inexperta!

Salió del salón y tras ella su suegro, que la atajó en el pasillo cogiéndola del brazo:

—Murielita, lo que voy a decir lo hago por tu bien. Tu tía es encantadora, pero no te beneficia que venga tanto a esta casa; lo digo por tu reputación, yo soy un hombre de miras amplias, pero Madrid es un poblacho y aquí todo el mundo murmura.

Ella intentó protestar:

—Pero es mi tía, la hermana de mamá. Luis le tiene cariño, dice que quiere que la familia me arrope.

El hombre la miró fijamente y le espetó:

—Créeme, Luis opina lo mismo.

Cuando se lo comentó a su madre, le extrañó su reacción, porque le contestó fríamente:

—Siempre ha sido la loca de la casa. No te conviene, espacia sus visitas.

Tuvo que inventarse un malestar que le afectaba por las tardes y que el médico había achacado al exceso de visitas, y la tía captó la indirecta y dejó de ir.

Aunque se presentó inesperadamente una última mañana con un regalo para la niña, se lo dio sin moverse de la puerta, y mientras Muriel abría el paquete y sacaba una valiosa capa de nido de abeja de Baby Dior que su tía había encargado en París, le dijo cariñosamente:

—Sobrina, tú tienes tu personalidad, que no se te olvide nunca —con un gesto de barbilla señaló a sus espaldas, como si toda la familia Campos estuvieran agazapados en la sombra, espiándolas—; no dejes que ellos se impongan... Lucha por ser tú misma.

Frank se lo había dicho también, «tú siempre con la cabeza muy alta».

Y a veces sí que le parecía que no solamente la espiaba la muchacha, Matilde, sino también el padre de Luis. Entraba silbando, si estaba sola únicamente se quedaba

cinco minutos, pero le preguntaba dónde había ido y a quién había visto. Su respuesta era invariablemente:

—A nadie, no he salido de casa.

—Muy bien, muy bien —decía él—. El sitio de la mujer es su casa. Y mira cómo te tiene mi hijo, qué bien atendida, ya sabes que te adora.

Carraspeaba y le soltaba:

—Ya sé que la hija de Cristóbal Villaverde te llama a menudo. Sí, es la nieta del caudillo, pero yo de ti no la frecuentaría.

Muriel se asombraba. Sí, Carmencita la había llamado de forma muy misteriosa a la vuelta de un viaje a Suecia donde la había atendido el príncipe Alfonso de Borbón, que era el embajador. Pero hacía días que no sabía de ella, aunque lo que le extrañaba era que su suegro ni siquiera se tomara la molestia de disimular la vigilancia a la que la tenía sometida.

Después le comentaba en tono ligero:

—¿Sabes que Conrad se quiere casar? Su novia no es tan vistosa como... —hacía un gesto amplio con la mano, como dibujándola—, pero es muy buena chica. Se llama Mima.

Sin pedir permiso, entraba en la habitación de la niña, por deformación profesional le tocaba la fontanela a ver si se había cerrado, le palpaba el abdomen, le sacaba el patuco para mirarle el pie, le levantaba el párpado y decía:

—Qué chinita es, cómo se parece a ti.

Le dirigía una mirada de reojo a la puericultora:

—Qué chica más mona... —se acercaba—, y tú tendrás novio, ¿no? Y qué, ¿hacéis trampitas?

A Muriel le ponía un poco nerviosa esta forma de ser, hacía tiempo que se había dado cuenta de que su suegro debía tener otros entretenimientos al margen de su familia y no se lo reprochaba. ¡Chelo era tan antipática!

Pero si se lo comentaba a Luis, este se indignaba:

—Mi padre quiere y respeta a mi madre. —Y al final saltaba exasperado—. ¡Yo qué sé, a mí no me hables de eso!

Y luego la besaba, la levantaba por los aires, aunque la soltaba enseguida porque la pierna no acababa de estar muy firme:

—Pequeñaja, otra vez te has puesto delgadita y pesas como una pluma.

Ella le preguntaba:

—¿Quieres ver a la niña?

Pero Luis le replicaba:

—Claro, ¡mi muñeca! —Pero cuando iban hacia la habitación, la retenía—: Más tarde..., ahora estará durmiendo, qué cuerpo tienes, ven, vamos a la cama.

Volvía a estar como antes, su vientre liso, su ombligo aplastado y redondo, sus caderas estrechas, los tobillos finos, ya no sudaba y los senos habían vuelto a su estado natural porque no había dado el pecho, se sentía de nuevo ágil y joven.



Además, iban a quedarse solos al fin, la madre volvía a Manila, algo urgente la reclamaba, tenía largas conversaciones por teléfono que se cortaban cuando ella entraba en el salón.

Iban a quedarse, al fin, solos, pero una voz interior desconocida le obligó a decirle a su madre, que, pálida y ojerosa, hacía las maletas:

—Nosotros también iremos a Manila, dentro de una semana, ¿verdad, Luis?

No sabía por qué lo había dicho, estaba segura de que su marido se opondría y se reiría de ella.

Pero Luis dijo que sí.

Muriel adivinó que su carrera debía haberse estancado, que no tenía contratos y que le convenía irse de Madrid para ampliar horizontes. Caramba, su hija era medio filipina, ¿no? ¡Si hasta a él se le estaban poniendo los ojos achinados! Y desnudo y fibroso como un fauno saltaba delante de ella estirándose los párpados, y acercaba su cara a la de ella y los dos reían.

Manila, a Luis, le decepcionó, la encontró pobre y aburrida pero no dejó de hacer grandes elogios ante su familia política. Se alojaron en el hotel Sheraton, aunque su máxima ilusión era irse a tomar el sol a una isla:

—Pequeña, el sol me da la vida.

No quería reconocer que para solidificar el calcio de sus frágiles huesos y potenciar la vitamina D le era indispensable someterse a la acción de los rayos solares. Pensaron ir después de Año Nuevo. Pero todos sus planes se vendrían abajo estrepitosamente.

Algo pasaba en la casa de la calle Lapu Lapu, amplia y oscura. El ambiente de su familia estaba enrarecido; a pesar de algunos adornos navideños distribuidos sin interés por las habitaciones, el lugar resultaba pesado y asfixiante, muy poco acogedor.

Muriel le preguntó a su madre, que de repente parecía haber envejecido veinte años:

—Mamá, ¿qué ocurre?

Cristina se encogió de hombros, incapaz de contestar.

El padre rehuía hablar con ese yerno al que no conocía y prefería permanecer largas horas en su butaca, fumando silenciosamente mientras la madre se movía por la casa, ajena a todo, con un rosario entre los dedos. Eugenia, la hermana mayor, ya era novia del acaudalado Catch Wilder y trataba a la familia con cierto desdén indiferente. Por debajo de la puerta del cuarto de Pedro se filtraba un humo acre con olor a esparto. Los gemelos Mateo y Cris campaban a sus anchas sin que nadie los controlase. Cris llevaba el uniforme del colegio lleno de lamparones, y esto para Muriel era lo más inexplicable y dramático porque su madre era tan cuidadosa en estas cosas como ella misma.

En un impulso repentino, le pidió a Luis dejar el hotel y hospedarse en la casa. El marido protestó:

—Estaremos incómodos. —Pero algo debió ver en el rostro de su mujer, porque accedió—. Muy bien, bonita, lo que tú digas.

Les dieron un cuarto en la buhardilla; era caluroso y angosto, y la niña lloraba mucho. Cogieron una niñera para que se ocupara de ella, más hábil que la salud de Madrid. Tenía un carácter sencillo y bondadoso y Muriel le propuso que se fuera con ellos. Se lo comentó a su madre, que la escuchó con rara apatía:

—Haz lo que quieras.

Un día Luis se encontró a Pedro hurgándole los bolsillos de la americana que estaba colgada en el armario y con desenfado le pegó un cachete, y Muriel, arrebolada, se puso a llorar. Luis trató de quitarle importancia.

—No seas tonta, nosotros le hacíamos lo mismo a papá.

Pero ella sabía que su hermano necesitaba dinero para comprar droga, se lo había contado Cris:

—La venden en la puerta del colegio.

Pedro tenía solo diecisiete años, y presentaba un aspecto escuálido y desaseado que daba pena, aunque a Muriel lo que más le preocupaba era que Mateo, el pequeño, lo siguiera siempre como si fuera su esclavo, con la mirada devota de quien adora a un santo. Y le preguntaba a Cris con aprensión:

—Tú no fumas, ¿verdad? ¡No te has drogado nunca! ¡No se te ocurra! —La hermana lo negaba, y entonces ella la estrujaba entre sus brazos y le suplicaba al oído, llena de miedos—: Vente con nosotros a España, te gusta Madrid, ¿querrás venir?

Se lo rogaba a su madre:

—Mamá, Manila es un peligro para la gente joven, en España todo está mucho más controlado —hablaba atolondradamente citando a su suegro—. Hay mano dura, ¡allí existe la pena de muerte y hay un policía en cada esquina!, deja que Cris se venga con nosotros.

La madre respondía con voz átona:

—Tendrás que pedirle permiso a Luis, ¿no crees?

Muriel se giraba sin palabras hacia su marido y Luis asentía en silencio.

Los días transcurrían con lentitud en aquella casa llena de secretos de los que nadie quería hablar. Luis comentaba en uno de esos momentos de aguda lucidez que sorprendían a sus amigos:

—Es como un buró antiguo que tenía mamá, lleno de cajoncitos ocultos; de algunos teníamos la llave, pero otros no los habíamos podido abrir nunca.

En ocasiones daban ganas de caminar de puntillas para no llamar la atención.

Frank, el hermano mayor, estaba de viaje. De vez en cuando llevaban a su hija Cecily a la casa y la ponían en la cuna de su primita, la una al lado de la otra como dos lechoncitos. Cuando Muriel preguntó cuándo volvería su hermano, la madre le

informó secamente:

—Nunca.

Fue también Cris, que se enteraba de todo por el servicio, la que le cotilleó a su hermana:

—Se ha fugado con una señora casada —y aquí dio un nombre muy conocido—. Ella ha abandonado a sus hijos y Frank, a Rebeca y a Cecily. Se han llevado dinero del marido; están en Hong Kong y dicen que no piensan volver.

Los días caían lentamente como pesadas gotas de mercurio. Luis trataba de distender el ambiente con risas y bromas, pero al final desistió y pidió que le pusieran una hamaca en el exiguo jardín para tomar el sol. La niña, a la que llamaban Murielilla, estaba extrañamente callada.

Esperaban algo atroz, nadie sabía qué.

Muriel se peinaba interminablemente frente al espejo y al final dejaba el cepillo a un lado, enterraba la cabeza entre los brazos y se ponía a llorar.

Insólitamente, una mañana la madre apareció vestida de negro. Ese día la humedad lo cubría todo como un pesado edredón, las flores del jardín inclinaban la cabeza como soldados derrotados y se levantó un viento cálido que golpeaba mansa y tristemente las contraventanas. Cristina se sentó en una silla en el vestíbulo de su casa, nadie sabía por qué. Y nadie se lo preguntó. Una premonición de desastre sobrevolaba la finca como un pájaro de mal agüero.

Estaba sentada sin leer, sin hablar, los hijos pasaban por su lado de puntillas, sin atreverse a dirigirle la palabra. Muriel tenía la boca llena de saliva que no podía tragar y se apretaba los puños contra el estómago.

La fatalidad se dirigía a grandes pasos a esa casa para destrozarlos a todos.

Gruesas gotas de lluvia golpeaban los cristales de las ventanas y tuvieron que encender las luces.

Y sí, a las siete llegó el telegrama. Lo abrió Eugenia, miró a su madre y dijo:

—Es Frank... —titubeó—. Está mal.

Y la madre afirmó sin duda ninguna:

—¡Está muerto! —Tan aturdida y sobrepasada por ese mazazo terrible que no derramó ni una lágrima.

Con una presencia de ánimo que Muriel solo pudo apreciar más tarde, Luis le dijo a esa familia devastada:

—Vamos nosotros a Hong Kong a hacernos cargo, no os preocupéis de nada.

Dejaron a la niña en Manila. Y Muriel emprendió junto a su marido ese viaje como una inválida, devorada por un dolor espantoso.

Frank había muerto en un hotel, intoxicado por la inhalación accidental del monóxido de carbono que desprendía una estufa en mal estado. Tenía veinticinco años.

Nadie habló de eso entonces, este suceso trágico se mantuvo en absoluto secreto. Muriel nunca pudo llevar duelo por ese hermano muerto, del que mucho más tarde

dijo, como único epitafio, «nos llevábamos muy bien, yo lo quería mucho».

Existe un pequeño y patético reportaje publicado en una revista, acompañado por dos fotografías tomadas esos días de tragedia en Hong Kong. Muriel, rigurosamente vestida de negro, mira al suelo, está enflaquecida, se le marca una línea nueva desde la oreja hasta el pómulos, su actitud es de profundo abatimiento. Junto a ella, sin olvidar cuál es su lado bueno, Luis ríe, como siempre. Y le declara al periodista:

—Me he traído a mi mujer porque no podemos estar separados.

El reportero encubridor señala que «la mujer de Luis esboza una sonrisa llena de felicidad, aunque dice estar cansada del largo viaje». Y Luis prosigue mintiendo con desparpajo:

—He tenido que venir a Hong Kong porque me han pedido que haga una gira monstruo por toda Asia, ¡me quiere contratar el empresario más importante del mundo!

Sí, el empresario más importante del mundo. ¡La muerte!

—*Let's hurry up, darling.*

—Mmmmh.

—*I have been told that we will meet Imelda Marcos...*

—Pssss...

—*Listen to me, Luis. ¡Luis!*

Luis, que se estaba enfundando en un chaleco que le venía pequeño delante del espejo sacando la lengua por el esfuerzo, pegó un respingo:

—¿Eh? ¿Qué pasa?

Muriel se puso en jarras delante de él y agitó el dedo índice frente a su cara:

—Luis, habíamos dicho que en casa hablaríamos en inglés, ¿ya no te acuerdas?

—Murielita, mi vida, habla inglés todo lo que quieras. ¡Si yo estoy callado como una puta!

Ella se cruzó de brazos y puso morros:

—Eso es lo malo, que yo hablo inglés pero tú te limitas a gruñir y no arreglamos nada. Se trata de que aprendas, ¿recuerdas? Y de que nuestros hijos aprendan también.

Luis dejó por un momento de mirarse al espejo, cogió a su mujer, le desató el cinturón del albornoz, empezó a acariciarla y le susurró: «¿Nos hacemos un *kiki*?». Ella protestó:

—Déjame, que me despeinas, me he pasado toda la mañana en la peluquería.

Él le mordió el cuello:

—Ay, que te despeino, que te despeino... A ver, mi amor, hijos, de momento, no digas, porque es hija, ¿entiendes?, hija.

Ella se encabritó toda:

—Sí, hija, ¿pasa algo?

—No, si yo estoy loco con mi muñequita, como sabes muy bien, pero de momento solo hay una, la «ese» sobra.

Ella lo miró recelosa:

—Pero ¿ya quieres otro?

Luis la soltó, cogió unos gemelos del cajón y se los tendió para que se los pusiera. Muriel les echó un vistazo, los apartó, eligió unos de oro y se dispuso a metérselos por el ojal.

—Otros, mi vida, quiero que vengan otros. ¿No íbamos a tener ocho? —De repente la miró con lacerante sospecha—. ¡No estarás tomando la píldora!

Ella puso los ojos en blanco:

—No, claro que no, ya te lo he dicho muchas veces, pero la niña solo tiene cinco meses.

Pero él ya se desentendía y se miraba los puños de la camisa:

—Oye, estos gemelos son muy serios, a mí me gustaban más los de antes.

Muriel arrugó la nariz:

—¿Esa horterada, los de la abeja? De... ¿cómo se llama?

—Rumasa. Es de un tío fenómeno de Jerez que quiere comprar media España.

Ella meneó la cabeza:

—Luis, ¿vas a ir a la boda de la nieta del caudillo convertido en un hombre anuncio?

Él suspiró mientras se abrochaba trabajosamente los botones del cuello para ponerse la corbata:

—A mí me gustaban.

Era el 8 de marzo de 1972. Tres horas después se iba a casar su amiga Carmencita Martínez-Bordiú y Muriel había extendido sobre la cama de matrimonio el vestido que iba a ponerse. Era de Elio Berhanyer, de gasa color fuego. Se lo había comprado rojo después de dirigirle una oración interior a su hermano, «Frank, perdóname; por ir vestida de rojo no te creas que te recuerdo menos».

Carmencita se casaba con el príncipe Alfonso de Borbón e iba a ser princesa. Con bastantes posibilidades de llegar a reina si Franco decidía quitarle el título de sucesor a Juan Carlos y dárselo a su primo Alfonso, que al fin y al cabo también era nieto del último rey Alfonso XIII y además se había casado con su nieta.

Hacía apenas un mes Carmencita la había invitado a su casa de la calle Hermanos Bécquer. Muriel, creyendo que iba a una reunión de amigas, se había vestido con pantalones pata de elefante y un blusón medio *hippy*.

Le llamó la atención que le abriera la puerta un criado desconocido con chaquetilla de rayas y gesto circunspecto, y que, precediéndola por el pasillo, guardara absoluto silencio. Los pasos, amortiguados por la gruesa alfombra, resonaban con lúgubre solemnidad. Al llegar a la puerta acristalada del salón, que otras veces había cruzado sin formalidad para encontrarse a su amiga escuchando música tendida en un sofá rodeada de envoltorios de caramelos, botellas de Coca Cola y revistas desperdigadas por todas partes mientras algún hermano pequeño veía la televisión, el criado se detuvo. Se hizo a un lado, abrió y, ante su asombro, la anunció:

—La señora de Campos.

Entró sobrecogida por ese ambiente de tedeum creyendo que el salón estaría vacío y cuál fue su sorpresa cuando se encontró a Carmen sentada en una silla muy alta, rodeada de su grupo de amigas, a las que, en comparación, se veía muy pequeñas.

Parecían Blancanieves y los siete enanitos a punto de tomar el té con tacitas de juguete.

Estaban Margarita, Chata, Patricia, Marta, Manu, Maritina y Concha. Hacía tiempo que no las veía pero ninguna se levantó para saludarla y Muriel se acercó

tímidamente. Carmen señaló un taburete que estaba a su lado con gesto majestuoso.

Se sentó.

—Hola.

No sabía qué decir.

Le contestó un murmullo apagado y, después, silencio. Muriel escrutó el rostro de las chicas, las siete se mantenían púdicamente con los ojos bajos, ninguna le devolvió la mirada. En ese momento entró la marquesa de Villaverde en el salón y todas se levantaron excepto Carmen, que permaneció sentada mirándose con aburrimiento las uñas. La madre fue besándolas una a una con exclamaciones apagadas:

—Hola, Marta, cómo estás, Muriel... —Sus mejillas se rozaban apenas—. Ya os habrá contado Carmen, ¿no?, ya os habréis enterado, no hay más remedio...

Carmen, con desgana, le comunicó:

—Mamá, aún no les he dicho nada.

La madre contestó sorprendida:

—Ah, bueno, yo, si acaso, ya me marchó. —Con cierta incomodidad se fue a la puerta y les dirigió una mirada de disculpa a las amigas de su hija, que seguían en pie—. Sentaos, yo ya me voy, ya nos veremos en la boda.

Pronunció la palabra «boda» con el mismo tono con que otros dicen «funeral».

Carmen dijo:

—Mamá.

La marquesa se detuvo en seco con la mano en el picaporte y preguntó con aprensión, sin mirarla:

—Qué.

—Que venga un médico, me duele un poco la cabeza.

Chata dijo revolviendo en su bolso:

—Yo llevo una aspirina si quieres.

Pero se calló de pronto porque Carmen la fulminó con la mirada y la madre dijo:

—No, no, ya llamaré al doctor López Ibor para que te visite, solo faltaría. —Y preguntó con humildad—: ¿Algo más?

La hija contestó:

—No, nada. Gracias.

—De nada.

Se fue.

Se volvieron a sentar. Otro silencio.

Miró a su amiga de reojo. Carmen estaba muy guapa, con el pelo apuntalado por kilos de laca y teñido con mechas y su nueva nariz, recta y afilada, obra del doctor Vilar Sancho. Iba vestida primorosamente con una blusa de seda verde un poco escotada, collar de perlas, falda tubo a media pierna y tacones. Llevaba la pulsera de platino y brillantes que le había regalado Alfonso el día de su compromiso y que había pertenecido a su abuela, la reina Victoria Eugenia. Todas las amigas iban muy arregladas y Muriel se sintió fuera de sitio con su atuendo informal. Sonaron unas

campanadas lejanas y Carmen se incorporó con esfuerzo:

—Oh, qué tarde es ya, estoy agotada. Esta mañana ha venido Miguel Rueda con los figurines y he tenido que escoger dieciséis conjuntos.

Todas hicieron ruiditos de aquiescencia, y entonces Carmen les notificó displicente:

—En realidad he querido reuniros a todas porque ya sabéis que mi vida va a cambiar. —Asintieron con entusiasmo—. Yo os voy a querer igual, nos conocemos desde siempre, pero ya nada volverá a ser lo mismo entre nosotras.

Las chicas no osaban ni siquiera demostrar extrañeza, se limitaban a estar absolutamente calladas. Muriel se miraba la punta de sus botines de ante con plataforma, le habían gustado mucho cuando se los había comprado, pero ahora resultaban muy inadecuados al lado de los zapatos salón que llevaban sus amigas.

—A partir de mi boda me tendréis que llamar alteza, nada de Carmen, y no me podéis tutear, lo entendéis, ¿verdad?

Hubo un instante de estupefacción en el que alguna de ellas estuvo a punto de soltar una risotada, pero al ver la expresión vigilante con que las observaba Carmen, afirmaron con la cabeza con tanto frenesí que estuvieron a punto de desnucarse:

—Alfonso, es decir, su alteza, es muy puntilloso con esas cosas. Y ya no nos podemos besar, me tenéis que hacer una reverencia.

¿Una reverencia?, pensaban aquellas chicas que habían nacido en un país sin monarquía. ¿Pero eso qué era? ¿Como arrodillarse delante de la Virgen?

Carmen las miró con agudeza leyendo su pensamiento:

—Si no sabéis hacerlo, buscaremos a alguien que os enseñe.

Llegados a este punto, Muriel creyó que se trataba de una broma y miró de reojo a Margarita, que tenía los ojos fijos en una cortina, a Chata, que se llevaba la mano a la boca como si ahogara una tos cuando en realidad se le escapaba la risa, Marta fruncía el ceño, Manu había empalidecido y tenía lágrimas en los ojos por el esfuerzo de aguantarse, pero Carmen, ajena a sus reacciones, como en trance, con los ojos entornados, proseguía de forma implacable:

—En realidad, no es Alfons, perdón, su alteza el que marca este protocolo, sino su secretario Hervé de Pinoteau. Ahora cada vez que queráis dirigiros a mí, ya sea por carta o por teléfono, tenéis que contactar primero con él, yo no puedo hablar con vosotras directamente. —Como si se le hubiera ocurrido en ese momento, prosiguió—: Él os dará lecciones para hacer reverencias y... —agitó la mano sin saber qué más decir— todo eso.

Cayó sobre ellas de nuevo un manto de silencio que nadie osaba romper. Como ninguna abría la boca, al final fue Carmen la que cortó de forma un tanto abrupta:

—Hala, ya os podéis ir.

Hubo un revuelo de sillas y las amigas iniciaron un conato de genuflexión, alguna incluso estuvo a punto de darse de morros contra el suelo. Como habían visto en alguna película que no se podía dar la espalda a los reyes, se fueron caminando hacia



atrás, tropezando unas con otras hasta que chocaron con la puerta que el criado mantenía abierta mirando despectivamente a aquellas plebeyas que tanto tenían que aprender.

Las siete amigas se apretujaron en el ascensor y ninguna se atrevió a decir nada.

Riéndose, Muriel se lo contó a su suegro en la merienda, y ante su asombro, el doctor no solamente no le vio la gracia al relato, sino que le comentó con seriedad:

—Ojalá Franco rectifique y nombre sucesor al príncipe Alfonso, me han llegado rumores de que es muy falangista y que quiere mucho a su excelencia —cogió una lionesa que había comprado él mismo en la tienda Mallorca y la mojó en el café con leche—, y no tiene un padre liberal que esté haciendo la puñeta desde el extranjero como el otro.

Muriel quiso saber quién era el padre de Alfonso y el doctor repuso vagamente:

—Creo que ha muerto.

No pudo evitar preguntarle con su tono más ingenuo:

—Entonces, ¿ya puedo frecuentar a Carmencita ahora que quizás va a ser reina?

El suegro la miró con el mismo asombro de Balaam cuando oyó hablar a su burra, temiendo que esa muchacha apocada y dócil le estuviera tomando el pelo, pero cuando la vio como siempre, con los ojos bajos, sirviendo más café sin que le temblase el pulso, descansó tranquilo y concedió con magnanimidad:

—Claro, ahora las circunstancias han cambiado; ser amiga de ella le puede aportar muchas ventajas a Luis.

Cuando se recibieron las participaciones, Luis manifestó con satisfacción:

—Todo el mundo quiere ir a esta boda, si nos han invitado ha sido por mi fama como cantante y porque soy un tío con clase y de derechas, no creo que hayan invitado a Serrat o a esos pelanas.

Muriel arguyó llena de asombro:

—Pero, Luis, si nos ha invitado Carmencita es porque es amiga mía.

Él se mofó:

—¿Amiga tuya y te dice que la trates de alteza?

Luis tenía una forma de decir las cosas que a veces conseguía que se le saltaran las lágrimas, pero siempre a solas, cuando no la veía nadie. La muerte de Frank la había dejado débil y floja, pero, como le remachaba su suegro con conocimiento de causa, cuando en una casa entra la tristeza, la felicidad sale por la ventana. Y ella quería formar un hogar feliz para Luis y para sus hijos. De eso se trataba, ¿no? Su suegra le había regalado por su cumpleaños un cojín en el que había bordado a punto de cruz: «La mujer es la reina de la casa y está al servicio de su marido y de sus hijos».

¿Pues qué reina era esa?, se preguntaba cuando se quedaba despierta y sola hasta tarde, atravesando esos enormes desiertos de insomnio en los que se habían

convertido sus noches. ¡Servir de criada al marido y a los hijos, menudo panorama!

Pero enseguida se arrepentía de su exabrupto porque precisamente, en cuanto a criadas, no tenía de qué quejarse. Se había traído a la dulce Nuky de Filipinas y conservaba la salud. Claro que había tenido que transigir y contratar fija a Matilde sabiendo que metía al enemigo en casa.

¿Pues no le había dicho que quería que Murielilla la llamara La Señora cuando empezase a hablar? ¡Pero si la pobre niña berreaba como una posesa cada vez que Matilde asomaba por la puerta su rostro cetrino, que no conseguía animar ni esbozando una sonrisa más falsa que Judas, ni siquiera haciendo «cu cu» con su voz aguardentosa de camionero!

Pero, en plan Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, cuando le venían a la cabeza estos problemas que en la oscuridad de la noche se le antojaban insolubles y estaba sola en la cama porque Luis se encontraba cantando por esos mundos de Dios, o al menos eso decía él, se daba media vuelta, apretaba los ojos y se repetía «ya lo pensaré mañana». Y mañana, a la luz del día, con la primera sonrisa desdentada de Murielilla y esa oleada tibia de felicidad que le proporcionaba, el problema había desaparecido.

Y además, quizás sí que Luis tenía razón y Carmencita había dejado de ser su amiga.

Por eso se sorprendió cuando unos días antes de la boda recibió una llamada. Matilde, la muchacha, le anunció:

—La señorita Carmen al teléfono.

Se puso intentando acordarse de todas las instrucciones que había recibido el día de la reunión con las amigas, y haciendo una reverencia mental tartamudeó:

—Alteza, majestad..., princesa...

Carmencita se puso a reír:

—Ay, no seas tonta, dije todo eso porque Alfons me obligó; no hagas caso. Vendrás a mi boda, ¿verdad?

Muriel se relajó:

—Claro, me hace mucha ilusión, ¡estarás muy contenta!

—Sí, como Alfons es tan alto, ya podré llevar siempre tacones.

Muriel se quedó algo desconcertada por esta aspiración tan fútil, pero se apresuró a darle la razón:

—Sí, es verdad. ¿Y tienes mucho trabajo?

Otra vez la risa de Carmen, tan parecida a la de su madre:

—Uf, tremendo, como el modisto ya me ha terminado el traje, estoy todo el día aprendiendo a bailar flamenco con la hija de Manolo Caracol.

Otra vez se quedó Muriel sin saber qué decir y al fin preguntó:

—¿Y cómo se llama?

—La Caracola.

Suspiró Muriel:

—Digo el modisto.

—Ah, Balenciaga... Pertegaz y él casi llegan a las manos porque lo querían hacer los dos; mamá les propuso que uno cosiera el cuerpo y otro la falda, pero se negaron. Pertegaz es más pesado que una vaca en brazos.

—Pero si es muy chiquitín.

Carmen se exasperó:

—Es una broma, Muriel, jopé, con el tiempo que hace que llevas aquí y no nos has pillado el sentido del humor.

Muriel se disculpó y se rio con retardo:

—Ah, ja, ja, ja, una vaca en brazos, es muy gracioso —pausa—, luego te irás a Suecia de embajadora.

—Sí, pero solo un año, aquello es un rollo. Ya me ha dicho el abu que le dará un trabajo a Alfons aquí en Madrid. Y la abuela nos ha regalado un piso en la calle San Francisco de Sales; los están construyendo aún. Oye, se me ha ocurrido una cosa... —su voz se había animado—, ¿por qué no compráis un piso allí también? Así seríamos vecinas.

Muriel pensó con temor en lo que costaría eso, claro que quizás para entonces Luis ya ejercería de abogado y el dinero empezaría a entrar por la ventana. Ah, no, que era la felicidad la que entraba por la ventana. ¿O salía?

Respondió prudentemente:

—Se lo comentaré a Luis —y pensó que debería decir algo positivo de ese novio al que no había visto nunca—. Alfonso, su alteza, quiero decir, es estupendo.

—Espera, que cierro la puerta. —Se alejó la voz, volvió—: Hombre, todo ha sido cosa de mi padre; total nos hemos visto a solas tres fines de semana, pero Alfons no está mal y así me voy de esta casa de una vez.

Muriel se atrevió a preguntarle tímidamente:

—Pero ¿no te da miedo casarte?

Se rio la otra con suficiencia:

—No te creas que es tan soso como parece. Cuando estuvimos en Courchevel, en casa de los Weyler... Fuimos con mis tíos de carabina, ¡pero como nos íbamos a casar, la tía Clotilde hacía la vista gorda!

Y recordando su propia boda, Muriel se atrevió a preguntar:

—¿Y estás segura, Carmen?

La muchacha dudó, y con un punto de amargura dijo:

—Ahora ya no puedo volverme atrás..., es lo que hay.

Reinas o plebeyas, filipinas o españolas, todas habían caído en lo mismo. Si dabas un mal paso, tenías que casarte. Como decía Carmencita, es lo que hay.

Pero Muriel no pronunció ni una palabra. La amistad entre mujeres muchas veces se mantiene por lo que no se dice más que por lo que se dice.

La verdad es que, mientras se vestía, no podía dejar de sonreír pensando en su amiga. Carmen era todo lo que ella no era, espontánea, alegre, atrevida, osada... Le gustaba vivir intensamente sin que la frenara la opinión de los demás. Sin embargo, ella se sentía controlada por su marido, sus suegros, los periodistas, ¡hasta por la muchacha! Incluso su madre desde Manila le escribía largas cartas en las que le recomendaba no dar que hablar, «piensa, hija, que Luis tiene una profesión muy difícil y necesita a su lado una mujer ordenada y sin sobresaltos que dé tranquilidad a su vida».

¡Basta!

¡Por favor, basta!

Un receso, necesitaba que el mundo se parase un momento, tenía ganas de levantar el dedo como cuando estaba en la escuela y pedía para ir al lavabo, estoy aquí, por favor, no me atropelle, no me pase por encima, no me aplaste.

De pronto, su corazón se llenó de tristeza y su vida le pareció gris e insulsa. Un dolor inexplicable y angustioso se apoderó de su corazón, se sentía inflamada por un vago deseo de algo desconocido, tuvo que sentarse en la cama para no caerse al suelo.

¡El ansia de lo excepcional!

Ella también quería, ¿o es que solo lo podía sentir Luis?

¡A ella también le gustaría salir de las cuatro paredes de su casa, abandonar por unas horas su papel de madre y esposa perfecta, romper las costuras de ese vestido demasiado estrecho y saltar desnuda volando por la ventana!

Se puso de pie como una sonámbula, se acercó a su marido y le preguntó:

—Mi amor, no crees que podríamos... —Pero Luis canturreaba sin hacerle caso —, que quizás yo... Luis, por favor.

Luis cerraba los ojos y le decía:

—Espera..., espera..., no me digas nada... Dame papel y lápiz...

*A terra chá.*

—Luis, me gustaría...

—Murielita, mi amor, ¿no ves que estoy componiendo?

Se puso a escribir; ella se rindió con un suspiro y terminó de vestirse en el cuarto de baño.

A Luis le acababan de regalar una capa madrileña de lana con el forro de terciopelo y se empeñó en ponérsela encima del traje, aunque su mujer lo miró dubitativamente:

—¿No es una cosa trasnochada esto de la capa?

Luis contestó con suficiencia:

—Es una prenda que solo puede llevar un tío con buena planta como yo. Figúrate

a Víctor Manuel con capa, parecería una seta.

Muriel arrugó la nariz:

—Es que huele a... ¿oveja?

Luis, molesto, comentó:

—Yo no huelo a nada.

Pero se echó medio litro de Eau Sauvage por encima.

Se miraron en el espejo del ascensor. Luis, con la capa, abultaba el doble que ella, y tampoco sabía muy bien cómo se ponía; ensayó varias posibilidades moviendo los brazos como aspas de molino. Al final decidió envolverse en ella. Como es natural, así no podía conducir, y fue Muriel la que tuvo que llevar el coche a pesar de los vertiginosos zapatos de tacón que se había puesto.

Cuando llegaron al palacio de El Pardo los hicieron quedarse en uno de los patios cubiertos, todo el mundo los miraba pero no por la capa de Luis, sino por el traje rojo de Muriel; era la única que iba de ese color además de la madrina, la marquesa de Villaverde. Claro que ellos a la marquesa de Villaverde, al marqués, que iba vestido de caballero del santo sepulcro con una malla blanca que lo marcaba todo, al padre de don Alfonso, que no solamente no se había muerto sino que estaba muy vivo y dedicándose con entusiasmo a vaciar una botella de *whisky*, no los vieron en ningún momento porque los invitados principales estaban en el piso de arriba. Cuando Luis se dio cuenta de que los habían puesto con los convidados de segunda, empezó a protestar:

—Coño, para eso que no te inviten.

Y todavía se disgustó más cuando vio aparecer a Carmen Sevilla y su marido Augusto Algueró, ¡y a Lola Flores!

Un grupito de periodistas vestidos de medio pelo y con las cámaras en ristre los abordaron. Lola les comunicó con su profunda voz:

—Mi marido Antonio, al que vosotros llamáis sin motivo el Pescaílla, no ha podido venir porque está de luto.

El de la agencia Efe le preguntó a Muriel por qué habían sido invitados.

—Hemos venido porque... —miró a su marido y rectificó a tiempo— Carmencita es una admiradora de Luis y ha ido a muchos recitales suyos.

El fotógrafo la amonestó:

—Querrás decir su alteza real la princesa de Borbón.

No le correspondía ese tratamiento, pero en esa hora confusa, si a Carmencita la hubieran nombrado emperadora de las Indias, todo el mundo lo hubiera acatado:

—Sí, su alteza real..., eso.

Se fueron los fotógrafos, Lola la miró de arriba abajo y le dijo guiñándole un ojo:

—Mira a esos moscones.

Un grupo los observaba fijamente desde que habían llegado, y Muriel dijo con modestia:

—Sí, claro, ¡Luis es tan conocido!

Lola lanzó una carcajada y le dio con el codo:

—¡Vamos, niña, que no es por él..., te miran a ti!

Luis, que estaba tomando un vino y hablando con el esquiador Paquito Fernández Ochoa, que también llevaba capa, las observó con inquietud, y sin mucho disimulo le susurró a su mujer mientras trataba de apartarla del grupo:

—No hagas corro con ella, que no quiero salir mañana a su lado en las revistas.

Pero una impertérrita Lola señaló a Luis y a Paquito, engarfió los dedos, desorbitó los ojos y dijo con su voz profunda de fumadora empedernida:

—Uh, qué miedo, los vampiros de Düsseldorf.

Luis esbozó una risa de conejo y ya se sintió toda la noche en ridículo.

A las mesas con el bufet era impensable llegar, el timbal de langostinos y la silla de ternera se acabaron en los diez primeros minutos, había dos mil personas y los empujones eran continuos. Se abrieron paso hasta ellos el tenista Santana, que iba con su mujer María Fernanda, y Victoriano Roger «Valencia», al que llamaban el Don Juan de los toreros. Aunque tenía novia, había ido solo y trató de maniobrar para ponerse al lado de Muriel que, sin saber quién era, le preguntó:

—¿A qué te dedicas?

Victoriano, del que se decía que aún tenía más éxito que Luis Miguel Dominguín con las mujeres y por el que la princesa Titi de Saboya acababa de pegarse un tiro en la barriga, le dijo arrimándose:

—Soy abogado.

Y no mentía, porque era abogado además de matador de toros. Muriel sonrió encantada:

—Mi marido también —como vio que el hombre miraba con extrañeza a Luis, Muriel se vio obligada a precisar—, además de cantante.

Un chambelán se acercó a preguntarles:

—¿Quieren saludar a la novia?

Luis, creyendo que era una atención especial hacia ellos, se apresuró a decir que sí y se integraron en una cola de varios centenares de personas. Victoriano se mantenía muy cerca de ella, pero como Muriel vio que eso no le gustaba a Luis, se retrasó hasta que se situó al lado de Santana y su mujer. En ese instante vio pasar a un anciano con la boca abierta, ojos llorosos y manos presas de un temblor incontrolable, y le tiró de la manga a su marido:

—Mira, es Franco.

Estuvieron casi tres horas en la cola, un criado iba dando instrucciones y repartiendo vasos de agua y de vino:

—No den la mano, hagan una reverencia las señoras y los señores una inclinación de cabeza, trátenlos de alteza, no les hablen si no les hablan, no se detengan.

Carmencita y Alfonso estaban sentados en una especie de trono. Luis quiso decirle un requiebro a Carmen, irreconocible bajo una corona de enormes esmeraldas, perlas y brillantes regalo de sus padres, pero el criado le dio un empujón para que se

fuera y él protestó porque el vino lo volvía arrogante:

—Coño, déjenme.

Tropezó con la capa, trató de ponérsela alrededor de los hombros y al final se envolvió en ella como si fuera un capullo de seda. Solo se le veía la cabeza, que parecía reducida de tamaño. Se movía con dificultad. Muriel, como siempre, exhibía la grave dulzura de sus ojos castaños. Había visto de lejos a Imelda Marcos, que iba vestida con el traje típico filipino de seda blanca con las mangas abullonadas, y era una de las pocas personalidades internacionales que habían aceptado acudir a la boda de la nieta de uno de los últimos dictadores de Europa.

Ahora, en el caso improbable de que la viera y la reconociera, Imelda ya no le diría «qué niña más educada». Era una señora casada con un cantante famoso y futuro abogado.

Miró de reojo a su marido, abogado... Pensándolo bien, la capa podía pasar por una toga de abogado. Ahora no recordaba si los abogados españoles llevaban peluca, se imaginaba a Luis con unos bucles blancos cayéndole alrededor del rostro... Tendría la apariencia noble de un senador romano.

Perdida en estas ensoñaciones tardó en darse cuenta de que una mujer de mediana edad, con gafas de cristales gruesos y montura de pasta negra, estaba frente a ellos. Señaló a su espalda y dijo en muy mal español:

—Somos de la revista *Vogue Francia* —eso despertó la atención instantánea de Luis, que exhibió *ipso facto* su mejor perfil—, estamos haciendo un reportaje sobre los invitados más destacados.

Luis sonrió con suficiencia, ¡su «Katerine» había atravesado fronteras!

—Muy bien, qué guapa eres..., *cherie* —la cogió por el hombro y miró a su alrededor, estaba tan emocionado que se puso a tartamudear—. ¿Dón... dónde quieres que pose?

La mujer se desasíó con disgusto y preguntó extrañada:

—¿Cómo? Usted no. Nosotros queremos hacerle un reportaje a su esposa; es la más elegante y más guapa de la boda.

El rostro de Luis pasó del blanco al rojo y después al amarillo en cuestión de segundos. Se le alargaron los dientes. Miró a la francesa de tal manera que la otra retrocedió unos pasos con las palmas levantadas como si fuera a atacarle. Luis bramó:

—¿Cómo? Pero si el artista de la familia soy yo, ¿qué se creen?, ¡soy un cantante muy famoso!

El fotógrafo, sin entender, apuntó a Muriel con la cámara y Luis le dio un manotazo que casi lo tiró al suelo:

—¡He dicho que a mi mujer no le haces fotos!

Cogió a Muriel por el brazo y la arrastró a la salida con tanto ímpetu que abrió un paso entre la compacta multitud como separó Moisés las aguas del mar Rojo:

—Pero qué se creen estos gabachos, que se vayan a hacer fotos a su puta madre si es que la conocen. ¡Que cierren las fronteras otra vez, coño!

Y luego miraba a Muriel de arriba abajo:

—¿Y me quieres decir por qué cojones te has puesto este vestido tan llamativo? Más discretita tienes que ir.

Mascullaba barbaridades:

—Muy ligera te veo a ti, siempre provocando. ¿Por qué hablabas con Santana? Coqueteabas, la mujer te dirigía unas miradas... ¡Y tú ahí, soltando chorradas! —La imitaba—: Oh, no me digas, qué interesante, ¿has ganado Wimbledon? ¡Como si te importara algo lo que te decía el dentado ese!

Muriel iba avergonzada, con la mirada baja, sin querer saber si la gente oía los gritos desahogados y las imprecaciones de Luis:

—¿Y el torero? Ya estará contando por todo Madrid que se ha acostado contigo. —Con el índice se bajaba el párpado inferior del ojo—. A mí me la van a dar... A este del foro... Si no conoceré yo a estos tíos golfos. ¡Cuando ellos van, yo he ido y he vuelto cien veces!

Se giraba hacia el palacio, donde un grupo de legitimistas franceses invitados por Alfonso, que tenía pretensiones al trono de Francia, los miraban boquiabiertos. Luis se ponía en pompa enseñándoles el culo:

—Chupádmelo, gabachos. —Luego se giraba, se abría de piernas y se ponía a dar saltos mientras se tocaba los testículos con ambas manos—. ¡Victoriano *Valencia*, chúpame la polla!

Muriel, que nunca se había visto en esa tesitura, no sabía dónde meterse ni dónde mirar y se tapaba la cara con el bolso.

Milagrosamente, encontraron su Seat entre aquel mar de coches, y Luis la tiró dentro de un empujón:

—Tú solo puedes hablar con otras señoras. Tienes que ser una mujer de tu casa y no ir llamando la atención por ahí, eres una madre de familia y no una zorra.

Metidos en la inmensa caravana que colapsaba la carretera de El Pardo, el camino hasta Madrid se les hizo interminable. Muriel intentó razonar:

—Luis, era una revista de moda y además son franceses, no te habrán reconocido.

—¿Cómo? —decía él sacando fuego por los ojos—. ¡A mí me conocen en Francia y en Pompeya!

Cuando llegaron a casa Luis seguía furioso, arrojó la maldita capa al suelo, se desnudó a manotadas, se metió en la cama y se puso de cara a la pared como un niño pequeño. Muriel, para distraerlo, le llevó el papelito en el que había garabateado unas palabras mientras se estaba vistiendo.

—Mira, eso que componías.

—Déjame en paz. —Y luego añadía ceñudo—: Desnúdate y ven.

Ella le dijo:

—Lo tiro entonces.

Y se fue hacia el baño para echarlo por el váter. Luis se levantó con una agilidad impensable:



—Ay, joder, me he hecho daño... No tires nada, coño —le arrebató el papel, lo puso sobre la mesilla de noche y lo alisó—. *Miña xoia... os teus ollos amorosos...*

Muriel se fue desnudando, quitándose el maquillaje cuidadosamente, aplicándose durante unos segundos una toalla fría y otra caliente sobre el rostro como hacía desde que era niña, dándose ligeros golpecitos con la crema de noche en las mejillas y el escote y cuando se dirigió a la cama, él estaba mordisqueando el lápiz. Intentó deslizarse entre las sábanas sin llamar la atención, pero Luis le dijo con ese humor cambiante que era una de sus características:

—No te duermas, que tu maridito te necesita.

Ella le preguntó ahogando un bostezo y en el fondo sin ningún interés:

—¿Qué estás escribiendo?

Y él le respondió:

—Una canción en gallego.

Se le escapó a ella decirle, apesadumbrada, como si le hubiera confesado que estaba jugándose de nuevo su fortuna a la ruleta:

—Luis, ¿otra canción?

—Sí, y en gallego.

—¿En gallego? —se asombró ella meneando la cabeza, pensando en quién iba a escuchar una bobada así.

Con la mente en la melodía, Luis le hizo el amor distraído, tarareando a ratos, y cuando terminó se tumbó a su lado mirando el techo:

—Quiero tenerte siempre preñada.

Muriel suspiró, pero dos meses después ya lo había conseguido.

Y la canción en gallego ha sido quizás el éxito más grande de la carrera de Luis.

Ella no se puso jamás el vestido rojo y la capa fue envuelta en su funda de tela con bolas de naftalina y nunca más volvió a ver la luz.

En realidad, todos eran tan escépticos como Muriel. El *Poema a Galicia* solo le gustaba a Luis y a Abad. Los de su casa de discos, Columbia, le dijeron a Fernando:

—Seamos sinceros, esta canción únicamente la va a comprar el padre de Luis.

Herreros fue más brutal.

Luis apareció un día en su despacho de la calle Pedro Muguruza con la guitarra bajo el brazo para cantársela. Herreros se burló:

—Ya está aquí Mateo con su guitarra. ¿Qué nos traes hoy?

A pesar de ser su representante, Herreros nunca había llegado a creer en Luis, y además esos días estaba desesperado. Se había enamorado de la actriz catalana Emma Cohen, que no le hacía caso, y amenazaba con suicidarse. O sea, que no estaba para escuchar las penas de los otros.

*Descalciña polo mar*

*camiña a miña xoia  
meu ben*

No lo dejó terminar y barrió con un gesto la canción, la letra y a Luis Campos:

—Eso es una catetada... en gallego... —Puso voz estridente de secretaria—. Adiós, Luis, gracias, Luis, tráeme algo que valga la pena, Luis, dame alguna alegría, Luis, ¡que pase el siguiente!

Entró un chico rubio, con tupé y mofletes de querubín. Herreros dijo señalándolo:

—Mira, toma nota, este será nuestro próximo triunfador, el ídolo de las nenas, se llama Jaime Morey.

Luis se fue rojo de indignación sin despedirse, pero Fernando se quedó en el despacho tratando aún de convencer a su jefe. Pero Herreros, que era prepotente y maleducado, sentenció poniendo el pulgar hacia abajo:

—*Morituri*, Fernando. Este pollo pera está acabado, no entiendo cómo sigues con él, tú no eres mal mánager pero Luisito es como una piedra atada al cuello que te arrastrará hasta el fondo.

Fernando protestó:

—Pues yo creo que tiene un gran futuro, Quique, será el Frank Sinatra latino, ya verás.

Herreros rio estrepitosamente:

—Será la gran mierda latina. —Miró a su nuevo pupilo, que parpadeaba intentando en vano que sus cándidos ojos azules se humedecieran—. Jaime Morey. Este sí que vale.

¡Otra vez con el disco debajo del brazo! A Luis le parecía que el tiempo no había corrido, que los relojes iban marcha atrás, que los salmones remontaban río arriba y que estaban otra vez en la casilla número uno. Emisoras, entrevistas, salas de fiestas pequeñas, grandes, todos tenían que escuchar su *Poema a Galicia*. Llamar por teléfono a los periodistas, invitar a comer, a cenar, a putas, a copas... Decir las palabras exactas, las más convincentes, vender el disco en una frase, jugárselo de nuevo todo a una carta.

Regresaba a casa desalentado y triste, cojeando, con el frío hostil de la calle en las mejillas. Si Muriel le preguntaba, gruñía:

—Bien, todo bien. Tú no te preocupes, tú la casa..., la niña... —Y después se acordaba de su embarazo—. ¿Cómo te encuentras?

Muriel no se encontraba bien. Tenía náuseas constantes, le dolían las piernas, siempre le parecía oír el llanto de su hija aunque la chica se la hubiera llevado a paseo; pero Luis, derrumbado en el sofá, con la marca del hastío en el rostro, la escuchaba distraídamente y le decía con vaguedad:

—Pues descansa, no hagas nada, que te lo haga todo el servicio.

El servicio, claro. Ahí estaba el problema.

Nuky había sido una mala adquisición. La muchacha alegre de Manila que

cantaba siempre como un jilguero, que hacía sonreír a Murielilla y a todos, se había transformado en Madrid en un ratoncito gris, temeroso, con un trapo siempre en la mano, que se escondía por los rincones. Muriel le preguntaba:

—¿Estás bien, Nuky?

La adolescente asentía sin atreverse a levantar la mirada del suelo.

Luis protestaba:

—Esta chica me da mal fario, parece la superviviente de un campo de concentración.

Porque era cierto, cada vez estaba más delgada, su piel tenía una tonalidad verdosa, el uniforme le iba grande y se la notaba sin fuerzas ni ánimos.

Muriel, preocupada, le preguntaba a Matilde:

—¿Está bien esta chica? Supongo que le enseñas cómo van las cosas aquí y la ayudas, ¿no?

Matilde contestaba con esa altanería que la hacía tan antipática:

—Por supuesto, señora.

Nuky solo revivía cuando entraba en la habitación de Murielilla. Aunque no sabía hablar español, se llevaba bien con la salud y le enseñó cómo había que coger a la niña y las cosas que le parecían divertidas. Agitar la mano, rascarle la barriga, el ruido de las llaves, y entonces el bebé reía a carcajadas enseñando los dos granitos de arroz que tenía en la mandíbula inferior.

Pero de pronto cesó también de ocuparse de ella. Muriel se la encontraba a veces de rodillas fregando el suelo y cuando se lo comentaba a Matilde y le preguntaba por qué no utilizaba la fregona, la mujer protestaba con gesto austero:

—¿Ese invento moderno? Es mejor de rodillas, se limpia más a fondo.

—¿La aspiradora tampoco la usa?

—Donde esté un buen cepillo...

Pero pronto dejaba de prestar atención; sería cuestión de tiempo, ¡a ella también le había costado aclimatarse! Y había tantas novedades en la casa... De repente un día Luis llegó con un contrato en el que le pagaban 500.000 pesetas por ir a actuar a Holanda y a Bélgica. Muriel se asombró:

—Pero, cómo, así, de pronto...

Un latigazo de dolor cruzó el rostro de Luis, que masculló:

—Joder, mi vida, de pronto —levantó los zapatos, Sebago, eso sí—. Mira estas suelas, me he pateado todo Madrid intentando colocar el disco.

—Sí, sí, claro —se disculpaba ella y trataba de enmendar su metedura de pata, no quería parecer una persona insensible—, pero, quiero decir, ¿por la canción gallega?

Ahora Luis optaba por una envenenada ironía:

—No, preciosa, por la danza watusi —se enfadaba—. Por el *Poema a Galicia*, sí, nadie creía en esa canción y mira, a todo el mundo le encanta aunque está escrita con los pies, en un gallego inventado. ¿Sabes que en Francia se creen que Galicia es una mujer?

La cogió en brazos y dio unos pasos con ella por el salón, pero pronto la soltó porque se le doblaba la pierna:

—Vuelves a pesar mucho... ¿Quién tiene un marido que es el mejor cantante del mundo y parte del extranjero?

Ella preguntó ilusionada:

—¿Entonces este verano viajaremos por Europa?

Él descartó la posibilidad con un gesto:

—Yo sí, preciosa, pero tú no... Mira, yo soy como un hombre de las cavernas que lleva el dinero a casa, y tú solo has de tener la cueva en buenas condiciones y cuidar a las crías. Y dándome placer como solo tú sabes dármelo.

Luis había llegado a la conclusión de que tenía que viajar sin ella para poder desplegar todos sus encantos de Tenorio español. ¡El macho latino no podía ir con una mujer del brazo y encima embarazada, aunque fuera tan guapa como Muriel!

¡Si era guapa, todavía peor, su misión era enamorar a las mujeres, no meterles por los ojos un matrimonio feliz y prolífico!

Vale que Raphael se había casado con Natalia Figueroa y que iban juntos a todas partes, pero ¿verdad que a Raphael las fans nunca le habían gritado queremos un hijo tuyo?

La llevó a la cama y como siempre que estaba contento, le hizo el amor. En realidad le hacía el amor si estaba contento y si estaba triste, si estaba cabreado o si era feliz, siempre había un motivo. Y Muriel se dijo que, sin embargo, nunca le preguntaba si a ella le apetecía.

Se quedó despierta con este pensamiento perturbador; era la primera vez que se le ocurría... La claridad de las farolas de la calle entraba por las ventanas abiertas, el calor volvía a instalarse en Madrid, ella recordaba con horror el verano anterior, también estaba embarazada. Ahora ya se imaginaba siempre a sí misma con un niño dentro, sería así toda la vida, la reina (embarazada) del hogar.

Se levantó y fue a por un vaso de leche a la nevera, leche muy fría bajando por su garganta ardiente. Se relamió los labios. Era muy tarde, pero un resquicio de luz se colaba por debajo de la puerta. ¿Había alguien?

Se asustó. Pensó en llamar a Luis pero el pobre dormía, al día siguiente tenía que ir a Cádiz y al otro a Badajoz.

Oyó un ruido muy tenue... Abrió poco a poco.

Sentada en el suelo, con las manos metidas en el cubo de la basura, estaba Nuky.

Se cruzaron sus miradas. Agarraba un hueso de pollo con la mano y tenía el rostro lleno de grasa. Estaba asustada.

Muriel desconcertada preguntó:

—Pero, Nuky... —La chica empezó a retroceder arrastrándose por el suelo poniendo el hueso al frente como un escudo. Muriel trató de cogerla—. No pasa nada, no te voy a reñir.

Nuky empezó a negar violentamente con la cabeza, y ella se puso a hablarle en

tagalo, el dulce idioma de la infancia:

—Levántate, tranquilízate.

Cogió dos sillas, ella se sentó en una y le señaló la otra:

—Siéntate, por favor.

La chica lo hizo temerosa, y Muriel sacó leche y galletas, le colocó una servilleta alrededor del cuello como hacía con Murielilla y empujó el plato hacia ella. Nuky no se atrevía a comer y Muriel la apremió con un gesto conminatorio:

—Come.

Se lanzó sobre el plato y devoró las galletas, Muriel sacó más, y más comió, puso otro vaso de leche y otro y se dio cuenta de que, si no la detenía, comería indefinidamente. Al final le cogió las manos y le pidió:

—Ahora cuéntame qué te ha pasado.

Con las mejillas arboladas y un ligero bigote blanco, Nuky le soltó su pequeña vida llena de miserias. Desde el principio Matilde le había manifestado odio y aborrecimiento, no le daba de comer, solo lo que sobraba de su plato y aun a veces prefería tirarlo a la basura. No la dejaba sentarse en una silla en su presencia, le había prohibido entrar en la habitación de la niña porque decía que era una sucia, y Muriel sabía lo que le dolía este insulto porque no hay filipino que no se lave varias veces al día.

—No me da jabón, me mancha el uniforme, me habla y sabe que yo no la entiendo, y se enfada y me pega.

Se levantó la manga del sucio camisón y en su brazo de niña tenía unos arañazos.

Muriel tragó saliva para no ponerse a llorar. Se iba indignando y entristeciéndose a la vez. ¿Todo eso estaba pasando en su propia casa?, ¿cómo ella no se había enterado de nada? Tuvo que contener un sollozo lleno de remordimientos, casi enfadada con la muchacha:

—Pero ¿por qué no me decías nada? Nuky, yo soy responsable de ti en esta casa, tus padres te pusieron en mis manos.

Nuky no sabía qué decir, tenía miedo, no entendía el idioma, era pobre, los señores, los padres del señorito, la miraban con malos ojos... Era extranjera, era pobre. Tenía miedo.

Sí, el miedo, ella eso podía entenderlo. Sin dejarla hablar más, la abrazó tiernamente y se dio cuenta de lo delgada que estaba. Luego se apartó y le pidió:

—No tengas miedo, todo ha terminado.

La acompañó a su habitación, nunca se le había ocurrido indagar dónde pasaba las noches. Era poco más que un armario con un colchón en el suelo, y se reprochó por su egoísmo. Ella creía que dormía con Matilde, que tenía una habitación amplia con dos camas.

Le dijo:

—Quédate tranquila. No vas a volver a verla. Yo soy como tu mamá... —le tocó el pecho y luego se lo tocó a ella misma—, yo... *nanay*...

Como una niña pequeña, Nuky susurró «nanay», cerró los ojos y se quedó instantáneamente dormida.

Eran las dos de la mañana, pero a Muriel ni se le ocurrió mirar el reloj. Una rabia quemante de color verde le subía por el esófago. Abrió de par en par la puerta de la habitación de Matilde. Ahí estaba, con una red en la cabeza para no despeinarse y emitiendo un ronquido de satisfacción, con esa sonrisilla en sueños que solo tienen las personas con una conciencia tranquila.

—¡Matilde!

La mujer abrió los ojos y se le borró la sonrisa, que fue sustituida por un mohín malhumorado aunque al ver que era Muriel puso su expresión meliflua de siempre:

—¿Qué se le ofrece a la señora?

—Recoja sus cosas ahora mismo y váyase de mi casa.

La otra se incorporó, se sentó en la cama buscando las zapatillas con los pies y se puso a tartamudear:

—Pero qué, cómo, ¿se ha vuelto loca? —Luego cambió el tono por otro falsamente adulator—. Perdome, es por su estado, ahora lo entiendo, está alterada, voy a llamar a su suegra para que venga.

Como a la niña de *El exorcista*, a Muriel le salió de dentro la voz de Luis, porque ella no estaba acostumbrada ni a decir tacos ni a imponerse:

—Ni suegra ni hostias.

Observó una luz de satisfacción en los ojillos malignos de Matilde porque le había hecho perder el control y decir palabrotas; qué sabrosos los chismes que iba a contar por todo Madrid acerca de esta filipina salvaje que no sabía comportarse como una señora. Pero en esos momentos el qué dirán no le importaba a Murielita.

—Coja sus cosas y váyase.

La otra sonrió con picardía:

—Ha sido esa cochina, ¿no?, que le ha ido con cuentos. Es una ladrona, y sucia, y es ignorante... Es un animal que no merece vivir en una casa decente, ¿para qué la han traído? Vergüenza me da tener que estar con ella. —Y luego exhibía el supremo triunfo—. Ya se lo diré al doctor Campos y a la señora.

—La señora soy yo y le digo que se vaya.

La otra se carcajeó, ya rotos todos los diques de contención, la voz se había tornado bronca y vulgar, se había evaporado el barniz refinado con el que procuraba hablar siempre:

—¿Señora, usted? Señora es doña Chelo... ¡Si todo el mundo sabe de dónde la sacó el señorito Luis! —Se acercó a ella, su rostro deformado por el odio, su aliento olía a podredumbre y descomposición—. Yo lo sé, me lo ha contado la señora, que usted era...

Muriel retrocedió repelida por esa expresión desquiciada y terrorífica, por ese vómito de inquina, pero a pesar de todo intentó que su voz permaneciera firme:

—Mañana, cuando me levante, usted ya no estará, si no la denunciaré a la policía.

No sabía si tal cosa podía hacerse ni en concepto de qué, pero lo cierto es que, cuando se levantó por la mañana, Matilde había desaparecido con todas sus cosas e incluso con algunas de la familia de paso. Fue a su habitación, abrió las ventanas de par en par y, con un estremecimiento de repugnancia, procuró borrarla de su memoria.

Por la tarde se presentó su suegro a merendar pero su rostro no exhibía su sonrisa habitual, ni bromeaba con la salud o con Muriel, ¡estaba enfadado! Nada más sentarse, lo soltó:

—Me ha llamado Matilde muy disgustada. Que la has echado porque has preferido a esa... filipina.

Por primera vez Nuky estaba sirviendo el café con leche, perfectamente peinada y vestida y tan nerviosa que la enorme cafetera temblaba en sus manos. Muriel la miraba de reojo temiendo que la dejase caer:

—Sí, Nuky es filipina como yo y como tu nieta —cogió el azucarero y le sirvió a su suegro una cucharada—, y te recuerdo que yo soy la reina de esta casa, que es la mía.

Nuky consiguió servir sin derramar una gota y Muriel compartió con ella una mirada de complicidad y triunfo que pasó desapercibida para todos.

Menos para Luis, que inusualmente estaba en casa y preguntó suspicaz:

—Qué, qué pasa.

Y Muriel, sin quitarle los ojos de encima a su suegro, dijo:

—Nada, Luis, no pasa nada..., cosas de la intendencia doméstica, ya sabes, la cueva la tiene que cuidar la mujer, ¿no?

Luis se rio brevemente, apuró su café y se fue después de darle un beso a su mujer y un golpe en el hombro a su padre, sin advertir la mirada sombría de este.

Cuando nació Luis José, con uniforme nuevo y más orgullosa que nadie, Nuky se hizo una fotografía sosteniéndolo. Luis José parecía más grande que ella, el faldón que llevaba le arrastraba por el suelo.

La enmarcó y la puso en el mejor lugar de su habitación, donde había instalado un altar que crecía diariamente. Al lado de los dioses de su gente, el pájaro Tgmana-Nugin y el cuervo Myltipa, junto a una imagen de la Virgen y un recorte de la revista *La actualidad española* en el que aparecía una foto de Muriel en el día de su boda. Y todas las noches encendía velas y les rezaba a los anitos, que son los espíritus de los tagalos muertos, a Nuestra Señora Mediadora de Todas las Gracias, a Muriel y a Luis José.

Claro que la señora la reñía:

—Nuky, no se te ocurra llevar todo eso a la nueva casa.

Porque al final habían decidido comprar un piso en el edificio de San Francisco de Sales número 31, justo encima del de Carmencita. Había sido el padre el que había convencido a Luis:

—Esto se os ha quedado pequeño y es una buena inversión, yo voy a comprar uno

justo en la finca de al lado, en el 33, y Conrad en Julián Romea, al doblar la esquina.

Porque Conrad ya se había casado con Mima y estaban esperando su primer hijo.

La posibilidad de vivir al lado de sus suegros no entusiasmaba a Muriel pero no se atrevió a protestar. Únicamente arguyó:

—¿No será muy caro?

Y Luis se había ofendido:

—Mi vida, déjame a mí de caro, coño, soy el cantante que más gana de España. ¿No sabes que con el *Poema a Galicia* nos estamos forrando? —Y añadía—: Y no se te ocurra hacer estos comentarios de pobre delante de Carmen, a ver si se va a pensar que tu marido es un muerto de hambre que no sabe llevar el dinero a casa. ¿Cuánto hay que pagar?

La cantidad inicial por el piso, que tenía 180 metros cuadrados, habían sido doce millones de pesetas pero no dejaba de incrementarse incesantemente porque la constructora primera había quebrado, las obras se retrasaban y aquello era un pozo sin fondo en el que cada mes había que enterrar más dinero. Carmencita había regresado de Suecia, y ya había tenido un primer hijo, sietemesino también y también de cuatro kilos, y estaba viviendo provisionalmente en el palacio de El Pardo pero no dejaba de quejarse:

—Nos han puesto en la habitación de los monos que ocupó Eva Perón cuando vino a ver al abu, figúrate, en treinta años no han tocado nada, el papel de las paredes es horrible, hay un tapiz con unas figuras que te pongas donde te pongas siempre te están mirando. —Sus lamentos hacían reír a Muriel—. Sí, ríete, el pobre Fran vive en el ropero con la Señó. Espera, hablando del rey de Roma...

Se oyó el chirrido de una puerta y la voz de Carmen, «¿le han dado ya el biberón al señor? Vale, gracias, Manuela».

Y otra vez se volvía a pegar al teléfono:

—Es esa bruja de la Señó que me odia... Pues a las diez apagan las luces para ahorrar; para ir al cuarto de baño has de recorrer cien metros con una linterna y un frío de narices.

Y eso no era lo peor, lo peor era que Alfons estaba en el paro:

—Él quiere la embajada de Roma, pero nadie le hace caso... A Alfons le ha contado el doctor Gil que el abu dice que si tanto quería ser embajador, haberse quedado en Suecia.

Muriel preguntaba:

—Es verdad, ¿y por qué no os habéis quedado?

Y la amiga le secreteaba:

—Él dice que es por la pornografía que había en los escaparates, menuda estupidez. —Y con descarnada perspicacia añadía—: Lo que pasa es que se creía que casándose con la nieta de Franco lo iba a tener todo chupado, y no ha sido así.

—¿Y el... caudillo qué dice?

—¿El abu? Cuando habla Alfons, no lo escucha, y sin embargo no se le caen de la



boca los Juanitos... —Con satisfacción añadía—: ¡Y a Alfons le da un parraque cada vez que los nombra!

Los Juanitos eran Juan Carlos y Sofía, y Carmen opinaba con infantil inconsistencia y cierto espíritu vengativo:

—Alfons me dice que no los trate porque son nuestros rivales, en el trono, ¿sabes?, pero a mí me caen bien. —Y añadía después de una pausa, en la que seguramente había vigilado que nadie estuviera escuchando—: Alfons está pesadísimo con el rollo de que un día nos encontrarán degollados en la cama y que el abu tendrá la culpa por haberse reblandecido.

—¿Y tú qué le dices?

—Que es la alegría de la huerta. —Y sin transición pasaba a otro tema—: ¿Has visto los últimos conjuntos de Daphnis? ¡A mí me chiflan! —Pero volvía a entristecerse—: Alfons dice que ya está bien de gastar, que no tengo medida.

Muriel se apuraba cuando debía pedirle dinero a su marido; él seguía dejando los talones encima de las mesas y había alguno de 200.000 pesetas, pero tenía la sospecha de que, después del *Poema a Galicia*, su profesión se había consolidado o estancado, Muriel no lo sabía muy bien. Y pensaba que quizás ahora era el momento de empujarlo a acabar la carrera y a convertirse, por fin, en abogado.

Pero se le hacía muy cuesta arriba ponerse a discutir. Murielilla era una niña traviesa e inquieta a la que tenía que vigilar continuamente y el pequeño lloraba sin cesar. No había mucho tiempo ni para conversaciones ni para romanticismos, y ni siquiera se dio cuenta de que Luis estaba cada día menos comunicativo y se encerraba todas las noches a componer en su estudio.

Le hacía el amor, sí, pero de una forma urgente y rabiosa que no los satisfacía a ninguno de los dos y que procuraban olvidar enseguida.

Una mañana le pareció que oía llorar a los niños, vio que su marido no estaba a su lado y dedujo que se había quedado dormido en el sofá. Se levantó, se puso la bata y cuando iba por el pasillo se dio cuenta de que la voz de Luis sonaba en el vestíbulo.

Era temprano, se sentía un rumor de aguacero, la casa dormía aún. Luis iba con el pantalón de pijama y una camiseta y Fernando Abad, que era su interlocutor, perfectamente ataviado con traje oscuro y corbata. Ponía una mano en el hombro de su amigo que, cabizbajo, derrotado, se apoyaba en la pierna buena porque la otra la tenía encogida, lo que sabía Muriel que era síntoma de que le dolía mucho. Tenía la cara chupada; por contraste, los ojos se le veían muy grandes, llenos de amargura.

Los dos miraron a Muriel, que, asustada, les preguntó:

—Qué, qué pasa.

Otra desgracia no, otra vez no.

Abad le dio un ligero empujón a su amigo, Luis carraspeó, pero no consiguió aclararse la voz, que sonó como si tuviera hielo picado en la garganta:

—Mi amor..., es el fin..., todo se ha terminado.

Como un boxeador noqueado, Luis se resignó a que lo condujeran hasta el salón, se hundió en el sofá, desmayó el brazo por el costado hasta el suelo y después se incorporó y puso la cabeza entre las manos. Para que se sentara Fernando, Muriel despejó el otro sillón, en el que Nuky había dejado los juguetes de los niños.

Luis abrió los ojos y atisbó a su mujer entre la celosía de sus dedos, vio la bata abierta sobre el inicio abultado de un seno y protestó:

—Mi vida, vístete, que aunque Fernando sea como un hermano para nosotros, no deja de ser un hombre.

Muriel se apresuró a cruzarse con fuerza la bata sobre el pecho y a salir apuradísima a ponerse un chándal. Y aprovechó para preparar café, aún no se había levantado nadie. Cuando volvió, los dos hombres estaban en la misma postura, ambos sumidos en sus pensamientos.

Sirvió en silencio y solo después preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Incapaz de hablar, Luis señaló con la barbilla a Abad, que contó de forma concisa:

—Herreros nos ha despedido.

El resumen era ese, pero la verdad solo la sabía él y no se la iba a contar nunca a Luis, cuyo frágil ego no hubiera aguantado una humillación de ese calibre.

Una vez en Asturias le tiraron una gallina al escenario y Luis estuvo enfermo una semana. Pero enfermo de verdad, con fiebre y diarrea. Solo se curó cuando Fernando averiguó que en el mismo escenario a Serrat le habían arrojado huevos podridos y un televisor viejo y a Patxi Andion un cerdo mediano.

Abad llevaba cuatro años con Luis Campos, los suficientes para comprender que a veces debía ser psicólogo, otras, guardaespaldas, y siempre guardián de los secretos que pudieran hundir la inseguridad enfermiza de su representado. Y también de los otros secretos, esos que podían hundir su matrimonio.

Enrique Herreros había convocado a Fernando en su despacho y le había dicho agitando en la mano una revista:

—Mira, *Mundo Joven*, medio millón de ejemplares a la semana. —Se puso las gafas de leer—: «El “termo Luis” es sensiblero, las letras son excesivamente rebuscadas, parece que implora compasión, todo es triste, solo refleja nostalgias y penas... Luisito miente más que habla, los empresarios se han hastiado de él y de sus canciones..., su línea es monótona, no evoluciona...».

A Abad este ataque no lo había cogido por sorpresa, hacía tiempo que adivinaba que Herreros quería quitarse de encima a un cantante que nunca le había sido simpático, y lo mismo podía mover a la prensa a favor como en contra. A pesar de

todo, había intentado defender a Luis haciendo un esfuerzo ímprobo para conservar su sangre fría:

—Hombre, Quique, ya sabes que José María Íñigo, el director, nos odia a muerte. Luis tiene su línea y su personalidad, como Adamo, como cualquier artista famoso.

Herreros tiró la revista a un rincón.

—Yo ya me he cansado de ese tío llorica... Ha llegado a su techo y voy a apostar por Jaime Morey, que en Eurovisión quedó décimo y estamos rentabilizándolo. Quiero a Luis fuera de mi cuadra.

Fingió indiferencia y con un mohín de disgusto, se puso a leer unos papeles que tenía encima de su mesa. Pero Abad no se dio por vencido, se levantó para enfatizar aún más sus palabras, quería permanecer sereno pero en su interior la sangre le bullía como una olla hirviendo, empezó a hablar con un apresuramiento que lo sofocaba y enrojecía su rostro:

—No compares. Luis posee una dimensión internacional que no tiene ningún otro cantante, conoce idiomas, es un tío educado que sabe moverse por el mundo, ¡enamora a las mujeres! Hubieras tenido que verlo en Albacete, hacían cola en el camerino...

Error. No había cosa que le molestara más a Herreros que el éxito de Luis con las mujeres, él, que solo tenía amores tormentosos que lo hacían sufrir como una bestia. Lo de Albacete le había llegado al alma. No le dejó acabar:

—Si tanto te gusta, vete con él. —Y presa de uno de esos accesos de violencia que lo hacían insoportable, le señaló la puerta—. ¡Los dos a la puta calle!

Luis le repitió a Muriel varias veces, como si no pudiera creérselo aún, desnudando su alma delante de ella por primera vez, y por este detalle supieron lo derrotado que se sentía:

—Me ha despedido, la agencia más importante de este país me ha despedido como si fuera una criada ladrona. ¿Te lo puedes creer? ¡Ya no soy nadie!

Ella trató de restarle importancia:

—Pero, eso qué, da igual. ¿Quién conoce a ese mamarracho? ¿Y tus contactos? ¡Tú ya tienes un nombre! Creo que estás exagerando, amor.

Luis, desalentado, miró el suelo moviendo la cabeza:

—No entiendes este negocio, sin una agencia detrás como la de Herreros es imposible triunfar... Tiene a los número uno. Además, se correrá la voz de que me ha dado puerta, ¿y quién me va a querer? —Suspiró—. ¿Qué voy a hacer solo? ¡Estoy acabado!

Muriel le indicó con reproche:

—No estás solo, tienes a Fernando. —Pero el amigo movió la cabeza para que no lo defendiese, ahora no—. Tienes tu fama...

Él casi escupió, como si se tratara de una palabra malsonante:

—¡La fama!

Ella no estaba muy al tanto de lo que hacía Luis, cuando hablaba del trabajo solía

escucharlo con esa benevolencia afectuosa que las madres dedican a sus hijos cuando los ven contentos con cualquier tontería, pero aun así se arriesgó:

—¿No ibas a actuar en Bélgica?

—Nada, en el Centro Español de Bruselas, ya me dirás... —Se dirigió a Fernando y le dijo con tranquila amabilidad y una sonrisa al bies—. Mal negocio has hecho quedándote con este perdedor, amigo, pero como vales tanto, no tardarás en encontrar a otros artistas mejores que yo. Tú también me dejarás y no te culpo, tienes a María Rosa y dos hijos que mantener.

Luego se volvió a su mujer:

—Y tú, mi vida...

Abad y Muriel intercambiaron una mirada por encima de la cabeza de Luis y los dos levantaron las cejas. El orgulloso, arrogante, soberbio, vanidoso, ambicioso y tan jactancioso que resultaba inaguantable Luis Campos tenía en realidad el quebradizo corazón de un niño.

¿Y eso por qué? Porque es un artista, se contestó a sí misma Muriel con meridiana lucidez, y esta certidumbre hendió su vida con Luis como un diamante corta el cristal en dos. Es un artista y no puede ser otra cosa, volvió a repetirse, y sintió que toda la sangre que discurría por sus venas se le agolpaba en la cabeza y cerró los ojos porque pensó que se iba a morir.

Porque renunciar a tus sueños es morir un poco, ¿no?

¿Y ella quería que él renunciara a los suyos? ¿Cómo había podido pensar que Luis iba a dejar su carrera? ¿Cómo había podido desear que fracasase?

Ya no, ya no, tenía ganas de golpearle el pecho con los puños y gritarle ya no, negros ojos cargados de miedo, ya no, alma turbia, corazón afligido por las rudezas de la existencia, ya no, marido mío, aquí estoy, Luis, preparando los bálsamos que han de aliviar tus penas. Porque me necesitas, ¡me necesitas!

Todo transcurrió en un instante, en un instante murieron sus infantiles sueños de la niña que ya no era.

Luis volvió a enterrar la cabeza entre las manos. Muriel respiró hondo, se sabía importante.

Importante no. Imprescindible.

Musitó su nombre:

—Luis, eh.

Su marido se negaba a hacerle caso.

Su marido. Que nunca se haría abogado.

—Mi amor.

Dijo mi amor mientras tiraba por el sumidero de su biografía ese futuro imaginario de despachos, domingos familiares y vida apacible, esa quimera.

—Cariño.

Se sentó a su lado. Luis no podía mirarla, se sentía abochornado, él, que iba a ofrecerle el mundo, tenía las manos tan vacías como un pordiosero. Lágrimas

rabiosas corrían por sus mejillas:

—Tanto trabajo no me ha servido de nada, joder, tanto luchar, tanto... —Se le quebró la voz.

Cuando tuvo el tumor no podía mover el cuerpo porque estaba paralizado, pero por dentro se sentía lleno de fuerza. Ahora lo que tenía paralizado era el alma. Sentía una pereza profunda y extraña.

Había perdido las ganas de vivir.

Muriel acercó su cara a la de él:

—No digas eso, Luis, no digas que no ha servido de nada, mira todo esto, mira cómo vivimos —hizo un gesto a su alrededor—, y cómo vamos a vivir, y todo gracias a ti, a tu trabajo.

Un pensamiento rápido cruzó por la mente de Muriel, «la casa nueva, ¿la vamos a perder?», aunque no se atrevió a verbalizarlo. Pero Luis murmuró sombríamente:

—No te preocupes, el piso de San Francisco de Sales está pagado —y con voz neutra prosiguió—, y además tengo unos bolos contratados, esos no me los van a quitar, ¿no, Fernando?

Su amigo denegó con el índice. Luis se recostó en el sofá, jugueteó con la melena de su mujer que le caía por la espalda y esbozó la sonrisa más triste del mundo:

—Murielita, no sería mala idea terminar Derecho y emplearme en algún bufete. Claro que a mi edad, con treinta años, no sé quién me va a contratar.

Ella ya no tuvo ninguna duda, no recogió ese guante que la desesperación de su marido le tendía y se levantó de un brinco, se puso frente a él y lo miró fijamente:

—¿Tú, abogado? Vamos, Luis, ¿eso no te lo crees ni tú!

Su marido se extrañó:

—Pero ¿no era lo que querías?

Muriel se puso a caminar por el salón:

—Quería, quería, quería tantas cosas —enumeró con los dedos—. Mira, cuando era pequeña quería ser rubia y tener los ojos azules, luego quería ser la Virgen María, y después astronauta... Te he conocido cantante y me he enamorado de ti siendo cantante, ¿no te imagino de otra manera!

Luis levantó sus ojos hacia ella y le cogió la mano, de toda su perorata solo se había quedado con una frase:

—Entonces, ¿estás enamorada de mí?, ¿de este pobre cojitranco y tartamudo?

Muriel medio se rio y medio se puso a llorar, levantó las manos al cielo como dándolo por imposible:

—Claro que estoy enamorada de ti..., eres mi marido, qué simple eres.

Se sentó, lo abrazó y él enterró la cabeza en su pecho. Ella le musitó al oído con una gracia llena de afecto:

—Tienes que traer el alimento a la cueva, ¿no te acuerdas?

Quizás nunca, ni antes ni después, estuvieron tan unidos como en ese relámpago de tiempo.

Fernando se había levantado y miraba incómodo por la ventana que daba a la terraza, la lluvia había arreciado y tamborileaba contra el suelo, Muriel acariciaba la cabeza de Luis, que estaba con los párpados fuertemente apretados. Un leve aroma de sábanas manaba del cuerpo de su mujer, nutricio y caliente.

Después, ella prosiguió:

—Y no solo yo, Luis, todas las mujeres del mundo están enamoradas de ti, ¿te crees que no me doy cuenta?

Luis iba a protestar, pero ella le cruzó el dedo sobre la boca:

—Calla, no pongo en duda tu fidelidad, en ese aspecto estoy tranquila, mi amor. —Fernando no pudo evitar girarse creyendo que bromeaba, pero Muriel estaba seria y miraba con dulzura a su marido—. Sé que no eres como tu padre.

Y le pidió a Fernando:

—Díselo tú, explícale que no necesita a ese Herreros para nada.

El amigo balbuceó:

—Claro, Luis —se aclaró la voz y después sacudió la cabeza como el caballo al oír el clarín de batalla, tenía las manos dentro de los bolsillos pero apretó los puños—, coño, te juro que al final nos alegraremos de que haya pasado esto... Así tenemos más independencia y libertad, ¡podemos crecer, no tenemos límite! Debemos abrirnos de verdad a Sudamérica, y después a Estados Unidos, este país se nos ha quedado pequeño.

Luis lo miró, una luz tenue empezaba a brillar en sus pupilas:

—¿Entonces crees que tengo alguna posibilidad? ¿Que tenemos alguna posibilidad?

—¡Sí! ¡Y ahora a nuestra manera!

Luis soltó una carcajada:

—Sí, eso me gusta, como Sinatra, *my way!*

Muriel rio también:

—*My way!*, ¡a nuestro modo!

Abad le dio un ligero puñetazo en el hombro al amigo y puso energía, pasión y vehemencia en sus palabras:

—Ahora empieza realmente tu carrera.

Se enderezó, el momento de debilidad había pasado y volvió a ser el mánager agresivo, el ejecutivo visionario, el hombre de negocios frío y calculador con la cabeza llena de planes. Se arremangó metafóricamente y se dispuso a trabajar:

—Me voy, que ahora tenemos mucho que hacer. Necesitamos un despacho y empezaré a organizar la agenda, pero no desde Madrid, sino que me marcharé allí a abrirte puertas país por país y cuando vayas te recibirán con alfombra roja.

—Pero, chico, ¿y la pasta? —Aún objetó Luis frotando el índice con el pulgar.

Pero ya el amigo se iba a la puerta haciendo gestos de impaciencia y mirando su reloj:

—El dinero nada, ya sabes que mis tías tienen una agencia de viajes, les sacaré

los billetes como sea; y además, que para eso están los bancos, ¡para prestarte dinero!

—Pero, Fernando, yo no puedo, ya sabes que me he quedado sin crédito por el piso de San Francisco de Sales.

—¿Y quién dice que lo vas a solicitar tú? Voy a pedir yo un préstamo, y te aseguro que es la apuesta más segura del mundo. Me lo voy a jugar a la carta Luis Campos, o sea que ya te estás poniendo en marcha y dejando de gimotear. ¡Te voy a montar una gira por Hispanoamérica de puta madre, como no has soñado en tu puta vida, macho! Te voy a enviar directo a las estrellas de una patada en el culo.

Aunque no era dado a las expresiones emocionales, Luis se levantó renqueando y le dio un abrazo torpe; los dos amigos se golpearon las espaldas y evitaron mirarse para no descubrir que tenían los ojos llenos de lágrimas.

Luis se quedó esbozando una tenue sonrisa y se pasó la mano por el pelo, sacó pecho, flexionó el brazo para mover el bíceps arriba y abajo y soltó unos gorgoritos:

—*A mi... manera... Aaaa...*

Quizá no estaba acabado aún.

En el vestíbulo Abad cogió a Muriel por los hombros y mirándola a los ojos le prometió:

—Voy a volcarme en él, voy a hacer que lo conozca todo Dios.

Y ella le dijo:

—Lo sé. Y yo también voy a cumplir mi cometido. Me ocuparé de su familia, de su cuerpo y de su alma —y le señaló—, y tú de su carrera.

Abad le besó galantemente la mano y Muriel aprovechó para darle una palmada cariñosa en la mejilla preguntándose ambos en silencio qué parte, carrera o familia, era la más importante para Luis.

Lo primero de todo, hacer una lista. Muriel se compró un cuaderno escolar de espiral y papel cuadriculado y apuntó arriba:

Objetivo Luis.

Se puso a escribir sobre la mesa del comedor con su letra picuda de niña de colegio de monjas.

Para empezar, la salud.

Chupó el lápiz. Miró la lámpara que colgaba del techo, en el piso nuevo no iba a poner algo tan anticuado, de bacarrat y con bombillas en forma de velones, sino luces indirectas y focos empotrados. Le habían dicho que había un decorador muy bueno que se llamaba Pascua Ortega...

Pero no hay que distraerse. Va, la salud. La espalda, la pierna, el peso...

Luis iba a mirar por encima de su hombro y ella le ocultaba lo escrito con los brazos:

—Déjame, Luis, ¿por qué no lees?

Pero Luis nunca podía pasar de las primeras páginas de los libros, se aburría y los

lanzaba al suelo con exasperación. Le ocurría lo mismo con el cine, cuando la luciérnaga del acomodador les señalaba un asiento, ya se cansaba y tiraba del brazo de su mujer para irse. ¡No le interesaban los otros; el mejor argumento era su propia vida!

Muriel decidió llamar a escondidas a sus suegros. Primero quedó con el doctor en la puerta del paseo de la Independencia del Retiro.

Hacía una tarde calurosa y ella se había puesto vaqueros, era una suerte cómo se recuperaba de sus partos, a la semana ya podía lucir ropa ajustada. Las copas de los olmos se recortaban en el cielo azul, cruzado por pequeñas nubes compactas como huellas de pies que hubieran caminado de norte a sur por el firmamento. Mientras paseaban hacia el estanque, le contó lo que había ocurrido con Herreros, y el doctor masculló:

—Ese cabrón, qué vas a esperar de un rojo de mierda —y después la miró de hito en hito—: ¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que mueva alguna influencia?

—No, no, claro —Muriel no sabía por dónde empezar—. Mira, yo quiero que esté muy fuerte, lo veo desmejorado, muy delgado, no duerme por las noches. Y aunque no me lo dice, sé que tiene molestias en la espalda y en la pierna.

El doctor permanecía en silencio; pasaron por una terraza y le señaló una mesa para tomar algo. Mientras se sentaban bajo una sombrilla para evitar el tenaz sol de verano, le dijo:

—Murielita, me sorprendes, no me esperaba esto de ti. Sé que te hubiera gustado que dejara la canción, pero él no sirve para otra cosa.

Y ella no supo si estaba dedicándole un piropo o dirigiéndole un reproche. Miró nerviosa a su alrededor, temía que la viera alguien y le fuera con el cuento a su marido. Que salía con un hombre y ponte a explicar luego que era el padre.

Intentó serenarse e iba a decir algo cuando el doctor la interrumpió:

—Eso que le pasa es porque no hace ejercicio... —Removió pensativamente el café en la taza—. Si hablas con otro médico, te dirá que es mejor que repose y que no se canse, ¡pamplinas, métodos de abuela!

La miró con fijeza:

—Hazlo caminar todos los días, moverse... Empieza por media hora y después aumenta hasta el límite de sus fuerzas; compra una pelota y que le dé patadas, cortas y rápidas. —Se levantó y movió la pierna golpeando a una pelota imaginaria—. ¿Ves?, así.

Se sentó de nuevo alisándose las rodilleras del pantalón. Muriel había sacado su cuaderno del bolso y se puso a apuntar. Un destello de humor centelleó en los ojos de su suegro que, sin embargo, prosiguió con seriedad:

—Necesita aumentar su masa muscular. Podríais comprar uno de esos aparatos de remo y una bicicleta estática para ejercitarse en casa. —Ella escribía afanosamente—. Y que suba a pie las escaleras, y si se queja de dolor, que no se quejará porque este pobre hijo está hecho a todo, no le hagas caso.



Encendía un cigarrillo y de pronto añadía señalándole el cuaderno:

—¡Y que tome el sol! ¡Apúntalo! No sería mala idea que os comprarais una casa en la costa para los veranos ahora que va a ganar un dinero fuerte y ya no necesitará a su padre para que lo saque del apuro.

Muriel se detuvo lápiz en alto y preguntó sin atreverse a mirarlo:

—¿Es que tú...?

—Yo, nada. Para eso estamos los padres. Pero al final me mantendrá él a mí.

A Muriel le emocionó la fe que tenía el padre en su hijo; ni por un momento había pensado que las cosas pudieran irle mal.

Con timidez inquirió:

—¿Y tú crees que mejorará?

Al padre se le iluminó el rostro:

—Por supuesto, salió adelante cuando estaba paralítico y los médicos decían que se quedaría toda la vida en una silla de ruedas, pero cada día se arrastraba por el suelo como un polichinela y lloraba de rabia hasta que consiguió andar, ¡y eso que entonces no te tenía! —Le cogió la mano—. Murielita, gracias, sé que lo quieres y te estoy muy agradecido, ya sabes que esa es la gran preocupación de los padres, ya te darás cuenta cuando tus hijos crezcan, ¡tener a quien pasarle la responsabilidad para que el otro se desviva por ellos como nosotros lo hicimos! Confío en ti, sé que eres una buena chica.

No le dijo más, pero Muriel se sintió lo mismo que si le hubieran entregado una condecoración.

La tarde declinaba en oros y una ligera brisa levantaba polvo y papeles viejos del suelo. Se fueron caminando hasta la puerta de Menéndez Pelayo, el doctor se iba a ver a Conrad, que trabajaba en el Gregorio Marañón. Antes de despedirse le confesó:

—Lo único que me importa en la vida de verdad son mis hijos. A mi mujer la quise mucho, pero entre nosotros ya no hay nada... y la culpa la tengo yo. —Se encogió de hombros—. A mí me han perdido las faldas.

Fue la única vez que el padre de Luis le reveló su debilidad a Muriel, que lo escuchó en silencio y no supo qué contestarle.

El siguiente paso no fue tan fácil: llamar a la suegra.

Chelo se sorprendió y la citó en su casa para merendar.

La recibió con una sonrisa agria:

—Supongo que no será para decirme que os vais a separar.

Muriel puso tal cara de desconsuelo que Chelo se vio obligada a disculparse:

—Perdona, hija, se oyen tantas cosas por ahí... —Le tendió una taza de chocolate—. Hasta de tu amiga Carmencita, que es la nieta del caudillo, dicen que no anda muy bien con su marido el príncipe. Ya sabes que yo creo que si te casas es para toda la vida y si eres desgraciada, aguántate, porque Dios no tiene la culpa.

Muriel no se atrevió a ser tan explícita como con su suegro, se limitó a decirle sencillamente que veía a Luis desmejorado y sin apetito y que quería saber con qué platos podía tentarle. Chelo enseguida se animó:

—Pues mira, haces muy bien en preguntármelo, porque tú eres de otro país y tienes otras costumbres. —Muriel puso mentalmente los ojos en blanco—. Ya sabes que a raíz de su enfermedad es mejor que no engorde, no debe llevar demasiado peso sobre la pierna, y es preferible que no consuma mucha grasa, pero sí proteína, buenos bistecs, de buey si es posible y medio crudos, hígado, leche, queso, yogures para el tema de los huesos... Las lentejas con chorizo le vuelven loco, ¡y la paella! En casa, los domingos siempre hemos comido paella.

Se levantó y tardó un rato en regresar, llevaba una caja de cartón en las manos:

—Mira, aquí tengo guardados estos cuadernos en los que están apuntados los menús que les hacía cuando eran pequeños; y luego la comida especial de Luisito cuando estuvo enfermo.

A Muriel le extrañó su vivacidad, nunca la había visto así y se dio cuenta de que esta mujer amargada que no gustaba a casi nadie había sido como ella, una muchacha llena de ilusiones, volcada en sus hijos y en su casa.

—Esta foto es de un pastel de limón que le gustaba mucho a los chicos, ¡y aquí un remedio de mi madre para los resfriados! —Le tendía un recorte amarillento—. Espera, que guardo los menús de invierno y de verano, llévatelos, te pueden dar ideas.

Con gran cuidado desprendió las hojas de las anillas. Muriel se daba cuenta de que estos cuadernos eran un gran tesoro para Chelo, el testimonio de que hubo un tiempo en el que fue feliz. Su rostro se había dulcificado; le enseñó una foto de bordes dentados:

—Los dos juntos. —Los dos niños iban vestidos igual—. ¿Sabes que sentía a Luisito llorar cuando estaba embarazada, cuando lo llevaba en la tripa? Me decían los médicos que era imposible, pero yo lo oía llorar, la pena fue que ya no pude tener más hijos, ¡con lo niños que éramos!

En realidad Muriel se había extrañado muchas veces de que Luis solo tuviese un hermano, pero no se atrevió a preguntárselo. Fue la propia Chelo la que prosiguió:

—Me tuvieron que hacer una cesárea con los dos, y después de Conrad los médicos opinaron que debía someterme a una operación, a una ligadura de trompas... —Guardó todos los papeles en la caja y musitó como para sí misma—. Eso nos cambió la vida, a mí ya todo me daba lo mismo y mi marido se fue alejando cada vez más.

Si hubieran tenido más confianza, Muriel le hubiera contado que no debía culparse, que su marido era un mujeriego contumaz y aunque hubieran tenido veinte hijos, él no hubiera dejado de perseguir a las otras, pero Chelo pareció leerle el pensamiento porque le dijo mientras ordenaba minuciosamente la caja:

—Sé que no te caigo bien, Muriel, y quizás tú a mí tampoco, ya sabes, nos parece

que ninguna mujer puede estar a la altura de nuestros hijos pero como me he dado cuenta de que Luisito te necesita, te pido que no cometas los mismos errores que yo.

Muriel levantó la cabeza:

—¿Qué quieres decir?

—Que la ignorancia es muy sabia, que es mejor que no te des por enterada porque una vez lo sabes, no hay marcha atrás y ya nunca podrás perdonar ni volverás a ser feliz. —Tenía los ojos brillantes y le apoyó la mano en la rodilla—. ¡Si volviera a vivirlo todo, me gustaría ser más tonta o más ciega!

Su nuera exclamó incómoda:

—No te entiendo.

—Los hombres son todos iguales y no puedes cambiarlos, pero cuando las cosas se tuercen, nosotras sí que cambiamos. —Y con voz muy baja añadió—: Te conviertes en una mujer como yo.

Muriel seguía sin comprenderla, le pareció que la mujer desvariaba, ¿a ella por qué le contaba estas cosas? ¡Su matrimonio no tenía nada que ver con el de su suegra, ni Luis se parecía a su padre!

Perdonar una infidelidad, vamos, ¿dónde se ha visto eso? Se estremeció. Estas confidencias no solicitadas de una mujer mayor que encima era la madre de su marido le causaban un profundo malestar, una inquietante y rara aversión.

La recorrió un escalofrío que intentó disimular pero algo percibiría su suegra, porque de un golpe cerró la tapa de la caja y le dijo con su tono de siempre y una sonrisa torcida:

—Mima ha estado aquí y me ha traído una almohada mariposa porque sabe que me duelen las cervicales cuando veo la televisión, es una chica estupenda, qué suerte ha tenido Conrad con ella. Y tómate el chocolate, que frío no vale nada.

Luis la esperaba en casa tendido en un sofá con una bata de cuadros, en las rodillas tenía a Luisito con un batín idéntico de tamaño diminuto, el niño intentaba meterle con aplicación los dedos en los ojos y el padre reía, olvidado de todo. Abad estaba en Latinoamérica y le enviaba cartas optimistas en las que le decía que el asunto estaba yendo muy bien.

Luis solo había tenido una gala ese verano. En Roda de Bará, en el festival organizado por Luis del Olmo. Ya había corrido la voz de que Herreros lo había despedido y aunque Abad le había pedido que no contestara a los periodistas, Luis no pudo resistirse a un chico joven afectado de un acné rabioso que, provisto de un enorme magnetofón, le dijo ruborizándose:

—Es mi primer trabajo para *La Hoja del Lunes*. Si lo hago bien me pondrán en plantilla.

Luis le habló de sus éxitos y le contó que acababa de grabar su *Poema a Galicia* en alemán. El chico escuchaba atentamente, claro que después, ávido de gloria (y de

un contrato), apostilló irónicamente en su periódico, «¿en alemán?, se lo digo de corazón, no hacía falta, señor Campos, no hacía falta que se molestase».

Por suerte Luis no llegó a leerlo porque cuando Abad se enteró de que había hablado con periodistas, le pidió que no comprase ningún diario, que anulase sus compromisos, incluso el de Bélgica, que se encerrara en casa y que se negara a ponerse al teléfono. Si alguien lo pillaba, tenía que decir que estaba componiendo.

—Luis, resérvate para nuestro plan, ahora vas a lo grande.

Llamó a Muriel y le sugirió que procurase evitar que esos días Luis se acercase a ningún kiosco por su cuenta.

Y así tampoco pudo leer lo que dijo *La Vanguardia* de su actuación: «Aburrió, como siempre. ¿Si no, cómo se entiende que un cantante que nos ha sido vendido como un ídolo deslumbrante se encuentre en la mismísima calle? Porque su éxito se debe solo a la inversión publicitaria, y por eso ha fracasado. El globo se ha deshinchado...».

Y precisamente porque el globo deshinchado no había leído nada de eso podía estar jugando con sus hijos y riéndose, porque ahora Luisito se sentía atraído por la dentadura de su padre e intentaba introducir su manita dentro de su boca mientras Murielilla estaba en el suelo golpeando la mesa con su pirámide de colores mientras reclamaba su atención a gritos:

—Papá, papá.

Muriel corregía;

—*Daddy, daddy.*

Esa era otra, aprender inglés pero ahora en serio. Cogían los cuadernos y un libro de la Berlitz que les había prestado tía Daisy, que les había dicho:

—Con este libro aprende inglés el servicio, o sea que Luis no será menos listo.

Empezaron por lo de *my Taylor is rich*, pero Luis protestaba:

—Joder, que yo he estado en Londres y he tenido una novia inglesa, esto es para principiantes.

Muriel se enfadaba:

—¿Y qué te enseñó la inglesa?

—*Do you want to fuck me?*

Fingía enfadarse y le tiraba los lápices a la cabeza, pero la verdad es que ella también se aburría.

Entonces cambió de método. Como cada mañana cogían el coche e iban a caminar a la Casa de Campo, decidió que desde que salían del piso hasta que llegaban tenían que hablar inglés.

Las putas que hacían guardia por allí los acogían con alborozo:

—Aquí está el guiri que se parece a Luis Campos.

Él las miraba por encima de sus gafas de sol y se disculpaba:

—*Sorry, I do not understand.*

Llamaban a una compañera que se había especializado en los marines de la base

americana de Torrejón y hablaba un poco de inglés, para que se entendiera con ellos. La mujer ponía el índice y el pulgar formando un círculo en el que metía una y otra vez el dedo de la otra mano. Las amigas protestaban:

—Oye, ¿pero tú no hablabas inglés? Que eso también sabemos hacerlo nosotras.

Y la mujer se ponía a gritar vocalizando exageradamente:

—Que si queréis los dos, os hago un precio especial.

Le señalaba a él, a ella y a sí misma, levantaba tres dedos y decía:

—Los *three...* *One thousand* pesetas.

Muriel declinaba amablemente la invitación:

—*No, thanks.*

La mujer les comunicaba a las compañeras que habían dicho que no, y las mujeres mascullaban:

—Es que no has puesto entusiasmo.

Y se dirigían a esas personas tan finas:

—Pues, nada, vayan ustedes con Dios —señalaban el cielo y movían los brazos como si volasen—, Dios.

Luis y Muriel se ponían a pasear con gravedad por los caminitos bordeados de árboles y él le daba un codazo y le decía:

—Pequeña, algún día tenemos que probarlo.

—Calla, degenerado.

Primero iban despacio, después trotaban y luego galopaban.

Al menos eso era lo que le decía Luis a su hija cuando llegaba a casa y se la ponía en el regazo:

—Mira lo que han hecho hoy papá y mamá, íbamos al paso, al trote, a galope a galope a galope. —Y la niña saltaba sobre sus rodillas y se reía echando la cabeza hacia atrás, tan pequeñita y tan parecida a su madre; a Luis le conmovía pensar en la infancia de Muriel y abrazaba a su hija con fuerza—. Mi chiquilla.

Se le llenaban los ojos con esa humedad que la ternura hace subir desde el corazón.

—*Daddy.*

Muriel le pidió a su madre que le enviase una nueva chica para ocuparse de la cocina, Margarita, y siguiendo las instrucciones de los cuadernos de Chelo, organizaban nuevos platos para Luis, que empezó a tener un hambre devoradora.

Los domingos también instauró la tradición de la paella.

Por la tarde Luis se echaba en el sofá para ver con Murielilla los payasos de la tele, pero los dos caían en un sueño profundo, Nuky se llevaba con cuidado a la niña y Muriel procuraba que nadie hiciera ruido.

Luis movía los labios:

—Mi mujercita.

A veces se agitaba porque soñaba con peces de aletas iridiscentes que nadaban en un estanque y él era un pez con las piernas blandas como trapos, se ahogaba y tenía

que salir al exterior a respirar. La pesadilla era como una ola oscura de la que surgía con ojos desesperados y Muriel se sentaba a su lado y aquella angustia repentina se esfumaba para dar paso a un cansancio de plomo.

Gemía:

—No puedo moverme.

Muriel se reía y le hacía cosquillas para que se levantara; él rezongaba y protestaba y a empujones se dejaba conducir al estudio para hacer ejercicio con los aparatos:

—Media hora de remo y media hora de bicicleta. Y después te llevaré un plato de jamón.

A los cinco minutos Luis preguntaba a gritos:

—¿Ya está?

—No. Faltan 55 minutos.

—Pues ven, que me aburro.

No podía separarse de ella, si Muriel se iba a hablar por teléfono, la reñía:

—Todo el día con tus amigas..., déjalas... ¿Qué quieren?

Muriel le contaba:

—Que Carmencita está en el pazo de Meirás y se aburre mucho y que vayamos a hacerle una visita.

—Dile que no puedes, que tienes que cuidar a tu maridito.

—Ya se lo he dicho.

Siempre que se apartaba de su vista, la llamaba con mimo:

—Murielita.

Si venía el cartero, no quería que ella saliera a coger la correspondencia:

—No, que es un hombre, cuando un hombre te mira te mancha.

Si yendo a la Casa de Campo tenían que parar en algún bar y ella quería ir al lavabo, la acompañaba y la esperaba en la puerta:

—A ver si algún tío va a pensar que estás sola y va a intentar ligar contigo.

La obligó a cambiar el pediatra de los niños por una mujer, y le empezó a molestar que viniera gente a casa, aunque fuera su propio padre:

—No sé por qué tiene que venir todos los días, francamente, creo que no hace falta.

Después de cenar no hacía más que dirigir miradas impacientes al reloj. De pronto se levantaba y decía:

—Es tarde, vamos a la cama.

Si ella se demoraba en el cuarto de baño, él le reprochaba:

—¿Qué haces...? Ven, todo el día esperando este momento y, joder, tú ahí haciendo gilipolleces.

Ella se sentaba en la cama quitándose los aretes e intentando explicarle que la mesa de comedor que pensaba comprar en Loscertales no la tendrían hasta después de navidad, y él le cogía con brusquedad la mano y la tumbaba en la cama, y si ella se

quejaba porque le hacía daño, le respondía:

—Perdona, soy un bruto, es que te deseo tanto... Me vuelve loco mirarte ahí todo el día, saber que eres mi mujer y que solo eres para mí.

Empezaba con un temblor voluptuoso y las palabras balbuceantes de la pasión porque la primera acometida siempre era salvaje, pero después le hacía el amor de una forma nueva, tranquila, lenta. Le hablaba mucho, con voz acariciante:

—No puedo vivir sin ti, necesito tenerte todas las noches, ¿cómo dormiría sin ti?

Le cogía las manos para que lo tocara, las llevaba a su pecho, a su cuello, le pedía:

—Sigue tú.

Se quedaba extasiado mientras las manos de ella lo recorrían una y mil veces, no se cansaba nunca, con las uñas, muy largas, le acariciaba la espalda, le causaba un delicioso estremecimiento y llegaba la pálida hora del alba y no habían dormido aún.

—Así, suave primero y rápido después, muerde un poco si quieres.

Muchos años después, con muchos cuerpos de mujer de por medio, aún no había podido olvidar aquella carne apetecible y contaría en la alta noche, mientras tomaba una copa:

—No he vuelto a encontrar caricias como las suyas. Nadie sabe amar como ella.

Muriel apuntaba una cruz en su agenda los días que hacían el amor, que eran todos. Al principio, si no estaba embarazada, había cuatro días al mes sin cruz. Pero después, ni esos.

Siempre los sorprendía la sensación fría de la madrugada abrazados piel contra piel, sintiendo los músculos del vientre y los muslos, bañados en ese misterio cósmico que se llama amor.

—Me gustas tanto.

Ella no le contestaba y él se arrimaba. Si estaba muy cerca la oía respirar fuerte, entonces le decía muy bajito:

—Roncas.

Muriel protestaba y se tocaba la nariz, donde tenía una pequeña protuberancia:

—Claro, tengo el tabique desviado, debo operarme.

Él se estiraba en la cama mirando el techo con el dorso de la mano en la frente:

—Operar, operar... Como Carmencita, ¿no? —Se volvía a ella bruscamente y le agarraba un pecho—. Lo que te tendrías que operar son las tetas... Ponerte unas bien grandes.

Ella se enfadaba:

—Oh, déjame, *shit*, eres odioso, te gustan las vacas, qué vulgar eres.

Luis la abrazaba, besaba la brasa de sus labios y reía:

—Tonta, me gustas tú y tu poco pecho.

Repetía su nombre cientos de veces:

—Muriel, Murielita, Muriel. Pequeña mía.

Ella contestaba risueña y maliciosa:

—Dime, mi amo, mi señor.

Su voz era siempre alegre y juvenil, y su sonrisa..., la sonrisa de Muriel en esas noches de amor se fijó para el resto de su vida en el mar interior de Luis.

Nunca pudo desprenderse de ese sortilegio.

Cuando llegó el momento de partir a hacer las Américas, como decían en broma pero no del todo, no podía dejar de abrazarla.

El avión salía de madrugada, en el coche la tenía hincada a un costado, perezosa de sueño. Le observaba el rostro, parecía dormir pero las espesas pestañas, al unirse, producían el engaño de que llevaba los ojos entreabiertos. Luis posaba los labios en su frente y se quedó así hasta que llegaron al aeropuerto.

Fue el propio Fernando el que, impaciente, les abrió la puerta del taxi. A pesar de lo joven que era se entreveían algunas canas en su pelo negrísimo y estaba más delgado, al contrario que Luis, que no es que estuviera más gordo, pero se había ensanchado porque se había hecho más fuerte, sus espaldas eran más amplias y hasta su rostro había perdido su delgadez cadavérica, se le habían rellenado los huecos que tenía bajo los pómulos, se le habían suavizado las aristas, ¡en pocos meses se había convertido en un hombre guapo! Estaba bronceado, ágil; de un salto bajó del coche y le dio un abrazo a Fernando, que le dijo con sincero entusiasmo:

—Qué buen aspecto tienes.

Muriel sonrió secretamente, era su obra. Luis repuso:

—Pues tú estás hecho una mierda, de lo que deduzco que has trabajado mucho.

Muriel tuvo que correr para mantener el paso. Un fotógrafo salido nadie sabía de dónde los seguía a pesar de lo temprano que era, y Fernando llevaba a Luis cogido por el hombro y le iba contando:

—Te están esperando en todas partes, primero ya sabes que vamos a Guatemala, hombre, lo tuyo es meterte a la gente en el bolsillo en el vis a vis, o sea que eres tú quien tiene que entrar a matar, pero yo he estado trabajando a fondo, a pico y pala, para prepararte el terreno... Los contactos están hechos, pero, acuérdate, lo que ganamos en un país no nos sirve para el otro, en todos tenemos que empezar de cero.

Impaciente, Luis decía:

—Sí, sí, ya lo sé. —Y luego se le escapaba mientras se pasaba las dos manos por el pelo, crecía unos centímetros, casi aullaba—: ¡Joder, qué ganas tengo de empezar ya!

Mientras caminaba por la zona de tránsitos internacionales del aeropuerto de Barajas, se iba desprendiendo de todo lo que olier a familia y hogar, despojándose de un ropaje que ya le resultaba ajeno, como Clark Kent cuando se saca su traje de periodista para emerger como Supermán.

Todo él era ya otro hombre.

Y cuando vio al grupo de fans que lo esperaban, exhibió una sonrisa deslumbrante



que borró a Muriel y a Fernando de un plumazo, el mundo entero se volvió gris y borroso y solo él estaba dotado de luz y de vida.

Se palpó la americana, como se las hacían sin bolsillos no llevaba nada con que escribir, y fue Muriel la que rebuscó en su bolso y le tendió el bolígrafo con el que había apuntado los menús, los horarios, los ejercicios y las clases de inglés. Ese recuento minucioso de una vida doméstica y familiar que, ella lo sabía bien, ya no iba a volver nunca.

—¿Dónde queréis que firme? ¿Aquí? ¿Aquí?

Las niñas le tendían sus cuadernos y uno de los chicos, muy sonriente, enarboló una pequeña pancarta.

Muriel vio que en ella salía una fotografía de Raphael con la leyenda «Bienvenido a casa». El chico se fijó en su cara de asombro, miró el letrero, se le borró la sonrisa de golpe y se apresuró a darle la vuelta. Ahora sí aparecía la foto de Luis con el lema «Buen viaje y vuelve pronto».

Para corregir su metedura de pata, gritó más fuerte que nadie:

—Luis, Luis.

Muriel advirtió que el fotógrafo no se había dado cuenta y suspiró aliviada. Pero Luis despachó al grupo en cinco minutos y le dijo a Fernando, que venía con las tarjetas de embarque en la mano, en voz baja y colérica:

—Oye, se han acabado las fans de pega.

Aún sin saber lo que había pasado, Abad concedió:

—Claro, Luis, pero que conste que por fans, hoy, no puedes quejarte.

Porque con él iba un grupo de chicas luciendo el uniforme de Iberia y Luis recuperó su magnética sonrisa y su envidiable naturalidad.

—Olé las mujeres guapas. ¿Vais todas en mi avión?

Las muchachas se echaron a reír y explicaron que ellas eran azafatas de tierra y que las compañeras que tenían la suerte de viajar con él ya estaban a bordo. El fotógrafo les hizo señas de que se pusieran todas juntas con Luis en medio.

Muriel le tiró de la manga:

—Bueno, Luis, yo ya me voy.

Su marido la miró con su sonrisa profesional todavía prendida en los labios y ella se sintió intimidada porque le pareció que en el primer segundo había olvidado quién era. Después la abrazó cariñosamente:

—Claro, pequeña, vete directa a casa, no quiero que te raptan. Te llamaré en cuanto llegue.

La besó en los labios, las chicas silbaron, los pasajeros se detuvieron y los miraron con una sonrisa, Fernando se apartó y el fotógrafo tomó una instantánea. Entonces Luis le dio a su mujer un beso apasionado en la boca mientras todo el mundo prorrumpía en aplausos. Muriel se retiró molesta. Él se la acercó de un tirón y le dijo muy bajo:

—Sonríe, coño.

Posaron los dos mejilla contra mejilla como dos actores de Hollywood y por megafonía empezaron a llamar al «señor Campos, señor Luis Campos».

Luis comentó cómicamente:

—Oh, ese nombre me suena.

Hubo risas y Fernando lo arrancó de sus brazos, él aún pudo hacerle una caricia con la punta de los dedos y se fue con todos detrás, como el flautista de Hamelin.

Muriel suspiró y se dirigió a la salida. A ella no la seguía nadie.

Al final no se lo había dicho.

Se acarició el bolso. Dentro llevaba tres billetes para México D. F. que había comprado a escondidas.

Salió del aeropuerto y levantó la mano para parar un taxi.

Era una sorpresa. México.

México, sí.

Había llegado hacía tres horas y lo aguardaba en el cuarto en penumbra temblorosa como una novia, con el corazón en la boca. Se había perfumado en los rincones más íntimos, hasta había vaporizado Eau de Rochas sobre la ropa interior de encaje, tan leve que no esperaba que durara más allá de esa noche. Conservaba el bronceado del verano, pero había borrado las huellas de cansancio del largo viaje con una ampolla de belleza instantánea llamada «rayon de jeunesse» que le había traído Carmencita del centro de belleza Carita de París. Se había puesto un blusón de Pucci que se sacaba fácilmente sin despeinarse, un pantalón vaquero con un cinturón ancho de ante con una gran hebilla dorada que marcaba su cintura tan fina como cuando era adolescente e iba descalza, con las uñas de los pies, como las de las manos, pintadas de rojo escarlata.

Sobre la mesa había una copa que había contenido una margarita, la especialidad del hotel, que le había traído un camarero que se parecía a Cantinflas. Se la había tomado de golpe y el tequila y la altura a la que está el D. F. le habían dado una repentina sensación de felicidad y miedo. Se sentía flotar.

Se cepilló el pelo por última vez delante del espejo. Todo había sido una carrera de obstáculos hasta llegar aquí sin que nadie se enterase. Aquí, al hotel Camino Real de Polanco donde se alojaba Luis, un lugar tan lujoso que la dejó boquiabierta. En el *hall* había un enorme mural dorado y las paredes estaban pintadas en colores vivos. Su marido estaba dando una semana de conciertos en El Patio. Cuando llegó acababa de irse, y aunque llevaba dos niños y dijo que era su mujer, se negaron a dejarla entrar en su habitación.

—No, señora, está prohibido que suban damas a las habitaciones.

Al final, entre súplicas, con Murielilla y Luis llorando y exhibiendo su libro de familia, consiguió que la acompañaran a regañadientes a su cuarto mientras las chicas de recepción la miraban con burlona reticencia.

Menos mal que Luis había cogido una *suite* con una enorme cama y un salón donde pidió que colocaran dos lechos supletorios para los niños que, agotados por el largo viaje, se dejaron desnudar ya medio dormidos. Pero Murielilla aún preguntó:

—Cuando me despierte, ¿estará papi?

Ella contestó con impaciencia:

—Sí, sí, duerme.

Así Muriel tuvo tiempo de consagrarse a ella misma. El cuarto de baño tenía las paredes de mármol veteadas de marrón y rojo y las toallas eran de hilo blanco con anchas bandas de terciopelo. Se dio un largo baño echando en el agua un frasco entero de sales de violetas; doblaba las rodillas, entre el jabón eran como islas en un

mar de nata, luego estiraba las piernas y sacaba las puntas de los pies, las uñas parecían hojas de geranio. Se daba la vuelta, apoyaba la barbilla en el borde de la bañera y dejaba al aire las semiesferas perfectas de sus nalgas.

Cantaba *and did it my way!* mientras se secaba y después se untó la piel con aceite de ámbar hasta que adquirió un suntuoso brillo marfileño, *my way yeah yeah...!* Mientras se tocaba, la desbordaba el deseo.

Una última mirada al espejo. Ahora llevaba el pelo muy largo con reflejos caoba y raya al lado, se puso unos aretes de plata vieja, se había depilado mucho las cejas, con lo que sus ojos parecían más grandes y su rostro, redondeado cuando estaba embarazada, se había estilizado. Sacó la lengua, insertó los pulgares en la sienes y agitó los dedos, dio unos pasos de baile y luego se riñó:

—Murielita, has madurado, contente —miró a su alrededor y no pudo menos que añadir, recordando la posada de dos camas en la que habían dormido tan solo tres años antes—. *Honey*, cómo hemos prosperado.

Se rio alegremente con un cascabeleo premonitorio, sentía burbujas en la garganta, le habían dicho que Luis terminaba a las dos, sabía que luego tendría que estar con sus fans, periodistas, el empresario, sus invitados... Ella conocía las servidumbres de su profesión, ¡era mujer de artista!

Lo imitaba, daba besos al aire, «mua mua», hacía reverencias, «a sus pies, señora», copiaba sus miradas de conquistador, «qué guapa estás», parpadeaba rápidamente como una protagonista de cine mudo, «todo sigue igual...», luego gamberreaba, «ese sobrepeso te queda de narices»... Pobre, tener que piropear todo el día a esas fans tan pesadas cuando ella sabía que él solo quería estar con su mujercita.

Detrás de la puerta estaba colgado un pijama, lo cogió y hundió el rostro en la tela; era tan feliz que si la hubieran acuchillado no se hubiera dado ni cuenta. Pero, bueno, no olía a nada porque Luis dormía desnudo.

Lo miró, qué raro, era un pijama de seda blanco, no le pegaba, a lo máximo que llegaba su marido era a ponerse el calzoncillo y una camiseta. Quizás era un obsequio del hotel, como los albornoces.

Ay, cómo la necesitaba..., ¡hasta para vestirse! Aún se estremecía cuando se acordaba de lo que solía usar cuando lo conoció, trajes de Galerías Preciados, pantalones que no le llegaban al tobillo, calcetines blancos, chaquetas con botones de plástico...

¡El corazón le palpitaba alborotado, tenía la cara ardiendo!

Más besos, «mua mua», «¿una copa?», y después de tantas falsas sonrisas y agotado por el concierto, cuando se resignara a ir a su habitación donde lo esperaba una cama tan solitaria como la de ayer y la de la semana pasada, ¡se la encontraría! ¡La encontraría ávida y húmeda de deseo, besando, acariciando, mordiendo!

Muriel se emocionó al pensar en la alegría y gratitud de su marido.

Primero lo recibiría ella sola y luego entreabrirla la habitación contigua para que

viera que había traído también a los niños.

Los fue a observar; los dos dormían, Luisito con una sonrisa en los labios, como siempre. Murielilla había tirado las sábanas al suelo y estaba atravesada en el colchón, estremeciéndose casi de forma imperceptible como si aun en sueños fuera incapaz de estarse quieta. Muriel le subió el embozo hasta la barbilla y le dio un beso en la frente.

Tarareaba *my way! Duduaaa duduaaaa* mientras miraba por la ventana, que daba a un patio interior con surtidores y cactus gigantes. Había unas mesitas con sombrillas azules y unas parejas bailando. Le propondría a Luis bajar alguna noche, hacía mucho que no tenían su momento romántico, ¿cómo era ese refrán español que decía siempre su suegro? Lo repitió en alto para oír el sonido de su propia voz:

—En casa del herrero, cu... —le costaba pronunciar la «ch»—, cuschhillo de palo.

La gira estaba yendo muy bien; a Luis no le gustaba escribir cartas y era muy complicado poner conferencias, pero cuando conseguían hablar su voz estaba llena de energía, bromeaba con ella, le preguntaba por los niños, por sus padres, enviaba besos para todos, pero cuando ella le iba a contar algo, que la casa nueva ya tenía el *parquet* puesto y que podrían trasladarse después de navidades, que el pintor había dicho que las humedades no eran cosa suya sino del fontanero y que Luisito había tenido fiebre, le parecía que se alejaba del teléfono, que tapaba el auricular, que hablaba al vacío, y de pronto volvía y respondía:

—Pequeña, sí, entiendo, escríbelo todo a esas direcciones que te envié.

Pero debía ser cierto que las cosas les iban bien, porque cuando le contó que tía Daisy le había dicho que había una casa muy bonita cerca de Málaga, en Guadalmar, para pasar los veranos, le ordenó:

—Cómprala... Dispón del dinero como quieras.

Y cuando ella había añadido con temor:

—Es que cuesta veinte millones de pesetas.

Él se había echado a reír:

—Cómprala, te digo, lo único importante para mí es que los niños y tú estéis bien.

Lo vio tan bien dispuesto que añadió que era una urbanización donde la tía Daisy se había comprado también una casa, y, además:

—Hay muchas familias filipinas.

Y Luis rio bondadosamente:

—Mejor, así estarás más acompañada. Te dejo, pequeña, un beso.

Se quedaba siempre con el auricular en la mano y ganas de decirle, pequeña no, ya no soy aquella niña que se casó contigo, soy una mujer hecha y derecha, mi amor, ¿no te has dado cuenta?

Y se reconcomía pensándolo y tenía ganas de volver a llamarlo para decírselo,

pedía que le pusieran con su habitación y le contestaba una voz femenina:

—Alo.

Ella colgaba, e intentaba localizarlo y no podía. Se echaba a llorar y con la cara hundida en la almohada se quedaba encerrada en su habitación aunque los niños la reclamasen, viniera su suegro o la llamara Carmencita para quejarse de la Seño de su hijo Fran, que era una especie de señora Danvers de *Rebeca*. A todos decía Muriel con el rostro impávido:

—No me encuentro bien.

Llamaba a su madre a Manila para decirle que la añoraba, que quería ir a visitarla, y la madre le contestaba que tuviera paciencia, que ya se verían por navidades. Muriel le pedía que fuera su hermana a Madrid para hacerle compañía, que se sentía muy sola. La madre le preguntaba con alarma:

—Pero ¿estás bien? —Suspicaaz—. ¿Vuelves a estar embarazada?

Ella gritaba que no, que ni pensarlo, que había abandonado el sueño de tener ocho hijos, como tantos otros sueños. Que era muy joven y quería hacer otras cosas además de cuidar niños. La madre, con voz de cansancio, le repetía:

—Hija, Luis es una buena persona y te quiere mucho, pero es un artista, sé consecuente, y no sé a qué te refieres con eso del sueño... ¿No duermes bien? —Y después le advertía—: Y tienes que aceptar a todos los niños que te envía Dios. ¡Los hijos son lo mejor de la vida!

A Muriel se le llenaban los ojos de lágrimas porque su madre había perdido un hijo y ella era tan egoísta que se había olvidado y la molestaba con caprichos de mujer ociosa que se aburre en casa porque no sabe qué hacer con su vida.

Cuando Luis al fin, alertado por sus múltiples llamadas, la telefoneaba asustado, ella le soltaba con vaguedad:

—Sí, estaba enfadada, pero no me acuerdo de por qué.

Él, primero, se indignaba:

—Joder, creía que había ocurrido alguna desgracia. Esto no me lo hagas más, que necesito estar al cien por cien y no preocupándome por tus puñeterías de cría mimada. —Pero se ablandaba ante el silencio de ella—: Bueno, va, no importa.

Aunque se acordaba de añadir antes de colgar:

—Si llamas directamente a la habitación se ponen las chicas de la limpieza, que no me pasan el recado... Es mejor que avises en recepción y así luego ya te llamo yo. O mejor, escíbeme.

Para el caso que haces a mis cartas, se lamentaba Muriel. Luis nunca le contestaba, y lo que era peor, tenía la sospecha de que tampoco leía lo que le escribía minuciosamente sobre la mesa del comedor mientras los niños dormían y las dos muchachas de servicio cotorreaban en la cocina porque ya no tenían nada que hacer, y si lo tuvieran, también podría esperar hasta mañana. Las dos chicas eran Nuky y Margarita, dos trozos de su país en casa. La salud, como los niños eran mayores, solo iba por las mañanas.

Su amiga Maritina la llamaba para que fuera a su casa de Pozuelo para jugar al tenis:

—Hemos instalado unas pistas estupendas, y lo mejor son los cubalibres de después.

Carmencita y las otras la llamaban para ir de compras a El Corte Inglés y después a cenar en Casa Gades, donde a veces está la actriz Marisol porque se ha liado con el dueño. Muriel preguntaba:

—Pero, Marisol, ¿no está casada con Carlos Goyanes?

Ella lo conocía porque era amigo de Fernando Abad, y le contestaban:

—Sí, ¿y? Bueno, te animas o qué.

Muriel argüía siempre lo mismo:

—Cuando los niños sean un poco mayores, ahora estoy muy ocupada. —Ellas protestaban, todas tenían hijos, Carmen estaba embarazada del segundo, y Muriel se veía obligada entonces a confesar la verdad—: Además, a Luis no le gusta que salga.

Luego, las amigas entre ellas murmuraban y si la veían la miraban con conmiseración, como si todas estuvieran en el secreto menos Muriel pero no se atrevieran a decirle nada.

Se quedó con el rímel en alto y la boca abierta, sabía que había un recuerdo que se le escapaba, alguna cosa que había oído una vez. Bajaba Carmen en el ascensor con Marta parlotando en voz alta en la casa de San Francisco de Sales y ella esperaba en la portería. Iban hablando de ella, ¿qué estaban diciendo?

Las dos se habían violentado al verla, y Carmen había tomado la iniciativa para explicarle con evidente turbación:

—Le venía diciendo que tu piso estará acabado antes que el nuestro.

Pero no era eso de lo que hablaban, no era eso... ¡Bah, ya lo recordaría!

Pero fuera pensamientos tristes, largo de aquí sombras tenebrosas, sospechas infundadas, ahora estaba en la habitación de hotel, que ahora era su nido de amor, como el rosal recién florecido espera la llegada de su jardinero. Se rio de su propia cursilería, ¡ella también podría hacer letras de canciones si quisiera!

¿Cómo era la última de Luis?

*Soy como un alma perdida  
que vaga por los caminos  
de la vida y la pasión...*

¿Cómo seguía? *Cantando...*

Cantando algo, pero ahora no se acordaba de qué.

Ah, sí, *cantando montañas*, ¿y qué querría decir eso?

*Y cantando las montañas...* Se puso a curiosear los armarios. Le asombró que, siendo tan desordenado, su ropa estuviera tan cuidada, las chaquetas, todas iguales, en bolsas de plástico colgadas de sus perchas, las camisas con los gemelos puestos,

una docena de corbatas enrolladas de manera profesional... Los calzoncillos, todos nuevos, estaban aún en sus cajas, y los calcetines, envueltos en papel de seda, también sin estrenar. Cada día, al llegar al hotel, debía tirarlo todo a la papelera, claro, ella sabía que los nervios que pasaba en el escenario le hacían sudar mucho.

En el cuarto de baño los escasos productos que utilizaba estaban alineados contra el espejo; vio que había incorporado a su neceser unas pinzas de depilar. Ella le había enseñado a dibujar sus cejas y a sacarse los pelillos del entrecejo. Para convencerlo, le había dicho:

—Oye, que Carmencita le hace lo mismo al príncipe. Y el primo, Juan Carlos, también, ¿no te has dado cuenta?

El hotel no era muy grande, solo cuatro pisos. Fue oyendo cómo iban entrando los últimos trasnochadores, dejó de oírse la música de baile, aún en el pasillo alguien entonó una melancólica ranchera:

—*Fallaste, corazón, no vuelvas a apostar.*

Y las últimas puertas se cerraron de golpe.

Todo se sumió en silencio. Fue a darles un vistazo a los niños, después volvió a retocarse el maquillaje y a perfumarse de nuevo. Salió al pasillo; desde allí podía ver la amplia barandilla de hierro forjado que subía desde el *hall*. De pronto se oyeron voces, una risa de mujer, el cristal de las puertas tintineaba y bajo las luces cenitales se destacó un grupo que surgía del jardín interior, Luis iba en medio con la impecable americana negra que ella le había comprado, pero no fue eso lo que llamó su atención. Se le veía el rostro muy bronceado contra el albor immaculado de la camisa y el pelo muy oscuro debido a la gomina y peinado hacia atrás, lo que le daba un cierto aire de cantor de tangos, pero tampoco fue eso lo que despertó su interés. Iba acompañado por una decena de personas, hombres fornidos ataviados con sudaderas que permanecían en silencio, otros gruesos y bajos con chaquetas claras que hablaban fuerte y soltaban carcajadas en tono alto sin tener en cuenta que la mayoría de los huéspedes estaban durmiendo, aunque quizás el hotel era suyo, pero Muriel tampoco reparó en ninguno de estos detalles.

De lo que sí se dio cuenta es de que Luis subía muy despacio, pero no porque cojera o le molestara la espalda, en realidad se le veía en muy buena forma física, alto, erguido, fibroso. Luis se movía con torpeza porque cogida por la cintura llevaba una morena curvilínea, de rasgos exóticos y espesa melena azabache que le llegaba hasta la cintura, con un vestido tan ajustado que Muriel se dijo que se lo tenían que haber cosido encima.

Calzaba altísimos tacones, de esos que Luis no le dejaba poner porque «hacen puta», y en el tobillo llevaba una gruesa cadena de oro.

Muriel inconscientemente había dado unos pasos y el resplandor de la luz que iluminaba un cuadro le cayó sobre el rostro. Estaba con la mano en la boca, paralizada, sentía una ira repentina e intensa.

Del grupo, Luis fue el primero que la vio y su reacción fue espontánea, soltó a la



mujer y corrió a cogerla entre sus brazos con expresión de felicidad:

—Murielita, mi pequeña, mi niña... —La abrazó estrechamente y después se separó de ella y la miró con incredulidad—. ¿Pero eres tú o eres una aparición?

Ella se mantuvo inmóvil y fría como un témpano, la sombra de la infidelidad atravesó su cerebro como una corriente negra. El grupo se detuvo, los hombres dejaron de reírse y la morena frunció sus gruesas cejas. En algún lado se oyó el chillido de un pájaro.

Luis se volvió hacia ellos y con perfecta desenvoltura les aclaró:

—Mis cuates, esta es mi mujer adorada, mi Muriel, de quien tanto os he hablado.

Y luego a ella le explicó con aplomo:

—Estos son mis compas, mi familia de aquí... Mis músicos, los compadres de la agencia, de la casa de discos, los amigos que ponen la plata, y esta chica tan linda, ¿la ves?, se llama Adriana.

La cogió por la mano y le hizo dar media vuelta. Ella se tambaleaba sobre sus altos tacones o por la bebida, pero a pesar de eso enseñó unos dientes blancos y caníbales en lo que quería ser una sonrisa amable; tenía los colmillos afilados como un vampiro:

—Quiubo, doña.

Hizo una reverencia exagerada, sus enormes pechos estuvieron a punto de salirse del vestido y Luis la soltó con brusquedad mientras explicaba:

—Me hace los coros. Los maridos que acompañan a las señoras a mis conciertos también tienen derecho a alegrarse la vista.

A todos saludó Murielita con un apretón de manos. Adriana le dio solo un beso, como se suele hacer allí:

—Gusto en conocerla. Luis me ha hablado mucho de usted... —rio con nerviosismo—. Bueno, a mí y a todos. ¡Estamos hasta la madre de oír hablar de su excelencia!

Tenía caderas fuertes, labios negroides y pómulos altos, toda ella respiraba sensualidad animal y descarnada. Se oyeron unos pasos apresurados; por el pasillo venía corriendo un muchacho joven que dijo sin aliento:

—Y yo soy el marido de esta chamacona.

Uno de los hombres se asombró:

—¿El joto?

Pero se calló abruptamente cuando le pegaron un codazo.

Luis rio y le dio al muchacho una palmada en el hombro:

—Pinche güey, qué poco barco para un mar tan grande.

Todos se rieron, Muriel la primera aunque la verdad es que no entendió el chiste, o si lo entendió, no le hizo ninguna gracia.

Sin saber muy bien cómo continuar, dijo:

—He traído a los niños, están ahí dentro.

Luis abrió exageradamente los ojos y se giró hacia sus amigos:

—¿Os lo podéis creer? ¡Ha traído a los chavitos! Ha venido desde tan lejos sin decirme nada, lo ha preparado todo en secreto; no me digáis que no es espabilada mi mujer, no tiene diecinueve años, ha estado toda su vida en un convento de clausura y ha sido capaz, por el amor a su marido, de atravesar sola medio mundo.

Muriel lo miró con asombro ante esa catarata de inexactitudes, pero Luis ya la empujaba dentro de la habitación mientras los amigos mascullaban, «órale, el convento», «oh, diecinueve años», «¡chale, qué huevón!», y él se despedía besándose la punta de los dedos varias veces, cerraba la puerta con rapidez, desaparecía la voz meliflua y la sonrisa y se encaraba a Muriel:

—Pero ¿có... cómo cojones se te ha ocurrido? —La cólera no lo dejaba expresarse con fluidez, pero procuraba no levantar la voz—. ¿Te has vuelto loca?

Muriel se encogió sobre sí misma, su rostro se contrajo como el de un niño a punto de llorar, y balbuceó:

—Pero, no entiendo, ¿no estás contento?

—¡Y una mierda voy a estar contento! —Vio cómo su mujer empalidecía y prosiguió en un tono más comedido—: Estas sorpresas no me las des más, por favor.

Ella empezó a jadear, y Luis la cogió por los brazos y la sacudió de forma desabrida:

—Va, Muriel, que te va a dar un ataque de histerismo. No te pega nada, mujer, ¿dónde está tu impasibilidad oriental?

Ella apretó los labios y movió la cabeza negando con tozudez. Él la hizo sentar en la cama y le explicó:

—Joder, entiende que un cantante romántico no puede viajar con la familia a cuestras. México es una ciudad muy difícil y al mismo tiempo determinante, ¡es la llave para entrar en Estados Unidos!

La miró con frialdad, se levantó para quitarse la corbata con gesto tenso y se desabotonó de un tirón el cuello de la camisa. Muriel empezó a llorar con suavidad; las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas como esa llovizna que en el norte se llama orvallo. Al final, Luis le dijo con exasperación, pero ya compadecido:

—Va, tonta, mira que llegas a ser tonta, si ya sé que lo hiciste con toda la buena intención, por amor, por un impulso, y yo te lo agradezco, pero México no es el mejor sitio para vernos, esta es una plaza muy difícil y aquí la gente es muy sensible a estas cosas, me tienen en el punto de mira, tengo que cuidar todos los detalles.

Hubo un silencio. Ella preguntó tímidamente con los ojos acongojados:

—¿No quieres ver a los niños?

—Están durmiendo, ¿no? Déjalos, ya los veré mañana.

Hicieron el amor, pero Murielilla empezó a llamar a mamá mamá, y después *daddy daddy*, y su hermano se despertó y empezó a chillar... Terminaron de cualquier manera y Muriel fue a buscar a los niños para meterlos en la cama creyendo que eso enternecería a su marido, pero Luis, malhumorado, dijo que necesitaba dormir, que por la tarde lo iba a entrevistar el periodista número uno de Televisa y

que esa noche actuaba frente a las mil personas más importantes de México:

—Joder si no duermo estaré hecho una mierda, ¿no te das cuenta?

Y se fue a la camita del cuarto vecino mientras Muriel procuraba que los niños no hicieran ruido.

Durante cinco días. Que fue el tiempo que estuvieron en México. Sin salir de la habitación. Luis le advirtió que había mucha contaminación y que además era muy peligroso moverse solos por el D. F., y les aseguró:

—Aquí hay de todo, mira qué piscina —pero luego reflexionaba—, aunque en realidad es mejor que no bajéis, estos tíos venados no están acostumbrados a ver una mujer con traje de baño y se pueden tomar libertades, os lo hacéis subir todo a la habitación, la comida es muy buena.

Cogió la carta y leyó, «pollo con mole, chiles rellenos ¡y el guacamole! ¿Te acuerdas, pequeña? Cuando estuvimos te gustaba mucho...».

Muriel se atrevió a preguntarle:

—¿Pero tú no vas a comer con nosotros?

—No, claro, joder, yo estoy aquí trabajando y no de vacaciones. —Cuando vio su cara afligida, rectificó—: Bueno, intentaré venir algún día.

No fue nunca, aunque sí es cierto que por la noche no llegaba muy tarde y le hacía el amor con habilidad impaciente. Cuando terminaban, ella llevaba a los niños a la cama grande y él se iba a la supletoria porque decía que lo despertaban al principio del sueño y luego ya no podía dormirse. Muriel protestaba:

—Amor, eso no es verdad.

Pero él argüía que lo que le mantenía despierto era el temor a que lo despertaran y entonces no pegaba ojo y, claro, él estaba allí..., y Muriel repetía con él «trabajando y no de vacaciones», pero aunque Luis secundaba la broma, lo hacía de forma forzada y con risas insinceras.

Vestía a los niños y luego bajaban al *hall* por la escalera de servicio y esperaban sentados en un sofá a que Luis se despertara y pidiera el desayuno. Entonces subían de nuevo y estaban un rato los cuatro juntos, hasta que él tenía que ir a probar el sonido, o a comer con algún pinche güey, o a dejarse entrevistar.

Un día ella le comentó:

—Es guapa esa chica que te hace coros.

Luis pareció no saber de quién le hablaba:

—En el coro, ¿quién?

—Adriana, esa que iba con el marido.

—¿El marido? —Se dio una palmada en la frente—. Anda, es verdad, qué burro. No me acordaba.

Ella se extrañó:

—Pero ¿no actúa contigo?

Él le contestó con vaguedad:

—Sí, no, era una sustitución.

A los cinco días, Luis le dijo que tenía que ir a Rosario y que era mejor que regresaran a Madrid.

El avión salía a las diez de la noche y hacía escala en Montreal. La misma hora en que Luis tenía su actuación. Estuvieron hablando de pie incómodamente en la habitación, con las maletas cerradas y los niños con la ropa de invierno puesta viendo la televisión. Tenía que ir a buscarlos un taxi, y al final Luis dijo:

—Voy a pedir que vengan media hora antes, porque hay tráfico.

Ella le preguntó:

—Entonces, lo de Guadalmar, ¿tiro adelante?

—Claro, haz lo que quieras, dispón tú como quieras de todo, prefiero que el dinero lo controles tú.

Adivinó que, con tal de que se fuera, le hubiera regalado el mismo hotel en el que estaban alojados.

Él pareció leerle el pensamiento, porque le cogió un mechón de pelo, se lo puso detrás de la oreja y le acarició la mejilla:

—Sabes que te quiero mucho, mi amor, pero la vida de artista es así. —Le dio un beso—. Mira, iremos a pasar las navidades a Filipinas. ¿Qué te parece? Me ha escrito tu madre invitándonos, y ya sabes que no puedo negarle nada después de la desgracia que ha pasado.

Muriel se asombró de que su madre y su marido estuvieran en contacto, pero asintió sin palabras. Luis proseguía ahora cogiéndole la mano:

—Yo saldré de Puerto Rico el 21 de diciembre. Nos podemos encontrar en el mismo Barajas y nos vamos todos juntos directamente a Manila si quieres.

Ella, con los ojos fijos en el suelo, aún puntualizó:

—Directamente no hay vuelos, tendremos que hacer escala en Ámsterdam.

Él la atrajo hacia sí:

—¡Pequeña! ¡Donde sea necesario! Estaré volando media vida, pero más haría por ti si fuera preciso, mi amor.

La abrazó, miró la hora en su reloj de pulsera por detrás de su cabeza:

—Id bajando, que aquí a los taxistas no les gusta esperar.

Le dio un ligero empujón y cuando llegó el botones a llevarse el equipaje, le susurró al oído:

—Qué pena que no hayamos tenido tiempo de echar un kiki.

Los despidió en el vestíbulo agitando la mano.

Durante el largo viaje de retorno, Muriel tuvo la sensación de que la última mirada de Luis solo expresaba una cosa: alivio.

Pero decidió apartar estos lúgubres pensamientos de su mente, cogió a su hija en brazos y le dijo al oído:

—Dentro de muy poco iremos con papá en avión a Manila a ver a los abuelos.

En realidad, no llegaron a encontrarse en el aeropuerto de Madrid. Durante la última semana en Puerto Rico, Luis no dio señales de vida, y Muriel le estuvo llamando toda la mañana al hotel de San Juan temiendo que hubiera surgido algún inconveniente, y al final averiguó que hacía días que había dejado la habitación y que no sabían nada de él. ¿Las actuaciones? No, ellos no sabían nada de actuaciones, la señora había dejado dicho que guardaran las maletas, que ya las vendrían a recoger.

Muriel repitió:

—¿La señora?

Hubo un silencio y se puso otra persona con voz de adulto responsable y pidió perdón, dijo que se habían confundido de huésped, don Luis Campos estaba alojado en el hotel, por supuesto, y ya había salido hacia el aeropuerto.

Aunque luego Luis dijo que su avión había sufrido un retraso de tres horas, la verdad es que lo perdió y tuvo que coger el siguiente, que, encima, hacía escala en Cancún y en París.

Muriel estuvo esperando en Barajas con los niños justo hasta el límite de su vuelo. El 488 de Iberia. Con una enorme bolsa de mano, cargando con el cochecito de Luis, nerviosa, no paraba de consultar la hora, de preguntar a las azafatas. Murielilla no dejaba de moverse y de molestar a los pasajeros. El día anterior ETA había asesinado al presidente del Gobierno, el almirante Carrero Blanco, y el ambiente era muy tenso, había mucha vigilancia, los grises detenían a los pasajeros y les pedían la documentación, aunque a ella no la molestaron. Pensó en anular el viaje, pero ¡tenía tantas ganas de ver a su familia! ¡Se sentía tan sola!

A la sala de vuelos internacionales logró colarse un reportero de *Semana* esperando encontrarse a Luis. Mientras aguardaban, estuvieron conversando, ella le contó lo traviesa que era Murielilla y lo bueno que era el pequeño, y que, desde luego, ni ese año, ni el siguiente, ni el otro, pensaba quedarse embarazada, ya que quería parar un poco. El reportero bromeó:

—¿Me juras que la familia no va a aumentar?

Muriel arrugó la naricilla y levantó la mano derecha:

—Te lo juro.

Cuando la niña le arreó un enorme manotazo al carrito de los aperitivos y vasos y bandejas volaron por los aires, confesó:

—Es un diablo, después de navidad la llevaré al colegio Saint Anne's, muy cerca de nuestra nueva casa. ¿Sabes que vamos a ser vecinos de los duques de Cádiz?

El periodista no apuntaba nada y Muriel se sentía como si hablara con un amigo. Además, ¿no le estaba diciendo siempre Luis que tenía que ser amable con la prensa? Hasta se atrevió a condenar el asesinato de Carrero Blanco.

—Ha sido una noticia muy triste... No podía creérmelo. A Luis también le ha conmovido mucho.

No tenía ni idea de lo que pensaba Luis porque hacía una semana que no hablaba con él, pero se daba cuenta de que no era difícil mentir con soltura a los periodistas, ¡había tenido un gran maestro!

Crecida, se atrevió a ir más allá incluso, como esos actores malos que meten en la obra «morcillas» de su propia cosecha:

—Hemos quedado en Ámsterdam, la escala necesaria del viaje, y quizás pasemos allí unos días... de luna de miel.

—¿No te importa que te haga unas fotos?

Muriel asintió, sobre todo cuando él le dijo:

—Cuando venga Luis, le haré el reportaje, pero como no podéis posar juntos, así ya tengo una foto tuya.

Posó con la niña; logró encasquetarle el gorro y abrocharle el abrigo, que habían ido a parar al suelo, y para conseguir que se estuviera quieta tuvo que hacerle unos dibujos en una servilleta.

—Ahora ponte sola.

¿Sola? Bueno, no le hacía mucha gracia, pero Luis se enfadaría si supiera que se había negado. Llevaba un jersey de cuello alto azul cielo con unas cadenas largas sobre el pecho y una torera vaquera, y encima un chaquetón afgano de ante forrado de piel. El fotógrafo le pidió:

—Ahora sin chaquetón.

Vale, bien, la verdad es que no le importaba, sus amigas decían que, de todas ellas, era la que tenía mejor tipo. Le suplicó a una azafata que aguantara a la niña e inclinó la cabeza hacia la derecha; cuando posaba con Luis siempre tenía que supeditarse al perfil de su marido, que era el izquierdo, el que menos le favorecía a ella porque se le veía el pequeño caballete que tenía en la nariz.

El fotógrafo iba disparando con palabras de aliento:

—Así, muy bien, ahora camina con la chaqueta al hombro... Bien, ahora mírame. Ríe a carcajadas. —No lo hizo, temía tener los dientes un poco amarillos y no le gustaba cómo salían en las fotos—. Bueno, vale, mejor así, seria y tristonera, como si estuvieras pensando en Luis.

El resto de los pasajeros la miraban. Murielilla se puso a hacer pucheros y a señalarla, esa no era su mamá, esa señora no.

Ah, pues no estaba mal esto de posar, tampoco era tan difícil. Le preguntó al fotógrafo, que estaba rebobinando el carrete:

—¿Ya? ¿Tienes bastante?

Estuvo a punto de perder el avión. Al cabo de un par de horas de su partida llegó Luis a Barajas y el reportero seguía allí. Le hizo una foto, una sola, mientras Luis le explicaba separando las manos:

—He ganado así de dinero.

Muriel y Luis se encontraron al fin en el aeropuerto de Manila, abigarrado, lleno de gente. Algunos nativos parecían vivir allí, iban con grandes sacos de arpillera al

hombro y descalzos, se ponían en cuclillas y fumaban con expresión concentrada mirando el suelo mientras otros se paseaban elegantemente vestidos como altos ejecutivos europeos a pesar de su tez oscura. Cuando Muriel llegaba, lo primero que hacía bajo aquel calor sofocante era oler. Cerraba los ojos y el aire le traía el perfume caliente y húmedo de las flores marchitas, de los manglares y del sudor humano, el olor del trópico.

Muriel se tapó la nariz y dijo:

—Qué peste.

Muriel no pudo evitarlo y le dio un cachete tan inesperado que la niña se quedó estupefacta y ni siquiera lloró. La madre la abrazó, arrepentida, y le dijo:

—No digas eso, huele distinto, pero es un olor bueno y limpio, tú también eres filipina, como mamá... Esta tierra, este olor, también es nuestro.

La niña preguntó:

—¿De papá no?

Riendo, Muriel le contestó:

—No, de papá no.

En el mostrador de Iberia le dijeron que Luis Campos ya había salido de España.

Lo tuvo que esperar muchas horas, primero en el bar, hasta que cerraron, y después sentados en el suelo rodeados de maletas. A pesar de las ganas que tenía de abrazar a su familia, Muriel no se atrevía a llegar sola a su casa porque eso provocaría incómodas preguntas, algunas de ellas sin respuesta. Luis apareció con una chaqueta de cuadros de leñador y camiseta blanca, muy sonriente, la abrazó, la besó apasionadamente en el cuello y hubo risitas y miradas del personal y pasajeros porque los filipinos no se sienten obligados a disimular su curiosidad. Muriel se apartó ruborizada. Él le dijo:

—Mujercita, no sabes las ganas que tenía de verte.

Ella protestó:

—Pues nadie lo diría. ¿Qué te ha pasado? —Indignada, recordó—: ¡Pero si hasta me dijeron que te habías ido del hotel!

Él rio desenfadadamente mientras le hacía cosquillas en la espalda levantándole la camisa:

—Era un hotel de mierda. Mira lo que te he traído, se lo compré a un joyero de Puerto Rico amigo mío. —Sacó una fea cajita de plástico de la bolsa—. Ábrela.

Sobre un terciopelo algo ajado relucía un brillante no muy puro, pero bastante gordo. Muriel no pudo menos que exclamar:

—¡Oh, mi amor, qué preciosidad...! Me haré un colgante para el cuello, ¡muchas gracias!

—De nada, preciosa, tú te lo mereces todo. —Y se inclinó hasta la niña, que se abrazaba a sus rodillas. El pequeño dormía en su cochecito—. Mis hijos, ¡cómo los quiero!

La miraba maliciosamente:

—Me parece que al próximo lo vamos a fabricar aquí. ¡Tengo unas ganas de ti, pequeña mía!, llevamos mucho tiempo sin hacer cositas, ¡me muero por ti!

La cogió del hombro con una mano y con la otra le hizo un gesto obsceno a un comandante de avión que se había detenido a su lado:

—Deja de mirar, desgraciado. ¿No sabes que es una grosería fijarse en la mujer de otro?

El hombre, que en realidad no había reparado en ellos, se quedó boquiabierto y Muriel se sintió abochornada pero no dijo nada.

Llegaron a la casa de la calle Lapu Lapu abrazados. Luis no dejó de dedicarle atenciones durante los quince días que estuvieron en Manila.

Días muy felices. Cristina y Pablo querían mucho a Muriel, pero Luis, con su comportamiento durante la muerte de Frank, se había ganado sus corazones para siempre.

Su madre recuperaba el color, y si bien sus ojos nunca volverían a tener el brillo de la juventud, con la presencia de sus nietos dejaba de obsesionarse con el recuerdo del hijo muerto y alguna vez incluso la vieron sonreír cuando cogía a Murielilla en brazos para calmar sus arrebatos de niña consentida. Eugenia ya se había casado y tenía también una niña, la llevaba a la casa y le decía a su hermana:

—Me gusta que vengas, porque esto está más alegre —y señalaba a la hermana pequeña, Cris—. Tiene el equipaje hecho desde hace meses, supongo que esta vez te la llevarás.

—Claro que sí. —Ninguna de las dos lo expresaba en voz alta, pero ojalá pudieran llevarse también a los chicos, Pedro y Mateo, para apartarlos del ambiente oscuro y marginal en el que se movían, aunque ahora, mientras estaban ellos, parecían llevar una vida normal. Porque si estaba Luis, se convertían en dos muchachos alegres, sanos y deportistas, bromeaban con él acerca de las chicas filipinas.

Luis los hacía reír:

—Van, así, de modositas —juntaba las manos en actitud de rezo y de pronto ponía los dedos haciendo tijera—, pero a la que pueden, te cortan los huevos y ya estás jodido para siempre.

Los tres boxeaban en el jardín, jugaban al fútbol, se levantaban temprano para coger el coche e ir a la playa de Cavite a nadar y tomar el sol.

Muriel se sentía serena, colmada, en paz. Su madre no dejaba de repetírselo:

—Cómo te quiere Luis, qué suerte has tenido, es un hombre de bien.

Sí, era un hombre de bien, es cierto.

Un día, nunca supo si con la complicidad de su marido, Cristina le dijo que habían decidido ir de visita a la isla de Corregidor. Y que la casa se quedaba para ellos dos. Solos.

Los niños estaban excitados, iban los cuatro primos, Murielilla, Luis, Cecily, la hija de Frank, e Isobel, la de Eugenia. Llevaban los cubos de playa, los flotadores, los



trajes de baño. Murielilla no cesaba de gritar:

—Vamos a ir en hidro.

Ella no sabía lo que era ir en hidroavión, pero le sonaba muy emocionante. Los tíos Mateo y Pedro habían prometido enseñarles a bucear, y hasta el rostro del abuelo, normalmente adusto, se iluminó y por un momento todos olvidaron que en la vida hay un lugar llamado muerte.

Hasta dieron fiesta al servicio.

En la nevera solo había *champagne* Cristal y chocolate.

Bajo el perezoso ronroneo del gran ventilador que giraba lentamente en el techo, con una vela, Luis derritió el chocolate sobre el cuerpo de su mujer y lo lamió con delectación, sin dejar ni un centímetro. Muriel gemía, y rieron por el ruido de chapoteo y después jadearon a la vez.

Más tarde, le tocó a ella lamer y chupar.

Cuando terminaron, Muriel quiso ir a ducharse, buscó a su alrededor, no encontró la bata y le pareció divertido ponerse la chaqueta de leñador de Luis sobre su desnudez. Divertido y *sexy*.

Se fue corriendo al cuarto de baño de sus padres huyendo de las incansables manos de su marido que intentaban atraparla de nuevo. En el pasillo la acometió la necesidad imperiosa de estornudar, tampoco hacía tanto calor, a ver si iba a constiparse. Buscó un pañuelo en el bolsillo, qué raro, un papel arrugado, sin querer, sin darse cuenta, lo sacó y lo leyó.

Solo era un número de teléfono y un nombre, Lily. Lily había besado el papel y había dejado la marca de sus labios pintados de rojo.

Pensó que se ahogaba y una oleada de furia le recorrió el interior. Nerviosa y enardecida se lo tiró a Luis como si fuera un carbón ardiendo:

—Qué ordinariez, qué cosa tan vulgar... —En su voz bailaba la cólera—. ¿Me puedes explicar qué significa esto?

Luis miró el papel y lo arrojó al suelo entre risas:

—Ah, es de ese pinche güey de Fernando..., algún lío suyo. Me pide que le guarde los teléfonos de sus ligues para que no se los encuentre María Rosa.

Muriel se extrañó, tenía al mánager por hombre serio y muy amante de la familia, pero Luis le dio una sorprendente respuesta que recordaría a menudo:

—Hasta el hombre más enamorado de su mujer, si le ponen delante una mina impresionante, cae. ¡Si no es maricón, claro! Además, date cuenta de que él está mucho tiempo separado de su familia.

Muriel rezongó:

—Pues como tú, y supongo que tú no... —una idea le cruzó vertiginosa por la mente atravesando su consciencia como un relámpago—, porque esas mujeres de las que te rodeas...

Se acordaba de la chica del coro de México y de pronto sintió un inmenso desconsuelo, se dejó hacer sobre la cama, un frío repentino le heló el corazón.

Luis la cogió y la miró amorosamente:

—Murielita, te juro que no puedo tocar a una mujer que no seas tú, me has vacunado contra todas —su voz era tan convincente que no tuvo ninguna duda—. Desde que nos hemos casado, ¿cuánto hace?

—Tres años.

—En tres años te juro que no he tocado a nadie, me resulta imposible —se miró las manos como si fueran de otro—, es que estas no podrían... Les repugnaría otra mujer.

Ella se acurrucó entre sus brazos y musitó:

—¿En serio? ¿Me lo juras?

Luis le dio un pellizco en la mejilla y le dijo:

—Te lo juro por nuestros hijos, que son lo que más quiero del mundo. ¡Ya sabes cómo me arreglo!

E hizo un movimiento rápido con la mano arriba y abajo y Muriel se apartó, le dio un golpe, le tiró la almohada y le gritó:

—Cállate, ¡qué asco!

Pero él no siguió con la broma porque se quedó callado y abstraído. Luego la miró profundamente a los ojos y le dijo:

—Mi vida, tengo que confesártelo, cuando vengo a Manila, sufro. —Su mujer creía que bromeaba hasta que le miró el rostro demudado; entonces se incorporó para escucharlo atentamente—. Sí, sufro porque pienso que aquí has tenido tus primeros amores, que en estas calles te has besado con otros chicos, que a lo mejor algunos de los que entran y salen, amigos de tu familia, te han querido y tú los has querido a ellos.

Iba a hablar pero él le cubrió la boca con la mano:

—Espera, ya ves que nunca te he dicho nada, ni siquiera te he preguntado quién fue el primero, pero me hace sufrir. —La cogió fuerte por los hombros—. Cuando pienso en esas cosas, creo que mataría, ¡me desespero!

Muriel intentó protestar, pero él la interrumpió:

—No, déjame.

Se relajó, le acarició el cutis tirante sobre los pómulos:

—Pero no temas, no soy un loco, sé que el pasado no se puede cambiar; pero sí entendemos los dos lo importante que es la fidelidad. Júrame que no me vas a engañar nunca. —Muriel se horrorizó y empezó a negar con la cabeza, Luis levantó el índice delante de su cara y lo agitó con el rostro descompuesto—. ¡Que no me vas a engañar ni con el pensamiento!

Aunque hubiera querido, que no quería, ni en Manila ni en Madrid hubiera podido engañarlo. Si no estaba Luis, se sentía vigilada por sus suegros, sus padres aunque estuvieran tan lejos, y su entorno; le parecía que hasta las profesoras de su hija

pretendían controlarla. La llamaban a horas inesperadas para sugerir una cita en el colegio en la que luego se limitaban a decirle que la niña era muy traviesa pero que ellas ya la domeñarían.

Incluso a veces creía que la seguían por la calle, le pareció que el mismo hombre la esperaba por las mañanas fingiendo leer el periódico frente al portal de su casa, pero temió estar cayendo en la más absoluta paranoia y a nadie consultó sus temores.

Si Luis estaba en Madrid, no le veía mucho, porque prefería pasar el día en la oficina que había montado Fernando en la calle Dulcinea, le gustaba más el ambiente profesional que el familiar. Abad representaba ahora también a otros artistas y Luis disfrutaba hablando con la cantante Cecilia, y ambos se reían con las bromas de la Charanga del Tío Honorio, unos amigos de apariencia rústica que, de forma inesperada, se habían convertido en el grupo de moda. Uno de ellos, Luis Gómez Escolar, era el novio de Cecilia.

O si no, Luis se sentaba en la antesala sobre una mesa y fumaba uno de los pocos pitillos que se permitía al día, siempre que su padre no estuviera delante.

Apartó unos gruesos paquetes de papel atados con bramante mientras preguntaba:  
—¿Y esto qué es?

Eran recortes de prensa en los que él aparecía que les enviaba la agencia Camarasa. Abad trataba de ocultárselos, porque nunca los elogios le parecían suficientes y se hundía con la más pequeña crítica. Pero la secretaria era nueva y le dijo:

—Míralos si quieres, que estoy a punto de archivarlos.

Luis le sonrió con dulzura porque los seductores nunca podían bajar la guardia, si no, se desentrenaban. La secretaria parpadeó, y cuando él le pidió con un gesto que se los diera, le tendió las revistas como si estuviera hipnotizada.

De pie, empezó a hojearlas. Estos cabrones, a ver cuándo le reconocerían todos sus méritos, la prensa española continuaba mostrándose renuente. En portada, por ejemplo, no salía en ninguna revista...

Un momento, él no salía, pero...

¡Pero Muriel sí! Una foto en el aeropuerto de Barajas el día en que llegó con retraso desde Puerto Rico, antes de las vacaciones de navidad. Una foto de Muriel enorme, tan grande como la catedral de Burgos, y unas declaraciones suyas. Mejor dicho, una amplia entrevista en la que su mujer opinaba hasta de la muerte de Carrero Blanco. Y contaba intimidades tales como que no iban a tener más hijos y que Murielilla iba a ir al colegio Saint Anne's.

Pero, esa tía, ¿de qué iba? ¡Pasaba del más absoluto mutismo a hablar como una cotorra!

Se empezó a mesar los cabellos, miró varias páginas, y sí, al final del reportaje salía una pequeña foto suya, tan pequeña como un sello de correos. Una foto en la que además estaba horrible, parecía un desertor del arado con su zamorra de cuadros y una camiseta sucia como si formara parte de la Charanga del Tío Honorio; encima

lo enfocaban por el lado malo. ¿Y dijo esa chorrada de que había ganado un montón de dinero? Al lado de las opiniones sensatas de su mujer, quedaba como un gilipollas prepotente y codicioso.

Se puso la revista debajo del brazo y se fue a su casa. Muriel gorgojeó alegremente, sorprendida al verlo llegar tan temprano:

—Amor, estamos en el cuarto de baño.

Con las mangas a medio brazo estaba bañando a los niños. Lo miró, lo vio alterado y llamó a Nuky. Mientras se secaba las manos, le preguntó:

—Pero ¿te pasa algo?

A grandes zancadas el marido fue al comedor, tiró con dramatismo la revista encima de la mesa y le gritó:

—¿Esto qué cojones es?

Asombrada, Muriel cogió la revista y su primer impulso fue sonreír complacida al ver que ocupaba la portada, pero enseguida, al darse cuenta del disgusto de su marido, se arrepintió y se puso seria:

—Es ese día, ya sabes, tú no habías llegado y..., ¿no te acuerdas? —protestó, le pareció injusto el enfado de Luis—. ¡Pero si siempre dices que sea amable con los periodistas!

Luis silabeó:

—Amable es una cosa, pero desnudarse es otra. ¿Qué será lo próximo? ¿Salir en el *Playboy* en pelotas? Se ha acabado lo de dar entrevistas tú sola, si no estoy yo delante, ¡tú, nada!, ¿me oyes?, ¡tú, muda, Belinda!

Levantó los brazos al cielo:

—Joder, pero si normalmente no abres la boca, ¡el famoso de la familia soy yo, soy yo el que trae el pan a casa! ¿Estamos?

Ella musitó:

—No, si a mí no me gusta, ya lo sabes. Te lo dije desde el principio, que no me gustaba hablar con los periodistas —trató de tranquilizarlo—. No te preocupes, yo sola no volveré a hablar con nadie.

Pero él ya se había ido dando un portazo. Muriel se encogió de hombros y volvió al lavabo para terminar de bañar a los niños.

Ese verano concedieron su primera entrevista en Guadalmar y posaron juntos para las fotos. Sonrientes, tan morenos que Muriel le escribía a su madre:

—Cuando salimos por la noche no se nos ve. Solo unos trajes que caminan sin nadie dentro.

Murielilla tenía casi tres años e iba con un vestido de rayas, le acababa de cortar el flequillo para las fotos pero ya no se llamaba Murielilla, sino Márely. Cuando Luis empezó a hablar no sabía pronunciar Muriel, y fue la abuela la que le dijo:

—A tu mamá, cuando era pequeña, la llamábamos Márely.

Y Luis, encantado, había gritado señalando a su hermana con el dedo:

—Márely, Márely.

Y con Márely se había quedado.

Antes de que llegaran los periodistas, Muriel le advirtió a su marido:

—No quiero que salga mi hermana en las fotos.

Lo dijo con tal determinación que Luis no se atrevió a contradecirla.

Sacaba aperitivo para los periodistas y sonreía mucho, pero apenas hablaba. Si le preguntaban, decía que la urbanización era muy tranquila y muy familiar.

Lo que no decía era que su verano en Guadalmar, como su invierno en la calle San Francisco de Sales, era muy solitario. Se levantaba a media mañana porque no le gustaba madrugar, y tenía que decidir qué iba a hacer todo el día. Sí, ir a la piscina o a la playa, comer, y después la larga tarde... Los matrimonios filipinos que había en la urbanización, los amigos de tía Daisy, eran mayores que ella pero aun así se obligaba a visitarlos cada tarde con los niños y con su hermana en aburridas meriendas en las que nadie sabía muy bien de qué hablar. Por la noche se organizaban barbacoas en los jardines, o se iba a Málaga a la feria, o a Marbella o a Torremolinos, pero Luis ya le había advertido:

—Que vaya Cris me parece normal, es una chica joven y soltera y tiene que divertirse, ¿pero tú? ¿A santo de qué? Tú, en casa, con los niños ya tienes bastante trabajo.

Si ella le decía que se sentía sola, él le reprochaba:

—¿Sola? Tienes todo lo que quieres, dos personas de servicio, una casa estupenda en Madrid, otra aquí, dos hijos sanos, tu hermana para que te haga compañía, ¡y un marido que te adora!

Sí, lo tenía todo y por eso no entendía cómo a veces se ponía a llorar cuando nadie la veía. Su vida le parecía monótona, un tedio ancho y hondo se instalaba en su corazón.

Claro que al periodista, que tenía la habilidad de hablar y comer gambas a la vez a una velocidad pasmosa, no le contaba nada de eso tampoco. Si a pesar de su reserva continuaban preguntándole, al final Luis le daba permiso para contestar y ella hablaba de lo felices que eran en las escasas fechas en las que podían estar juntos, que la gran alegría de Luis era ver a su familia, pero que en realidad separarse no era un sacrificio sino un orgullo, porque estas separaciones representaban triunfos en su carrera.

A veces le parecía que sería mejor grabar todas estas estupideces en una cinta para pasársela al periodista de turno. Después de estas sesiones, Luis le hacía escribir una notita de agradecimiento. Muriel indagaba:

—Pero ¿las otras mujeres también lo hacen?

Y Luis descartaba a las otras mujeres con un gesto:

—Que se note que nosotros somos gente bien.

Luis se fue cinco minutos después de que lo hicieran los periodistas, no sin antes darle un beso apresurado y decirle:

—A ti lo que te pasa es que te falta otro hijo.

Después de recorrer las habituales fiestas mayores por todo el país, de Bilbao hasta Tarragona, de Cádiz a Vigo, de cantar en entoldados polvorientos que le causaban una irritación de garganta que luego Muriel trataba de mitigar con una cataplasma de té de hierbas, de sufrir de los pies y de sentir calambres en la pierna mala, de ataques de ciática y de dolores de muelas, Abad le consiguió un bolo en Argentina. Pero no como una estrella, aún no. ¡Y es que, joder, no acababa de arrancar!

¿Por qué a él todo le costaba tanto?

Luis apretaba los dientes pensando que de nuevo había vuelto a la casilla de salida. Porque su mánager únicamente consiguió que lo contratasen en Buenos Aires si iba como telonero de Joan Manuel Serrat.

Sí, Serrat era un ídolo en toda Hispanoamérica. Luis a solas, muy a solas, reconocía:

—Hace bonitas canciones —se iba al espejo, se miraba de frente, de perfil, ponía los ojos a media asta, se chupaba las mejillas y se repetía una y otra vez—, pero no tiene mi carisma.

Cobraba por diez días de actuaciones diez mil dólares, Joan Manuel seis veces más.

Pero aunque partía con desventaja, al fin lo consiguió.

Se alojaba en un hotel modesto, el City, y en lugar de avergonzarse, recibía a los periodistas diciéndoles:

—No soy más que un cantor vagabundo que vaga por los caminos.

En las entrevistas sacaba su lado más seductor, era humilde y descarado a la vez, romántico y varonil como solo él sabía serlo.

No se relajaba nunca. Invitaba a vinos a los escasos fans, daba palmadas en los hombros a los reporteros, se metía en el bolsillo a las mujeres de los empresarios con piropos disparatados que solo creían ellas. Si llovía, se quedaba impávido en el escenario al aire libre cantando, como si irse fuera una descortesía que no se iba a permitir nunca:

—¡Hasta la lluvia quiere abrazarme!

Era un seductor elegante, los periódicos empezaron a ocuparse de él y a llamarlo «el latin lover con clase». Las mujeres se enternecían con Serrat. ¡Pero se enamoraban de Luis!

Primero cantaba solo un par de canciones y después ya se hizo cargo de la segunda parte del concierto al completo. Muchos hombres se iban en el intermedio, pero las mujeres se quedaban. Todas.

Las argentinas. Luis a su vez se sintió deslumbrado por la belleza, la femineidad explosiva y la coquetería inteligente de la mujer argentina. Lo contó en un programa de televisión, «si me dieran a escoger a una sola mujer en todo el mundo para vivir el resto de mi vida en una isla, escogería a una argentina». Sobre la mesa del hotel

Alvear, donde estaban grabando, había un montón de revistas, cogió una y empezó a pasar las páginas, señaló al azar una chica, «por ejemplo, esta».

Se trataba de una rubia impresionante, una *miss* y actriz de telenovelas llamada Graciela Alfano.

El periodista le dijo:

—Si querés, te la presento.

Se fue a España, estuvo dos noches con Muriel y regresó.

Solo dos noches, las suficientes para hacerle otro hijo.

«Hoy actuación de Luis Campos y el *ballet* flamenco Los Amayas», rezaba una pancarta que se bamboleaba peligrosamente sobre los viandantes por culpa del fuerte garbí que soplaba desde la mañana. La discoteca Las Vegas se alzaba frente al mar, al final del paseo de Sant Feliu de Guixols, claro que entonces no se llamaban discotecas, sino *boîtes*. Horadada bajo una roca, era grande, oscura y húmeda como un túnel y estaba abarrotada de gente. Una mescolanza típica de la Costa Brava: los ricos del textil de toda la vida que veraneaban en grandes «torres» como fortalezas inexpugnables, turistas, franceses sobre todo, y pescadores autóctonos que salían al amanecer con sus barcas a hacer la sardina.

Las mujeres mostraban sus cuerpos semidesnudos, bronceados y brillantes como peces, y los hombres iban con niquis Fred Perry y los jerséis anudados a los hombros dejando caer lánguidamente las mangas sobre el pecho. Los nativos observaban todo con socarronería calculando si esa noche también se podrían llevar a la playa a alguna extranjera borracha para magrearla y lo que se tercié, tumbándola encima de las redes de pesca.

Catorce de julio de 1975. El día tiene su enjundia, porque luego, mucho más tarde, esa fecha tendría gran importancia en una sala de justicia, y el futuro de un muchacho dependería de ella.

Muriel entró con algo de miedo. Fuera, el sol todavía alumbraba hundiéndose en el mar en una hemorragia de rojos y nubes de tormenta, y el interior, por contraste, presentaba oscuridad de gruta en la que apenas se podían distinguir los rostros por el humo azulado de los incontables cigarrillos. A vaharadas llegaba de vez en cuando el aroma dulzón de la marihuana.

Dijo:

—Buenas noches.

Pero nadie le contestó; solo un hombre, colilla en ristre, la observó de arriba abajo y luego guiñó el ojo a la concurrencia en general.

La sala donde actuaba Luis estaba al fondo, tras una cortina.

Se sentía aún insegura. Era su primer viaje después de tener a Francisco, que acababa de cumplir dos meses. Sí, Francisco, como el querido hermano muerto, pero no le llamaban Frank, hubiera sido demasiado doloroso, sino Quico. Pero como de ese hermano no se hablaba, a los periodistas se les dijo que era el nombre de un tío abuelo. Era un bebé callado y de aspecto frágil que miraba el mundo con ojos de viejo.

Los tres niños se habían quedado en Guadalmar con Cris y las chicas de servicio. A las dos filipinas se había incorporado una niñera nueva, Elvira Olivares. Una mujer pequeña y algo adusta pero que se había encariñado inmediatamente con aquel



pedazo de vida que parecía reclamar ternura a gritos.

A Márely y a Luis les daba un poco de miedo, incluso a Nuky, pero los tres la obedecían sin rechistar. Gracias a Elvira, un nuevo miembro se había incorporado a la familia: un cocker spaniel. La Señora había dicho:

—No se preocupe, que ya lo sacaré a pasear yo.

Quico pretendía darle su biberón al perro y lo abrazaba, no haciendo ninguna distinción entre él y sus hermanos.

Muriel se acodó en la barra. Ahora sí que se levantaron varias cabezas y empezaron a mirar con curiosidad sus rasgos exóticos, muy bronceada, iba con la melena suelta y pendientes de gitana de plata, los hombros y las clavículas al descubierto; una falda larga confeccionada con un batik dejaba ver los tobillos finos y los pies desnudos dentro de unas sandalias de flores. Bajo el brazo sostenía un bolso de rafia.

Al fin vio una cara conocida y sonrió agitando la mano:

—¿Ha terminado Luis?

Era Pedro de Felipe, un amigo de su marido, que denegó con la cabeza e hizo un ademán hacia dentro, donde se lo oía cantar:

—*Por el amor de una mujer jugué con fuego sin saber que era yo quien me quemaba...*

Todos creían que esa canción se la había dedicado a ella, y cada vez que le preguntaban los periodistas, debía poner expresión embelesada y agradecida. Pero Muriel sabía la verdad, la había compuesto un cantautor asturiano llamado Dany Daniel para su novia Marcia Bell. Muriel conocía la triste realidad de Luis: se habían secado sus fuentes de inspiración y debía recurrir a autores ajenos. Ahora, eso sí, cantaba sus canciones como nadie.

Los compositores decían:

—Este tío es un bluf, si no fuera por nosotros, estaría acabado.

Y Luis replicaba:

—No saben cantar, si no fuera por mí, seguirían siendo unos muertos de hambre.

La gloria solo alcanzaba a Luis, pues el público creía que las canciones eran suyas, inspiradas por sus propias vivencias. Había un convenio tácito para que nadie desmintiera esta versión, y como los autores cobraban sus buenos *royalties*, cerraban la boca, aunque la envidia y la sensación de injusticia iban por dentro y alimentaban ese odio larvado que sentían los unos por los otros.

*Por el amor de una mujer  
he dado todo cuanto fui  
lo más hermoso de mi vida...*

Desde navidad solo se habían visto el día en que Luis fue al hospital a hacerse la preceptiva foto con el recién nacido. Y ahora había sido Muriel la que se había

empeñado en venir a Sant Feliu. Tía Daisy la había animado:

—Mujer, no puedes estar tan ajena a su mundo.

Su madre desde Manila la empujaba también:

—Hija, las tentaciones son muchas y los hombres son débiles.

Pero Luis le ponía constantes excusas:

—Estoy muy ocupado, tengo que cerrar el Festival de Benidorm e ir a Benicassim a grabar un programa con Lazarov. En Sant Feliu no hay condiciones para alojarte; piensa que yo y todo el equipo estamos en un chalet que nos han dejado en lo alto de una montaña, en el quinto pino.

Pero ella se había plantado y había dicho que no le importaba la dureza de la vida del artista ni dormir en malas condiciones, como ya le había demostrado varias veces, o si no, que fueran a un hotel.

A regañadientes al final Luis había cogido una habitación en La Gavina. La esperaba en el vestíbulo y la había besado nervioso y disperso como siempre:

—¿Cómo estás, pequeña?, qué... qué —también siempre, al principio, tartamudeaba un poco—, qué guapa te has puesto, te sienta bien esto de tener hijos. Ahora sube a la habitación.

Ante la sonrisa profesional que exhibía, Muriel tenía ganas de chasquear los dedos delante de él para espetarle:

—Eh, Luis, Luis, que soy yo, tu mujer.

Pero lo que le dijo fue:

—Cariño, yo quiero conocer a tu equipo, me gustaría ver la casa donde vives.

Él se llevó las manos a la cabeza y se negó en redondo con una violencia que le asombró:

—No, ¿qué coño vas a hacer allí? Es un antro para hombres solos, está sucio, ¡no va a entrar mi mujer allí a tocar los cojones y alternar con esos cafres!

Se contuvo y con gran esfuerzo volvió a su tono superficial sin mirarla a los ojos:

—Sube a la habitación, descansa y después del concierto ya me reuniré contigo. Mira, diré que nos lleven una botella de *champagne*, ¿qué te parece?

Pero Muriel adujo que no estaba cansada, había venido en avión desde Málaga a Barcelona y después en taxi los cien kilómetros que la separaban de Sant Feliu y no tenía ni que cambiarse.

—Además, estoy harta de esperarte en los hoteles.

A Luis se le puso una arruga en el entrecejo:

—Pues a Las Vegas no puedes ir, ya sabes que no me gusta que me veas actuar, no estaré tranquilo pensando que todos esos mamelucos intentan ligar contigo, que en la noche hay mucho golfo suelto.

Pero Muriel no pensaba ceder y ahí mismo, en el *hall*, tuvo su primer conato de rebeldía:

—Pero, Luis, vengo aquí para estar contigo, no para quedarme encerrada en el hotel. —Pasó al tono quejumbroso—. Estamos casados, no te veo nunca...

Él le gritó con nerviosismo:

—Y qué quieres, soy artista y no registrador de la propiedad, bastante hago con cantar y con intentar meterme en el bolsillo a esa gente. —Pero temió que gritar le afectara la voz y concedió—: Haz lo que quieras, haz lo que te dé la gana.

Ella se le acercó y lo probó con su tono más persuasivo:

—Mi amor, lo que me da la gana es ir a verte. No vas a creer que no me interesa tu carrera, ¿verdad?

Luis masculló:

—¡Qué cojones te va a interesar mi carrera, a ti qué coño te va a interesar!

Aunque lo había oído perfectamente, ella le pidió que hablara más alto y Luis transigió resignadamente:

—Bueno, vale, pues vístete, sin provocar, eh, no te pongas minifalda. Te vendrán a buscar dentro de una hora, que yo tengo que montar el equipo y hacer la prueba de sonido.

Muriel asintió, apaciguada y sonriente de nuevo, aunque no entendía muy bien qué pruebas tenía que hacer cuando llevaban actuando toda la semana.

Mientras se arreglaba imaginaba que Luis estaría aún en el camerino preparándose para salir, sabía que en esos momentos se centraba en sí mismo, probaba la voz, hacía gorgoritos, se recluía en un rincón sin querer ver a nadie, si acaso tomaba una copa para tranquilizarse porque le acometían sudores fríos y debía luchar contra la tentación de dejarlo todo y largarse corriendo.

Sí, incluso en una plaza modesta como esta. ¡Ay, esa carrera internacional que se hacía esperar tanto!

Le vino a buscar un chofer que iba con las ventanillas abiertas y fumando y que no le dirigió la palabra durante todo el trayecto a la discoteca, a diez minutos del hotel.

El camarero la miró y le preguntó mientras pasaba un trapo frente a ella:

—¿Qué va a tomar?

Se sorprendió, porque lo normal era que supieran que era la señora Campos y la trataran con deferencia. Le pareció advertir cierta hostilidad en el hombre y aclaró tímidamente:

—Soy la mujer de Luis Campos.

Dejando patente su desgana, volvió a preguntar:

—¿Qué quiere?

—Un... cubalibre.

No le gustaba el alcohol pero por la noche no sabía qué pedir.

Estaba en el extremo de la barra. Una mujer mayor baja y gorda llegó tambaleándose como un barco enorme hasta ella y se puso a su lado, mirándola sin disimulo. Arriba y abajo. Muriel se sintió molesta y se arregló el pelo, se subió los

tirantes, miró al camarero como pidiéndole apoyo, pero el hombre, con grosería, fingió no verla.

La mujer lucía un ligero bigote en su rostro oscuro, era muy fornida y tenía las manos grandes y llenas de callosidades, como una trabajadora del campo. Le tocó la espalda y se acercó tanto que percibió su olor a ajo:

—*Você é a noiva de Lois Campos?*

Muriel se apartó con repugnancia y preguntó a su vez:

—¿Cómo dice?

El camarero, que ahora se había puesto a secar vasos delante de ella, la observó con insolencia y tradujo:

—Es portuguesa, es la madre de una de las bailarinas... —le escrutó el rostro con malevolencia—, la Portuguesa, ¿la conoce?

—No, no, claro que no. ¿Y qué me pregunta?

La mujer continuaba observándola con fijeza:

—Que si es usted la novia de Luis Campos.

Molesta, Muriel respondió:

—¿La novia? No, no —intentó reír con suficiencia—. Estamos casados, tenemos tres hijos.

La mujer la miró a ella y al camarero, conminándole a que la tradujera. Él señaló a Muriel con el trapo sucio y le dijo:

—*Ela é a esposa, eles têm três filhos.*

La portuguesa emitió un grito inarticulado que los sobresaltó. Muriel se echó atrás y se llevó la mano al pecho sintiendo un inmenso malestar, pero la mujer escupió en el suelo, a sus pies, estuvo a punto de salpicarle las sandalias y se fue rápidamente hacia dentro mientras el camarero la miraba con sorna encogiéndose de hombros.

Muriel no sabía qué hacer ni qué había pasado, miró con angustia a su alrededor para pedir ayuda. En ese momento empezó a salir gente de la sala de espectáculos, la empujaban, se había acabado el recital de Luis y él también salió con el rostro deformado de puro cansancio, rodeado de chicas con sus libretas en alto para que firmara autógrafos.

—Luis, Luis.

Gritaban y algunas agitaban banderitas porque era el día nacional de Francia y vociferaban con voces alcohólicas:

—*Vive la France, vive Luis.*

Una intentó besarle en la boca y Luis la apartó maquinalmente. Los hombres pasaban, le daban palmadas en el hombro y levantaban el dedo pulgar, los técnicos empezaron a salir cargados con cables y aparatos. Luis le dirigió una mirada a través de toda la gente y le hizo un gesto para que saliera a la calle que ella fingió no ver. De pronto aparecieron unas muchachas vestidas de flamencas, eran las bailarinas que actuaban antes que Luis, una de ellas le propinó un beso amistoso en la mejilla, otras le daban abrazos blandos, propios de camaradas, alguien sacó una cámara de fotos y

brilló el *flash*. Las chicas se abanicaban, pidieron copas, fumaban, se reían y la miraban a ella también.

De pronto una pequeña figura se abrió paso entre todos. Una chica muy joven, bajita, con una bata oscura cruzada sobre el pecho y un cigarrillo entre los dedos. Con una melena leonada, ojos rasgados casi mongoles, muy profundos, como piedras ardientes, rodeados de ojeras violáceas que impresionaban. Se oyeron voces en sordina:

—*Portuguesa, portuguesa...*

Luis estaba de espaldas sin prestar atención hablando confidencialmente con el dueño del local. Fue como si se pararan todos los relojes. Cimbreado con chulería, la chica fue acercándose a Muriel; la seguía la mujer mayor que la conducía por el codo. Ahora era patente el parecido entre ambas, pero la hija era guapa de una manera fatal y trágica.

Se colocó frente a Muriel, bien asentada sobre sus piernas gruesas, los pies separados, y le echó una larga espiral de humo. Muriel retrocedió y ella avanzó un paso en medio de un silencio sepulcral. Otro paso de Muriel, otro paso de la chica. Entonces Luis levantó la vista, pasó rozando a la muchacha, que se tambaleó, y se lanzó hacia Muriel y, cogiéndola del brazo, le gritó:

—Vámonos.

Muriel se resistió. Quería saber qué pretendía decirle la portuguesa, quería saber quién era, qué quería, sentía una zozobra febril y dolorosa, pero Luis le silabeó furiosamente en el oído:

—¿Quieres moverte de una puta vez?

Temerosa, no tuvo más remedio que irse con su marido, que la llevaba fuertemente cogida por el hombro, pero se iba dando la vuelta y la veía ahí, inmóvil, con sus grandes ojos amenazadores. La vieja de pronto se puso a correr, los adelantó hasta que llegó a la puerta, y a su paso levantó el puño:

—*Que o diabo te carregue! Que ardas no inferno para todo o sempre, filho da puta! E ela também!*

Muriel empezó a caminar, la carretera era muy estrecha y pasaban los coches a toda velocidad, el viento traía el lamento de la sirena de un barco y el perfume del mar. Luis iba detrás de ella agarrándole el brazo, le dolía:

—Te dije que no vinieras, que me esperaras en el hotel.

Ella protestaba:

—Pero qué pasa, quién es.

—Quién es quién, ¡yo qué sé!

Se puso a llover pero a pesar de eso Muriel se detuvo dándose cuenta con diáfana claridad de que su marido le estaba mintiendo. Tenía la garganta tan constreñida que tuvo que tragar para poder hablar. Sintió un desamparo enorme y lo agarró del brazo para que la escuchara:

—Tú tienes algo con esa chica, ¿te crees que no me doy cuenta, te crees que soy

burra?

—No sé a quién te refieres, no montes el número, por favor.

La cogió con ademán conminatorio. Ella se desasíó y tropezando con los adoquines, hundiéndose en la arena de la playa, se descalzó y con las sandalias en la mano empezó a avanzar a ciegas. Con el rostro herido por los mil alfileres de la fría lluvia se iba diciendo es como todos, es como todos. Quería enfadarse pero no podía evitar que la sensación de pérdida fuera mayor que la de la ira.

Llegaron al hotel, el asfalto parecía una laguna negra en la que temblaba de pavor la farola de la entrada. Muriel subió a la habitación tan pálida como si le hubieran extraído la sangre. Luis proseguía incansable, como una letanía:

—Pero tú crees que yo voy a tener algo con una cría como esa; además es fea, ¡si tiene bigote! ¡Se acostaba con todo Dios! ¡Con el técnico de luces, con los camareros!

Con amargura, Muriel le indicó:

—Hace un momento decías que no sabías quién era.

—Mujer, me he acordado ahora, yo qué sé.

Ella le dijo:

—Sí sabes, sí sabes, tú estás con ella.

—Pero, bonita, cómo voy a estar con ella teniéndote a ti, eres la mujer de mi vida; mira, no dejo de hablar de ti. ¿Quieres que llamemos y le preguntamos a Pedro lo que le decía ayer? Yo no hablo, lo llamas tú y preguntale qué te decía Luis.

Le tendía el teléfono con ademán insistente. Ella hizo un gesto con la mano de punto final y optó por no contestar; se puso boca abajo en la cama con la cabeza entre los brazos. Él se inclinó sobre ella para susurrarle al oído:

—Lámalo. Te dirá que le estuve llorando como un marica hablándole de ti, joder, si se ríen de mí todos porque solo me apetece estar contigo... —Ante su silencio, cambiaba de táctica y no tenía empacho en denigrarlos a todos—. Ellos sí que tienen líos, esos cabrones, se acuestan con todas, pero yo me vengo a la habitación a componer.

Muriel estuvo a punto de levantar la cabeza para mirarlo con asombro, ¿componer?

Pero Luis continuaba, impertérrito, mientras le acariciaba el pelo:

—Si no sintiera este amor tan grande por ti, ¿cómo podría hacer canciones con tanta añoranza y tanta emoción? Joder, no soy una máquina, me inspiro en nosotros.

Muriel se quedó sin palabras y se dio cuenta de que Luis, en ese momento, pensaba que era sincero. En realidad era como un niño creyéndose sus propias mentiras. Suspiró con desaliento.

No dejó de hablar en toda la noche hasta que se quedó afónico, él, que cuidaba su voz hasta extremos ridículos, siempre abrigado con bufandas de cachemira, con infusiones de miel, pastillas que le traían de Suiza, perlas de clorato potásico, vahos de eucaliptus, gárgaras de limón y jengibre; él se estaba destrozando su pobre instrumento para convencerla.

Porque su tono se iba apagando más y más hasta quedarle solo un tenue y angustioso hilo de voz mientras le suplicaba:

—Contéstame, por favor, no te quedes así sin decirme nada; prefiero que me insultes, que me pegues, ¡grítame! —Sollozaba—. Dime algo, por favor.

Cuando la luz sucia del amanecer empezó a entrar por las ventanas abiertas, Muriel se tuvo que levantar tiritando para correr las cortinas porque hacía frío. Cuando regresó a la cama, Luis la atrapó y le hizo el amor de una forma tan brutal y desesperada que la dejó exhausta, con los muslos doloridos, los pechos aplastados y el sexo en llamas.

Cuando acabaron, él se puso a llorar contra su pecho:

—Cómo voy a arriesgar todo esto que tengo, a ti, a mis hijos... Os necesito tanto, ¡me moriré! Necesito tu amor más que nada, que me quieras. —De pronto se irguió y le escrutó el rostro—. Mírame, quiero ver que me quieres aún, aunque ahora estés enfadada, mírame.

Ella se debatía queriendo hurtarle los ojos y soltarse, pero él la obligaba a levantar la cabeza cogiéndola por la barbilla:

—Ah, veo que me amas aún; esto nuestro es muy fuerte, pequeña..., muy fuerte.

Los llamaron de recepción, las seis de la mañana, ya se tenían que levantar, esa noche debía actuar en el Festival de Benidorm como fin de fiesta junto a Karina y Mecedades. Muriel dormitaba en el Dodge Dart aprisionada entre Luis y la ventanilla y oía el monótono runrún de las conversaciones. Su marido preguntaba:

—¿Y cuánto cobran estos cabrones?

—Karina, 250.000 pesetas, como Serrat. Mecedades, como Camilo Sesto, 175.000.

Era lo mismo que cobraba él. Preguntó suspicaz:

—¿Y Manolo Escobar?

—Hombre, este año está en lo más alto, 350.000 pesetas.

—¿Y Raphael?

—275.000.

Malhumorado, se puso a mirar por la ventanilla la costa tarraconense llena de chimeneas de fábrica y matorrales; de vez en cuando, a velocidad endemoniada, se veían trozos de mar color esmeralda; tamborileó con los dedos el respaldo del asiento de delante. O sea, que estaba en la banda baja todavía, mierda, cuándo iba a subir de una puta vez. Y Muriel se asombraba de que aquel hombre destrozado, que quería morir si no la tenía, ya se hubiera olvidado de ella.

De pronto añoró estar con sus hijos, ¡el olor a limpio de los niños! El olor a leche, a polvos de talco, a sol de verano y a colonia. Ella quería que su existencia fuera limpia también, sin complicaciones morbosas; le gustaba su rutina de madre, su horario regulado. La vida bohemia de artista no iba con ella por mucho esfuerzo que intentara ponerle.

Llegaron a la plaza de toros de Benidorm donde se celebraba el festival. El coche

de los técnicos iba detrás, y las furgonetas con el equipo. Nadie le prestaba atención, había un problema con el sonido. Luis, vestido de *sport*, con zapatillas de playa y camiseta blanca, protestó y dijo que la humedad lo jodía todo, empezando por su garganta.

Pidió una botella de agua, pidió un pañuelo para el cuello. Cuando nada dio resultado, se retiró a su camerino, probablemente a que le pusieran una inyección de cortisona. Salió de nuevo con su voz normal. Karina se acercó a abrazarlo y estuvieron mucho rato cuchicheando; Luis reía de forma estentórea.

Ella estaba sentada en un asiento detrás de la barrera, sola en medio del inmenso coso, tan amenazador; por un instante le pareció oír los berridos del público, los gemidos agónicos del toro debatiéndose por su vida. ¿O era ella la que gemía? Estaba incómoda, se sentía fuera de lugar. ¿Quién eres, Muriel? ¿La mujer que está en casa esperando el regreso del guerrero? ¿Penélope?

¿Es eso lo que quieres?

¡El mundo de Luis estará siempre lleno de *portuguesiñas*!

Sintió en el alma una profunda desilusión.

Un ayudante le trajo un pringoso bocadillo de anchoas que le dio una sed horrorosa. El plástico de la silla hacía que el pantalón se le pegara a los muslos, sentía la piel ajada por el agotamiento, el cemento del suelo desprendía vahos de calor, el ruedo estaba sucio de arena y olía a retrete, los empleados llegaban e iban tomando posesión del inmenso recinto. Muriel miró la hora, ¿qué estarían haciendo los niños? Quizás Márely había hecho alguna trastada, pero la Señora era una mujer dura y no se lo permitiría, pero ahora le gustaría abrazar a la niña y hacerle mimos y dejarle ser todo lo traviesa que quisiera. ¡A ver si esa mujer iba a ser demasiado severa! ¡No quería que nadie riñera a sus hijos!

Solo la tenían a ella. Se anegó de un cariño tan intenso que le dolía. Venid, animalillos, os voy a cuidar y proteger toda la vida, no tengáis miedo.

Márely y Luis ya habrían subido de la piscina, estarían recién duchados, con sus pijamas de verano esperando la cena. Quico ya debería dormir, boca arriba, con las manitas aferrando la colcha.

Se levantó y le dijo a Fernando:

—¿Tú crees que alguien me puede llevar a Guadalmar?

Abad hizo una seña a uno de los conductores y le dio instrucciones. Muriel le hizo un gesto a su marido, que no reparó en ella, y cuando salió pudo ver las inmensas colas que ya se habían formado frente a las taquillas.

Llegó al chalet de madrugada, una ligera y fresca brisa anunciaba la aurora, su hermana estaba escuchando discos en el porche y fumando un cigarrillo. Cuando vio a Muriel, hizo ademán de tirarlo, pero ella se lo cogió y le dio una chupada:

—Cris, mañana nos vamos a Marbella a quemar las tiendas.



En Puerto Banús todavía no se habían instalado marcas de relumbrón, pero arrasaron en los tenderetes que lucían la ropa colgada en perchas en la calle. Muriel se probaba en un rincón de la tienda, frente a un espejo pequeño, se encontraba gorda, las piernas y los brazos no tenían todavía la esbeltez habitual y su rostro estaba demasiado redondeado; ese invierno tenía que volver a hacer deporte. La dependienta, a pesar de todo, la contemplaba con admiración:

—Todo te queda bien. ¡Tienes un escote tan bonito!

Sonrió, sí, eso lo sabía, lástima que Luis fuera tan celoso, si no le gustaría ir siempre medio enseñando el pecho. En Estados Unidos hacían unos sujetadores especiales que te aumentaban dos tallas, se los tenía que pedir a tía Daisy.

Sofocadas por el calor asfixiante, con el billetero casi vacío porque esos trapos eran tan caros como los de Daphnis, se dirigieron a una terraza y salió a saludarlas Menchu, la propietaria, una señora de buena familia que se había dedicado a la vida bohemia y había montado con un novio joven y un poco de cañizo, cuatro postes de madera y unos asientos bastante incómodos, el chiringuito más concurrido del puerto.

—Niño, acerca ahí un puf, y cambia los ceniceros, a ver esa ginebra que llevas, y pon unas patatas fritas, hombre. —Con un cigarrillo en una mano y un *whisky* en la otra, daba conversación sin dejar de atender el más mínimo detalle de la marcha del negocio—. Eres la mujer de Luis Campos. ¿Sabes que lo conozco mucho? Vino a inaugurar esto hace unos años.

Con un gesto amplio de su cigarrillo enseñó el puerto como si fuera su finca:

—Qué hombre tan encantador, se las llevaba de calle —perspicaz como era, enseguida se dio cuenta de que el comentario no le había hecho ninguna gracia a Muriel y rectificó—. Pero él, ahí, solo, pensando en ti. ¡No he visto nunca un hombre más enamorado!

Muriel intentó argüir que difícilmente podía estar enamorado, ya que entonces no se conocían, pero Menchu ya había pasado a otro tema:

—Además soy muy amiga de Carmen Cádiz y de Cary Lapique.

Cuando vio que iban cargadas de bolsas, les dijo arracimando los dedos frente a la boca:

—Os voy a preparar un combinado que os va a dejar como nuevas, venga, sentaos.

Muriel pidió:

—Pero sin alcohol.

Nunca supieron si las bebidas que tomaron tenían alcohol o no, pero al cabo de un rato Muriel estaba tan a gusto que se hubiera quedado a vivir allí toda la vida. Y le contó a aquella mujer a la que no conocía su primer viaje con Luis a México, los autobuses con gallinas, las fondas con chinches, y su hermana, que no tenía ni idea de en qué condiciones habían viajado y estaba pasmada por su locuacidad, se reía a

carcajadas.

Menchu reía también con ásperos graznidos, pero de pronto se calló y señaló con disimulo la mesa vecina:

—Mirad, esos son el guionista Peter Viertel y su mujer, Deborah Kerr, ¿queréis que os los presente?

Muriel dijo remilgadamente que no, claro, qué papelón, pero su hermana juntó las manos en ademán suplicante, Deborah Kerr era su actriz favorita. A los cinco minutos habían unido las mesas y Cris intentó comentarle a la actriz lo que le había gustado su película:

—*The night of iguana. Marvelous!*

Deborah se puso de perfil como si Cris no existiese y Peter se apresuró a explicar que se les hacía difícil comprar una casa porque cuando los reconocían el precio se doblaba.

Comentaba con resignación:

—Son los inconvenientes de estar casado con una actriz famosa. —Su mujer seguía sin darse por aludida, fumaba y bebía incesantemente, llevaba gafas oscuras de forma achinada aunque ya era casi de noche, y un pañuelo ciñéndole con fuerza la cabeza con las puntas rodeándole el cuello—. ¡Es muy incómodo!

Muriel no dijo palabra, aunque Menchu protestó:

—Pero si esta chica tan guapa está casada con un cantante famosísimo, Luis Campos.

Peter levantó su copa y le dijo con galantería:

—Yo no sé quién es su marido, pero cuando usted ha llegado aquí me he dado cuenta de que desprende luz, es usted alguien muy especial. Podría ser actriz si quisiera, me recuerda a Tarita, que estuvo casada con Brando, ¡si Marlon la conociera! Tienen que venir a visitarnos a nuestra casa de Los Ángeles.

Muriel se echó a reír pensando en lo que diría Luis de esta absurda proposición, hasta que se le ocurrió mirar su reloj de reojo y pegó un respingo:

—Oh, son más de las diez, nos tenemos que ir.

Menchu se opuso:

—Si ahora empieza lo bueno, os saco unas puñetitas para picar.

Pero Muriel ya estaba cogiendo las bolsas y se despedía de Peter y Deborah, aunque Menchu aún la retuvo un momento:

—Espera, ¿sabes que mañana llegan los duques de Cádiz a la casa de los padres, en los Monteros? Me han pedido que organice una cenita en Antonio, y antes tomaremos el aperitivo aquí, en plan informal. ¿Por qué no te apuntas?

Muriel dudó:

—Sí, no, los niños... Luis... No sé.

La hermana la empujó:

—Va, Muriel, no seas tonta, no sales nunca, te divertirás.

Menchu le dijo a Cris con su voz de sereno:

—Veniros las dos, lo pasaréis bien.

—Bueno, ya veré.

Cuando ya estaban lejos, salió el camarero tras ellas agitando un papel:

—La nota, la nota.

Apuradísima, Muriel pagó, la cuenta era tan elevada que estuvo a punto de preguntar si habían roto algo, y pudo ver que Menchu se había sentado con Antonio Arribas, el *playboy* por antonomasia de la Costa del Sol, y adivinó por su gesto cauteloso que estaban hablando de ella.

Al día siguiente sentía una rara desazón, una sensación emocionante, de vigilia; se sorprendió a sí misma cantando mientras se arreglaba. Salió de su habitación varias veces para dar instrucciones innecesarias:

—Nuky, cuidado con Márely, no soporta la luz en la habitación, y que Luis no se destape, que por las noches hace frío. Elvira, a Quico no lo deje con el chupete puesto, que se puede dar la vuelta y no se vaya a ahogar.

Elvira contestaba con altanería:

—Señora, váyase tranquila, que todo eso ya lo sé.

Entró en los cuartos de sus hijos a darles las buenas noches sintiéndose tremendamente culpable. Márely la cogió por la punta de la blusa y le dijo entre sueños:

—Qué bien hueles, mami.

Entonces se decía, ¿pero estoy loca? ¿Cómo voy a ir con esa gente? ¿De noche, a qué? Y entraba en el cuarto de su hermana, que estaba arreglándose:

—Mira, vete tú. —Ante el mohín de Cris añadía—: Que te lleve un taxi. De verdad.

La hermana protestaba:

—Pero si no pasa nada, volveremos pronto, va, que me hace mucha ilusión.

Al final transigía:

—Lo hago por ti, solo por ti, porque yo ganas no tengo ningunas.

Se puso un pantalón vaquero muy ancho con una tira muy fina de cuero de Hermés con un estribo plateado en la cintura, zuecos de madera y una blusa de seda blanca, todo con cierto aire zíngaro. Hasta Cris, acostumbrada a verla con ropa de casa, le dijo:

—Qué guapa estás.

Se lo dijeron también los ojos de los hombres. Menchu había conformado un grupo variopinto: el torero Luis Miguel Dominguín estaba con su novia Pilia Bravo, una chilena muy bronceada, había otra chica joven llamada Ana García Obregón que al parecer estudiaba en la universidad y era hija de un constructor, los duques de Sevilla, el primo del príncipe de España y ella una condesa alemana muy excéntrica, Beatrice, y Ramiro Carbó, marqués de Cuadras, soltero y «el don Juan de los aristócratas», como lo llamaban las revistas. Él y su hermano Felipe Carbó, marqués de Ribas, se habían convertido en los acompañantes de toda extranjera notable que

pasara por nuestro país, desde la exemperatriz Soraya hasta Ava Gardner, por un único motivo: eran los únicos españoles en edad de merecer que hablaban idiomas.

Muriel se sobresaltó cuando vio que también estaba Antonio Arribas, le pareció que le habían preparado una encerrona. Era el único que no lucía reloj de marca, ni mocasines, iba con alpargatas y un pantalón anudado a la cintura con un pañuelo indio al modo ibicenco, y hacía reír a las señoras contándoles sus aventuras con su grupo de amigos, a los que llamaban Los Choris. Intentó besarla, ella apartó la cara y la barba de él se enredó con la melena de ella.

Muriel esbozó una risa tan breve y seca como un ladrido.

Asombrosamente, ella, que era tan impuntual, no fue la última en llegar. Carmencita y Alfonso aparecieron de la nada y la atmósfera se llenó de electricidad, como si hubieran encendido varias bombillas a la vez, porque ella llegaba alegre, chispeante, saludando con dos besos a todos, desde los camareros a la gitana que vendía biznaga por las mesas. Y además era la nieta de Franco, la primera familia de España; todas las navidades los curas la comparaban con la «familia de Nazareth», obviando el hecho de que, mientras los marqueses de Villaverde tenían siete vástagos, el niño Jesús era hijo único.

Alfonso de Borbón, duque de Cádiz, serio como un obispo, tendía su mano flácida con los ojos entrecerrados. Muriel dudó si levantarse y hacerle la preceptiva reverencia, pero como vio que Menchu se limitaba a dedicarle un gesto con la cabeza y Ana solo agitaba la punta de los dedos, no se movió de la silla, lo que obligó a Alfonso a agacharse para saludarla.

Se vengó. Levantó una ceja con aire taimado y miró a su alrededor:

—Caramba, ¿de juerga y sin tu marido? —Intentó bromear, pero le salió tono de enterrador—. Ay, estas casadas modernas.

Pero ya Carmen la cogía, le daba besos sonoros, le decía qué guapa estás, dónde vives, y cuando Muriel le contestó:

—En Guadalmar.

Alfonso intervino con su voz femenina y su ligero acento francés:

—¿Esa urbanización que está al lado del aeropuerto?

Vertiendo en la frase tanto veneno almibarado que Muriel estuvo a punto de tirarle la mesa por encima, ella, que no era nada violenta.

Carmencita la miró poniendo los ojos en blanco.

El príncipe exhibía su habitual expresión enfurruñada como preguntándose qué hacía en este mundo tan vulgar y con esta tropa de gente, aunque, claro, había dos grandes de España y Dominguín era muy amigo de Franco, o sea que tampoco era el caso de pasarse de estrecho. Un Dominguín que no le prestó atención, pero sí abrazó muy cariñosamente a Carmencita mientras le preguntaba por su madre:

—Bien, con el abu en Meirás.

Todos se pusieron en posición de firmes por dentro, pero con las bebidas la conversación se distendió. Dominguín señaló a Muriel con su boquilla y le dijo:

—Te vi en la boda de esta, estabas muy guapa, ¡y ahora aún más!

Muriel se rio con timidez y Carmencita soltó:

—Calla, Miguel, que Luis es un auténtico abencerraje —y se dirigió a su amiga

—. ¿Sabes que Miguel podría haber sido mi padre? ¡Fue novio de mamá!

Alfonso barbotó:

—Carmen, por favor, cómo se te ocurre. ¡Dices lo primero que se te pasa por la cabeza!

Pero Domingué le quitó hierro a la situación:

—Qué más hubiera querido que tu madre me hiciera caso; yo era amigo de Cristóbal Villaverde y él me llevaba a El Pardo para que le apoyara.

Apoyara y algo más. En aquella España maledicente en la que no había secretos, se rumoreaba que el primer hombre de Nenuca no había sido el marqués, su futuro marido, sino el irresistible Domingué.

De repente, Ramiro Carbó exclamó:

—¡Anda, si está ahí mi hermano!

En efecto, en la mesa de al lado estaban el marqués de Ribas, Felipe Carbó en la vida civil, con una mujer bastante fea vestida de negro. Cuando su hermano lo llamó, se levantó a saludar, los conocía a todos menos a Muriel. Se la presentaron, cogió su mano y se la besó mirándola a los ojos. Muriel sintió que el corazón le palpitaba tan alborotado como si quisiera salirse del pecho. Se oyó una voz estridente:

—Feliipeeee.

Se disculpó y regresó a su mesa. Ramiro lo acompañó para saludar a su amiga. Después les explicó que era Cristina Onassis, que acababa de perder a su padre y había venido a buscar consuelo.

Ana García comentó:

—Se nota que está enamoradísima de tu hermano, los vi juntos en la Feria de Sevilla.

Muriel tuvo un ligero y absurdo ataque de celos sin saber por qué y preguntó:

—¿Está soltero?

Fue la mujer de Paco de Borbón la que contestó:

—Estaba casado con Jacqueline Renaud.

Alfonso precisó:

—Lo sigue estando. Te recuerdo que aquí, gracias a Dios, no existe el divorcio.

Beatrice replicó, contenta por poder darle una lección a ese engreído:

—Perdona, están anulados por la Sacra Rota.

Ramiro se rio y cortó la conversación:

—Mira que sois cotillas las mujeres.

No quería que nadie sacara a colación que a su hermano lo había abandonado la mujer, dejándolo con dos hijos, para irse a vivir amancebada. Primero con Enrique Varela y después con el empresario Ramón Mendoza.

Muriel observó a la pareja de la mesa vecina con curiosidad. Felipe era muy

elegante y escuchaba atentamente la charla de la millonaria, pero cuando ella bebía o encendía un cigarrillo le pareció que se aburría. Sus miradas se cruzaron, respiró hondo, sintió la embriaguez de la sangre, cogió con nerviosismo su bolso y empezó a rebuscar un pañuelo imaginario; cuando alzó la vista, la pareja ya se había ido y ella sintió una inexplicable punzada de decepción.

Mientras caminaban hacia el restaurante, situado en el mismo puerto, Antonio Arribas maniobró para ponerse a su lado pero Muriel temió que alguien les hiciera una foto y se apartó con brusquedad. Antonio se dio cuenta, la miró afable y consternado y se dedicó a Pilia Bravo y Ana García, que celebraban con grandes risas sus comentarios sobre la sensación de ser pobre en Marbella, «vas en barcos de putísima madre, comes caviar a cucharadas, te fumas unos Montecristos del 2 gordos como brazos de bebé y por la noche sigues con los bolsillos tan limpios como cuando has salido de casa».

También hubiera podido añadir «y te fumas hachís cero cero, esnifas la mejor cocaína y vas con las prostitutas de los jeques árabes», pero esta sinceridad no hubiera sido apreciada por concurrencia tan distinguida.

Carmencita la cogió por el brazo y le confesó:

—Alfons es un pelmazo, no quería venir a Marbella, dice que este ambiente es muy frívolo. ¡Todo el día estamos pegados el uno al otro, es una tortura!

Muriel dijo:

—Pues a mí me pasa lo contrario, no veo nunca a Luis.

Carmencita le dio un codazo:

—¡Pues suerte que tienes!

Muriel temía que Alfonso las oyera, pero estaba enfrascado en una conversación sobre títulos nobiliarios falsos con el duque de Sevilla y no les prestaba atención aunque era obvio que el tema al duque le importaba un pepino y que lo que quería era sumarse a la conversación de Antonio Arribas y las chicas jóvenes.

Al final de la cena se reunieron con ellos Jaime de Mora y su mujer Margrit, el propietario trajo sillas para ampliar el círculo y él también se sentó.

Muriel le secreteó a su hermana:

—Es el hermano de la reina Fabiola de Bélgica.

Cris preguntó si tenían que hacerle una reverencia, pero Ramiro Carbó se echó a reír:

—Es un golfo sin un duro, pero muy simpático.

Jaime les propuso ir al Kiss, donde se ganaba la vida tocando el piano, pero Carmencita dijo que prefería el tablao de Ana María. Jaime de Mora les preguntó a Muriel y su hermana:

—Pero vosotras, que sois filipinas, ¿bailáis flamenco?

Muriel respondió con rapidez:

—Yo, más que flamenco, bailo avestruz.

Y todos rieron mucho, más incluso que cuando Beatrice, la mujer de Paco de

Borbón, confesó con expresión compungida:

—Pues a mí, Paco siempre me dice que bailo como un general prusiano.

Cuando Muriel se dio cuenta de que eran los últimos del local, se horrorizó; encima ellas tenían casi cien kilómetros por delante. Su hermana estaba conversando animadamente con Ramiro Carbó y se la tuvo que llevar casi a rastras.

En el coche las dos fueron calladas. Cris pensaba en ese hombre maduro y cosmopolita que le había parecido muy atractivo y que le había pedido el teléfono, y Muriel se decía que lo había pasado muy bien.

Luis fue esa misma semana a Guadalmar para hacerse la habitual sesión de fotos de verano. Muriel tenía colgada en perchas la ropa que iban a ponerse, como si fueran actores. Los petos blancos con dibujos de caramelos estampados de los tres niños, el Lacoste amarillo de Luis con el pantalón *beige*, y el vaquero descolorido que se iba a poner ella, con una camisa azul de rayas y un chaleco muy ajustado de color blanco.

Luis le advirtió:

—No te desabroches los dos botones de arriba, mujer. —Después la miró con el ceño fruncido—. Cómo te aplasta el pecho eso que llevas, ¿no?

Ella murmuró una respuesta inaudible.

Se puso al cuello el brillante que le había traído de Puerto Rico, que había engarzado en una fina cadena de oro.

Ambos cumplieron con sus papeles. Cuando Luis ya estaba metiéndose en el coche, Muriel aprovechó para soltarle:

—El otro día fui a cenar a Puerto Banús con los duques de Cádiz y algunos amigos suyos... Quería que Cris se distrajera un poco.

Él levantó la cabeza e inquirió con adustez:

—¿Quiénes?

Fingiéndolo indiferencia, Muriel contestó:

—Los duques de Sevilla, que son primos de Juan Carlos, no sé, gente así, no me acuerdo de los nombres.

Luis enrojeció de rabia pero no se atrevió a protestar, aunque todo el viaje hasta Murcia fue maldiciendo por lo bajo.

Carmencita la llamó enseguida diciéndole que había dado el golpe, que la habían encontrado monísima y simpatiquísima y no entendían cómo hacía una vida tan retraída:

—Estás exagerando, mujer, pareces una monja de clausura. Te aseguro que cuando Alfons empiece a viajar por ese nuevo trabajo en el Instituto... colegio... hispánico o no sé qué, bueno, esa cosa que le ha dado el abu por caridad, yo no me pienso quedar en casa.

Le propuso otra cena pero Muriel dio largas y al final dijo que no a pesar de la insistencia de su hermana para que aceptara.

Le temía a sus sentimientos. Haber visto a otras personas, gustar a los hombres, le produjo primero fascinación, pero después le invadió un profundo desasosiego. Se

decía ese no es mi mundo, soy una señora casada. Recordaba con cierto desagrado esas parejas contra natura, Domingúin, un hombre maduro y con tres hijos, con una muchacha, ¡y antes había estado liado con su propia sobrina! Menchu paseando un novio treinta años más joven, Antonio Arribas y sus ojos de depredador. Se preguntaba qué pintaba entre ellos. Sí, estaba casada con un artista, pero pretendía una vida normal, no quería ser una eterna insatisfecha como Carmencita.

Pero tampoco quería ser una desgraciada como su suegra, resignada a una vida al margen de la vida.

Luis la llamaba todas las noches, le contaba lo que había hecho y ella permanecía en silencio.

Muriel misma no comprendía cuál era su estado de ánimo. Se sentía triste o decepcionada. O quizás las dos cosas a la vez.

Un día le interrumpió en medio de una frase y le espetó:

—Luis, yo no quería casarme, ¿te acuerdas? ¡Tú me obligaste!

Silencio. Con voz muy débil, él le preguntó:

—Pero ¿te arrepientes? ¿Es que te arrepientes?

No supo qué contestar, su interior era un campo de batalla asolado por la incertidumbre; él sintió que ella dudaba y osó preguntarle:

—¿Puedo ir?

Ella respondió con reticencia:

—No me pidas permiso, esta es tu casa.

—Pero ¿tú quieres que vaya?

Muriel, que tenía también el calendario de sus actuaciones, se extrañó:

—Pero ¿no tienes un bolo en Mérida?

—Por ti lo envío todo al carajo... Di, ¿quieres que vaya?

Le conmovió su tono desgarrado, pero aun así le contestó concisamente:

—Haz lo que quieras.

Él se presentó, y Márely se tiró encima de su *daddy* como una tromba, se agarró a sus piernas, puso sus pies encima de los de él y lo hizo caminar. Muriel le tuvo que dar un pequeño empujón a Luis porque seguía jugando con el perro como si no reconociese a su padre. Llevaba en brazos a Quico y se lo acercó para que lo besara. Luis lo miró, le empezó a latir una vena en la frente y levantó la mano con una especie de gesto desvalido, apartándose con brusquedad. Cerró los ojos:

—Cómo se parece a mí este niño.

Muriel se sorprendió porque no había advertido la semejanza, pero Luis le explicó con una rara turbación:

—Se parece a mí, pero no estoy hablando de los rasgos... Lo he sentido así, ha sido como si me mirara a mí mismo.

Después de comer se quedaron los dos solos en el porche, en la pared estallaba una buganvilla color fucsia. Hacía calor, se oía el canto de las cigarras y los gritos de los chiquillos en la playa. De vez en cuando, un avión pasaba por encima de ellos



dejando en el cielo límpido y sereno una estela blanca como huellas de neumáticos que se iban desvaneciendo poco a poco. Muriel jugueteaba con las migas de pan, Luis fumaba un cigarrillo mirándola intensamente, el humo azul se ensortijaba en el aire. Al final se inclinó hacia ella y le cogió la mano:

—Muriel, quíereme, por favor, he pensado hasta en quitarme la vida, te necesito.

Lo dijo con la voz rota y el acento tan emocionado que Muriel posó la mano en su cabeza y la dejó allí mucho rato.

Estuvieron tres días juntos. Los niños preguntaban:

—¿Papi está enfermo?

Al tercer día lo llamó Abad:

—Macho, los de Mérida nos reclaman 600.000 pesetas por incumplimiento de contrato, ¿qué te parece?

Luis se puso a reír y contestó:

—Pues una mierda, pero me es igual.

Era por la mañana, la casa ya estaba medio recogida porque Muriel y los niños se iban a Madrid y Luis a las fiestas de San Froilán en Lugo. Se demoraban en la cama, desnudos y perezosos. La cortina se movía lentamente y el sol era de color membrillo, casi otoñal.

Luis le miró el cuerpo y le señaló las marcas blancas del bikini, los dos triángulos descoloridos del pecho:

—Me gustan porque tapan una parte secreta de ti que es mía y solo mía. Si un día te las viera morenas también...

Dejó morir la frase. Al desgaire, como si no le importara, preguntó:

—¿Te gustó salir con esos? Di la verdad, lo entiendo —la alentó con la mirada—. Eres joven, quizás te sientes muy aislada.

Unos meses atrás ella hubiera contestado que sí, que lo había pasado bien, pero ahora ya sabía que era mejor negarlo. Claro que unos meses atrás ella tampoco hubiera ido.

—No me gustó nada, me sentía desplazada sin ti.

—¿Bailaste?

—No, por favor, era una cena. Cuando se fueron al tablao nos vinimos a casa.

Él le espetó con una mirada torva:

—Mejor así, no me gusta que salgas, no vaya a ser que digan que soy un cornudo y que estoy haciendo el lila por ahí mientras tú te diviertes, ya sabes cómo es este país.

Ella no supo qué contestar y se levantó para ir al cuarto de baño; él la cogió con fuerza de la muñeca:

—Preciosa, vamos a tener otro hijo —era una orden más que una proposición.

Muriel se estremeció, pero consiguió replicarle con serenidad:

—Nuestro hijo es ahora nuestro matrimonio, mi amor, y tenemos que cuidarlo y esperar a que se haga grande.

Luis se quedó pensando en un primer momento en cómo podía convertir eso en una canción, momento que aprovechó Muriel para meterse en la ducha.

En realidad, aparte de cogerlos para las fotos, limpios, perfumados y bien vestidos, apenas tenía contacto con sus hijos. Estos conocían mucho más a su abuelo, que solía ir todas las tardes a visitar a Muriel a su casa y la ponía al día sobre lo que estaba ocurriendo en El Pardo:

—No sé yo qué pasará, parece que el caudillo ha cogido un resfriado en un acto del Instituto de Cultura Hispánica organizado por el príncipe Alfonso, a ver si remonta.

Muriel había adivinado que el hombre hacía tiempo para irse al Fontoria, una sala de espectáculos donde tenía un gran predicamento.

A veces venía también su suegra, aunque no el mismo día. Se dejaba caer en el sofá y miraba a su alrededor inquisitivamente. Como le era muy difícil encontrar un pero a la organización doméstica, la emprendía con los nietos:

—Qué maleducada es Márely, este Luis solo ríe, tarda en hablar, ¿no? Quico, qué achinado es... Yo nunca tendría un perro dentro de casa. Los hijos de Conrad son listísimos y todos se parecen a él.

Un día llegó, levantó la nariz como un perro perdiguero, olfateó y adivinó:

—La señora no está.

La chica respondió vagamente que había salido con unas amigas. Quiso esperarla. Muriel llegó a las diez de la noche, cuando los niños ya estaban acostados.

Chelo le gritó desde la sala con satisfacción:

—Murielita, qué horas de llegar, estaba temiendo por ti.

Ella le contestó con amabilidad:

—Por qué, no entiendo, he ido a la Paz a hacerle compañía a Carmencita. Hoy operaban de nuevo al caudillo.

—Ah, bien —no pudo evitar la pregunta—. ¿Hasta tan tarde?

—Bueno, hemos ido a la cafetería a comer algo. Carmen no había probado bocado en todo el día.

La suegra la miró de arriba abajo:

—¿Y ya lo sabe Luis..., que haces estas excursiones?

—Claro.

Pero la suegra se dio cuenta de que no era verdad. Y añadió con sombría complacencia:

—Mi marido no me hubiera permitido nunca salir hasta estas horas, pero, hija, como Luis está tan loco por ti. Pero ya le advertiré yo que Madrid es un poblachón y estas cosas se comentan.

Se acariciaba los zorros que llevaba en el cuello con delectación. Muriel la miró exasperada. La despreciaba, le irritaba, pero al mismo tiempo sentía lástima por ella.

Había ido con su amiga a la cafetería del hospital, era cierto, porque Carmencita quería hablarle, una vez más, de su matrimonio:

—Alfons es inaguantable. En realidad el abu se puso enfermo por su culpa. Estuvo haciéndose la víctima como siempre para que fuera al acto ese... Dice que nadie le echa una mano, que todos le han vuelto la espalda y que para qué había venido de Suecia, y mi abuela tuvo que sacar al abu de la cama, aunque tenía fiebre; había cogido frío cuando presidió lo del primero de octubre. ¡Pobre abu! —Se sonaba y le decía con fiereza a Muriel—: ¡No se lo voy a perdonar nunca! ¡Mira, lo odio!

Su amiga había intentado consolarla:

—No puedes culparlo por la enfermedad del caudillo.

Y Carmen le confesó con desconsuelo:

—Estoy tan harta que todo lo que viene de él me parece abominable, y a él le pasa lo mismo, a veces lo sorprendo mirándome como si quisiera asesinarme. —Apuró su vino—. Dicen que cuando las cosas van mal en un matrimonio es cuando reverdece su vida sexual. ¡Pues puedo asegurarte que en mi caso no es cierto! Es un puro vegetar, ya no sé ni lo que se siente.

Salieron juntas del brazo para coger un taxi, ya que ambas eran vecinas, pero Carmen le comunicó:

—¿Sabes que papá nos ha regalado un terreno en Puerta de Hierro y vamos a hablar con mi primo Niky para que nos construya la casa? No me hace ninguna ilusión.

Mirando sin ver los grupos de periodistas que estaban apostados haciendo guardia en la puerta de la clínica frotándose las manos para entrar en calor, Carmen comentó:

—Cuando se muera el abu todo va a cambiar, creo que dejaré a Alfons.

En el ascensor, Carmen, que vivía un piso más abajo, la abrazó y le dijo:

—Pase lo que pase, nosotras no nos vamos a fallar nunca.

Cuando murió Franco, Luis estaba en Venezuela. Allí los periódicos celebraban la muerte con titulares como «se va el caimán..., se fue de verdad», y los exiliados brindaban con el *champagne* que tenían guardado desde hacía años en la nevera.

En las entrevistas que le hacían, Luis evitaba pronunciarse y decía que era apolítico. Unos periodistas que no conocían su situación personal publicaron una foto suya a toda página en la que indicaban que «el cantante español Luis Campos se deja ver con la aspirante a *miss* María Conchita Alonso». María Conchita posaba a su lado, arrimada a él, y el frío papel de periódico parecía arder por la forma en la que la despampanante muchacha de veinte años se le ofrecía con cada centímetro de su piel caribeña, bastante desnuda, por cierto.

Cuando esa noche llamó a su mujer desde la habitación del Hilton donde se alojaba, le dijo cuánto la echaba de menos y que intentaría acortar su viaje para pasar con ella las navidades.

—Mi pequeña, si quieres volvemos a Manila, como el año pasado, con tus padres. Que conozcan al gordo.

Muriel preguntó ilusionada:

—¿Sí? ¿No te importa, de verdad, ir otra vez?

—Claro que no, por ti hago lo que sea. Pero, como somos tantos, vamos al Sheraton, que te lo arreglen todo las tías de Fernando.

María Conchita, tendida a su lado, le iba acariciando y al ver los resultados de sus manipulaciones suspiró de gozo sin querer (o queriendo, quizás).

Muriel preguntó suspicaz:

—¿Qué ha sido eso?

Luis le propinó un leve bofetón a María Conchita, que le sacó la lengua. Se tapó con la sábana, la echó fuera con el pie y le contestó a su mujer:

—Tengo la televisión puesta, se siente uno muy solo en estos hoteles.

María Conchita se levantó y, ataviada con un liguero de encaje y medias oscuras a pesar del calor, se empezó a mover con sensualidad. Luis engarfió el índice para atraerla junto a sí y prosiguió diciéndole tranquilamente a su mujer:

—Mi amor, estar tan lejos me vuelve loco.

Muriel colgó el teléfono lentamente.

—Segundo servicio, venga.

—Buen resto.

—Punto.

—Iguales, coño, mierda.

—Coño, joder.

—Partido. Ooooooh, lo tenía ganado.

—Oé oé oééé.

Muriel tiró la raqueta al centro, levantó los brazos como si se tratara de una final de Roland Garros y dio una vuelta a la pista corriendo y gritando; la faldita se le pegaba a los muslos y dejaba ver en cada salto unas bragas inmaculadamente blancas, la coleta le golpeaba la espalda como un látigo, las zapatillas estaban manchadas de tierra roja pero las muñequeras y la cinta que llevaba alrededor de la frente seguían impolutas porque Muriel no sudaba.

Maritina, la derrotada, se lo dijo con envidia mientras se secaba el rostro completamente mojado y trataba de recuperar el aliento:

—Joder, tía, tú no sudas nunca.

Muriel lanzó una carcajada y se anudó la toalla alrededor del cuello con un inconscientemente sensual movimiento del busto. Así, con sus piernas desnudas y morenas aunque estaban en invierno, su risa cascabelera, la forma en que cerraba los ojos y arrugaba la nariz, no parecía que tuviese ni un día más de quince años. Por contraste, sus tres amigas aparecían muertas de cansancio, con rostros terrosos y aspecto desaliñado.

Estaban en casa de Maritina, en Pozuelo, un chalet bueno, de estilo francés, con unas impresionantes pistas de tenis iluminadas por grandes focos amarillos. Pablo, el marido, las observaba con sus amigos desde la terraza, y Maritina le comentó a Cary:

—Qué raro, cuando venís vosotras les entra un furor por el tenis como no les había visto nunca —señaló a Muriel con la toalla—, sobre todo para ver a *madame* Campos.

Muriel le tiró bromeando la última bola que llevaba en el bolsillo. Los hombres, desde la terraza, aplaudieron cortésmente y alzaron las copas invitándolas a entrar en la casa.

Se apagaron los reflectores, el cielo era de color vino oscuro, las estrellas brillaban con un lejano y vacilante destello y el gélido viento del Guadarrama hizo vibrar las hojas de los árboles en inquietante murmullo. Las tres amigas corrieron hasta la rústica zona de vestuarios mientras Maritina subía a su casa. Se desnudaron y se observaron de reojo. Muriel era la más delgada, pero, aparte de las clavículas, no se le marcaba ningún hueso. Se metió en la ducha. Manu Sotelo cotilleó mientras se

fumaba un cigarrillo:

—Qué buena figura conserva a pesar de los tres hijos... Eso que las orientales suelen tener el culo plano y las piernas torcidas.

Cary Lapique, que estaba maquillándose, le contestó:

—Pero Muriel ha tenido la suerte de salir a la madre en la cara y en el cuerpo a sus antepasados españoles.

Ella escuchó la conversación perfectamente, pero prefirió hacerse la sueca, además de la filipina.

Los López Chichero organizaban cada noche cenas informales a las que se apuntaban sin avisar los amigos o algunos de los catorce hermanos de Maritina, a los que abastecían con la cafetera más grande de todo Madrid. Se movían en el ámbito de las altas finanzas, ya que Pablo trabajaba en el Banco de España junto a Mariano Rubio, uno de los habituales de las cenas junto a su mujer, Isabel Azcárate. Aun así, de vez en cuando invitaban también a gente del mundo de la farándula, por eso sus noches estaban muy solicitadas y no se habían interrumpido ni cuando Maritina había dado a luz a su primer hijo, Pablito. Hoy, por ejemplo, sentada en una butaca de cuadros cerca de la enorme ventana que daba al jardín, rasgueaba melancólicamente una guitarra una chica de melena oscura con un largo vestido de flores: era la cantante Cecilia. Saludó a Muriel desde lejos, compartía mánager con Luis y se habían visto en un cóctel que había organizado Fernando Abad para inaugurar su agencia.

Carlos, el hijo del productor Goyanes, acogió a Cary, su mujer, con un beso en los labios y un vaso de vino. Se habían casado hacía un año, en cuanto Carlos consiguió anular en la Rota su primer matrimonio con Marisol.

El que no fallaba nunca era Julito Ayesa. Se rio al verla, la señaló con el dedo y le contó a todos:

—Era la sensación de Madrid y Luis Campos dijo, preséntamela, voy a ir a por ella. ¡A los dos días ya quería casarse!

Muriel asentía con grandes cabezazos y la anfitriona le suplicó:

—Hoy quédate, Muriel, que vienen Carmen Ordóñez y unos amigos nuestros muy progres, los Boyer, ¡te divertirás!

El marido, que estaba atizando el fuego en la chimenea, dijo:

—No, los Boyer han llamado que tienen el niño enfermo y Elena además tiene que corregir exámenes.

Muriel se había cambiado y transformado en otra persona. La joven libre y deportista que alzaba los brazos a los cielos como una diosa pagana media hora antes se había convertido en una severa institutriz. Trenzas, falda tableada, camisa oscura, rebeca verde, mocasines, incluso llevaba corbata de cuadros. Tenía el loden y el bolso preparados para irse.

Pablo se los cogió:

—No, no, hoy tú no te escapas como Cenicienta, díselo, Ayesa —le puso una

copa en la mano.

Ella protestó:

—Pero es que a esta hora siempre me llama Luis.

Una voz grave desde la puerta le dijo:

—Pues hoy que no te encuentre.

Un hombre alto y atractivo, cincuentón, se dirigió hacia ella mientras se quitaba el abrigo que llevaba sobre los hombros y la besó en las mejillas; su sonrisa fue de una inesperada dulzura en su rostro altivo y desdeñoso. Muriel lo miró con asombro y sus ojos centellearon:

—Pepe... Pero, Pepe. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces aquí?

Era Pepe Saiz de Vicuña, el amigo de juventud de su madre que había asistido a su boda, un importante productor de cine que además era un hombre de enorme éxito con las mujeres.

—Mi Murielita, yo te sigo, Cristina me lo cuenta todo —la volvió a abrazar envolviéndola en su potente masculinidad—, adora a tu marido, dice que es *a celebrity*...

Se inclinó sobre su oído para que solo lo oyera ella:

—Pero a mí me gustas más tú. —Muriel no sabía muy bien qué hacer y sus labios dibujaron una sonrisa incierta, pero le dio un sorbo a su copa y aceptó un cigarrillo de Ayesa—. ¿Sabes que tengo una sala privada de cine en casa y pongo todas las películas antes de que se estrenen?

Muriel rio y con una rara mezcla de timidez y seguridad en sí misma lanzó una larga bocanada de humo como una mujer sofisticada:

—¡Igual que en El Pardo! Yo he ido a ver cine con Carmencita.

Una chica de su edad se acercó y le dio un amistoso golpe en el hombro:

—¿Eres amiga de Carmen Cádiz? —bufó cómicamente—. Perdona, me presento, tú eres la mujer de Luis Campos y yo soy Carmen Ordóñez.

Muriel no pudo menos que mirarla con asombro porque nunca había visto un rostro tan perfecto como el de la mujer que tenía delante. Era una belleza sin artificios, con la piel marfileña, levemente azulada debajo de los ojos negrísimo y sus labios muy rojos y sensuales, como si se los hubiera mordido. Llevaba el pelo medio recogido, como una beldad antigua de calendario. Hasta Pepe Vicuña exclamó con admiración:

—Ordóñez, hija, estás que te rompes, ser madre todavía te ha hecho más guapa.

Carmen se echó a reír con naturalidad, llevaba oyendo piropos desde que había arrancado a ser mujer y no les daba importancia. Hizo un ademán evasivo:

—Déjame, no me lo recuerdes, que he dejado a Paco y al niño en el campo para sentirme un poco libre, que se me estaba poniendo cara de oveja. —Se volvió a Muriel—. Mamá y Carmen Franco son muy amigas, las dos se han hecho de un grupo que lidera el notario Blas Piñar, a ver si pueden arreglar España, que está hecha un asco desde que se murió...

Señaló al cielo y se persignó:

—... Ese santo llamado Francisco Franco.

Muriel se vio obligada a farfullar un no muy justificado «amén» y masculló por boca de su suegro en tono santurrón:

—Sí, creo que quieren canonizarlo —carraspeó porque no estaba muy segura, y se puso a divagar...—. Se necesita alguien con mano dura para detener esta barbarie... Ayer no pude salir de casa por las manifestaciones que había.

Carmen rio despectivamente:

—Ese don Juan Carlos, que tanto le debe al caudillo, nos está saliendo rana.

Todos, en ese salón confortable y burgués lleno de cuadros de firma, muebles ingleses, chimenea de mármol y amplia boiserie con libros muy leídos, se habían callado y las escuchaban, nadie sabía muy bien quién era de izquierdas y quién de derechas ni cuál iba a ser el futuro del país y ninguno de ellos se atrevía a pronunciarse.

De pronto se levantó la voz de Cecilia y, sin saber por qué, sintieron un escalofrío y se miraron los unos a los otros, como si alguien hubiera cometido un crimen.

*Mi querida España.  
Esta España mía,  
esta España nuestra.*

Pasó una criada al fondo con una gran fuente de espaguetis humeantes entre las manos y Julio Ayesa se puso a golpear una botella como si fuera un gong:

—Aquí no se habla de política, que es una cosa muy ordinaria; y ahora a comer.

Aunque no se había quedado a cenar, cuando Muriel llegó a casa ya eran casi las once porque en el momento de coger el coche llegaba otro invitado, Felipe Carbó. Lo había conocido en Marbella, pero ahora no iba acompañado por Cristina Onassis sino por una elegante morena alta y delgada que le había presentado con cierta cortedad:

—Sandra Gamazo.

La luna derramaba su pálida luz sobre el jardín y Sandra había entrado enseguida porque tenía frío. Felipe y Muriel se quedaron unos momentos a solas, en un silencio íntimo y agradable, hasta que ella dijo:

—Adiós.

En realidad no sabía por qué había puesto la excusa de Luis, ya que la mayoría de los días se quedaba al lado del teléfono esperando una llamada que no llegaba nunca. Pero esa noche oyó repiquetear el timbre con impertinencia nada más abrir la puerta, chocó con el sofá, se dio un golpe en la rodilla, se le cayó el bolso al suelo pero cuando fue a cogerlo, cesó de sonar.

*Shit*, seguro que era él, ¿cuántas veces habría llamado?



La casa, a oscuras, olía levemente a ceniza fría, su suegro habría pasado para ver a los niños, la puerta de Cris estaba abierta de par en par, habría salido con Ramiro Carbó, ya es casualidad, el hermano de Felipe. Bueno, era marqués, pero Muriel lo veía un poco mayor para su hermana, no para casarse, pero sí para no casarse y ella ya sabía por qué decía eso. Al fondo se advertía una luz grisácea y parpadeante y era que las filipinas estaban viendo la televisión en la cocina, «han sido ocho respuestas acertadas, a 25 pesetas cada una...», y se reían a carcajadas. Elvira rezaba el rosario en su cuarto con el perro a sus pies. Le preguntó:

—¿Ha llamado el señor?

—Sí, tres veces.

Fue a cerrar la puerta y Elvira le informó con cierto reproche:

—Los niños ya están durmiendo.

Muriel tuvo ganas de contestar, «ya me supongo que no están bailando en Mau Mau», pero temió que la Señora no comprendiera su sentido del humor y murmuró:

—Gracias.

¿Qué le diría a Luis? Eran las once. Podría contarle que se le había pinchado una rueda... O que tía Daisy se había encontrado mal, pero entonces necesitaría solicitar su complicidad; se retorció las manos con nerviosismo cuando el teléfono volvió a sonar como una trompeta de la muerte, le temblaban los dedos cuando lo cogió. Casi sin voz, respondió:

—Dígame.

Silencio. Después su tono de cabreo, ronco y abrupto:

—Coño, ya está bien, ¿no? ¿Dónde cojones estabas?

Muriel intentó recordar todas las excusas que había inventado pero no se acordaba de ninguna y al final optó por decir la verdad:

—En casa de Maritina, jugando al tenis.

—¿A las once de la noche jugando al tenis? ¿Pero tú te crees que soy gilipollas o qué?

Muriel se puso a tartamudear:

—Han encendido las luces, y como luego daban una cena... Pero yo solo me quedé a la copa.

—¿A la copa? —Luis se horrorizó como si le estuviera diciendo que había asistido a una orgía romana—. ¿A ti te parece normal que una mujer casada y con tres hijos, con el marido partiéndose los cuernos en Venezuela para alimentarlos, se vaya a tomar una copa? ¿Estamos locos o qué?

Ella trató de justificarse:

—Es que en realidad no era una copa, era...

Pero Luis seguía hablando y no la escuchaba:

—No, si ya me cuenta mi madre la vida que haces en Madrid, esto ya lo sabía yo.

Muriel se sorprendió:

—¿Cómo, qué te cuenta tu madre?

—Que sales por ahí, que vas muy suelta tú.

—Pero, Luis, ¡cómo puede decirte eso! —La sensación de injusticia fue tan fuerte que se le escaparon involuntariamente unas lágrimas de rabia—. Estoy siempre en casa, te lo juro, no salgo, ¡pero si todas mis amigas me lo critican!

—¡Las pendonas de tus amigas!

—Cariño, por favor, me haces daño.

Pero Luis no se avenía a razones, gritaba tanto que tuvo que retirarse el auricular del oído:

—Se ha acabado, ¿me oyes?, se ha acabado, ni salir ni hostias, tú en tu casa. Te voy a llamar a horas distintas y quiero que estés en casa, ¿me oyes?, que te pongas siempre.

Colgó.

Había gritado tanto que Fernando Abad, que ocupaba la habitación contigua, tuvo que levantarse para cerrar del todo la puerta de intercomunicación. No quiso mirar dentro del cuarto de Luis, donde una rubia sentada frente al espejo se peinaba parsimoniosamente su melena rizada. Estaba desnuda, completamente desnuda de la cabeza a los pies. Se pasaba el cepillo desde la nuca hasta lo alto de la cabeza, se hacía un moño, se lo deshacía y vuelta a empezar. Cuando vio que colgaba, giró la cara, le temblaron los párpados y entreabrió los labios. Se levantó y a la luz del ocaso caraqueño que entraba por las ventanas, brilló tenuemente su dorado vello púbico.

El teléfono emitió un largo pitido y después se quedó mudo. Muriel se fue agachando con el auricular en la mano hasta sentarse en el suelo. Se oían las voces lejanas del televisor y las risas de Nuky.

Puso la cabeza entre las rodillas.

¿Cuándo le había pasado eso mismo? En Panamá, se había agachado en una cabina y se había sentido menos que nada.

Pero entonces era una niña con miedo. Su pequeña, la pequeñaja.

Se levantó, una luminosidad fantasmal bañaba las habitaciones; ella se sentía como un espectro a veces en su casa, tan transparente y tan innecesaria como un espíritu. Cuando todos dormían, caminaba de puntillas sobre las gruesas alfombras, la soledad se cernía sobre ella con su peso abrumador, le parecía que su vida era un reloj de arena con el paso muy fino por el que los granos caían lentamente, de uno en uno.

Oyó un grito lejano, una plegaria o una invocación.

Y de pronto tuvo un impulso repentino. Marcó el número de Maritina, que se sabía de memoria.

—Soy Muriel, ¿estáis todavía ahí? ¿Sí? Pues voy a pasar a tomarme algo, no tengo sueño.

Se cambió, se puso pantalones, un jersey de cuello alto muy ajustado, su chaqueta afgana y cogió el coche. Hacía frío, pero abrió las ventanillas, respiró con fruición el viento helado; le volaban el pelo y los pendientes, cantaba. Veía la traslúcida limpieza de la atmósfera y los faros del coche iluminaban el denso y opulento color verde

oscuro de los árboles. Apoyó el brazo en la ventanilla con el codo hacia afuera como había visto hacer en las películas, sintió el gozo de vivir y cantó en su imperfecto castellano:

—*Mi querida España...*

Se lo confesó días después a Pepe Vicuña. Estaban comiendo en Zalacaín, en una mesa al fondo para dos, muy discreta. Pepe le había estado contando su actividad, «al ser presidente de la Warner España traigo películas de Estados Unidos y también produzco, la última ha sido *La lozana andaluza*, muy divertida...». Muriel escuchaba con gravedad, como si lo que contaba Pepe fuera la historia más cautivadora del mundo, y de vez en cuando su rostro se iluminaba con una sonrisa cordial, dulce y alegre. Pepe se conmovió, se interrumpió en medio de una frase, le cogió las manos y le dijo:

—Me encanta ver cómo ríes, Murielita, y menudo rollo te estoy pegando.

Traían los cafés y ella intentó protestar, pero él negó con la cabeza y la miró con indulgencia:

—No te esfuerces, bonita —y miró el fondo de la taza, como para cerciorarse de que todavía había café o para buscar la forma de abordar el tema—. ¿Y cómo estás? ¿Cómo te trata ese bergante de Luis?

Muriel suspiró y lo miró con sus cándidos ojos castaños:

—Me quiere mucho, lo sé, pero nos vemos tan poco —dudó—, ya sabes lo que es la vida de los artistas, pero a veces me siento sola, comprendo que no debería, estoy bien atendida, está mi hermana aquí y mis tres niños, ¡son tan guapos los tres!

Se rio ante la expresión de pánico de él, que aún no tenía hijos:

—No te preocupes, que no te voy a enseñar sus fotos ni te contaré sus últimas gracias.

Ahora le tocó a él el turno de negar con la cabeza, y masculló algo así como que le encantaría conocerlos pero saltaba a la vista su falta de sinceridad. Luego le acarició las manos:

—Pues claro que es natural que te sientas sola, ¿cuántos años tienes? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis?

Ella miró a un lado y otro por si acaso alguien la escuchaba, y Pepe, buen conocedor de las mujeres, admiró la belleza nacarina de su cuello y de su escote. Con la cabeza baja confesó:

—A veces pienso... que tendríamos que separarnos, que seríamos más felices los dos si estuviéramos separados.

Pepe, que estaba al tanto de las correrías de Luis y que acababa de leer en *El Universal* de Caracas que «Luis Campos cambia a María Conchita Alonso por la *Miss Bikini* y finalista en el concurso de *Miss Venezuela*, Virginia Sipl», desconocía sin embargo si Muriel sospechaba algo y preguntó con delicadeza:

—¿Pero es que tú crees que él...?

Muriel se encogió de hombros:

—No lo sé. A veces me parece que me la pega con todo el mundo y otras pienso que son imaginaciones mías —trazaba rayas con el cuchillo en el mantel—. Pero, Pepe, ¿sabes qué creo? Que un hombre tan celoso no me engañaría nunca, precisamente él sabe y valora el valor de la fidelidad, por eso es tan exigente.

Pepe se rio por dentro porque conocía la naturaleza del alma humana y sabía que el caso era justamente el contrario: cuanto más infiel era un hombre, menos se fiaba de su mujer por aquello de que se cree el ladrón que... etcétera. Pero se calló.

Muriel lo miró con suspicacia:

—¿O este es el típico caso en el que todos lo saben menos la propia esposa? —Le dirigió una mirada suplicante y le agarró del brazo—. Si es así, dímelo, por favor. Dímelo por el cariño que le tienes a mi madre, Pepe.

Hubo un largo silencio, él vaciló pero al final le pareció que aquello era rematar sin piedad una pieza inofensiva y contestó con brusquedad:

—No, claro, yo no sé nada. Chico, tráeme un Romeo y Julieta.

Muriel, que se dio cuenta de su incomodidad, lo miró con picardía para distender el ambiente:

—¿Sabes que sé encender puros?

Él volvió a sonreír:

—Claro, Murielita, no te olvides de que soy medio filipino y sé que a nuestras chicas les enseñan a encender los puros de sus hombres como una parte de su educación sentimental.

Ella rio y dijo:

—Bueno, yo encendía el de papá y no lo hacía muy bien, decía que se lo dejaba lleno de saliva.

Fumaron un rato en silencio y al final él se decidió:

—Mira, yo no sé nada de Luis, en realidad no lo conozco, pero sí te conozco a ti. —El comedor estaba lleno de gente, muchos hombres de negocios, pero también algunos matrimonios solos y grupos de hombres y mujeres—. La mayoría de estas parejas estarán separadas dentro de un par de años, sabes que se va a promulgar una ley de divorcio y pocas aguantarán el embate. Y no sé si esto es bueno o malo.

Muriel le escuchaba con tal atención que parecía beberse sus palabras; vino el camarero con la pala para recoger las migas y no se dio ni cuenta, trajeron la nota discretamente en una bandejita de plata y no lo advirtió. Pepe le propinó unos golpecitos paternales en la mano:

—Pero yo a ti no te veo de alegre divorciada, tú has nacido para estar casada y para hacer feliz a un hombre.

Ella lo miró con angustia, sus cejas se alzaron, sus ojos se abrieron:

—Y es lo que yo quiero, pero qué puedo hacer, ¿resignarme? —Bajó la voz—. Yo lo de mi suegra no podría aguantarlo, me moriría por dentro... Me asusta el futuro.

El hombre se rio:

—Te voy a dar un consejo de vieja: lucha por tu marido. ¿Dónde está ahora?, ¿en México? Pues vete a buscarlo allí, tú sola, como una novia, haz todo eso que sabes, que solo te desee a ti, y regresáis juntos a España... —Se reclinó sobre la silla—. Créeme, tienes todas las cualidades para volver loco a un hombre.

La señaló con el dedo:

—Inocúlale ese veneno que todas las mujeres lleváis dentro y tú más, sé un poco brujilla. Eres madre, pero también eres esposa y mujer, una mujer fuerte, que sabe usar sus armas.

Suspiró y levantó las manos al cielo:

—¡Pero qué hago yo dando consejos a la irresistible Muriel Krosby!

Muriel le hizo caso y no le hizo caso.

Viajó a México, sí, pero con los tres niños. Contrariando su costumbre, Luis fue a buscarlos al aeropuerto y le dio tantos besos en el coche que pensó que quería comérsela. Los niños los miraban con los ojos muy abiertos y Luis les repetía:

—Papá quiere mucho a mamá —y trataba de abrazar a los tres a la vez—, y a vosotros también.

Al oído le dijo:

—Y perdóname por lo que te dije... Es el miedo que tengo a perderte. Tal como está España, pensé que te había pasado algo, se acababan de escapar esos asesinos de la cárcel de Segovia. Ahora, con este caos, nadie está seguro.

Se alojaban en el Fiesta Palace, un lujoso macroespacio de diversión que constaba de hotel, restaurantes, bares, tiendas y salas de juego y de espectáculos, que era donde actuaba Luis. Había cogido una *suite* de tres habitaciones y las había llenado de globos y de juguetes. A su mujer le había comprado un espléndido poncho bordado y unas botas camperas hechas a mano en Guadalajara.

Muriel llevaba una ropa interior muy sugestiva que habían encargado Carmencita y ella por catálogo, pero no llegó a estrenarla. Luis miró la carísima lencería roja y negra con horror y le dijo:

—No se te ocurra ponerte esas cosas de puta, te quiero desnuda.

Le volvía loco su cuerpo virginal y salvaje, hundía su rostro en su ombligo, aspiraba y decía con voz enronquecida, «tu olor..., tu olor...».

Cuando los niños dormían, se acostó con ella, se tumbaron los dos el uno frente al otro mientras las luces intermitentes de los neones que anunciaban los espectáculos entraban por las ventanas, rojas, verdes, azules, y Luis le acariciaba la cara, los párpados, cerraba sus ojos a besos, musitaba mientras ella sentía una pereza sensual e intensa en todos sus miembros:

—Te quiero, pequeña, no sabes cuánto te quiero.

Cuando le dijo:

—Gracias por venir, me has dado una gran alegría, no puedo vivir sin vosotros; para mí es un estímulo que estéis aquí, ¡esta noche voy a cantar de puta madre!

Ella se sintió recompensada, dio las gracias mentalmente a Pepe y vio que su esfuerzo había valido la pena.

Le preguntó con expresión risueña:

—¿Te podré ir a ver?

Él rio:

—Claro que no, las mujeres de los toreros nunca van a la plaza —volvió a abrazarla—. No me lo preguntes más, ya sabes que no me gusta que vengas a mis conciertos. Es una manía si quieres, pero es así.

Muriel, que en realidad tampoco tenía mucho interés y no quería estropear la delicada magia de ese momento, aceptó con mansedumbre. Luis no podía soltarla, como si no pudiera alejarse de ella; se la comía con sus ojos de gitano, negros y ardientes:

—Eres la mujer perfecta para mí, la perfecta compañera, la mujer más preciosa y más caliente del mundo... —Muriel se dio cuenta de que temblaba de emoción, y ella también se puso a temblar, con la boca contra su pelo la voz de Luis le resonaba por dentro—. Y acuérdate, cuando vengan a hacer la habitación, métete en el cuarto de baño.

Se separó de ella y volvió a reír un poco avergonzado:

—Sí, vale, soy un moro, pero no te importa, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza, le producían un extraño orgullo los celos de él—. Es que no soporto que nadie te mire.

En el mismo hotel se alojaba un periodista español que había ido a entrevistar al presidente de México, estaba con su novia. En el *hall* se encontraron a Luis, que los invitó a su espectáculo:

—Y después tenemos dos habitaciones para montar un fiestón, con tequila y mariachis, ¡la vamos a armar!

Sabiendo que Muriel acababa de llegar, trataron de buscarla durante el concierto, en el que también cantaba Mocedades, para ir los tres juntos a la celebración. Como no la vieron, la chica decidió ir a recogerla a su cuarto creyendo que le haría ilusión encontrarse con una española y que le apetecería ir acompañada al festejo de su marido.

Toc, toc.

No abría nadie.

Toc. Una vez más.

Nada. Estaba a punto de irse, pero le pareció que se oían unos pasos leves sobre la moqueta y llamó:

—Muriel, Muriel.

Al final se abrió la puerta, un poco, un par de centímetros, estaba sujeta por una cadena. Y el rostro de Muriel. Se apreciaba que iba con la cara lavada y un pijama de

color rosa. Dijo:

—¿Sí?

La muchacha, algo violenta, se identificó y pidió disculpas, no sabía que ya estaba acostada, creía que iba a ir a la fiesta convocada por su marido. Muriel respondió con amabilidad y una franqueza ingenua:

—No, yo no voy nunca. Lo espero aquí.

Contó después el periodista que ni un solo día pudo ver a Muriel, que permaneció una semana encerrada en su habitación con sus hijos.

El día que regresaban a España, Muriel bajó con los tres niños, llevando a Quico en brazos y a los otros dos agarrados a su falda. En el *hall* casi tropezó con una rubia de ojos verdes que la observó con curiosidad. Pero enseguida a ella se unieron otras chicas que rodearon a Luis, que las tuvo que besar una por una y les firmó autógrafos, hicieron fotos, y un reportero con una credencial al cuello le hizo algunas preguntas.

Una morena se bajó los tirantes del vestido y le tuvo que poner su nombre en el hombro, otra le rogó que le regalara su pañuelo.

—Son las presidentas de mis clubs de fans —alardeó Luis en el avión—. Mi fotógrafo siempre me dice, Luis, tu solo eres noticia, con una chica guapa al lado eres portada. ¡Yo qué más quisiera que hacer vida de marido normal! ¿Te crees que no me da envidia mi hermano, que lleva esa existencia tranquila con Mima y sus hijos?

Muriel reía burlonamente:

—Va, no mientas. Te aburrirías como una ostra.

Él trataba de poner cara de bueno:

—Estás equivocada, Murielita, pero estoy en el *show business*. ¿Qué quieres que haga?

—*Show business* te voy a dar a ti. —Pero de pronto le preguntaba con urgencia poniéndose seria—: Porque, Luis, tú no me engañas, ¿verdad?

Se incorporaba en el asiento para mirarle fijamente a los ojos, se hundía en sus pupilas, le clavaba el dedo en el pecho:

—Tú sabes que yo eso no podría perdonártelo.

Él asentía distraídamente mientras se quitaba los zapatos porque tenía los pies muy delicados, y se preparaba para el largo vuelo:

—Claro que no, pequeña, y haces muy bien, estamos en el siglo xx, tú quieres lo mismo que me das —y volvía a lo que realmente le importaba, hablar de su carrera de forma obsesiva—. Yo no soy Caruso, lo reconozco, ni siquiera Manolo Escobar, ni tengo la potencia de Nino Bravo... Solo soy un cantante con una pequeña voz, no muy desagradable, que no molesta a los hombres y gusta a las señoras, y tengo que aprovecharme de eso.

Ya amodorrado, le decía aún:

—Cecilia, la del ramito de violetas, me va a componer una canción... Al principio no me caía bien, pero después sí; ¡su padre es embajador y se nota!, no te creas que es hija de una portera como Ana Belén y todas esas.

Y después se apoyaba en su hombro y le decía, durmiéndose:

—Ya sabes lo que te quiero, estoy loco por ti, pequeña, sin ti me moriría. Te agradezco mucho que hayas venido, te agradezco cómo cuidas a nuestros hijos, cómo llevas la casa, cómo aguantas a mis padres... Te quiero.

Se lo repetía como un mantra, me quiere, me quiere, atravesada por dos sentimientos aparentemente antagónicos, la melancolía y la esperanza. Se lo repetía en Madrid cuando Carmencita le contaba que había conocido a un anticuario francés, que él sí que la amaba con locura y pasión:

—Pero yo quiero a Luis, y él me quiere.

Se lo repetía en Guadalmar, me quiere, me quiere. La llamaba Menchu para que fuera a cenar a Marbella, a tomar una copa, «me quiere, me quiere», cuando Cris le decía que el hermano de Ramiro había preguntado por ella, «me quiere, me quiere», se lo decía cuando miraba a sus hijos y cuando salía a correr por la playa en el atardecer estival, lánguido y breve. Corría sola y descalza, y en cada huella sobre la arena se decía, «me quiere, me quiere».

Se lo tenía que decir a ella misma, cuando a veces se ponía delante del espejo dejaba caer su vestido al suelo, se miraba desnuda, su cintura estrecha, su vientre plano, se daba la vuelta para ver los hoyuelos que tenía encima de las nalgas, se pasaba las manos por la curva de las caderas y se preguntaba quién disfrutará de todo esto, de este cuerpo joven que algún día ya no lo será.

A ella no le hacía falta conocer a ningún francés porque ya sabía lo que era la pasión y disfrutar con el sexo. Gemía:

—Luis, Luis.

Él la llamaba desde esos lugares que tan familiares le eran aunque no los había pisado nunca:

—Estoy en Benicassim, en Almería, en Cáceres —a veces la voz se alejaba y es que tenía que preguntar, oye ¿dónde estamos? Y proseguía—, en Lugo, en Zaragoza, en Tarragona...

Desde Tarragona precisamente apareció un día a principios de agosto. Ella estaba en la playa con los niños, y cuando subió, la muchacha de servicio le dijo preocupada:

—Ha venido el señor y está en la cama.

Asustada, entró corriendo en la habitación, Luis se había quedado muy delgado de nuevo, únicamente abultaban los pies y la cabeza, le pareció que hipaba. Fue a abrir las persianas y él gritó:

—No, no, no abras —y después gimió—. ¡No puedo mover las piernas!

—¿Cómo? —A veces decía que tenía dolores, o cojeaba aparatadamente, pero esto nunca le había pasado—. ¿Qué quieres decir?

Él levantó la cabeza con esfuerzo y le dijo:



—Pues eso, que no puedo mover las piernas... Me he quedado parálítico, no las siento, vuelvo a tener el tumor y me voy a morir.

Muriel, sin dejar de mirarlo, cogió una horquilla del pelo del cajón de la mesa de noche y se la clavó en la pantorrilla, y él chilló; siguió pinchándole los muslos, los tobillos, las rodillas, y él aullaba exageradamente. Ella le habló como se hace con los niños pequeños:

—Luis, son imaginaciones tuyas, las piernas las tienes perfectamente bien, intenta sentarte.

Lo cogió por los hombros como si fuera un pelele y consiguió que se sentase en el borde de la cama con las escuálidas piernas colgando. Se agachó y le agarró un pie, lo estiró, le dio un golpe en la rodilla para comprobar sus reflejos, primero una y luego la otra, y levantándose diagnosticó:

—Estás bien, ¿me puedes decir qué te pasa?

Él volvió a tenderse, cogió la sábana, se abrazó a ella y se volvió de cara a la pared. Muriel esperó sin decir nada, se sentía molesta, llevaba el traje de baño húmedo y con arena, pero sabía que a su marido le había pasado algo importante y que la necesitaba. Luis se cubrió la cabeza con la sábana como si fuera un sudario y al cabo de unos segundos empezó a hablar:

—Ayer se mató Cecilia en la carretera, en Benavente chocó con un carro de bueyes, venía de un bolo en Vigo.

Muriel soltó inconscientemente un grito y se llevó la mano a la boca:

—¡Qué horror! —la recordó en casa de Maritina, con esos ojos calcinados por una pasión interior que volcaba en las letras de sus canciones—, pobrecita.

Luis se arrastró por la cama y se abrazó a ella, contrastaba su consumido cuerpo moreno con las sábanas blancas, enterró su cabeza en su vientre:

—Mira, Muriel, yo no quiero terminar así, tirado en una carretera... Me mataré, presiento que me mataré, estamos todo el día viajando, estamos cansados, tenemos que llegar a tiempo a una punta y otra de España. —Se puso a sollozar—. Te quedarás viuda y los niños huérfanos.

Lloraba a gritos. Muriel no sabía qué hacer y se puso a acunarlo como si fuera Quico, y le decía palabras sin sentido pero que tuvieron el efecto de ir calmándolo:

—Luis, no digas estas cosas... Sois decenas los artistas que salís a la carretera, y miles de personas normales, y nadie se muere. Tu conductor, además, es muy prudente y no te va a pasar nada. Viajarás y volverás a nuestro lado.

—Ya no quiero ser cantante.

—Calla. Cantarás toda la vida, y cuando seamos viejecitos... seguirás cantando.

A él se le escapaba un poco la risa ya, pero a pesar de todo continuaba gimoteando para despertar su compasión, quería que ella lo consolara:

—Mañana llamaré a Fernando y le diré que lo dejo todo.

—Sí, cariño, recuerda que te espera el despacho de abogado.

Él la miró con ojos falsamente inocentes:

—¿Con bodegones?

—Sí, mi amor, y la mesa Felipe II y la Enciclopedia Espasa... La voy comprando poco a poco, ya tengo 150 tomos.

Y él ya la atraía a la cama y rodaban los dos y volvía a ser verano.

Estuvo hasta que fueron a hacerles el reportaje de todos los años. Ahora ya iban representantes de varias revistas y a Muriel acudía a peinarla el peluquero Leonardo. Luis se empeñó en coger a Quico en brazos, pero el niño lloraba y quería soltarse, sin embargo Márely se agarraba a su padre con zalamería y sonreía a la cámara como una profesional. El pequeño Luis se adaptaba a todo y no le importaba estar posando largas horas, pero los otros dos terminaban por cansarse y acababan pataleando en el suelo, con los primorosos vestidos hechos un asco y la cara llena de churretones que el perro trataba de lamerles.

—Estoy en Murcia, estoy en Palma de Mallorca, mañana voy a las Canarias...

No advertía que la voz de Muriel era cada vez más débil, que contestaba con monosílabos, que ya no se reía. Y es que no se encontraba bien, sentía mareos y por un momento temió volver a estar embarazada. Mira que ella le había dicho que no quería más hijos y que se retirase a tiempo o que usase preservativo, pero él se negaba:

—¿Con mi mujer? ¿Usar condón con mi mujer?

Pero no, no era eso, el dolor era demasiado agudo y estaba localizado en un costado. Un día no pudo más y no se levantó de la cama. Cris, extrañada, entró para decirle que se iba a Marbella y le sorprendió su aspecto porque nunca la había visto enferma. Se asustó:

—¿Qué te pasa? Estás muy pálida.

Ella ya no pudo ni contestarle, delicadamente echó la cabeza a un lado de la cama y se puso a vomitar sobre el suelo.

A Cris se le desencajó la mandíbula por efecto del horror y la sorpresa. Y gritó:

—Nuky, Señor, una ambulancia, que mi hermana está muy mal.

Fue cogiéndola de la mano en lo que les pareció a ambas un larguísimo viaje hasta el hospital Carlos Haya de Málaga, aunque en realidad solo tardaron media hora. Iban con la sirena puesta y Muriel creía que se moría, quería quitarse el gotero, tirarse de la camilla, solo gemía:

—Los niños, que no les pase nada a los niños.

Se imaginaba a sus hijos solos si ella moría. ¿Con quién vivirían? Le horrorizaba la posibilidad de que los criara su suegra y musitaba:

—A Filipinas, a Filipinas. —Y luego el grito telúrico que le salía de las entrañas —. Mamá. ¡Mamá!

Y después a floraba su instinto de buena ama de casa y musitaba de forma casi ininteligible:

—Pero cómo me voy a morir sin haber arreglado los armarios.

Nadie la entendía y su hermana le daba la razón como si hubiera perdido la

cabeza, arreglaremos los armarios entre las dos, y sí, sí iremos a Filipinas por navidad, con mamá, como siempre, Muriel, Muriel, no te duermas, y luego ya tapándose la cara con las manos con un miedo espantoso, «no te mueras, hermana, no te mueras».

A Muriel no se le ocurrió ni por un momento que los niños pudieran vivir con Luis.

Luis, al que no lograban localizar, y cuando lo hicieron, ya la habían operado de apendicitis aguda. Todo había pasado y fue tía Daisy la que le dio explicaciones:

—Déjalo, Luis, no hace falta que vengas, ya está fuera de peligro. —La miraba, ella asentía con las largas trenzas sobre el embozo con el logo del hospital; se le había quedado el color moreno a manchas y tenía el borde de los párpados enrojecidos—. ¿Ves? Ella me dice que no vengas, me la llevaré unos días a casa y después a hacer vida normal.

Pero él insistía, quería que su mujer se pusiera al teléfono. Con torpeza, Muriel cogió el auricular, pesaba como si fuera de plomo, y susurró:

—Amor, estoy bien, no te preocupes.

La voz de Luis sonaba fuerte y enérgica:

—Estoy a punto de embarcar desde Las Palmas a Venezuela de nuevo, tengo una gira enorme y lo mejor es que parece que los grandes jefazos de la CBS empiezan a interesarse por mí y esto sí que es el salto definitivo, pero si tú me dices que vaya, voy.

Le tarareó imitando la voz ronca de Chavela Vargas:

—Si tú me dices ven, lo dejo todo.

Muriel tuvo una sonrisa pálida y le dijo:

—No, mi amor, no hace falta.

—Volveré en unas semanas; tú reponte y ya verás lo bien que vamos a estar. —Y después, con hondo acento de sinceridad y un suspiro, le dijo—. Pequeña, qué cabrona eres, qué susto me has dado.

Cumplió, aunque no tardó unas semanas, sino meses. Estuvo en Venezuela, en Guatemala, en Bolivia, en Perú, en Chile y en Argentina. Cuando regresó, parecía otro hombre, y Muriel lo achacaba a que ya se hacía mayor, o que el éxito definitivo se le resistía. O... O...

Tenía el aire distraído, se quedaba fumando en silencio en su estudio, llegaba tarde por las noches alegando vagos compromisos. Se le notaban las rayas del peine marcadas en el pelo todavía mojado. Ella le preguntaba con extrañeza:

—Pero ¿cómo? ¿Te has duchado?

—No, ha llovido.

Otra noche apareció apestando a gasolina, un olor tan fuerte que tapaba todos los olores, y se metió directamente en la bañera diciendo que había repostado y que la

manguera estaba estropeada. Muriel no comentó nada, aunque sabía que siempre lo llevaba un conductor de la agencia y que a Luis nunca se le habría ocurrido echar gasolina al coche.

A veces reía, estaba feliz, jugaba con los niños; le hacía gracia que Quico hubiera empezado a hablar como él, tartamudeando.

La cogía en brazos, la llevaba a la cama y le hacía el amor salvajemente. Ella se entregaba trémula de pasión y él le decía:

—Me gusta hacerte perder la cabeza, va, grita, jadea, me gusta, me gusta que disfrutes. Goza, ¡goza!, ¡toma y toma!

Y otras estaba malhumorado, todo lo encontraba mal, los niños eran un agobio, la casa ruidosa, los muebles feos, ella había engordado, o adelgazado, o estaba demasiado morena o demasiado blanca. Gastaba demasiado, era cicatera.

Un domingo en el que tenían que ir a comer a casa de sus padres la famosa paella, llamó cuando todos, incluso Conrad, Mima y los niños, estaban sentados alrededor de la mesa. Dijo que tenía una reunión de trabajo.

Muriel sintió los ojos de su suegra clavados en ella con una ligera sensación de triunfo. Y después le pasó el plato con la untuosa amabilidad con la que se trata a los inferiores.

Esa noche, mientras bañaba a los niños, lo sintió hablar por teléfono. Le pareció oír que al día siguiente quedaba a comer en el hotel Meliá Castilla.

Bien, ella iba a veces al Meliá para comprar en la tienda de regalos que había en el vestíbulo. Al día siguiente, qué casualidad, recordó que tenía que comprar alguna cosa para su madre por su santo. Un pañuelo.

Primero fue a Galerías Preciados a encargar uniformes nuevos para las chicas, después a Sanz para dejar un collar de perlas que se le había roto. Y a mediodía se dejó caer por el Meliá. Entró en la tienda, que a través de las cristaleras tenía una buena perspectiva del inmenso *hall*. La dependienta, cuando la vio, se deshizo en sonrisas:

—Señora Campos, ¿desea algo en particular o prefiere mirar?

Ella dijo que echaría un vistazo, era muy lenta y meticulosa comprando y todos lo sabían. La dependienta se desentendió y se puso a hablar por teléfono, no temía que la mujer de Luis Campos afanase un bolso o unos pendientes. Muriel iba dirigiendo la mirada a la entrada del hotel, y sí, de repente, ahí lo vio, caminando con decisión, con abrigo negro y gafas oscuras que no se quitó. Alguien avanzó hacia él, se dieron esos golpes en las espaldas que entre los hombres pasan por abrazos y se quedaron hablando en el centro del *hall*. Muriel se sintió algo avergonzada de sí misma, ¿cómo podía ser tan desconfiada? Ahí estaba su marido, se había dejado patillas, qué guapo era, y pensar que cuando lo había conocido no le había gustado. Ahora era elegante y varonil, tenía una prestancia que hacía que lo miraras aunque no supieras que era una gran estrella, bueno, casi, si ese ansiado contrato con la CBS al final llegara a buen puerto.

Y era suyo, solo suyo. Su marido.

Iba a darse la vuelta para comprar el pañuelo cuando de pronto una rubia que le resultó conocida se dirigió a los dos hombres con un taconeo provocativo que resonaba estruendosamente en el suelo de mármol. Una rubia con un cuerpo tan despampanante que el botones, que empujaba unas maletas, tropezó por mirarla y unos extranjeros que iban con sus mujeres se giraron a su paso, uno de ellos incluso puso los labios en forma de silbido. Iba sobre tacones muy altos, llevaba una falda estrecha con una raja al lado, una blusa muy apretada resaltaba su voluminoso pecho, su balanceo incitante denotaba que era natural y que no llevaba sujetador.

Luis no la había visto.

¿Qué quería? Muriel frunció el ceño, qué pesadas eran estas fans, ¿no podían dejar a su marido en paz?

Al advertir la sonrisa embobada que se había instalado en el rostro del hombre con el que estaba hablando, Luis se volvió y la vio.

La mujer se acercó a él. No lo tocó. Pero Muriel observó cómo se ensombrecía repentinamente el rostro de su marido, cómo la miró de arriba abajo, cómo la cogió del codo con ademán conminatorio, cómo la empujó furioso hacia el ascensor y señaló hacia arriba.

La rubia negó con la cabeza agitando la melena a un lado y a otro. Decía no, no, pretendiendo soltarse. Y Luis gritaba cada vez más con el dedo alzado frente a ella.

El amigo se hizo el despistado y se acercó a estudiar las esculturas que adornaban el *hall*. Luis sujetó a la chica por el brazo, pulsó el botón del ascensor y, cuando se abrieron las puertas, la hizo entrar. En el último momento no pudo resistirse y le dio una palmada en el culo prieto y respingón, de mulata, y ella le obsequió con una risa lujuriosa.

Hasta que no vio que el cuadro del ascensor marcaba el número 9 no fue en busca del otro hombre, se dirigió con él al restaurante y desapareció de la vista de Muriel.

Como los guillotinos a los que se les queda la sonrisa congelada en la cara una vez separada la cabeza del cuerpo, así se quedó Muriel. Su razón se resistía a entender lo que su corazón le estaba diciendo.

Era como ver una película que ya hubiera visionado. Acababa de asistir a una escena que ella había vivido en carne propia muchas veces. Esa chica estaba con Luis, él le había dicho que no se moviera de la habitación. Y ella, a diferencia de Muriel, le había desobedecido y encima se había vestido de forma provocativa.

Había despertado al monstruo de los ojos verdes.

Era como si alguien le hundiera suavemente un cuchillo muy afilado en el corazón.

Esa chica, ella la conocía. ¡La había visto! En un hotel también.

En un vestíbulo también. Recordó, en México, en el Fiesta Palace. Era la misma. Luis se la había traído con él cuando había regresado de su viaje. Comía con su mujer, jugaba con los niños, dormía en su cama. Pero tenía a su amante ahí, a menos

de doscientos metros de ese lugar consagrado, su casa.

—¿Está bien, se encuentra bien?

La dependienta estaba a su lado, le decía algo. Ella movió la cabeza, notaba un nudo en la garganta:

—Sí, sí, estoy bien.

Pero aun así aceptó un vaso de agua, se sentó unos segundos en una silla. La dependienta sonrió comprensivamente creyendo que estaba embarazada. Tenía un amigo periodista y lo llamaría para contárselo.

—¿Quiere que llame un taxi?

—Sí, no, no sé...

Estaba tan anonadada que no podía pensar razonablemente, su voz temblaba por efecto de la tristeza y la desolación. Luis no solo la engañaba, sino que estaba enamorado de otra... O al menos la amaba lo suficiente como para tener celos de ella, para no desear que la tocara la mirada de ningún hombre.

Tuvo celos de esos celos y sintió en el alma una desesperación insoportable.

—Carmen, ¿te dejo en la puerta del hotel?

—No te importa, ¿verdad, Murielita? Prefiero que no me vea nadie.

Muriel conducía muy rápido y sorteaba los coches con pericia, parecía que todo Madrid se había echado a la calle, sonaban bocinas y un taxista se colocó a su lado en Raimundo Fernández Villaverde, bajó la ventanilla y le gritó:

—¡Las mujeres a la cocina!

Ella le hizo un gesto despectivo con la mano. Carmencita, en el asiento del pasajero, se abrazaba al bolso y reía juvenil y despreocupadamente porque Muriel la estaba acompañando junto a su amante:

—¿Alfons está de viaje?

Carmen cambió de expresión y puso los ojos en blanco:

—No, hija, desde que lo han echado del Instituto de Cultura Hispánica tiene horario de banquero, bueno, quiero decir, de pobre tipo que trabaja en una ventanilla; a las tres está en casa dando el coñazo.

—¿Y qué le has dicho hoy?

La amiga se atusó la melena:

—Cada vez es más difícil ponerle excusas, pero cada vez me importa menos. ¡Te aseguro que si Jean Marie se decidiera a dejar a su mujer, yo ya estaría viviendo en París! —Suspiró—. Ya sabes que no puedo decirle que estoy contigo porque te ha cogido una manía espantosa, como ahora te ha dado por salir...

—Qué exagerada eres.

—Oye, es que has pasado del silencio a la trompeta, de estar todo el día metida en casa, ahora te llaman la coctelera de Madrid, y eso a Alfons le puede. El otro día me soltó la historia de una manzana podrida que corrompe a las demás manzanas sanas del cesto o algo parecido... Me di cuenta de que iba por ti.

Muriel la observó con incredulidad:

—Pero ¿eso te dijo? —El coche dio un bandazo y un autobús se puso a tocar furiosamente el claxon, pero Muriel no hizo caso—. ¿O sea que yo soy ahora una manzana?

—Sí, además creo que eres la podrida, ¡cuidado! —Carmen no se fiaba mucho de la forma de conducir de Muriel, demasiado audaz para su gusto—. Me parece que ese autobús tenía preferencia.

Mientras el chofer sacaba el puño por la ventanilla y les deseaba todo tipo de desventuras y penalidades, Muriel dio un volantazo para entrar por la calle Orense:

—Por aquí iremos más rápido. —Conducía y al mismo tiempo intentaba mirarse en el espejo retrovisor, lo torció para poder verse, le parecía que se le había corrido la pintura de labios, dio varios besos al aire y dijo maquinalmente—: Manzana podrida,

pobre de mí.

Carmen la miró de reojo:

—Hombre, tampoco tan pobre, que tu Felipe...

Muriel cortó suave pero firmemente:

—Mi Felipe, nada. —Volvió con brusquedad el espejo a su posición original y cambió de conversación—. ¿Y no sospecha?

—No lo sé ni me importa... La que sí está hecha una hidra es la seño de los niños, bueno, en el fondo está encantada porque yo creo que se ha enamorado de Alfons, pero mira, que les den. Me entra un patatús cada vez que los veo haciendo planes para la casa de Puerta de Hierro.

Se puso a imitarles la voz:

—Aquí la leonera. ¿Para qué? ¿Van a traer la selva a casa? Aquí mi despacho. ¿Para hacer qué?, ¿escribir cartas al *Abc* para protestar porque en vez de alteza real le han llamado solo don? ¿Sabes que ahora quiere ser rey de Francia?

—Oh, la la, así Jean Marie terminará siendo su súbdito.

—Sí, ríete, cuando entramos en el comedor ha obligado a la chica a poner la marcha de trompetas de *Aida*, ya me dirás lo ridícula que me siento.

Muriel trató de mantenerse seria, pero al final soltó la carcajada y las dos amigas se echaron a reír, lo que no fue óbice para que la intrépida conductora se saltara dos semáforos en ámbar aunque no tuvo más remedio que pararse en el de Capitán Haya. Empezó a lloviznar y puso los limpiaparabrisas:

—Pero no se te ocurrirá salir por ahí con Jean Marie, ¿no?

Su amiga respondió burlonamente:

—Ay, mujer, tenemos cosas más importantes que hacer que ir a pintar la mona...

Se instaló un largo silencio entre las amigas, el enorme edificio del hotel Meliá apareció a su vista. A pesar de que Carmen sentía un regocijo en el cuerpo que no se podía aguantar, intentó mostrarse compungida:

—Ya sé que esto te traerá malos recuerdos.

Muriel rio sin ganas:

—Como comprenderás, después de aquel día no he venido mucho.

Su amiga meneó la cabeza como si todavía no se creyera la historia a pesar de que Muriel se la había contado varias veces:

—Luis es un cerdo. —Olvidaba con inconsciencia que ella estaba haciendo lo mismo que le achacaba al marido de su amiga—. ¿O sea, que te lo negó todo?

—Sí, claro, se ve que está en el código de los infieles negarlo todo. Me dijo que esa venezolana era una estudiante que quería ser modelo, familia de unos amigos suyos, y que se había comprometido a ayudarla.

—¿Y tú te lo creíste?

Muriel emitió una risita sarcástica. Detuvo el coche, puso punto muerto y se giró hacia su amiga:

—¿Sabes qué? Que una mentira pone en evidencia todas las mentiras... Estoy



segura de que me ha engañado siempre, desde que éramos novios. ¿Te acuerdas de la inglesa?

—*Katerine, du duá* —Carmen tarareó la canción—. ¡Pero entonces no estabais casados!

—Pero eso ya tenía que haberme alertado, decía que estaba muy enamorado de mí y se acostaba con ella... ¡Y pensar que juró que no habría más Katerine y aquella imbécil se lo creyó!

Carmen, algo despistada porque estaba regodeándose ya con los momentos que le esperaban, preguntó:

—¿A qué imbécil te refieres?

Muriel le aclaró con una dolorosa sonrisa en los labios:

—Yo, aquella imbécil era yo... En los hoteles, en mis mismas narices, la de mujeres que se debe haber pasado por la piedra.

Sin venir mucho a cuento, Carmencita se admiró:

—Hay que ver lo bien que hablas el español. —Pero se sumó enseguida a las cuitas de su amiga—. No te quepa la menor duda. Y aquella portuguesa en Cataluña, con razón te plantaba cara.

Muriel, molesta, sacudió la cabeza como si tuviera un bicho dentro:

—No me lo recuerdes, por favor —tan imperturbable como se mostraba habitualmente, ahora se le habían enrojecido las mejillas y le brillaban los ojos. Con un quiebro repentino en la voz, gimió—: ¡No sé por qué me casé con él!

La otra trató de atemperar el asunto:

—Pero Luis te quiere.

—Sí, me quiere y me adora.

—¡Cuando le dijiste que te querías separar se desesperó!

Muriel abrió la ventanilla para que entrara aire fresco y comentó sin emoción:

—Concretamente me dijo que se iba a suicidar.

La amiga vaciló.

—Y ahora os habéis dado un tiempo.

—Sí, vamos a probar durante un año haciendo cada uno nuestra vida —aquí tuvo una sonrisa conmisericordiosa—. Bueno, él ya lo ha hecho siempre, y yo voy a intentarlo también.

La amiga vaciló:

—Pero eso incluye..., no sé, ¿irte con hombres? No me pega Luis de cornudo consentidor.

Muriel la miró con reproche:

—Eso no. ¡No se me pasa por la cabeza! Yo le dije que me quería separar, que cogía a los niños y me iba a Manila, y él se desesperó tanto... —Calló un instante, sobrecogida por el recuerdo de Luis arrodillado frente a ella, con el rostro ceniciento y torturado, tratando de besarle los pies y luego echado en el suelo llorando, gritando desesperadamente, jadeando como un animal herido—. Yo no sabía qué hacer y al

final le propuse eso, que quería vivir de otra manera creyendo que me iba a decir que no.

Ella le dijo, «Luis, no quiero estar encerrada en mi habitación, me gustaría vivir sin miedo, salir, ver a gente, no soy una figura de jade para dejar en una estantería y sacarla solo para las fotos de familia», y a él se le había encendido una llama en los ojos trastornados y le había dicho, «sí, sí, tienes razón. Perdóname, te quiero tanto, déjame demostrarte cuánto te quiero», mientras sollozos incontenibles se escapaban de su pecho.

Sacudió la cabeza de nuevo:

—Pero no sé, es como si se hubiera muerto algo dentro de mí, siento un gran vacío.

—Se te ha muerto el amor.

En voz baja musitó:

—Eso que yo llamaba amor, que a lo mejor tampoco lo era... Me molesta lo que dice, no me hacen gracia sus comentarios, sus atenciones me impacientan, lo miro y me suena todo a falso, sus emociones me parecen superficiales, ¡me asquea hasta su físico! Y además, cuando recuerdo las cosas que me ha hecho, tengo que encerrarme en el cuarto de baño para no gritar. —Se le instaló una arruga en la frente, volvió a hervir la ira en su interior y prosiguió sin darse cuenta de la impaciencia de su amiga—. ¿Sabes lo que pienso de verdad?

—Qué.

—Que a pesar de todas sus protestas, no nos quiere ni a mí ni a los niños, ni a su familia, solo le interesa su carrera.

Carmen la miró de reojo:

—Entonces no entiendo cómo os vais juntos a Lanzarote.

Muriel movió la cabeza:

—Yo tampoco, pero ha llamado a mamá, le ha pedido que me convenza y ya sabes que mi madre lo adora... Mi suegro me ha reservado los billetes, hasta mi hermana dice que va también para que podamos quedarnos a solas y hablar. Son las vacaciones de Semana Santa de los niños. —De pronto la voz de Muriel perdió firmeza—. Mira, no sé qué hacer, a veces creo que me voy a volver loca.

Carmen estaba consternada porque las facciones de Muriel, siempre tan serenas, aparecían desencajadas por un dolor que no se tomaba la molestia de disimular. Y a pesar de que todo el tiempo que estaba con su amiga era tiempo que le hurtaba a su amante, la abrazó y le dijo:

—¿Quieres que me quede contigo?

Muriel negó firmemente, exhaló un profundo suspiro y la empujó para que saliera del coche:

—Qué dices, va, vete, que estás impaciente, que te vaya muy bien. Y a mí me debe estar esperando Patty, llego una hora tarde.

—Qué raro en ti. —Se dieron dos besos y Carmencita le dijo al oído—: Todo nos

va a salir bien.

Muriel se dirigió a la casa de Paco Muñoz, conducía y se limpiaba las lágrimas con la manga de la blusa, llegaba con una hora de retraso pero como dijo al día siguiente un diario, «las fiestas, en Madrid, no empiezan hasta que llega Muriel Crosby».

Paco Muñoz era el decorador de moda y celebraba unos guateques sofisticados y bohemios a la vez para la nueva sociedad que estaba saliendo lentamente de aquella maldita guerra civil que había durado cuarenta años. El presidente del Gobierno era un señor que había llevado camisa azul pero era joven y ambicioso, y con el rey formaban un tándem empeñado en meter a este país cernícalo e impetuoso en la modernidad más absoluta. ¡Incluso se habían convocado elecciones para elegir a los que debían mandarnos!

El doctor Campos se encogía de hombros con mordaz escepticismo:

—Este Adolfo Suárez es un traidor, lo mismo que el rey... A saber quién habrá matado de verdad a esos abogados, que, por otra parte, eran rojos y defendían a asesinos... —Se refería a lo que los periódicos llamaban «la matanza de Atocha»—. Los dos han jurado el Movimiento, y ahora, hala, a desmantelarlo todo.

Y añadía sombríamente:

—Así va el país, viviendo la vida loca.

La vida loca eran esas noches en las que se salía de casa con las gafas de sol en el bolso porque lo normal era regresar cuando ya era de día.

Fiestas a las que había empezado a ir Muriel, a pesar de que llegaba tarde y se iba pronto, y en las que llamaba la atención su misterio oriental y su inaccesibilidad. Cuando entró en la casa de Muñoz, adornada con esculturas de Chillida y cuadros de Tàpies y Palazuelo, precedida por su amiga filipina Patty Galatas que le abría paso como un fiel escudero, todos se giraron para mirarla, parecía una flor en movimiento, avanzaba con paso ligero, como si sus pies desearan bailar. La siguió un murmullo, donde antes era «mira la mujer de Luis Campos», ahora era «mira la Crosby».

Saludó a Paco con una complicidad muy sutil y sonrió satisfecha cuando su mujer, Sabine, le dijo:

—Gracias por venir, qué bonito esto que llevas.

Se lo había comprado en Ascot, la nueva *boutique* de moda de María Teresa de Vega que estaba en la Moraleja, era el modelo Gypsy de Saint-Laurent, una blusa de leve gasa negra de manga larga, pero que dejaba los hombros al aire sujetándose por una simple cuerda, igual que los puños. De su cuello colgaba un largo collar de cuero, llevaba un pantalón ancho de brocado y debajo del brazo un bolsito Gucci, pero lo que más brillaba era su sonrisa amable, confiada y dulce, que reflejaba el candor sincero de su encantadora naturaleza.

No necesitaba hablar. Es más, esos silencios que siempre le reprochaba Luis eran

su mejor arma. Se acercó Fernando de Baviera, que había raptado a Carmencita cuando era una cría y se la había llevado a la Costa Azul, un aristócrata atractivo con una ajustada chaqueta de terciopelo negro sobre su magro tórax. Bajo la mirada tranquila de Muriel, aquel hombre curtido en mil batallas fumaba nerviosamente, hablaba del tiempo y se sentía furioso consigo mismo porque no se le ocurría nada más brillante para despertar su interés.

—Hoy ha llovido, pero mañana despejará. —Se maldecía por su torpeza, pero aun así no podía detener ese aluvión de banalidades que le venían a la boca—. Dicen que es una primavera muy rara.

Claro que Muriel lo escuchaba como si le estuviera hablando del más atrayente de los temas, sonreía y asentía irradiando un hechizo que la rodeaba como un muro invisible.

Alrededor suyo empezaron a orbitar hombres y mujeres, pero casi ninguno se atrevía a acercarse. A Patty le salieron muchos nuevos amigos que le tocaban tímidamente el codo y le decían:

—¿Te acuerdas de mí? El otro día, en Mayte Comodore.

Mientras hablaban no le quitaban el ojo a Muriel esperando ser presentados y cuando al final ella depositaba su mirada en ellos, se quedaban atrapados como polillas deslumbradas por la luz. Muriel solo sonreía, su piel, a la luz de las velas, tenía un rico color bronce dorado, sus ojos parecían aún más rasgados y a través de ellos se asomaba su alma transparente como el cristal. Levantaba la comisura de los labios como hacen algunos niños pero ya no había nada infantil ni en su cuerpo ni en su cara, estaba en la plenitud de su belleza de mujer que ansía amar y ser amada. Nunca, ni antes ni después, volvería a ser tan deseable, volvería a tener esa expresión tan cálida y femenina, tan extremadamente seductora.

Se acercó Pepe Vicuña y se lo dijo:

—Muriel, eres algo más que guapa; ser guapa es fácil, mira a Carmen Ordóñez, más hermosa que ella es imposible, pero lo es a pesar suyo; pero tú, hija mía, eres una obra maestra.

Ella se rio:

—Qué exagerado eres, me miran porque soy conocida y ya está.

—Todos estos hombres están preguntándose cómo puede ser tan gilipollas tu marido, cómo podrían partirle la cara y qué deberían hacer para sustituirlo y darte la felicidad que mereces; mirar a Carmen es como mirar una estatua de Bellini en Florencia, te quedas estupefacto, pero mirarte a ti es anegarse de ternura porque estás pidiendo protección, ayuda y un hombre de verdad que esté a tu lado.

Muriel sospechó que su amigo llevaba una copa de más, y de este discurso, que se le antojaba un tanto ininteligible, solo le había quedado una cosa clara:

—O sea que todo Madrid sabe ya que Luis me engaña.

—Cambia el tiempo verbal, querida, todo Madrid sabía que Luis te engañaba..., lo sabíamos todos menos tú.

Ella le pegó blandamente un puñetazo:

—Y no me dijiste nada aquel día que fuimos a Zalacaín. Él levantó las palmas de las manos al cielo:

—Sí, *mea culpa*... Pero no sé de qué hubiera servido. —Le quitó una mota inexistente del vestido solo para tener ocasión de tocarla y le dijo—: ¿O sea, que habéis decidido daros un tiempo?

Ella, con un mohín, hizo oscilar su mano:

—Bueno, así, así.

—Pues cuenta conmigo para pasearte y enseñarte a moverte en sociedad sin que te devoren los tiburones.

Solo pudieron ir a una fiesta en casa de Manolo March y a la inauguración del restaurante Bugui antes de viajar a Lanzarote.

En todas partes le hicieron fotos. Su suegro fue a su casa según tenía por costumbre aunque ella lo acogía con una amabilidad cada vez más forzada, y vio las revistas encima de la mesa. Cogió una al azar, la abrió, observó la fotografía de Muriel en la exposición de una pintora filipina y comentó:

—Murielita, todo esto es porque estás casada con Luis... —carraspeó, fingía no conocer sus problemas conyugales—. Si algún día decides dejarlo, que sepas que nadie te volverá a hacer ni una foto en la vida.

Ella se encogió desdeñosamente de hombros.

Luis iba directamente a Lanzarote desde Chile, donde tenían unas actuaciones. Ahora sí que la llamaba todos los días y le hablaba alegre y confiado como si no hubiera pasado nada entre ellos, no le preguntaba qué hacía y fingía no advertir su reserva. Un día le anunció una gran noticia:

—Pequeña —pero él ya se había dado cuenta de que no le gustaba que la llamara pequeña y como trataba de agradarle por todos los medios, rectificó—. Murielita, mi amor, tengo una noticia impresionante que va a cambiar nuestras vidas. ¡Prepárate, vamos a celebrarlo a lo grande!

Ella trató de contestarle con animación:

—Qué bien, qué es.

—Te lo diré en Lanzarote.

El viaje le producía un hastío abrumador. Por las noches se quedaba despierta tratando de reavivar el amor que había sentido por Luis, se decía que tampoco era para tanto, que todos los hombres eran iguales, y que su marido, que encima era artista, era más sensible y tenía más tentaciones. Pero la angustia le atenazaba el corazón, y aunque no quería dejarse dominar por ella, se sentía terriblemente cansada y su cabeza se veía dominada por un alud de recuerdos que la asaltaban a la vez. La camaradería inocente de sus primeros tiempos, los lazos que habían ido anudando en los siete años de matrimonio, la alegría de sus hijos, esa delicada filigrana

primorosamente construida a base de muchas discusiones, peleas, esfuerzo, risas, sexo y amor, se había desmoronado.

Y se preguntaba, ¿podría perdonar alguna vez?

En realidad, no había deseos de venganza en el fondo de su corazón porque ya no le importaba, y con lucidez reconoció que eso era porque ya no amaba a Luis. Pero, a pesar de todo, ¿su vida podría volver a ser como antes? Los platos que se rompían se pegaban, podían seguir utilizándose, pero ya se relegaban al fondo del armario para usar únicamente cuando ya no quedaba vajilla buena. Y siempre serían más delicados que los otros y un día acabarían por romperse definitivamente.

Su relación de pareja tenía una grieta que siempre estaría allí.

Sintió que las fuerzas la abandonaban.

Pero cuando se encontraron en el aeropuerto de Lanzarote la voz de él era tan tierna que se sintió profundamente conmovida:

—Murielita, Muriel, Muriel, mujer mía.

Él la avasalló, le pegó un abrazo hambriento, se demoró en su cuello, se echó a llorar delante de todo el mundo, le dijo que la amaba, que no podía vivir sin ella. Ella a todo contestaba sí, sí, sí, y si él le preguntaba, me crees, ella contestaba que sí, y era cierto, lo creía.

En esa isla de geografía difícil y belleza recóndita fueron recobrando sus hábitos de matrimonio. La primera noche se acostaron el uno al lado del otro, Luis fumaba, de pronto tiró el cigarrillo que acababa de encender, emitió un breve suspiro y la tomó entre sus brazos. Los cuerpos se reconocieron, hola, boca que he besado tanto, cómo estás, caderas que se han movido al unísono de las mías, ven, vientre que tantas veces me ha acogido.

Es difícil, cuando se ha hecho el amor de forma apasionada, has gemido, te has entregado, has probado posturas extrañas e indecentes que no habías ni siquiera imaginado nunca, es casi imposible volver a la posición de virgen ofendida, y Muriel se levantó por la mañana con una sonrisa.

Aunque ambos lo pensaron, ni el uno ni el otro hicieron alusión a sus actividades por separado. Por la mañana hacía mal tiempo y jugaron con los niños en el hotel. Cris y ella los disfrazaron con toallas y papel de váter y los hicieron actuar delante de papá, que se moría de risa al ver cómo trataban de imitarlo. Quico, el pequeño, el más callado e introvertido, era también el que más pasión le ponía:

—*To... todo si... que igual.*

Porque había salido tartamudo como el padre, a veces incluso fingía cojear un poco.

Al anoecer fueron los dos a la playa y trataron de caminar sobre las piedras redondas y negras, las estrellas de mar y las cáscaras de erizos. Muriel se quejaba e iba a saltos con los pies juntos. No había luna y reinaba la más absoluta oscuridad. Luis quiso cogerla en brazos, pero se cayó al suelo y al final fue Muriel la que cargó con él a la espalda, mientras él le decía amorosamente al oído:

—Yegua bonita, cabriolera, reina de las yeguas, arreando que es gerundio.

Luego cenaron solos en la habitación con las ventanas abiertas, el aire era cálido, fragante, levemente perfumado por las flores blancas de la noche; a lo lejos se veía el mar bañado por la luz de las estrellas. Se hicieron subir una botella de *champagne* Cristal y ostras, que no probaron. Y Luis le puso una caja encima de su plato. Muriel la abrió y dentro había un anillo con una esmeralda rodeada de brillantes, haciendo juego con unos pendientes. Enrojeció de placer, juntó las manos:

—Oh, Luis, muchas gracias..., pero te debe haber costado una millonada.

Él estaba tratando de abrir el *champagne* ayudándose con una servilleta, hasta que al final ella tomó la botella entre sus manos y quitó el tapón con solo un gesto de muñeca. Luis, levantando su copa, le dijo:

—Y aquí viene mi gran noticia, ¿estás preparada?

—Sí.

—¡Tu marido ya es oficialmente cantante de la CBS! —Le pareció que ella no estaba lo suficientemente impresionada, llevaba tanto tiempo oyendo hablar de la CBS que ya no sabía de qué se trataba—. Mi contrato es..., voy a estar a la altura de..., no sé, mira la caja.

Muriel rebuscó debajo del terciopelo. Luis se había hecho copiar un cheque por valor de sesenta y nueve millones de dólares.

Muriel no daba crédito a sus ojos, lo leyó una y mil veces tratando de contar los ceros, ¿eran diez?, ¿eran veinte?

Luis se levantó y la abrazó:

—Millones, bonita, millones de dólares; cómprate lo que quieras, el mundo entero si te apetece.

Ella se sintió a la vez halagada y confusa.

Luis no le dijo, claro está, que en realidad solo había recibido un adelanto y que casi todo había servido para comprar su libertad con la casa Columbia, que hasta entonces era su discográfica. Y que el resto se lo había llevado el poderoso equipo de abogados que habían gestionado este macrocontrato para toda la vida, único en su género. Pero aun así se trataba de una alianza fabulosa, que convertía a Luis en multimillonario y en una estrella. Luis la observaba con escrutadora zozobra:

—Bonita, y mira lo que se me ha ocurrido... Nos podríamos ir a vivir a Estados Unidos. ¿Qué te parece? Yo ahora soy un artista internacional; para empezar, me voy a hacer panameño.

Muriel rio con incredulidad:

—Panameño, ¿tú?

—Sí, me lo ha arreglado todo el general Torrijos, es para pagar menos impuestos aquí, que ya ves cómo está el país. No me da la gana de que con mi dinero se mantenga a estos comunistas hijos de puta; mira que haber legalizado el partido, ahora son como tú y como yo —resopló despectivamente y volvió a lo suyo—. Y yo aquí ya no tengo nada que hacer, estoy harto de los críticos, de los festivales de la

canción y de tragar polvo por las carreteras... Me voy a comprar un avión y después una casa impresionante, ¿cómo la quieres?

Deslumbrada y aturdida, Muriel no sabía qué contestar:

—No sé, ¿pero nos tendríamos que ir a Panamá?

—No, a Estados Unidos. Tú tenías familia allí, ¿no? Te querías ir cuando..., en fin, de soltera.

—Sí, una media hermana de mamá vive en San Francisco, es una ciudad muy bonita, está al lado del mar —se animó súbitamente—, pues la verdad es que me gustaría vivir allí.

Él levantó su copa, la alegría le rebosaba por los ojos y por la voz:

—Pues qué, ¿lo decidimos? ¡Siempre al oeste!

Ella la levantó también y, con expresión radiante y exaltada, con ganas de aventura, corroboró:

—¡Siempre al oeste!

Pero el encanto y la ilusión de un futuro distinto le duraron muy poco, si es que en realidad llegó a confiar en él alguna vez.

Pepe Vicuña fue cínico y despiadado:

—Murielita, puedes intentar que tu cabeza no se acuerde, pero este —se dio dos golpes en el pecho— no se va a olvidar nunca de lo mal que se ha portado Luis... ¡El corazón no olvida!

Ella intentó protestar, pero él recurrió entonces al tono ligero:

—Hija, reflexiona y no te hagas el harakiri de nuevo, ¡además, qué caray, no todos los días se tiene la oportunidad de ser marquesa!

Muriel se revolvió molesta por este comentario, y fue Carmencita la que dio en la diana:

—¿Y tú crees que en San Francisco de América va a cambiar Luis? ¡Va a hacer lo mismo que en San Francisco de Sales! Lo lista que eres para unas cosas y lo tonta que eres para otras. ¡Él te la pegará allí y en la Conchinchina! ¿Y qué harás sola en el país de los pieles rojas?

Muriel rio con tristeza y pensó que era cierto, a su tía la conocía muy poco, ¿cómo podía apoyarse en ella? ¿Y sus hijos? ¡Ya tenían sus amigos en el colegio, a la fiesta de cumpleaños de Márely habían ido cuarenta niños! Y su círculo, «mi ambiente», como le gustaba decir, también estaba en Madrid, a ella le gustaba esta ciudad ruidosa, abierta y viva.

Se lo comentó a Felipe Carbó mientras cenaban endivias con roquefort y carne fría en su casa de la calle Fortuny:

—No sé qué hacer.

Cuando Muriel iba a cenar a su casa, Felipe dejaba a sus dos hijos, que vivían con él, con su madre, la duquesa de Montellano, daba fiesta a los criados y servía la cena



él mismo. Ella entraba por el garaje y conseguía que no la viera nadie, cosa no muy difícil porque Felipe no era conocido y además sus vecinos eran muy discretos.

Claro que, primero, antes de tratar sus temas íntimos, mientras tomaban el aperitivo, estuvieron hablando de política. Felipe le preguntó a quién iba a votar y cuando Muriel le dijo que a Fuerza Nueva, él la riñó, pero con una sonrisa tan indulgente y bondadosa que ella no pudo ofenderse:

—Pero eso es la extrema derecha, es una barbaridad.

—Mi suegro dice...

—Tu suegro es un señor mayor que ha hecho la guerra, y lo que piensa no tiene nada que ver con la España que queremos y que el rey está intentando sacar adelante.

Aquí Felipe puso un tono un poco redicho pero a Muriel no le importó porque sabía que era muy amigo de don Juan Carlos, con el que incluso había estudiado de niño; lo miró desvalidamente, parpadeó y le preguntó:

—Entonces, según tú, ¿a quién tengo que votar?

—Tampoco te voy a decir que votes por los comunistas, pero, por ejemplo, por Alianza Popular.

Ella le tiró la servilleta:

—Qué cara, porque te presentas tú.

Él se puso a reír y deseó abrazarla.

Fue después cuando ella le dijo moviendo la cabeza:

—No sé qué hacer.

Y él supo que ahora no se estaba refiriendo a la política. La miró intensamente queriendo comérsela con los ojos, se dio cuenta de que cuando Muriel echaba la cabeza hacia atrás descubría un lunar que tenía en la base del cuello y sentía unas ganas irreprimibles de depositar sus labios ahí y no moverse en toda la vida.

Se esforzó en prestarle atención; como tantos hombres en su situación, tuvo que decir una cosa mientras por dentro pensaba otra completamente distinta:

—Quizás él ha decidido cambiar y quiere que le des una segunda oportunidad.

Ella le dirigió una mirada inundada de tristeza:

—¿Y tú crees que debo hacerlo?

Él se atragantó con el rosbif, tuvo que beber un sorbo de vino y dijo:

—No sé, lo que tú sientas.

Muriel le preguntó con la expresión de un niño al que acaban de herir hondamente:

—O sea, que tú quieres que vuelva con él.

Felipe tartamudeó fuera de sí, limpiándose con la servilleta para ocultar sus verdaderos sentimientos:

—No sé qué decirte, Muriel.

Ella se echó a reír con travesura, sus ojos brillaban maliciosamente:

—Felipe, qué mal finges.

Él se rio también, lo que más le gustaba de Muriel era lo fácil que resultaba estar

con ella, lo grata que era la vida a su lado. Lo cómodo que se sentía:

—¡En menudos compromisos me pones! —Movi6 la cabeza a un lado y a otro con la sonrisa prendida de los labios—. Eres una gamberra.

Ella se burl6 afectuosamente:

—Y t6 un caballero.

Por la ventana abierta entraba una claridad difusa, la tranquilidad de la noche tena el encanto misterioso de un hechizo. Felipe se levant6 para poner un anticuado disco de Johnny Hallyday:

*Retiens la nuit pour nous deux jusqu'à la fin du monde.*

*Retiens la nuit pour nos coeurs dans sa course vagabonde.*

Le pregunt6:

—¿Quieres bailar?

Sabía que a ella le gustaba mucho, estrech6 su cuerpo delgado y flexible, enterr6 la boca entre su pelo y aspir6 su fresco aroma de juventud. Ella se separ6, se puso de puntillas y dio dos vueltas, esbelta y ágil como una gacela, volvi6 a sus brazos, levant6 su mirada hacia él, sonreía y en sus ojos brillaba el placer de vivir, y solo dijo:

—Felipe.

Él la vio cálida y vulnerable y se sintió embriagado por la maravilla de ese momento.

Cuando lleg6 por la noche a casa la estaba esperando la Seño, que le advirti6 alarmada:

—Han llamado de parte del seño.

—¿C6mo dice, Elvira? ¿Desde d6nde?

Se dio cuenta de lo que habían cambiado las cosas: antes conocía al dedillo los lugares donde actuaba Luis y d6nde se alojaba, y ahora no tena ni idea, haba dejado de preguntarlo. Fue su suegro el que llam6 al cabo de poco rato con la voz cargada de reproche:

—Murielita, que Luis ha tenido un accidente... Estaba cantando en el hotel Intercontinental, en Cali, y ha tropezado con una escalera de mano. —De pronto se puso a vociferar—. ¡No sé por qué coño va a cantar a esos sitios de mala muerte ahora que ya es una estrella!

Muriel se asust6:

—¿Pero c6mo, un accidente, qué le ha pasado?

Malhumorado, el doctor continu6 como si no la hubiera oído:

—Dicen que ya tena ese bolo contratado y que no podía defraudar a sus fans. ¿Y t6 d6nde estabas?

Ella le interrumpió con impaciencia:

—Ay, por favor, qué más da eso. ¿Es serio? ¿Qué ha pasado?

Rezongó su suegro:

—Espera, chica, vaya carácter se te está poniendo; le han dado siete puntos en la cara. Esta noche tiene una actuación en Bogotá y yo voy a reunirme allí con él. —En tono cáustico preguntó—: Si quieres venir...

Advirtió su vacilación y dijo secamente:

—Vale, los niños, ya entiendo, no hace falta, al fin y al cabo no es nada grave, ya te iré informando.

El padre lo acompañó a Nueva York para que un cirujano estético le arreglara el estropicio que le habían hecho en la cura de urgencia del turno de noche de un hospital público de Colombia para detenerle la fuerte hemorragia. Y de paso aprovecharon para practicarle un estiramiento facial porque, aunque solo tenía treinta y cuatro años, el médico le dijo que de tanto tomar el sol la piel de la cara era la de un hombre anciano.

Luis no le comentó nada a Muriel, pero ella lo advirtió en cuanto pisó España: le habían quedado los ojos más rasgados, tenía aún la cara hinchada y la boca algo torcida. No le importó; ella ya había hablado con el doctor Vilar Sancho para afinarse la nariz y enderezarse el tabique nasal y tampoco pensaba contárselo a nadie.

El día de las elecciones Luis actuaba en un especial 24 horas de televisión presentado por su viejo enemigo José María Íñigo. Muriel fue sola a votar paseando desde su casa. El tiempo era gris y suave y las aceras tenían reflejos húmedos. A los periodistas que le preguntaban les aclaró:

—Soy española por matrimonio.

Uno quiso tirarle de la lengua:

—Por su gran amistad con la familia Franco, votará a Blas Piñar y Fuerza Nueva.

Muriel sonrió secretamente y guardó silencio, pero cuando depositó su voto en la urna no pudo evitar murmurar muy bajito «va por ti, Felipe».

Felipe, sí, Felipe. A ella le gustaba su compañía, por primera vez en su vida tenía conversaciones de verdad con un hombre, no aquellos largos monólogos en los que Luis hablaba de sus cosas y si ella intentaba comentarle algún tema propio, él dejaba de escucharla o recibía tan solo una palmada en el culo y una respuesta distraída:

—Está bien, pequeña, todo lo que hagas está bien.

Luego, en la cama, la pasión borraba las culpas y los desaires.

Se daba cuenta de que la existencia con Felipe pertenecía al mundo adulto y real, representaba esa vida sosegada que siempre había deseado. Podía confiar en él; las heridas que le había causado Luis se las iba a restañar Felipe Carbó. El hombre tranquilo.

Pero ¿estaba segura?

De momento, un largo verano se extendía ante ellos.

Un verano extraño, como ese tiempo suspendido que se da antes de los huracanes

o de los terremotos. Cuando luego entrevistan a la gente, dicen, «la atmósfera era pesada, estábamos nerviosos, los animales se escondían, sabíamos que se acercaba algún suceso inusual pero no adivinábamos qué...».

Ese verano Luis no tuvo apenas contratos pero Muriel advirtió que eso, que lo hubiera sumido en la desesperación meses antes, en realidad le alegraba. Estaba eléctrico, pletórico de salud, revitalizado. En vez de sangre por las venas le corría pura energía, se tumbaba horas enteras al sol y se levantaba de un salto, sin vacilaciones, había dejado de cojear y ni siquiera tartamudeaba.

Cuando creía que ella no lo veía, se golpeaba el pecho y gritaba a solas, inexplicablemente, «hijos de puta hijos de puta hijosdeputa-hijosdeputa-hijosdeputa...». Mantenía largas conferencias con sus abogados y representantes porque aunque Fernando Abad continuaba a su lado, había contratado a las mayores agencias de comunicación y representación del mundo.

Por teléfono cantaba el que debía ser su próximo *hit*, su boleto de entrada en el estrellato mundial. Se ponía la mano en la barriga, movía los hombros, ponía caras como si lo estuvieran contemplando centenares de miles de espectadores en lugar de Nuky que, con la boca abierta, pasaba una y otra vez el trapo del polvo por el mismo mueble para no perderse ni una palabra, ni un gesto:

—... *Soy un galán, soy un ladrón...*

Eso de galán qué debía ser, se preguntaba Muriel; lo miraría en el diccionario. Cuando tuviera un minuto libre. Porque los periódicos empezaron a hacerse eco de su fabuloso contrato, ya que Luis iba a estar en el podio de los *top ten*, los artistas que más cobraban, una meta que para los latinos siempre había sido inalcanzable. Y todos los días, además de las llamadas a larga distancia, se presentaban los periodistas a la puerta del chalet de Guadalmar y Luis los hacía entrar, disponía comidas improvisadas y al final tenía que salir Muriel con los niños para las fotos.

Márely, mientras la vestían, trataba de zafarse:

—Jo, mami, ya están ahí esos periodistas rollos.

En la suave claridad de esas tardes de verano, Muriel miraba pensativamente a sus hijos y no podía dejar de sentir una gran tristeza. ¿Los iba a dejar sin su padre? Era lo que más quería del mundo, ¿y les iba a hacer la gran putada, la peor que se le puede hacer a un niño, de dejarlos sin su padre?

¿Pero tenían un padre? ¿Los había ido a buscar alguna vez al colegio, los había llevado al médico, sabía qué enfermedades habían pasado? Cuando los veía, los abrazaba, pero pronto se cansaba, no le preguntaba nunca por ellos. Si ella intentaba explicarle alguna anécdota, como cuando se había encontrado a Márely probándose sus zapatos de tacón o a Quico compartiendo un potito con el perro, él asentía distraídamente y por su mirada vidriosa sabía que había desconectado y estaba pensando en otros asuntos.

Muriel cerraba los ojos y movía la cabeza, no quería hacerse trampas al solitario, estaba buscando justificaciones para dar el gran paso. Qué difícil era todo.

En la foto oficial de ese verano los cinco iban vestidos de azul, Muriel llevaba un blusón *hippy* estampado azul claro con un volante en el escote, al cuello el hilo de oro con el brillante que Luis le había traído de Puerto Rico. Él iba con una camisa tejana abierta sobre una camiseta azul, el pelo bastante largo para tapar las rosadas cicatrices del *lifting*, demasiado recientes. Resplandecía la dentadura de los dos en sus rostros bronceados.

Algún periodista malicioso escribió que ambos se habían hecho un tratamiento de blanqueamiento dental.

Los niños estaban incómodos en brazos de sus padres, se les adivinaba el deseo de irse corriendo. Quico hacía pucheritos. La expresión de Muriel era algo distante, mientras Luis reía como siempre, pero cuando bajaban las cámaras se quejaba:

—Joder, este niño me ha dado una patada en la entrepierna que casi me descalabra.

Nunca más iba a repetirse ese posado de los cinco juntos, aunque en ese momento ninguno de ellos lo supiera.

Luis respondía con perfecto cinismo a los periodistas que le preguntaban si era verdad que se había hecho ciudadano panameño:

—Claro que no, es una mentira más de la prensa que me odia. Yo soy más español que la tortilla de patatas.

Y Muriel se admiraba de la sinceridad que transmitía y si no hubiera visto los papeles firmados por el propio general Torrijos en los que se concedía a Luis la nacionalidad panameña, hubiera creído que decía la verdad. Así podía comprender cómo a ella había conseguido engañarla durante tanto tiempo. Claro que ahora se había convertido en una experta y también mentía con desenvoltura:

—Estamos muy bien, yo muy orgullosa de este gran contrato de Luis. Sí, nos vamos a ir a vivir a Estados Unidos, ya he matriculado a los niños en el colegio y ya he empezado a enviar cosas para amueblar la casa.

En realidad era mentira y no lo era. En un primer momento de entusiasmo habían enviado algunos objetos, vajillas y ropa de cama a un guardamuebles de San Francisco, pero allí estaban, cubriéndose de polvo, porque entre ellos no se había vuelto a hablar del tema, el plan había fallecido de muerte natural, sin espavientos.

Luis estaba inmerso en sus asuntos y confiaba en que el resto de su vida se mantuviera tal como hasta ahora. Sin interferencias ni de su mujer ni de sus hijos.

Esta era al menos la impresión de Muriel. Cuando Luis regresó a Latinoamérica a cumplir con los últimos compromisos pactados antes del contrato con la CBS, se despidió con un apresurado:

—Murielita, ya sabes lo que te quiero; todo esto no tendría sentido sin ti.

Ella le dijo adiós con impaciencia en el vestíbulo de casa con ganas de quedarse sola. Cuando se cerró la puerta tras su marido, respiró aliviada. Pero Luis se había olvidado el pasaporte en la habitación y volvió a subir, ella estaba al teléfono y se le escapó un tono agrio de profundo fastidio al preguntar, mientras tapaba el auricular

con la mano:

—¿Y ahora qué pasa?

Él le enseñó el documento y volvió a salir. Eso fue todo.

Invitó a comer a Felipe un domingo en casa para que conociera a sus hijos. Como Muriel solía tener prensa en la puerta, entró con Carmencita escondido en el portamaletas del coche, se rieron y él dijo que se había sentido como un espía ruso.

Los niños se portaron muy bien, muy serios saludaron a Felipe dándole la mano, él les habló como si fueran adultos, comieron con tenedor y cuchillo y después se fueron a jugar a su cuarto.

Pero aún volvió Márely arrastrando su muñeca y le preguntó:

—¿Quién eres?

Fue su madre la que contestó:

—El tío Felipe.

Muriel sirvió los cafés con ademán desenvuelto, sus ojos brillaban de placer al sentirse libre en un mundo tan agradable, y puso música, una polonesa de Chopin. Las notas cristalinas del piano parecieron refrescar el ambiente bochornoso. Con ademanes llenos de gracia sacó un puro, con una astilla de cedro le quemó la punta dándole vueltas, se lo llevó a la boca, sopló suavemente, luego le dio un par de chupadas hábiles hasta que se encendió la brasa, y solo entonces se lo pasó a Felipe, que lo cogió con un temblor perceptible en las manos y los ojos humedecidos.

Estaba inusitadamente callado, y cuando ella intentó iniciar una conversación trivial, levantó el dedo índice:

—Espera, tengo que decirte algo importante... —Ella lo escuchó arqueando las cejas y con una leve sonrisa en sus tranquilos ojos castaños—. Estoy enamorado de ti, Muriel, hasta ahora no te he dicho nada porque me parecía que estabas tratando de arreglar tu matrimonio..., pero no quiero que interpretes mi silencio creyendo que no me interesas y te me escapes.

Muriel pensó enternecida en lo tontos que podían ser los hombres aunque fueran muy inteligentes, se sintió ganada por la sinceridad que trasmitían las palabras de Felipe y también se emocionó.

Él le tomó las manos y prosiguió:

—No soy un hombre rico pero te aseguro que voy a dedicar toda mi vida a protegerte y a cuidarte, te voy a hacer feliz, Muriel, y nadie te va a querer como yo.

Le rozó levemente el rostro en una caricia sencilla y casi fraternal:

—Me gustaría que te separaras de Luis, que anularas tu matrimonio como yo hice con el mío y que nos casáramos, te necesito a mi lado y te quiero con toda la fuerza de un chico joven, aunque tenga catorce años más que tú... Te juro que es la primera vez que lo siento y que lo digo.

Ella le preguntó con coquetería:

—Entonces, ¿no puedes vivir sin mí?

Él le contestó gravemente:

—No quiero vivir sin ti, que no sé si es lo mismo.

Muriel bajó los ojos y se puso a jugar con su anillo de casada. Se preguntó si estaba enamorada. Quizás sí, el amor podía ser esta sensación templada, se podía amar sin sufrir y la vida se le presentó como un largo y apacible día de primavera que no terminaría nunca.

Le dijo:

—Lo pensaré —titubeó antes de añadir—, ya sabes que me voy a Filipinas a pasar la navidad. Cuando vuelva te contestaré.

Él le cogió la mano y se la besó. Y ella lo miró con ojos burlones y cariñosos mientras sentía una emoción honda y a la vez exquisita en el corazón.

Cuando se lo contó a Carmencita, su amiga le dijo:

—Estás jugando con fuego, tienes que escoger, o uno u otro.

Estaba haciendo las maletas cuando sonó el teléfono. La hija de una prima de su madre estaba realizando su *grand tour* con sus padres por América antes de casarse y le dijo que les gustaría poder ver una actuación de Luis en Argentina. Muriel la puso en contacto con Fernando y cuando la llamó Luis, se lo contó. Él, aunque estaba en plena operación reconquista matrimonial, no pudo esconder su malhumor:

—Hombre, no tendré tiempo de atenderlos, no me metas estos marronzos, estoy trabajando y no haciendo turismo.

Ella le mintió:

—Mamá me lo ha encargado expresamente. —Sabía que así no se negaría, Luis se había ganado a Cristina para su causa y no podía perderla—. Invítalos al concierto, no pretenden nada más.

Esas navidades Muriel voló sola a Manila, Luis iría después directamente desde Buenos Aires, «pequeña, cuento los días que me separan de ti». Ahora se alojaban en el Sheraton, pero Muriel no tenía ninguna intención de permanecer encerrada en su habitación; es más, nada más llegar quedó con sus amigas del colegio, a las que no veía desde hacía años, para invitarlas a comer al Manila Polo Club.

Dejó a los niños en casa de su madre, ahora eran ya seis nietos los que correteaban por el jardín y el padre era el que más los disfrutaba. Los ponía a hacer gimnasia y Cristina les enseñaba a jugar al mahjon. Cris, que estaba con ellos en el hotel, también había salido. Le había llamado un amigo de la infancia, Luis Castillejo, y ella al principio se había hecho la remolona:

—No, que Ramiro...

Pero Muriel había cortado el tema con firmeza:

—Olvídate de Ramiro, no tienes nada que hacer con él, Luis es el chico que te conviene.

Se arregló con mucho cuidado, sabía que sus amigas iban a repasarle desde el color de las uñas de los pies hasta los pendientes, y mientras se los ponía delante del espejo, sin darse cuenta tarareaba:

—*Soy un galán, soy un ladrón, algo rebelde y algo bribón.*

Anda, ahora se ponía a cantar cosas de Luis. Se rio sola, pero reconoció que la melodía debía tener bastante gancho para que ella, que no tenía oído, la recordara.

De pronto la avisaron por teléfono:

—Aquí hay unos señores que dicen que son sus primos que quieren verla.

—Ya voy.

Cogió el bolso, *soy un galán, soy un ladrón... ón... ón...*, un último golpe de laca contra la humedad, y bajó en el ascensor. ¿Quiénes serían? ¡Eran tantos de familia! Pero la duda se despejó enseguida, se trataba de los primos de mamá con su hija, los mismos que habían viajado a Argentina.

Se acercaron a ella, la besaron y le dieron las gracias, porque el concierto de Luis había sido estupendo y luego habían estado en el camerino y se habían hecho fotos. Se las enseñaron, Luis, vestido ya de *sport*, con camiseta y pantalón blancos, las zapatillas con forma de mocasín que le hacía a medida su amigo Pedro de Felipe, el pelo mojado, la operación de estética se había asentado y ahora su rostro se veía más natural aunque no dejaba de posar, claro está, por su lado bueno.

Muriel miraba las fotos y comentaba con cierta impaciencia:

—Qué bien estáis, cómo se ve que os divertís, sí, Luis tiene mucho *charme*... Bueno, yo ya...

Pero se notaba, en la desazón de los tres, que querían decirle algo más. El padre se aclaró la voz y le pidió:

—Murielita, ¿nos podemos sentar en algún sitio? —La madre y la hija evitaban mirarla—. Verás, queremos comentarte algo.

Estaba inquieta porque llegaba tarde, como siempre, pero es que esta vez era la anfitriona y eso era imperdonable. A pesar de eso les señaló un rincón del *hall*. Fueron en fila india, Muriel se rio un poco por dentro porque parecía un desfile mortuario y a ella el humor negro le hacía mucha gracia.

Se sentaron y, sin ningún circunloquio, él le soltó:

—Murielita, nadie sabe en Argentina que Luis está casado.

Ella se rio. ¿Para esto tanta comedia? Le quitó importancia:

—Me lo imagino, un *latin lover* no puede tener mujer y tres hijos, menudo papelón.

El matrimonio se miró, y ahora fue ella, que llevaba unas gafas de cristales muy gruesos y no había heredado la legendaria belleza de las mujeres Segura, la que tomó la palabra:

—Pero es que no es solo eso. —Va, dispara, le ordena in mente Muriel—. La prensa argentina dice que Luis es novio desde hace años de una actriz que se llama Graciela Alfano, se hacen fotos juntos abrazados y dándose besos en la boca y él



explica que se va a comprar tierras para vivir con ella gran parte del año.

La mujer, mientras hablaba, rebuscaba en su bolso, sacaba unos recortes de periódico y se los tendía con mano firme y una mirada elocuente. Él mientras intentó justificarse:

—Tu madre nos dijo que no te lo contáramos, pero hemos preferido hacerlo, eres nuestra sobrina y te queremos mucho.

La hija habló por primera vez:

—He sido yo la que ha insistido... —Puso todo el desprecio del mundo en la voz—. ¡Me parece asqueroso por parte de Luis!

Como Muriel no cogía los recortes de prensa, la tía acabó por dejarlos sobre la mesa, se notaba que tenía ganas de quitárselos de encima como si fueran bichos molestos. Los tres estaban atentos a la reacción de Muriel, la observaban expectantes. Ella miró los papeles y luego clavó los ojos en el suelo... Silencio absoluto.

Al final los cogió sin leerlos, los arrugó y buscó alrededor dónde tirarlos; sin palabras, el tío le tendió una enorme papelera, Muriel metió los periódicos dentro, los aplastó bien contra el fondo, se sacudió las manos como hacen los obreros cuando terminan la faena y, mirando el reloj, dijo:

—Perdonad, es tardísimo, me esperan desde hace media hora —y añadió cortésmente—: Gracias por venir.

Ellos se asombraron y creyeron que Muriel hablaba de forma sarcástica. La chica preguntó con cierta altivez:

—Pero ¿te importa que te los hayamos traído? —y añadió suspicaz—: No sé, no pareces sorprendida, quizás ya lo sabías.

—No, no lo sabía.

—¿Y no te sorprende?

—No.

—¿Y no te duele?

Los tres la miraban con penetrante atención. Muriel se puso bien el bolso que llevaba en bandolera, cogió sus gafas oscuras, se ajustó la chaqueta, se dio unos golpecitos irónicos en el corazón como para comprobar que seguía funcionando y respondió:

—Pues no.

Y lo curioso es que decía la verdad. El hombre y la hija se fueron sin despedirse con expresión de perplejidad y la tía se quedó rezagada, la cogió del brazo, acercó sus ojos miopes a su rostro y le reprochó:

—Qué fría te has vuelto..., no pareces tú.

Muriel puso una sonrisa amarga y dijo:

—Es que ya no soy yo.

Qué bobo es Luis, se cree que no me he dado cuenta de que me ha puesto un detective... Pues vaya dinero tirado, porque cuando le entregue su maldito informe, nuestro matrimonio ya no existirá, estará roto en mil pedazos. O mejor dicho, en dos, él y yo.

Terminado, *finito, finish, kaput*. ¿Y entonces qué más dará lo que le cuente?

Tin, tin, tin... ¿Qué es eso? Ah, las campanadas del reloj de la cocina. Cuando una casa lleva dos meses cerrada tiene un encanto poético y misterioso y todo resuena de una manera especial. Parece un vals vienés, tin, tin, tin... Me encantaría bailar, silla, ¿me permite este vals?

Felipe dice que en otoño me llevará a Salzburgo a un concierto. ¿Qué quedará bien para una cosa así? Perlas o una cadena de oro, supongo... ¿Con una vuelta o con dos? A ver, no me veo muy bien en el espejo pero no quiero encender la luz, me gusta esta penumbra confusa y extraña, ay, me he cogido el pelo en el cierre, qué útil me sería ahora un hombre para desengancharlo, me abriría el broche y después se inclinaría sobre mi nuca y me daría un beso largo, lento y deliberado. Qué escalofrío de placer celestial me recorre la espalda, mira, me pongo a jadear como cuando...

Perlas, mejor perlas, me aclaran la tez, me gustan, me favorecen.

Me muero de risa, pasar del *soy un galán soy un ladrón* al *Danubio azul*, menudo viaje; si fuera escritora se me ocurriría un libro sobre eso.

Pero, *shit*, ¿qué hago perdiendo el tiempo? En una hora tengo que estar en Barajas, por Dios, por una vez en la vida voy a intentar ser puntual, estoy por pedirle al señor que me espía que me acompañe y conduzca él, seguro que llegaremos a tiempo y así se ahorraría el taxi para perseguirme, al pobre no se le ve muy boyante, no debe dar mucho ese oficio. El otro día, merendando en Embassy, estuve a punto de decirle que se sentara en mi mesa, que yo lo invitaba, me daba no sé qué verlo ahí afuera con su gabardina y lloviendo.

¿Qué hora es? No quiero arreglarme demasiado, ¿para qué? Claro que tampoco es plan de ir con la cara lavada y aspecto de enferma. Ese vestido de algodón blanco con lazos en los hombros no está mal, este verano ya he tomado el sol con protección 50, el año pasado Luis me dijo, «no te favorece estar tan morena, pareces negrita» y no se dio cuenta de la expresión de odio que se me puso, es que tiene una forma de decir las verdades que ofende. Él es el ser más susceptible del mundo, si le dices cualquier tontería se molesta y se pone a gritar pero luego te suelta este tipo de burradas, como cuando le dijo a Fernando Abad, «los mánager, como tú son los que nos hacen matarnos en la carretera». Acababa de morir Cecilia y se lo dijo delante de un auditorio de cinco mil personas, no se fijó en que Fernando, que la quería mucho, le llamó «hijo de puta».

Pero ¿por qué me importa lo que diga? Creo que no me voy ni a pintar, bueno, un poco de rímel y gloss en los labios, y polvos del sol para que no me brille la cara. Estamos en julio, día 17, ¿no? De 1978 para más señas. ¿Qué temperatura hará? El piso está recalentado y huele a goma, a saquitos de lavanda y a cañerías, los muebles, con las sábanas por encima, parecen fantasmas.

Uuuuh, me gustaría jugar con los niños ahora que no nos vería la Señó, nos pondríamos las sábanas por encima y nos perseguiríamos por la casa, yo gruñiría con voz de ogro «soy el fantasma sonriente, que abrió la boca y se le cayó un diente» hasta caernos rodando los unos sobre los otros y les haría cosquillas en la barriga, en las plantas de los pies y en los costados y se retorcerían como lagartijillas, «para, mami, para».

Formalidad, Muriel, a lo que íbamos. Que no se vaya a creer Luis que esta vez no es en serio, tiene que darse cuenta de que, cuando hoy le diga adiós, será para siempre. Lo he pensado muy bien, no le voy a dejar la opción de venir aquí y hablar porque empezaría con eso de que me ama más que a nada en el mundo y que se quiere morir si no está conmigo.

En un lugar público no podrá dejarse caer a mis pies para abrazarme las rodillas, ni podrá estallar en sollozos. No llorará amargamente con unos suspiros que me desgarrarán el corazón consiguiendo que este enfermo terminal que es nuestro matrimonio tenga unas semanas, unos días, unas horas más de vida.

Prórrogas que me llenan de ira y de impotencia.

¡Qué ganas de que todo termine!

Le diré «fin, hoy ya no vengas a casa» y lo dejaré ahí plantado, me marcharé sin volver la vista atrás. En realidad ya se lo he dicho por teléfono, pero él siempre ha pensado que si estamos *face to face* y me hace una caricia todo se me va a pasar... Me gustan las caricias de Luis, es verdad, esa mirada embrujadora y cómo estira voluptuosamente los brazos después de hacer el amor. Me conozco tan bien todos los recovecos de su cuerpo, he pasado las manos, los labios y la lengua por cada uno de sus rincones, él siempre gime, «así, sigue, así»...

Basta, Muriel, pero en qué plan estás, debe ser el calor. Recuerda lo tediosas que te parecen sus promesas de amor y cuántas veces tienes ganas de decirle: «Sí, vale, me quieres mucho, ¿podemos pasar a otra cosa? Por ejemplo, ¿por qué te acuestas con todas esas mujeres?».

Quererme, sí, serme fiel, nunca.

Por el camino me voy a preparar una frase rotunda, a ver..., sí, ya sé, «Luis, tú tuviste que pedirme muchas veces que nos casáramos, pero yo te voy a decir una sola vez que nos separemos». No es muy sincera porque en realidad llevo tiempo diciéndoselo, pero queda bien. Es curioso cómo dejas de valorar la sinceridad cuando has estado casada con un artista. En fin, es una frase redonda, se lo voy a poner fácil a sus biógrafos, yo ya he aprendido lo que es esto del *show business*, ¡he tenido el mejor maestro!

Ves, Luis, tan tonta no soy.

Eres tonta, me lo ha repetido muchas veces. En tono protector, claro, y mientras me besaba, qué cría eres, qué monísima eres, qué tonta eres, pero qué harta estoy de ese eres tonta.

Eh, ¿qué ha sido eso? La voz llena de mimos de Luis, «ven que me aburro», Nuky llora en la cocina, ¡el teléfono!, ¡mamá, mis hermanos! Señora, está ahí un periodista. ¿Por qué grita Quico?

Ruido de patitas de perro sobre el *parquet*.

Una lionesa, Murielita.

Las voces no se han ido para siempre porque cuando la casa se queda vacía las palabras salen y rebotan contra las paredes, se repiten interminablemente.

Los niños están en Guadalmar, el servicio y mi hermana Cris también, a mi suegra no me he molestado en decirle nada, ¿para qué darle una alegría? ¡Que la divierta su padre! Se lo he contado a mi familia para que no haya marcha atrás, papá ha dejado de hablarme y mamá... Yo sé que ella me perdonará aunque le cueste, pero Luis se los ha metido en el bolsillo a los dos con su encanto tamaño *king size*.

Pero ¿qué digo? Eso es lo que ha roto nuestra relación, ese encanto cabrón, como lo denomina su mismo padre. Conocer a Felipe me ha ayudado a dar este paso, sé que con él tendré el matrimonio con el que he soñado toda la vida, tranquilo y sereno. Felipe no es abogado como quería yo, sino ingeniero, le gusta el campo, es un hombre fiel, y como es fiel, no sabe lo que son los celos. Está enamorado de mí, es serio y sólido como una roca. Hombre, para ser sinceros a mí el campo no me gusta mucho, lo reconozco, pero quizás me acostumbre.

Me he dado cuenta de que lo mío es el matrimonio y la familia. He probado otra forma de vida, pero no me llenaba, ¡es muy cansado ser una fresca! Este último año he salido más y he conocido a más gente que en toda mi vida, me lo he pasado bien, es divertido pensar que parpadeando lentamente, sin hablar y sonriendo un poco, los hombres caen como moscas.

Viajábamos a Barcelona por la mañana, vaciábamos las tiendas del Boulevard Rosa, nos íbamos de copas a ese bar tan oscuro de la calle Mandri y regresábamos a Madrid en «el golfo», a las doce de la noche. Íbamos con gafas oscuras para que no nos reconocieran, pero como en el avión tropezábamos y no encontrábamos los asientos, nos miraba todo el mundo. ¡Un día no me di cuenta de que mi butaca estaba ocupada y me senté encima de un pasajero! Nos daban ataques locos de risa.

Era como si estuviera viviendo una etapa anterior a mi edad actual, como si mi vida fuera una escalera y yo me hubiera saltado algunos peldaños.

Ese viaje que hice con Carmencita a Estados Unidos fue una locura, estuvimos alternando con las grandes estrellas de Hollywood, resulta que Peter Viertel y Deborah Kerr también eran amigos de la duquesa de Franco y nos invitaron, nos presentaban como si fuéramos princesas reales, no sabían si besarnos la mano o el pie y ninguna de las dos teníamos ni un duro, no nos habíamos atrevido a pedir dinero a

nuestros maridos. ¡Lo pasábamos tan bien que a veces nos hacíamos pipí de las carcajadas! Viajábamos en la compañía aérea más barata... Sí, una, por cierto, que abastecía a Luis de chicas, decía que las azafatas de esa línea eran guapas y abiertas, y ya sabemos lo que quiere decir él con eso de abiertas.

¡De cuántas canalladas me he enterado en estos meses! Siempre hay alguien dispuesto a contarte; creen que sabes más de lo que sabes y se explayan delante de ti, disfrutan incluso.

Felipe no, él no es de ese tipo de personas, nunca me ha hablado mal de Luis aunque me dice que canta muy mal y yo me enfado. La gente cree que estoy con él porque quiero ser marquesa, bueno, va, ahora que no me oye nadie tengo que confesar que me hace ilusión. Si tenemos hijos, también tendrán título.

Pero no, no quiero pensar en otros hijos, por favor. Aunque tenga cien más, los hijos de mi corazón serán siempre Márely, Luis y Quico, hemos pasado tanto juntos, los cuatro unidos, cogiéndonos las manos como si estuviéramos en un bote salvavidas a merced de las tormentas... Quico me decía ayer, mami, como siempre estás sola, cuando sea mayor me casaré contigo. ¿Cómo resistirse a eso? Su hermano es tan buena persona que regala por la calle sus juguetes y hasta sus zapatos y Márely se abrirá paso en el mundo porque es decidida y valiente, quiero que viva sin miedo, con la cabeza alta, como decía mi hermano Frank. Sé el punto exacto del que ha salido cada uno, se han alimentado de mí, me duele como si acabaran de sacármelos de dentro. Ellos son mi única familia de verdad, los quiero con tanta intensidad que a veces noto un tirón en el pecho que no me deja respirar. Ocupan en el mundo un sitio muy pequeñito y sin embargo son el centro del mío. Carmen me pregunta si Felipe va a quererlos, y yo le contesto, es un *pack*, si me quiere a mí, los quiere a ellos, es como si me dijera, te quiero a ti pero a tu hígado no. ¡Es imposible! Nunca, nunca, voy a poner el amor de un hombre por delante de mis hijos, ¡nunca!

Yo me moriría sin ellos.

Morir, morir, qué palabra, Luis siempre está con que si no me tuviera se moriría, bah, nadie se muere de amor. Se moriría sin mí, pero serme fiel, eso nunca.

¿Qué hora es? Oh, qué tarde, este reloj que llevo es un Santos de Cartier, se lo compró Luis a ese joyero de Puerto Rico que también le vende relojes para sus putas, claro que a ellas les regala el Panthere, y si son de paso, incluso se los da falsos, comprados a los negros de Nueva York en la calle. Como me dice Pepe Vicuña, todavía hay clases.

Tengo que irme ya, cojo el Mercedes que me regaló Luis el año pasado. No creo que tenga que devolvérselo. Resulta extraño que no me dé miedo el futuro, con tres hijos y sin oficio ni beneficio. Sé que Luis me va a amparar por mucho que le duela esta ruptura y que yo esté con otro hombre. Conociéndolo, sé que incluso le va a gustar tener que pasarme una buena pensión, será su forma de restregarle por la cara, sí, mira, tú serás marqués y toda la pesca, pero yo soy más rico. Porque ya sé que Felipe no tiene mucho dinero, tiene planes, eso sí, pero dinero contante y sonante no.

Su finca, su título, su amor... Su amor me abriga como una manta.

¿Les gustaré a sus hijos? ¿Me llevaré bien con su madre?

Si no tuviera un punto de inconsciencia no me lanzaría a esta aventura, porque aventura es al fin y al cabo, por mucho que él quiera casarse por la Iglesia para toda la vida. Ya me he enterado de cómo tengo que hacerlo; me iré a Brooklyn a tramitar la anulación, allí es más rápido, más fácil y más discreto.

Me gustaría trabajar, ¿no dicen que soy la mujer de moda? Si pudiera sacarle algún beneficio a eso, ¿pero cómo se hace?

Ayudaré a Felipe en sus negocios, cuidaré de mis hijos, iré a Salzburgo, navegaré en el río de la vida...

Tengo que dejar esta soledad y este silencio tan acogedores para sumergirme en el ritmo enloquecedor de la calle. Allá voy, hermano muerto, mírame, estoy derecha, con la cabeza muy alta.

Abro la puerta, salgo ya, avanzo un pie como cuando éramos niños y probábamos cómo estaba el agua. En media hora habrá acabado todo. Han sido siete años. Tengo ganas de besarme para despedirme, puedo poner mis labios en mi hombro, y en el brazo, y en la mano, adiós, pequeña.



PILAR EYRE ESTRADA (Barcelona, 1951) es una periodista y escritora española. Estudió Filosofía y Letras y Ciencias de la Información.

Ha ejercido el periodismo como columnista, entrevistadora y reportera en diversos periódicos y revistas (*Hoja del Lunes*, *Mundo Diario*, *La Vanguardia*, *Interviú*, *El Periódico de Catalunya* y *El Mundo*, entre otros) y ha colaborado también en varias emisoras de radio y televisión.

Es autora de numerosos libros, entre ellos *Dos Borbones en la corte de Franco*, *Secretos y mentiras de la Familia Real*, *Vips: Todos los secretos de los famosos*, *Mujeres, veinte años después* y *Cibersexo*; también de las novelas *Todo empezó en el Marbella Club* y *Callejón del olvido* y de la biografía *Quico Sabaté, el último guerrillero*.

Sus novelas históricas *Ena*, *Pasión imperial*, *María la Brava* y el relato biográfico, a caballo de la novela, *La soledad de la reina* la han convertido en todo un fenómeno editorial.

Finalista del Premio Planeta 2014 con la novela *Mi Color Favorito es Verde*, historia autobiográfica que cuenta la historia de amor de madurez de una periodista con un reportero de guerra, al que conoce tres días antes de que este tenga que partir, su secuestro y la búsqueda que la periodista emprende para tratar de reencontrarlo.